

El Quinteto Imperfecto.

“La única armonía perfecta es la del silencio.”

José Catrufo

(Compositor Napolitano, 1771 - 1819)

La viola. (Año 2022)

Es una construcción extravagante. Tanto desde el punto de vista arquitectónico como funcional. Claro, no es un país que se merezca tamaña estructura e insensatez. Es un teatro presumido en la ribera de un río que unas veces es de aguas mansas y otras torrentosas. El paisaje es admirable, con un majestuoso volcán a sus espaldas, rodeado de bosques y en el extremo de un balneario lacustre con casas que quisieran estar en otro lugar, en otro continente.

También es inusitada la música y los célebres intérpretes que son invitados a ese teatro. No me pregunté quién lo hizo construir ni por qué razón. Quizás un excéntrico mecenas o un melómano millonario, ambos para su propio deleite, el uno favoreciendo su narcisismo y su restringida generosidad, o el otro, para satisfacer su mezquina necesidad de estética musical en un sitio apartado en este planeta tan estridente.

Da igual. Esta es una zona que quería conocer mejor desde el término del alzamiento contra la segunda dictadura. En esa época formaba parte de la columna 22 y me apostaron en un hotel a la orilla de un lago no muy distante, que lindaba con el país vecino, a esperar una llegada de armamento desde el otro lado de la cordillera. Los pertrechos vendrían en lanchones y debía avisar a la jefatura tanto si los avistaba como si descubría la presencia de una compañía enemiga a cargo del Picahielos, conocido también como el Animal. Pero esta, siendo la misma historia, corresponde a otro capítulo.

Encontré ese teatro por casualidad, donde por casualidad se presentaba la orquesta de Maestros de San Galo que interpretaría el concierto para viola de Bartók y como solista anunciaba nada menos que al portentoso intérprete Stefano Passaggio.

Por ahí andaba paseando mi ocio, de tal modo que resolví asistir a esa velada. Tuve que esperar una hora para que abrieran la boletería, que se anunciaba para las cuatro, pero que lo hizo a las cinco y sólo para enterarme que sólo quedaba una entrada disponible, un palco que debía cancelar en su totalidad. Se prevenía que el teatro se reservaba el derecho de ingreso. Esa advertencia era poco frecuente y me llamó la atención, pues por esos parajes no se veían muchos presuntos indeseables ansiosos por escuchar música clásica.

Pero esa recomendación perdió retención en mi memoria pues no tenía intención de a invitar a nadie a mi palco. Aunque hubiese espacio para tres persona más.

El concierto se iniciaba a las nueve de la noche y era precedido por el primer movimiento de la sinfonía llamada Harold en Italia de Berlioz, escrita originalmente para que la interpretara en viola un tal Paganini. La historia de la música nunca había sido mi fortaleza.

Tenía pues bastante tiempo. Seguí el curso del río hasta el lago. Era verano pero la tarde luego enfrió. Volví a la hostería donde alojaba y subí a mi cuarto para recoger una chaqueta. Con ella, pensé, no se me negaría el acceso al teatro.

Regresé al borde del río y descubrí una pequeña *trattoria* anexa al teatro. Tenía tiempo para comer alguna pasta.

Distraído no me fijé en la mesera que me atendió y sólo estiré mi mano, recibí la carta y le di las gracias. Cuando volvió para recibir mi orden la miré. No puedo describirla. No sabría cómo. Quizás ni siquiera era hermosa. No deslumbraba ni atraía las miradas de otros, pero sí la mía lo que me complicaba para hacer mi pedido.

--¿Y...? --me preguntó sin apurarme.

-Apunté con el dedo el menú. No lo había examinado.

-Bien --dijo --los deliciosos ravioles de espinaca, y ¿qué salsa?

-Aceite de oliva --atiné a responder.

-¿Y...?

-Una copa de vino blanco.

No necesitó anotar en una libreta esa petición tan simple, se volvió y caminó hasta el mesón donde entregaría la ordenanza.

¿A quién puede importarle cómo camina ella, cómo levanta el pie para dejarlo caer sobre el piso, a quién si tengo más o menos años que ella, si resistí o fui cómplice de la dictadura o de donde obtuve mi dinero, a quién?

¿A quién puede interesar la forma en la que ella depositó el plato en mi mesa, ni como los ravioles solicitados al azar brillaban con el aceite de oliva, a quién cómo relucían también sus ojos, cuyo color era indefinible?

No sé si la pasta tenía el gusto de las espinacas ni si el aceite era extra virgen. O si el vino era de calidad. Mis sentidos se reducían a mis ojos que se desplazaban, sin prudencia, siguiéndola a ella mientras distribuía los pedidos en las ocho mesas de la *trattoria*.

Me dije que podría invitarla a ocupar una plaza en el palco, pero en ¿qué momento y en qué situación podría hacerlo? Descarté esa posibilidad. Estaba cansado de soñar y de ensoñar, pero tenía ciertas certezas que ese agotamiento se acentuaría después de esa jornada. Y que la niña desaparecería con el teatro del río en el instante en que dejara el hotel y me marchara a mi desordenado ocio.

Hubo, obviamente, años más animados en mi vida. Violentos, implacables, pero cuyas permanentes amenazas implicaban menos peligros que una fugaz ilusión. La experiencia así lo establece.

Temas desvinculados del teatro del río.

La busqué para pedir la cuenta y no la encontré. Le pregunté al joven al que pagué si quien me había atendido recibiría la propina y él me dijo que las repartían entre todos. No quise ir más lejos. Ella ya no estaba y esa era la situación.

Salí y encendí un cigarrillo. Ya se juntaban algunas personas en las puertas del teatro, aunque faltaba una buena media hora para la función. Revisé mi entrada y por un momento me avergoncé. Una buena cantidad de dinero pagado por un palco para escuchar un concierto de viola, más aún si nunca había sido, ni de cerca, un aficionado a la música clásica. En el pasado esos recursos los hubiese utilizado en otra causa. Pero aquí estaba, apagando el tabaco en un cenicero y buscando la entrada para instalarme en el palco. Así me fijé en un joven que con inconfundible timidez y junto a la boletería, intuí, esperaba que alguien le vendiera una entrada barata. Altura media, pelo castaño encrespado, nariz pequeña, ojos oscuros. Me acerqué.

-¿Tiene una galería para vender? –me preguntó en voz muy baja, ya desalentado.

-No –le respondí –pero lo invito a mi palco.

Me miró. Debió pensar que estaba loco, pero levantó los codos como si fuera un pájaro pronto a echar el vuelo.

-¿Palco?

-Sí, y me quedan tres espacios –le dije mostrando el boleto.

Lo tomó con la punta de los dedos sin despegarlo de los míos y lo examinó brevemente.

-¿No es broma? –apuntó.

-Ni por casualidad –le aseguré, examinándolo, asegurándome que lo dejarían entrar.

-No pude comprar una –se disculpó –no tendré otra oportunidad de escuchar a Passaggio, ni siquiera a su sombra en un concierto formal.

Lo empujé por el codo.

-Vamos –lo invité.

Sin duda estaba un poco chiflado, pero parecía inofensivo. Quizás lo de la sombra tenía un significado técnico en la musicología o era posible que, en algunos maniáticos, el éxtasis musical provocara alucinaciones visuales y auditivas: la sombra de un violinista tocando por su cuenta, como en algunas películas animadas. O, si mal no recordaba, se refería a las sombras que había mencionado tiempo atrás, durante la liberación, en el hotel del lago mi amiga Ana Kósciuszko.

El portero perforó el boleto dos veces, me preguntó si nos acompañaría alguien más y sin fijarse en nuestro aspecto, que por lo demás no dejaba nada de desear, nos hizo entrar sin inconvenientes. Un acomodador nos llevó al palco. Tengo certeza que el joven no se lo creía. La orquesta del teatro del río, muy reconocida, ya ensayaba acordes y afinaba sus instrumentos. Breves minutos después golpearon a la puerta del palco y se hizo presente un camarero que nos alargó una cartulina con distintas opciones para beber.

-Tráeme un Negroni.

Mi acompañante vacilaba.

-¿Qué quieres, hombre? –lo estimulé.

Pidió una cerveza nacional.

Cuando el mozo se retiró mi invitado me alargó su mano derecha:

-Emilio –es mi nombre.

La estreché.

-¿Cuál es su relación con la música? –le pregunté.

-La sombra de Passaggio.

Me estaba embromando. Lo miré, en suspenso.

El joven se golpeó una mejilla.

-Ah! –exclamó –perdone, la sombra es mi hermana.

-La sombra, ¿qué sombra?

-Lo siento –dijo compungido el joven explicando -cuando un ejecutante debe tocar una pieza muy compleja, debe tener a otro intérprete a sus espaldas, siempre oculto, para que lo reemplace en caso de pérdida de pulso, disonancias, defectos en la duración o intensidad o ante la construcción de arpeggios o acordes destemplados. Se le llama la sombra. También puede ocurrir el desgarramiento de una cuerda y la ruina de su instrumento, todo lo cual lleva siempre al intérprete a una derrota irreflexiva e irreversible y a querer arrojar el instrumento arruinado al público, largarse o tirarse al foso del teatro. Se ha visto. Antes que eso ocurra la sombra ocupa su lugar. A Paganini se le cuarteó una viola fabricada por Stradivari durante un concierto y agarró a patadas al primer violín y al director y estuvo desaparecido tres meses.

-Era mal genio ese Paganini.

-Imagínese lo que sucede cuando, por negligencias en su mantención, se agrieta un instrumento de esa perfección.

-¿Y su hermana es la sombra de Passaggio? -inquirí recibiendo el Negroni

El joven midió la espuma de la cerveza y asintió.

-Ella es la tercera viola de la orquesta y le corresponde ese lugar en la obra que vamos a escuchar. En todo caso la sombra nunca toca más de unos minutos, de ese modo se calma el auditorio y la sinfónica lo desagravia con otra pieza. Mi hermana o la sombra circunstancial se retiran. Ser la sombra de un violista como Passaggio es un privilegio y un honor.

-Ya lo creo –admití probando el Negroni.

Los músicos se ordenaban, la resonancia de sus instrumentos se atenuaba, el público, en silencio llenaba las aposentaduras: sólo el carraspeo de un fumador consuetudinario, la risa nerviosa de una colegiala, la opinión presumida de un arrogante. El portento italiano estaba por llegar. No se esperaba presentación alguna. Él no la necesitaba. Los Maestros de San Galo dispusieron sus instrumentos, se escucharon algunas notas.

Cuando ingresó al proscenio el director de la orquesta la sala aplaudió con entusiasmo, pero la explosión de júbilo vendría luego, cuando apareciera Passaggio. Intuía, no obstante, que la gran mayoría de ese público sabía poco o

nada de música clásica, pero el haber escuchado al concertino italiano en el teatro del río les daría tema de conversación y altura social por mucho tiempo.

Miré al joven que observaba sin aplaudir y le hice un gesto.

-Sí, es cierto -descifró mi mueca –pocos saben la maravilla que están a punto de escuchar.

-¿Y tú?

-Mi hermana me ha involucrado con la música.

-¿Eres músico?

-De ninguna manera, soy un artesano en raíces.

-Importante –comenté con seriedad.

-De ninguna manera –repetió –pero me gusta mi trabajo, únicamente raíces secas de arce y abeto y algún día, con ese material fabricaré instrumentos musicales.

-Importante –repetí.

-Uno para Rosella, mi hermana.

Una ovación terminó con nuestro diálogo. Con un elegante traje negro camisa ajustada al cuello y sin corbatín, caminando en puntillas, sonriendo y agradeciendo con una leve inclinación de su cabeza los vítores y aplausos, vimos dirigirse a su lugar, al lado del director, a Passaggio. Percibí un fugaz movimiento en el costado derecho de la orquesta, a un asomo de distancia de Passaggio, a sus espaldas, en la penumbra provocada por la pesada escenografía, en un espacio que separaba, sutilmente a cornos y flautas

Passaggio acomodó la mentonera de su viola bajo la barbilla, acarició con el dedo índice derecho las cejuelas y los calados, tomó el arco y rozó las cuerdas. La viola emitió un sonido grave, ronco. El director de orquesta levantó su batuta. El concierto empezaba.

Las maderas nobles con las que estaba construido el teatro parecieron vibrar con los primeros acordes.

La sombra no era visible.

Escuché a medias el fragmento de Berlioz y dormité gran parte del concierto de Bartók, pero ya estaba muy despierto con los acordes finales. Passaggio sonrió,

bajó la viola y aunque se encendieron los reflectores, otra viola, apenas audible me pareció que repetía las últimas notas del concierto, en una cadencia distinta, singular. Creo que, salvo mi oído entrenado para escuchar a lo invisible, nadie la oyó. Passaggio y el director no se perturbaron, se hizo la oscuridad de inmediato y en un segundo después el foco ya estaba otra vez sobre ellos. Pero alcancé a ver a la sombra que se escabullía ligera detrás de los timbales. Era la niña que me había servido los raviolos verdes. La mesera era la sombra. Veterano en reconocer movimientos y gestos sutiles, mi opinión fue una certeza:

-Es tu hermana, ¿no? –el joven se había puesto de pie.

Los aplausos continuaban.

-Sí, ella.

-Tercera viola de la orquesta de este teatro para ricos y ¿trabaja también, en la *trattoria*?

-Ya lo ha dicho, un teatro de ricos, para ricos, no para los músicos estables y mal pagados como mi hermana que hasta le descuentan el arriendo de la viola, aun siendo una sombra.

-¿La viola que protege a Passaggio?

-Esa, esa viola, la del maestro es una fabricada por un discípulo de Guarneri, la que le ocupa la sombra es una Ruggieri, tan excelente como la otra.

-Increíble –dije reteniendo ese nombre.

-No me gusta el mundo en que vive –Emilio estaba molesto –ahora ella debe estar cambiándose de ropa, el público sale con hambre después del concierto y atiborra la *trattoria*, todas sus mesas están reservadas.

La concurrencia se retiraba y el interior del teatro estaba iluminado.

-¿Viven aquí?

-En una casita de troncos, en el bosque, rodeados de hadas y elfos.

-La ironía es una mala mentira destinada a los imbéciles.

-Definir como importante la artesanía en madera, ¿no es acaso sarcasmo? –contraatacó Emilio.

-No quise ofender –negué con la cabeza.

-Tampoco era mi intención, en verdad arrendamos un piso en una pensión y no está nada de mal.

-¿Tienes hambre? –le pregunté abriendo la puerta del palco.

Abandonamos el teatro

-¿Dónde vamos? –preguntó el hermano de la sombra.

Afuera corría un viento frío. El canto de un remolino del río surgía áspero, como la cadencia de una viola.

Me encaminé hacia la *trattoria*.

Emilio protestó.

-No habrá ni una mesa libre.

-Veremos.

La gente se agolpaba en el portal del restorán, hablando en voz alta, felicitándose por haber admirado a Passaggio, alabando la obra que llevaba a cabo el teatro del río, asegurando donaciones. Palmoteándose, besándose en las mejillas. Me abrí paso sin delicadezas. Nadie protestó, estaban demasiados estimulados. Dentro del local aún quedaban mesas desocupadas, con una tarjeta que aseguraba la reserva. Retiré una de ellas, la doblé en dos y la introduje en mi bolsillo. Aparté una silla y me acomodé. Emilio me miraba amedrentado. Moví la cabeza, extraje la tarjeta, la alisé sobre la mesa y se la mostré. Llevaba mi nombre. La guardé nuevamente y con un dedo señalé la otra silla a mi joven amigo que suspiró aliviado.

-Sospeché que me darían ganas de comer después de escuchar a Barkot –dije.

-Bartók.

-Así sea.

Como intuí la Sombra se acercó pronta y le habló a Emilio. Llevaba un vestido de algodón blanco.

-Sabes que aquí no puedes comer.

-Es mi invitado -le expresé.

La niña se sonrojó.

-En ese caso.

Quise ponerme de pie.

-Si se reservan el derecho de ingreso y no aplicamos, bien -dije -habrá otro lugar por aquí.

-No, no, no se preocupe -la Sombra se puso seria y extendió sus brazos, deteniéndome -ya les traeré la carta.

Cuando se iba se volvió un instante.

Regresó en tres minutos con una libreta en la mano izquierda.

-¿Hermano? -se dirigió a Emilio.

-Bueno -dijo -*risotto* negro con calamares.

-La Sombra me miró y anotó, moviendo los labios:

-Un *risotto neri* y ravioles de espinacas.

Y se fue a entregar la comanda.

-Es decir, ya comió aquí y ella lo atendió.

-Así fue, hoy en la mañana, ravioles de espinaca.

-¿Tanto le gustan?

-Estábamos de acuerdo con las ironías.

-Sin ofender, seguro que ella se acordaba de su pedido anterior, para tocar la viola se requiere también buena memoria.

-Pues tu hermana tiene ambas.

-Lo está provocando, la conozco -Emilio probó un *grissini*.

-¿Por qué lo haría?

-Por lo del derecho al ingreso.

-Dijo que no podías comer aquí.

-Por el precio, no por la pinta.

La Sombra se acercó sin los pedidos:

-¿Y para beber?

-Una copa de vino –pedí.

-Dos –se anotó -Emilio, tinto.

-Una copa de tinto y una de blanco –dijo la niña.

La Sombra retrocedió un paso, clavó sus ojos en Emilio y nos dejó.

-Al almuerzo también pedí vino blanco –acoté.

-No he dicho nada –se resguardó Emilio.

-O sea que una viola sólo puede ser fabricada con madera de arce o abeto –
busqué otro tema.

-Es la tradición.

-¿Los chinos fabrican violas?

-Y violines, contrabajos y lo que quiera. Importan maderas de Brasil o de Europa: arce, píceas y ébano y sus montadores permanecen largo tiempo con los mejores maestros lutier en Cremona.

También ingresé ese nombre a mi base de datos.

La Sombra interrumpió nuestra conversación. Traía las copas de vino. Y luego del primer trago, los platos: el *risotto* y ñoquis de rojos, de betarragas.

-Se los traje para variar –no se inmutó.

Con el tenedor pinché un ñoqui. Se notaban a punto.

-La betarraga me gusta tanto como la espinaca.

-Me alegro –la niña se alejó, yendo hacia otra mesa.

No recuerdo que más hablamos con Emilio. Pagué la comida en el mesón, dejé la propina y acepté acompañar a Emilio que acostumbraba a esperar a su hermana. Nos sentamos a fumar a la orilla del río a esperar a la Sombra.

Apareció con el vestido negro que usara en el concierto y me preguntó si todo había estado bien. No se mostraba sorprendida con mi presencia.

-Me hubiese gustado oírle tocar a viola –le dije.

-Ya debe saber que no tengo ninguna viola y menos una Ruggieri, como la que me facilitan cuando me contratan para ser una sombra.

Asentí. Caminamos. Paganini me recordaba a un músico o a un poeta, de todas maneras a un artista, no lo sé. Estoy seguro que también lo había nombrada Ana, cuando velábamos en el hotel Vigilante o alguien con un nombre similar. Mi hotel quedaba camino a la pensión que ocupaban los hermanos. Nos despedimos. De alguna manera me había contagiado con la mirada de la Sombra. La vi alejarse. Rosella era delgada, apenas insinuado su pecho, su pelo algo ensortijado como el de su hermano lo dejaba caer sobre su ojo izquierdo, tenía una nariz suave y unos labios delgados. No miré con detención sus manos, que debían ser delgadas y sus dedos ágiles. Pero eso eran suposiciones.

Al día siguiente tomé el primer avión a la capital y de allí un vuelo de dos horas hasta Buenos Aires. Aún quedaban dos conciertos de viola en el teatro del río. Y la Sombra tendría su viola.

Desembarqué en Ezeiza a medio día y el conductor de un remise me aconsejó el hotel Alhambra en la calle Lavalle. Almorcé por ahí y de regreso y a través de un teléfono público llamé a Willy, un antiguo miembro de la resistencia argentina. Willy era su chapa. Nunca supe su nombre ni él el mío. Me citó en el café Torino. Estaba sentado en un reservado, al fondo. ¿Qué hay? me dijo. Se veía empobrecido, asténico y deprimido. Él notó mi mirada. Nos dejaron botados después de la victoria de Alfonsín y desde ese día nada, se lamentó. Necesito una viola, una buena, que suene como las de Cremona, le pedí. Siempre se comentaba que eras el más loco, antes pedías otro tipo de cosas, más explosivas, recordó. Una viola, insistí. Uf, una viola. ¿En qué andas? Pero no esperó una respuesta ni le interesaba. En nuestro antiguo trabajo la confianza era suficiente, no requería preguntas y eso no había cambiado. Me dio dos direcciones y me advirtió: hay violas más peligrosas que un fierro. Willy había vaciado tres copas de Fernet y junto a ellas dejó un sobre de papel. Willy miró el interior. Los datos valen mucho menos que esto, afirmó. Tú vales más, le respondí y tocando su hombro salí. Willy pidió otro Fernet. La bolsa de papel seguía frente a él, sobre la mesa. Quizás la dejaría ahí o la tiraría al río.

Decidí por la que quedaba en el barrio Caballito. Ahí me había alojado, años antes, con el propósito de asistir a una reunión clandestina del Partido. Aún asolaba la dictadura en mi país pero en Argentina había retornado la democracia. Willy era uno de los anfitriones de ese encuentro.

Di la ubicación al taxista que, después de media hora de viaje, con atascamiento de automóviles de por medio, me dejó en la avenida Pedro Goyena, cerca del Depósito de Gravitación. El frente de la casa estilo tudor, donde se suponía trabajaba el maestro lutier recomendado por Willy, no tenía más identificación que

el número 887. El auto se retiró. La avenida estaba vacía de gente y de perros. Pulsé el timbre y esperé.

Me abrió un hombre de unos cincuenta y cinco o sesenta años, vestido de una manera inverosímil, antigua e indescriptible para la época en que estábamos. Me hizo una reverencia y los amplios puños bordados en el que terminaban sus mangas aletearon como palomas.

Llevaba la camisa abierta y sobre el pecho una prenda rosada de recargado encaje que simulaba un corazón pálido e inanimado.

El viejo tocó el bolillo.

-Las chorreras las encuentra en el centro, en Lavalle.

-No busco eso –dije –busco una viola.

-Ni de Guarnieri ni de Stradivari, están agotadas.

-De esas he oído, pero ignoro el nombre de todos los fabricantes.

-Vamos –sonrió –si su desconocimiento llega a ese nivel, podré venderle una falsificación.

-Lo sabré por su sonido –mentí.

Me hizo pasar y cerró la puerta detrás. Había luz suficiente para mirar sus manos, para distinguir una silueta oculta, para reconocer una amenaza. Nada de eso.

-¿Toca de oídos? –me preguntó guiándome por un pasillo que nos acercaba a una sala mejor iluminada.

-He escuchado una viola, una Ruggieri –mi memoria no fallaba.

-¿Ruggieri? –se agitaron los anacrónicos hiladillos del anciano un Ruggieri –¿de qué época?

-Ni idea.

El hombre agitó su fleco de seda como un pavo su zarzo cuando va a gluglutear.

-Hay una gran diferencia entre un Ruggieri y otro, el que me mencionas, que puede tener sólo el valor de lo antiguo, sería preciso examinarlo, ver su firma, si tiene o no la sombra de una M sobre su nombre en la etiqueta... –calló y con una sacudida de su mano me invitó a seguirlo.

Cruzamos una primera sala con un tresillo y luego entramos a un salón en que había cuatro mesas de igual tamaño, sobre ellas piezas y recortes de madera de distinta formas que recordaban instrumentos de cuerda, herramientas diversas y envases de todo tipo y sentados a ellas, inclinados, cuatro hombres jóvenes se afanaban. Usaban camisolas abiertas, pañuelos blancos en la cabeza y delicados delantales de becerro. El aire olía a virutas y barniz.

-¿Cómo llamaríamos a esto, una lutería? –pregunté, usando las palabras de Emilio.

-Mejor decimos lutería, ese es el oficio –me corrigió, este es simplemente el taller.

Uno de los muchachos se puso de pie y caminó hacia nosotros con un violín en sus manos. Estaba a medio hacer.

-¿Ya debo darle la primera capa de barniz? –don Quentino, consultó.

-Que no sea rojo –dije.

Don Quentino tomó el instrumento que le ofrecía su alumno y lo examinó cuidadosamente.

-Me imagino –dijo dirigiéndose a mí –que conoce el significado de las ironías.

Lo conocía.

-Lo siento –me expresé, no fue mi intención.

-Comprenderá que todos hemos visto es película.

-Lo lamento –insistí.

-Usar sangre para barnizar un violín...

Devolvió el instrumento al aprendiz.

-Inicia con una ligera capa de celadón coreano.

-¿Pincel de pelos de castor? –afirmó en su pregunta el joven lutier.

El viejo asintió.

-Sabe –me interrogó, ¿por qué los instrumentos de Guarneri suenan de ese modo?

-¿Cómo suenan?

-Así los hubiesen confeccionado en el paraíso, pero no son los más excelsos.

-Estoy aprendiendo -comenté.

-Sus más productivos años, cuando salieron de su taller los mejores instrumentos, fueron aquellos en los que bebía a destajo. Se presume que, inadvertidamente, derramaba en el barniz que utilizaba algunas gotas del alcohol que ya lo aniquilaba y que lo atrapó para siempre.

-Y, ¿cuál era ese licor y por qué no lo usa aquí?, una simple curiosidad de profano –aclaré.

-Pues no se sabe. –el artesano vigiló el retorno al trabajo de su aprendiz –puede haber sido un vino o un destilado de hierbas, he probado, aquí, centenares de cepas y licores; he visitado todos los lugares en Cremona y sus alrededores que pudo haber visitado Guarnieri y catado y mezclado con los barnices que él utilizaba todo lo que pudo haber vivido y créame, no ha dado resultado, excepto un olor avinagrado que impregna la madera. He quemado esos violines y para eso si ha servido el alcohol: las brasas que generan son muy potentes. Y le digo que he visitado todos los lugares de Italia donde trabajó Guarnieri y catado y mezclado con los barnices que uso en mis materiales todo lo que pudo beber.

Pero me interés era adquirir una viola, no un tratado sobre ellas y sus fabricantes.

Y, ¿qué me puede ofrecer?

-Le confirmo, lo mejor –y con un dedo de uñas cortas y limpias me propuso continuar con la visita.

Entramos, después de un corto pasillo a otra sala similar a la anterior, donde cuatro hombres con las mismas vestiduras de los otros, de mayor edad, aparejaban, ensamblaban, pulían o pincelaban violines de todos los tamaños, como los que eran parte de la orquesta en el teatro del río.

-Aquí –me enseñó don Quentino –entramos a una etapa superior donde damos un toque más a nuestros cordófonos: violines, violas, de gamba y de las otras, violoncelos y contrabajos, en el despacho del lado trabajamos guitarras y laúdes, pero eso no le interesa.

Es verdad estaba un poco impaciente, como en los tiempos que debía reunirme en sitios clandestinos, evaluando mi desconfianza, única manera de mantener la salud y la integridad física. Don Quentino no me atemorizaba ni me provocaba

comezón en la palma de la mano derecha, aunque de nada me serviría porque andaba desarmado.

-Le puedo pagar en efectivo –lo alenté a apresurarse.

-No hay otra forma, aquí sólo en billetes y si son extranjeros, euros, libras, mejor, pero no se inquiete, que ya le mostraré lo que busca.

Uno de esos habilidosos tensaba ya las cuerdas de un violín enorme, más alto que el Picahielo, el perseguidor, el mercenario, el torturador, aquél que casi se me escapa.

-Vamos –me apuró el viejo –que no quiero retrasarlo demasiado.

Estuve de acuerdo.

Pasamos a la que debía ser la última instancia, en la que una mujer de edad mediana, estaba inclinada, absorta, sobre uno de esos instrumentos. Una larga trenza negra le resbalaba por el hombro izquierdo.

Apenas se sobresaltó al escucharnos entrar.

-Maestro –preguntó – ¿quién lo acompaña?

Y giró su cabeza mostrando sus rasgos ligeramente orientales y sus ojos negros, con los párpados caídos

-Un comprador –respondió don Quentino –y no dudo que para esa viola.

La mujer sonrió y levantó el instrumento por su mástil. Era hermoso. Ella también. Luego acomodó la mentonera, tomó el arco y empezó a tocar. Don Quentino cayó en trance musical, así como caía el mastín del Secretario del Partido cuando alguien hacía sonar una armónica. El animal no se recobraba hasta que el improvisado músico se sacaba el instrumento de la boca, si antes el jefe no le daba una patada en el culo.

La música fluía de esa viola. No tuve dudas, esa era la que yo quería para mi Sombra.

Don Quentino se repuso del encantamiento y me tomó por un codo:

-Es parte de una sonata de Haendel –me orientó, la toca mi Sombra.

-¿Sombra?

-¿Se desprenderá de la Riminesa? -preguntó con un dejo de asombro la mujer, dejando de tocar y pasándole la viola a don Quentino.

-No tiene precio real –se dirigió a la mujer -la existencia de las Ruggieri M es teórica, improbable, inadmisibles en las casas de subastas Christie's o Sotheby's, quiero que esa viola vea las candilejas de un teatro, que se sienta aplaudida, valorada, que sea un póstumo homenaje a su verdadera luter, Mariola la Riminesa, por eso la dejo ir.

No entendía mucho el diálogo entre ambos, pero pregunté:

¿Cuánto?

El viejo pensó un rato y tiró una cifra. Se agitaron sus encajes emitiendo un gorjeo de pájaro disgustado.

El precio era elevado, pero alcanzable.

-De acuerdo –dije –pero no traigo tanto efectivo.

-Se puede llevar la viola -don Quentino se había tranquilizado -deme lo que tenga y el resto me lo deposita en custodia a mi nombre donde un escribano de mi confianza.

-¿Confía?

-Plenamente, si ha llegado hasta aquí..., pero le puedo relatar una historia y de ese modo sabrá un poco más de las sombras, como por ejemplo el por qué las más virtuosas, en el pasado, fueron ciegas y cómo dejaron de serlo.

Don Quentino hizo una pausa.

-Y así –prosiguió –conocerá algo de su Sombra a quien quiere obsequiarle una a viola.

-Y, ¿cómo...?

-No hay misterio escondido, nadie cruza la cordillera, su acento lo revela y acepta el precio de la viola que le ofrezco si no es para una intérprete de categoría y en su país no hay violistas de altura, en consecuencia ¿a quién, sino a una sombra?

Acertaba otra vez el acicalado anciano.

La mujer seguía con la sonata de Haendel.

No estaba allí para que me contaran historias, pero la viola había sido adquirida, que era mi objetivo. Si menospreciaba el relato el hombre podría arrepentirse y Rosella se quedaría sin su viola.

-Vamos –dije –cuénteme esa historia.

Tranquilizó a su sombra con una caricia en la mejilla y me condujo a la primera sala que tenía unas elevadas y angostas ventanas, más altas que mi cabeza. Nos sentamos en dos poltronas y Quentino empezó el relato:

Los tres o cuatro mejores instrumentos pequeños de cuerdas, cuya existencia es poco conocida y su calidad menos apreciada, fueron obras de la Riminesa, una dama nacida en Rimini, ciudad al sur de Cremona, nombre por la que se le conoce. Por cierto ese no era el verdadero. La llamaremos así o Mariola, porque de esa manera y estando ebrio la nombraba el maestro Guarnieri. Ella dominaba el violín y la viola y aunque su talento era sobresaliente, nunca fue considerada como solista. Aunque sí fue, alguna vez la sombra de Leopold Mozart, cuando ya había sido cegada.

-¿Mozart?

-El padre.

En los años postreros de Guarnieri, ya devastado por el alcohol, ella había abandonado su oficio en el escenario, detrás de algún ejecutante, había abandonado a Guarnieri y oficiaba como aprendiz donde otro lutier, de menos valía y significación, llamado Ruggieri. Allí era quien suavizaba la madera, la desbastada, la corregía, ensamblaba las piezas para que su patrón aprobara la forma y el tamaño del cordófono o corregía alguna imperfecta alineación de la estría donde iría la cantarela. Ruggieri le añadía unos retoques, que estoy seguro fueron intrascendentes. Mariola fue la verdadera lutier de las últimas manufacturas de ese correcto maestro y su firma, íntima y por cierto ilícita, aparece junto a la de él. Es una M que extiende una sombra sobre el nombre del lutier si se visualiza inclinando la pieza en setenta y cinco grados con una luz oblicua al plano de los oídos del instrumento de cuerdas. Esas hechuras de la Riminesa son incomparables, quizás con las mejores de Stradivari. He sabido de dos especialistas que han conocido esta filiación.

En las tardes, cuando los talleres del maestro quedaban vacíos de aprendices y artesanos, la Riminesa encendía una lámpara de aceite, cogía uno de los violines o violas y tocaba. Como una divinidad, en la historia quizás sólo superada, después, por Paganini y Menuhin.

-He aprendido algo en estos últimos días –reconocí –Paganini, un eximio con el violín, pero ¿el otro?

-Menuhin, no importa, no es el momento para una clase de historia de la música; sólo atiende a los nombres que le mencioné y si más adelante le interesan, pues busque donde corresponde.

-Muy bien –acepté.

Una tarde, tarde debió ser pues Mariola ejecutaba cuando ya nadie podía escucharla, pasó por delante del taller de Ruggieri el profesor Ferdinand Francoeur, un geómetra y matemático que sufría una sordera aún incompleta, pero contumaz y progresiva. Violinista aficionado, Francoeur dictaba clases de su especialidad en la Universidad de Cremona. Su obsesión era traducir a dígitos y enunciados las partituras, pues así como él era capaz de representar y figurar en su cerebro las fórmulas de Newton o de Leibniz, podría de igual modo percibir la música si pudiese llevarla a patrones matemáticos. Y de ese modo, cuando ya la sordera le oscureciera los sonidos iba a ser capaz de seguir escuchando a Mozart, Corelli o incluso a Perotin, los cantos gregorianos o bizantinos con sólo evocar las expresiones algebraicas que las representarían.

Su oído duro en esa noche deshabitada escuchó, con escasa pero justa tenuidad, el sonido de una viola. Se detuvo, bajó el cuello de su gabán y reconoció las notas de la sonata en Re mayor de Haendel. Las cadencias destilaban fluidas a través del frío despiadado de esa noche de invierno penetrando con dolorosa dificultad, como innúmeras agujas de hielo, los tímpanos dañados de Ferdinand.

Se removió el raciocinio del geógrafo porque esas notas del compositor alemán en forma incomprensible e inequívoca, empezaron a transportarse hacia su cabeza, pero convertidas en números y símbolos, la música en patrones matemáticos, los pentagramas y las claves en teoremas detallados, una inverosímil tautología entre notas y números. El fenómeno anhelado se estaba generando. Su memoria recibía la música como si hubiese sido procesada por una pascalina.

Pero en su oído ingrato las notas terminaban por apagarse, los números se licuaban, las fórmulas se enmarañaban, Haendel era otra vez Haendel immaculado, desaparecían números y algoritmos, silencio matemático entre las blancas y las negras, entre las corcheas, las semicorcheas y las fusas. Era la música que fatalmente dejaría de escuchar, de conmover y extasiar. Se desorientaba, la sordera le provocaba vértigos fugaces. Era una viola, sin duda, pero ¿de dónde venía? Sabía que estaba cerca de la casa de algún lutier, pero esta no tenía identificación alguna. Sacó del profundo bolsillo interior una corneta, la insertó en su oreja derecha y fue, casa por casa, puerta por puerta buscando el origen de esa sonata. Cuando no tuvo dudas dio unos golpes en la puerta de una

casa, era el taller del maestro Ruggieri. Se abrió la mirilla y Ferdinand pudo ver un ojo de pupila negra y fija, un espacio radial e impreciso en el que él se multiplicaba, como si ese ojo y el suyo fueran dos espejos que se acechan. Una contracción le retrajo el espinazo.

Es una obviedad –dijo el viejo –pero no está demás decirlo. La mirada ciega de una sombra intimidada, ver un ojo que te mira pero que no te ve estremece o conmueve. Francoeur, pues, se sobresaltó

Pasados unos instantes, ya más sereno, se identificó el profesor y Mariola corrió los cerrojos. Había reconocido al profesor como una de las habituales visitas que recibía Guarnieri para pedir precio y regatear por uno de sus instrumentos. Aunque, que ella recordara, ese hombre aún no había comprado ninguno.

-Era ciega, ha dicho, ¿cómo lo reconoció?

El hombre resaltó hasta lo superlativo su acento porteño. O para llamarme la atención con relación a una pregunta estúpida o para encubrir su procedencia geográfica. Y dijo:

-Qué duda cabe, por la voz, no necesito decirle como se agudizan los sentidos cuando uno de ellos falta, como se fortalece la memoria auditiva cuando se difumina la visual; además todas las sombras deben ser ciegas, los intérpretes sublimes no toleran que, por una contingencia o por un desacierto sean reemplazados por alguien que pueda, quizás humillarlos o reconocer visualmente sus partituras.

Ese acento impostado me molestó. Percibí una simulación. Si es posible dominar la paranoia, de templarla y no dejarse llevar por ella, decía el Secretario, ella se torna en una buena medida de higiene: te fortalece la inmunidad, te conserva la salud y también la vida. Amplifiqué mi atención.

-Estamos cerrados a esta hora –dijo la niña –continuó el relato el vendedor de violines.

-Ya lo sé, no vengo a comprar, vengo a comprender, a suplicar.

Mariola clavó sus ojos en él. Sostenía la viola con el mentón y el arco sobre el hombro derecho.

-¿Comprender?

-Ha ocurrido algo sorprendente, que hasta ahora había buscado inútilmente: las notas que salen de su viola han adquirido otra dimensión –confesó el profesor – ellas, a pesar de las limitaciones de mi audición, han ingresado a mi cerebro, pero

allí se han transmutado en números que escucho, que escucho con delirante nitidez, pues ellos reproducen la melodía que los originaron.

La mujer bajó la viola y la retuvo en su mano izquierda.

-Quiere decirme que mis notas se vuelven números.

-Por la forma en la que interpreta.

-Profesor Francoeur, ¿no es así?, matemático y violinista.

-Matemático.

-Es su aptitud, extendida a los números, como todos los que practican su magisterio, a todos sus colegas debe sucederles lo mismo.

-Con mis compañeros hemos asistido a cientos de conciertos, hemos escuchado a los más virtuosos intérpretes de vientos, cuerdas y percusión y sólo hemos escuchado..., música, muy buena música. Pero nunca esa música se había alterado, transformado en guarismos y fórmulas que en la mente empiezan a vibrar, recuperando las armonías de las que carecen los números inmutables, permitiendo escucharlas en su integridad y pureza en el silencio majestuoso del cerebro. Estoy seguro, es la forma inefable, única y atributiva suya de tocar la viola la que ha provocado este efecto prodigioso.

Me cansaba la historia, pero el tal Quentino quería llegar a alguna parte. Crucé los brazos. En ese lugar no podría fumar. El hombre adivinó.

-Puede hacerlo –dijo –aquí todo está alicatado y tanto las paredes, como el techo son incombustibles.

Encendí un cigarrillo.

Después de una breve conversación Francoeur le ofreció a Mariola una buena suma de dinero para que, algunas las tardes, después de terminar su trabajo en el local de Arnaldo Ruggieri fuera a su casa y le interpretara solos, sonatas y fragmentos de conciertos y sinfonías en los que fuera protagonista una viola, para intentar convertirlas en números. Después, le señaló, lo abordaría con otros solistas e instrumentos. Mariola aceptó y con uno de aquellos instrumentos de Ruggieri, con las perfecciones sobre él que ella era capaz, acudió con puntualidad, tres veces en la semana, al estudio que el matemático, por su importante cargo docente, ocupaba en la Universidad.

Una mañana apareció en la factoría Arnaldo Busquelli, llamado el Tecladista, un músico, en especial ejecutante de clavicordio y ocasionalmente solista de ese

instrumento en conciertos privados. Venía casi arruinado económicamente pues un inmisericorde incendio destruyó su casa y su clavicordio y acudía a Ruggieri, conociendo sus precios relativamente reducidos, para obtener un violín, una viola o hasta un violoncelo, cualquier artefacto musical que pudiese llevar consigo y salvaguardar de otro siniestro y permitirle ganarse la vida. Lo recibió la Riminesa.

El lutier le ofreció una viola que pocas semanas antes Mariola había acabado y afinado. Tiene un costo menor, pues ha sido terminada por un aprendiz, pero le aseguró que sonaba bien y que su afinamiento le otorgaría una espléndida tesitura. Ni el propio Ruggieri imaginaba que le estaba vendiendo un instrumento extraordinario. Discutieron y después de un café ofrecido por el lutier, llegaron a un acuerdo. El lutier se retiró y Mariola, en un estuche de cuero forrado en terciopelo, introdujo la viola comprada por el Tecladista. Antes de salir advirtió que la mujer ocultaba una viola similar a la adquirida detrás de su amplia basquiña.

-Es distinta –dijo ella, asomando apenas el cuerpo del instrumento para que Busquelli no pudiese compararla -es para mí complacencia, es tan imperfecta que el maestro Ruggieri me la ha permitido finiquitar.

Busquelli levanto la caja con su viola.

-Me pareció idéntica.

Mariola se retrajo.

-De ninguna manera, además me sirve para hacer clases al profesor Francoeur, aquí los salarios son insuficientes

El Tecladista se distinguía con el clavecín, pero era torpe con las cuerdas. Dejó su postulación en todos los sitios que le parecieron posibles de encontrar un espacio como violista y en los lugares donde se anotaban los músicos desocupados. En Cremona no había más de dos clavecines y no estaban disponibles para Busquelli.

No mucho tiempo después fue llamado, sorpresivamente, a ocupar una vacante transitoria como violista para un ensayo de la orquesta barroca de Venecia que tocaría en la ciudad un concierto de Tomaso Vilotti. Sería a la vez compositor director y solista. El ejercicio se llevaría a cabo de madrugada en el teatro Ponchielli.

Busquelli alcanzó a acompañar tres acordes de la orquesta cuando Vilotti, que dirigía el ensayo, dejó de guiar los compases con las palmas y de golpear el piso de madera con los pies y detuvo el ejercicio. Lo había estremecido una inarmonía que provenía de la viola del Tecladista. El hombre dejó la viola en su apoyo y se

puso de pie. Vislumbraba el furor del maestro y su expulsión de la sala. Pensó en su mujer y Estela, su pequeña hija: esa semana no comerían más que pan y menestra.

Vilotti era un hombre corpulento, de paso lento y pesado, gruesas cejas, ojos de perro, manos largas y finas discordantes con su magnitud; bajo su nariz un bigote vulgar, como una bruza. Sin duda era un virtuoso de las cuerdas, pero un hombre sin distinción. Bajó de la tarima y caminó despacio hasta Busquelli. Una vez junto a él estiró su brazo pidiendo la viola. Confundido el Tecladista se la alcanzó. El compositor la examinó con su mirada, la sopesó, la midió, tentó sus cuerdas, acarició su cordal, su puente, su diapason y recorrió el caracol de su voluta. Corrigió apenas las clavijas y se dirigió a Busquelli.

-¿Me permite? –pidió.

El circunstancial violista accedió inclinando la cabeza.

Vilotti acomodó la viola bajo su barbilla, tomó de las manos del Tecladista el arco por su tacón y lo depositó con suavidad sobre las cuerdas. Su mano izquierda pulsándolas en el diapason, la derecha deslizando el arco donde ellas se curvan, más arriba del puente. Los músicos que lo acompañaban adivinaron lo que iba a suceder, dejaron sus instrumentos y lo observaron arrobados. Vilotti empezó una sonata extrayéndole a la viola las más sublimes notas.

El Tecladista estuvo a punto de caer de rodillas cuando Vilotti terminó.

-¿Dónde la obtuviste?

-A buen precio, donde Ruggieri.

-Imposible –dijo el virtuoso –sin soltar el instrumento, sacando sus gafas del bolsillo superior de su camisa, buscando la etiqueta del lutier.

Vilotti canceló el ensayo y le pidió a Busquelli que lo guiara al emporio del tal Ruggieri.

El aguacero había transformado a la ciudad en un verdadero albañal. El olor a inmundicias llenó los pulmones de Vilotti que apuró el paso.

-Debí hacer esperar al cochero –se lamentó.

Caminaron sorteando los charcos y el agua que caía desde los sobradillos y las techumbres y llegaron antes que amaneciera. Una luz temblorosa a través de las ventanas y un hilo de humo desde la chimenea advertían que ya había actividad en la casa de Ruggieri.

Golpearon la puerta y les abrió una criada. Ruggieri, descalzo y en camisa de dormir los recibió sentados en una poltrona sin descuidar el espetón con el que renovaba el fuego de una estufa.

-Señor Busquelli –se adelantó, sin reconocer a su acompañante –mi casa no acepta devoluciones

-No es nuestro propósito –aclaró Vilotti, mostrando la viola que no soltara desde que salieran del teatro –quiero saber su origen.

Arnoldo Ruggieri dejó el atizador, abandonó su asiento y tomó el instrumento de las manos del virtuoso.

-De mi hechura –dijo sin vacilar

-No entiendo –dijo Vilotti –es de la misma perfección que un Guarneri.

-¿Y por qué no? -Ruggieri se puso de pie, desafiante.

Y pareció desentenderse, devolviendo la viola, recuperando el atizador que introdujo en la lumbre insuficiente del calorífero.

La mujer que servía ofreció a los visitantes y un vaso de *grappa* al patrón. Vilotti depositó con delicadeza la viola en un soporte y recibió la bebida, La soplo y un intenso olor a tierra quemada inundó la habitación.

-Vengo a comprarle una viola como la que adquirió mi amigo, el señor Busquelli.

Ruggieri se animó.

-Termine su café y acompáñenme –invitó alargando el vaso vacío que fue prestamente llenado por la criada.

Así lo hicieron y el lutier los introdujo a la pequeña bodega donde guardaba sus instrumentos terminados. Vilotti vio cuatro violines y dos violas colgadas desde una larga espiga para que no golpearan la pared y un violoncelo y un contrabajo alojados en peanas tapizadas con terciopelo

-¿Su oferta? –preguntó Vilotti.

Ruggieri asintió.

-¿Puedo? –el maestro señaló las violas.

-Adelante.

Vilotti tomó una de las violas y sólo examinándola superficialmente la devolvió a su lugar. Hizo igual cosa con la otra.

Vilotti levantó los brazos, compungido.

-No son de mi interés.

Ruggieri se encogió de hombros, tragó el aguardiente y los llevó a la sala. Vilotti tomó la viola de Busquelli, agradeció el café y salió junto al Tecladista.

Recién amanecía y Cremona era un lodazal de agua de lluvia, de desperdicios y de animales muertos que rodaban hacia los desagüaderos.

-Suspenderé el ensayo hasta mañana –se dirigió a Busquelli –y le ofrezco por su viola el doble de lo que ha pagado por ella.

Busquelli sonrió para sus adentro. Sabía que no podría engañar a Vilotti, que ya supondría lo poco que pagó por ella a Ruggieri. El doble era nada. Se envalentonó.

-Le propongo otro negocio –se atrevió –tres veces, es decir cuatrocientas piezas, una recomendación con su rúbrica, sin fecha ni destinatario explícito y es suya.

Vilotti abrazó la viola y no titubeó en su respuesta. Ese maravilloso artefacto podía valer cien veces más.

-Está bien –dijo –es un acuerdo.

Y se dieron la mano.

Caminaron por la vía Coruzia hasta encontrar una taberna. Tomaron cerveza tibia, de la que traían desde Escandinavia y Vilotti le extendió un cheque al Tecladista. Brindaron tres o cuatro veces. Algo mareaos, pero ambos satisfechos por lo logrado, salieron. Había dejado de llover, pero el sol no secaba aún el lodazal. Vilotti prendido a su viola y Busquelli manoseando su libranza veneciana en su bolsillo. Estaba a salvo, él y su familia. El virtuoso lo abrazó con afecto.

-Sí –le anunció –además te obsequiaré un violín de un laudero vienés, Jacob Steiner, de calidad aprobada y por un tiempo te mantendré en mi orquesta.

Busquelli caminaba feliz, ceñido por el abrazo de Vilotti. La lluvia se intensificaba. En la esquina con la calle Cadre el barrial sobrepasaba la altura de los botines de los caminantes y en un momento, un pedrusco que bajaba embrollado en el torbellino de porquerías saltó en un rebalse y golpeó la rodilla de

Vilotti. El Tecladista no alcanzó a contenerlo y el maestro cayó al lodazal y con él la viola, bajo su robusto cuerpo. Cuando el Tecladista pudo desatorarlo del fango y Vilotti se irguió escupiendo cerveza, vieron la viola. Intentaron removerla de la pecina, pero su desencajo estaba consumado. Su cuerpo, sus tablas, la armónica y la de fondo se habían separado y destrizado, fracturado el mástil y desintegrada la voluta. La destrucción había sido sistémica. El excepcional artilugio no había resistido la pesada gravedad del maestro. El instrumento, atrapado en la mierda y el agua agitaba sus cuerdas inútiles como si fueran las antenas una libélula moribunda, la etiqueta de Ruggieri, ensombrecida por una M se deshacía con la humedad.

Vilotti se arrojó sobre la viola y lloró. Su llanto resonó esa mañana por Cremona como el aullido de un lobo cogido por una trampa y sólo se acalló cuando la evidencia del destrozo le recompuso su conciencia. Estaban, él y el Tecladista, rodeados por una multitud que abría sus paraguas y que no entendía la causa de tal congoja. Dispersados los curiosos al comprender la ausencia de una verdadera desgracia, se alejaron rumbo al teatro Ponchielli, Vilotti llevando entre sus brazos los retales de la viola, con su rostro deslucido por la tristeza como si cargara un mortinato, el Tecladista detrás, cubriendo al maestro con un paraguas de tela negra, acompañando ese extravagante cortejo fúnebre.

El portero les abrió la entrada lateral del teatro y subieron por la escalera hasta la sala de ensayos. Los atriles tenían las partituras abiertas y sobre las sillas los instrumentos esperaban

Vilotti se despojó de su gabán, se sentó en el suelo y distribuyó las partes de la viola destrozada a su alrededor. Hizo un ademán de juntarlas y luego un intento de ordenar, darle forma a esos restos. Luego agitó la cabeza y otra vez se llevó la cara a sus manos.

-Maestro –reveló entonces el Tecladista –se dónde puede encontrar otra igual.

Vilotti abrió sus manos y miró a Busquelli a través del enrejado que formaban sus dedos. Su cara aún palidecida semejaba ahora la de un recluso que, tras las barras, se le anuncia la libertad.

-¿Qué dices? --Vilotti se incorporó de golpe –por una viola así sería capaz de matar.

-Conozco a quien posee una idéntica a esa –reiteró Busquelli señalando los restos de la pieza desarticulados sobre las tabla del piso.

El eximio violinista se puso el capote sobre los hombros, apresurado.

-Me llevarás con ese individuo –ordenó.

Busquelli miró por la ventana.

-Ha dejado de llover –anunció –es posible que hoy esté donde la busquemos.

Vilotti estaba fuera de sí y empujó a Busquelli fuera del teatro.

Se dirigieron a la rumbo Universidad, donde Busquelli, habiendo recordado el nombre del matemático, pensó estaría aquella segunda viola de Ruggieri.

-Si no es hoy, será mañana –advirtió Busquelli.

El Tecladista dejó a Vilotti en los jardines del claustro y se adelantó a la oficina del matemático. La puerta del despacho estaba abierta y Busquelli se insinuó en él. Crujieron las tablas del piso. El científico trabajaba solo, moviendo perillas y ajustando engranajes en una máquina de aspecto que sólo era posible describir por su gran volumen, como el de un bargueño español.

Al oír la quejumbre del piso Francoeur, sin cambiar de posición, le habló.

-Si trae barro en sus zapatos, le ruego los limpie.

Busquelli restregó las suelas contra el escalón de piedra.

-Hecho -dijo

-Trabajo en este artefacto que me ayudará en mejorar la velocidad en los cálculos –Francoeur se hablaba a sí mismo.

-Los números no son mi especialidad –confesó Busquelli –soy músico.

-¿Y? –preguntó el matemático volviéndose y mirando con curiosidad al recién llegado.

-Muy simple, entiendo que recibe clases de viola.

-No necesariamente –Francoeur no tenía intenciones de revelar su secreto, cómo el sonido de las cuerdas de Mariola hacían vibrar las celdillas de su cerebro, transfigurando notas en números.

-Busco, con un virtuoso de las cuerdas, comprar una viola.

-Puede acudir donde la familia Amati, a Stradivari.

-Buscamos una Ruggieri.

-No poseo ninguna viola –aseveró Francoeur

-Sí quien le enseña.

-No puedo negociar lo que no es mío.

Busquelli se disculpó y se retiró. En el patio le informó a Vilotti su conversación con el profesor.

-Ella vendrá.

--¿Ella?

-La dueña de la viola, es ciega y trabaja para Ruggieri.

Vilotti no se cansó de esperar, rechazó los ruegos de Busquelli para descansar, cenar y regresar en la tarde.

-No me moveré hasta obtener esa viola, he examinado las que me mostró Ruggieri, ni unas ni otras pueden reproducir las armonías de la que hemos sacrificado.

Mariola apareció cuando oscurecía. Llevaba la viola protegida por su vasta saya.

Los dos hombres la siguieron y la vieron entrar donde Francoeur. Ocultos detrás de una columna en la arcada de la planta baja de las dependencias del departamento de matemáticas pronto escucharon las primeras notas de la viola.

-Concierto para viola en sol mayor, Telemann –Vilotti bajó los párpados.

Pero pronto salió de su arrobamiento y tomando la delantera tocó la puerta de Francoeur. Repitió varias veces la llamada, la última con cierto ímpetu. Calló la viola y se abrió la puerta.

-¿Interrumpo? –dijo con humildad Vilotti.

-Por cierto -el matemático estaba fastidiado.

Busquelli vio a Mariola recogerse con un espasmo al oír la voz de Vilotti.

-Vengo por una compra –dijo el músico –quiero adquirir esa viola, la que lleva una M en el marbete.

-Maldito Vilotti --gritó Mariola agitando la viola.

-¿Qué...? –intervino Francoeur tratando de detener al violinista que se acercaba a ella con intenciones de arrebatarse el instrumento.

-El precio que quieras –chilló Vilotti.

-El de mis ojos –Mariela se aferró a la espalda del matemático –tú me convertiste en una sombra.

Don Quentino hizo una pausa. Se percató que el cuento me entretenía.

-Ya termino –dijo –se acercó a un estante y sacó una botella de Fernet. Sirvió dos vasos y me alargó uno.

-La viola o una bala –Vilotti sacó una pistoleta que llevaba escondida en el jubón.

-Ese Vilotti convirtió a esa niña en una sombra, ¿cómo? –pregunté, esperando que Quentino bebiera el primer sorbo del licor.

-Ya lo he dicho, los grandes intérpretes no querían ser reconocidos si cometían un error, menos aún por quien los corregía y eventualmente los reemplazaba, aunque fuera por unos minutos, por eso exigían que sus sombras perdieran la vista y ellos se encargaban de cegarlas.

-¿Ellos?

-Sí, los intérpretes se encerraban con la sombra elegida en una cámara sonora, engañándolas con un presunto ensayo, otras veces forzándolas, ellos introducían sus cabezas en unos conos fabricados con un material que difractaba el sonido y emitían con un violín un sonido agudísimo. Y con una brusca inflexión lograban una altísima nota que fracturaba el cristalino de los ojos de las sombras enturbiándolos para siempre. Durante días se entrenaban en las bodegas de conocidas cristalerías para probar el efecto destructor de la nota Fortunas pagaban por piezas de Sévres o Baccarat que desintegraban con las disonancias de sus violines.

Después esas mujeres eran capaces sólo de ver las luces y oscuridades y de forma imperfecta formas y volúmenes. De esa manera también impedían que aprendieran las partituras no pudiendo, en consecuencia, amenazar el posicionamiento o la categoría que tuviesen en las violentas disputas que ocurren en el mundo de la música. En ocasiones las sombras eran extremadamente virtuosas, más que los propios intérpretes a los que protegían.

En verdad un escalofrío recorrió mi cuerpo y pensé en Rosella.

Reanudó la historia:

Vilotti hizo girar la rueda de acero de la pistola, llovieron las chispas y una bala se incrustó en el pecho de Francoeur que se había interpuesto entre el violinista y su sombra.

Mariela, salpicada con la sangre de su pupilo, huyó con la viola, diríase, inseparable de su mano. Busquelli y el propio Vilotti quedaron petrificados ante el cuerpo sin vida del ilustre profesor.

Busquelli más acostumbrado a los malos momentos reaccionó. Tomó el arma de la mano de Vilotti, la arrojó al suelo y empujó al músico por la puerta. Escaparon sin que los sorprendieran. Ya sea por retribuirle el valor de la viola destruida o por su silencio en el crimen, Vilotti no se olvidó de Busquelli, quien siempre estuvo con él, como un intérprete de segundo orden, pero con su paga al día.

-Y eso, ¿nada más? –inquirí.

Las autoridades culparon a la mujer ciega del crimen, crimen atribuido a una causa sentimental. Ella no regresó a la casa de Ruggieri, la buscaron por Cremona y ciudades aledañas y como nunca la encontraron, cerraron la causa sin culpables.

-Notable –comenté.

Pero era el momento de recoger la viola y largarme.

Don Quentino me dejó, penetró en la penumbra de su local y regresó con la viola. Garabateó unos datos en un papel y me extendió.

-Es el escribano de mi confianza. Deje allí el resto del dinero.

Pagué con el que llevaba y me dirigí a la puerta de salida con mi tesoro en su funda.

Giré para despedirme y el viejo aclaró mi duda.

-Si –precisó –la dama que oíste tocar tu viola fue una sombra, miembro del Cortejo de las Sombras, en el teatro Colón. Ella ve, como nosotros. Las sombras ciegas son de otra historia, de otro siglo, como los cantores castrati.

-No entiendo –confesé, devolviéndome, sabiendo que se hacía tarde.

Me senté en un escaño, en una esquina, cerca de la puerta y escuché.

Mariela, el relato no se interrumpió, sabiendo que su captura implicaba la horca o menos probable la perpetua utilizó su sagacidad y audacia para eludir a la persecución que fue menos vehemente que lo que esperaba. Aún distinguía formas y percibía hebras de luz, podía discriminar entre la luz del ocaso y el de la alborada. Se ocultó pues en bosques y cañadas, eludió la presencia humana, se guió también por el oído y comió por el olfato, recogiendo raíces, hongos

subterráneos, bayas silvestres, robando huevos de nidos escarbados o los que encontraba en las cornisas de los barrancos. A veces mordisqueaba la cola de una lagartija y el agua de lluvia o el rocío matinal le aplacaban la sed. Por instinto se dirigió al norte y al poniente y después de incontables jornadas, cuando oculta en un sembradío escuchó a un grupo de personas hablar en un idioma áspero, diferente al suyo pero comprensible se dejó ver. Aunque andrajosa, siempre se mantuvo limpia, perfumada con las flores que recogía y quizás por esta razón y la evidencia de su ceguera fue acogida por aquella familia de campesinos franceses. Esta iba de regreso a La Turbie y la llevaron con ella a través del paso de Tenda. En las dos o tres noches que duró el viaje, la sombra tocó su viola, interpretando baladas y suaves canciones de cuna y navidad propias de su pueblo.

Eran propietarios de una pequeña viña y la sombra pronto se ganó el aprecio y el respeto de la pareja y sus hijos adolescentes. Quizás unos meses la ciega, sin pedir más que comida y albergue, contribuyó a los quehaceres de la casa y de la viña. El patrón, Louis Leduc le ofreció un trabajo estable con una paga honorable a la que ella rehusó, comprometiéndose a marcharse de su heredad antes de quince días.

Una noche, en la intimidad de la cocina, Marie, la esposa, le preguntó por la causa de la pérdida de su visión. Mariela les dio una versión verosímil, afirmando que sus ojos habían cristalizado durante el aria lírica de la famosa soprano Mancini. Al culminar el agudísimo solo, la cristalería y las lágrimas de la enorme araña de la ópera de Milán se habían hecho añicos. Esa tarde se constataron doce cegueras.

Entonces Louis le habló de Marsella y de un tal Daviel que en esa ciudad curaba la ceguera.

-No tendría como pagarle –dijo Mariela.

-En el hospital opera sin costo a los pacientes indigentes.

La sombra reflexionó unos días y pocos días antes que se cumpliera el plazo en que había resuelto dejar a esa amable familia, en la vigilia de navidad del año en que fuera aceptada le habló a Louis.

-De acuerdo –aceptó –dime como llegar a esa ciudad.

-Debo ir en las próximas semanas y entregar quince arrobas de vino, irás conmigo –le dijo el patrón.

Mariela colaboró con dedicación engarrafando con prolijidad para que no rebosara ni una gota del vino que iba produciendo el vinicultor. Marie, Louis y ella

terminaban el día alegre, cantando, bailando al ritmo de las canciones que salían de las cuerdas de la viola, impregnados con el espíritu del vino que acababan de envasar. Isabelle y Cedric a esa hora dormían.

Mariela y Louis iniciaron el viaje un diecisiete de Mayo y no demoraron en arribar al gran puerto al acortar el viaje embarcándose con la mercadería en Toulon. Se acomodaron en dos piezas de una cómoda posada y ocuparon tres días en repartir el vino y recoger su importe en distintas bodegas, almacenes y casas particulares. Recorrieron así los angostillos y las plazas de Marsella y en dos ocasiones pasaron frente al hospital de la Charité donde ejercía Jacques Daviel.

Finalizada la labor de reparto, Mariela y Louis se allegaron a la Charité. Ella con una túnica oscura sobre la cabeza, siguiendo el contorno impreciso de Louis que punteaba contra la luz del mediodía. Él llevaba consigo una vasija con el mejor de sus vinos.

La sombra poco entendía del diálogo entre Louis y un funcionario del establecimiento, pero comprendió que la cita con el doctor Daviel estaba condicionada a la entrega del mosto... al empleado. Louis se resignó, le entregó el botellón y regresó a la carreta donde escogió otro. Pronto estuvieron en la antesala de Daviel. Dos o tres enfermos, con la vista vendada lo esperaban.

Quien los recibe se presenta como Daviel, ante la mirada sorprendida de Louis.

-No soy el maestro –dijo el médico soy su sobrino, Denis Daviel, el profesor está en Les Invalides en Paris. Trato de replicar el procedimiento que el diseñó, ocupo sus accesos al ojo y utilizo sus técnicas e instrumentos. Siguiendo sus reglas y respetando sus protocolos, tiempos y formalidades he obtenido tan buenos resultados como los que ha obtenido él.

En su gabinete examinó a Mariela, preguntó desde su vida personal hasta el último detalla del origen de sus cataratas, corroboró su propio diagnóstico con ciertos aparatos y procedimientos lumínicos y dijo:

-No es la causa usual de la enfermedad, pero Jacques Daviel habló alguna vez de las sombras ciegas; que se sepa nunca se ha intervenido a una de ellas.

Luego asintió y le habló a Mariela:

-Si decides correr el riesgo, tomo el desafío.

La sombra que había escuchado y entendido gracias a la traducción simultánea de Louis se puso de pie desde el taburete donde la examinara Daviel y le extendió la mano.

-D'accord –dijo.

Después de darle instrucciones: ayuno, purga, reposo, gasa empapada en clara de huevo sobre los ojos los citó para dos días después, un jueves. Se retiraron una vez que Louis le entregara el vino.

-Es sólo un reconocimiento, el jueves pagaré sus honorarios.

Denis Daviel aceptó el regalo y el compromiso inclinando la cabeza.

-Ella no es objeto de cobro –dijo.

Mariela, auxiliada por el patrón cumplió con las preparaciones y se presentó, de madrugada del día señalado en la Charité. Iba a ser la primera catarata operada esa mañana.

La sedaron con opio y una copa con coñac, la amarraron a una silla mirando el sol que trepaba por un cielo con dos nubes, le abrieron los párpados con retractores y Daviel el sobrino, de pie junto a ella y con un afiladísimo bisturí en su mano izquierda practicó una incisión en forma de media luna en la base de la córnea derecha, entorno al iris. Separó los labios de la herida con una pinza y con una lanceta rasgó la cápsula del cristalino fracturado, lo presionó y fue extrayendo los cascajos fragmentados e inservibles del lente. Contó cinco fragmentos. Al concluir ocluyó el ojo con una gasa embebida en clara de huevo. Se sentó unos minutos el cirujano y en seguida, ahora con la mano derecha, proceder de igual forma con el ojo izquierdo. Mariela debió estar recostada en la sala de espera hasta el mediodía.

Con las instrucciones para los días siguientes salieron a la calle acompañadas por Daviel quine no aceptó paga alguna por la intervención.

-El vino es de lo mejores –dijo al despedirse –y más que suficiente para mi modesta operación.

Del brazo de Louis subió a la carreta y regresaron al albergue donde pasarían la última noche en Marsella. En un frasco llevaban los vestigios de los cristalinos extirpados, escarchados e inútiles.

Miré por la estrecha ventana del taller del lutier. Ya había oscurecido y las luces de Buenos Aires se adivinaban a lo lejos, no así mi retorno pues quería escuchar el fin de la historia. Quizás cometí una imprudencia, ese lugar había y quizás aún era una casa de seguridad y aunque las dictaduras se habían derrumbado otra vez y no habían alcanzado a montar una nueva operación Cóndor, aún deambulaban por ahí esbirros de los servicios de seguridad, dispuestos a hacer

venganza gratuita u ofrecerse como asesinos por una paga insignificante. No me daban muchas ganas de caminar por otra ciudad aun ensangrentada.

Pero Quentino tenía recursos y uno de ellos fue abrir una gaveta en un rincón y sacar una botella de vino Bonarda y dos copas. Acepté. Prefería un buen vino al mejor de los Fernet

De ese modo al otro día, el sol atenuado por elevados cúmulos cargados de lluvia, Louis y la Riminesa salieron al campo aledaño a Marsella. El Mistral despeinaba las copas de las encinas y acallaba a ruiseñores y hortelanos. Siguiendo las pautas dadas por el oculista y con extrema mesura el viñatero descubrió el ojo derecho de Mariela, le limpió los restos coagulados del huevo y a continuación repitió la operación en el ojo izquierdo, advirtiendo a la mujer que mantuviera cerrado los párpados. Luego, haciendo de visera con su mano la animó a abrirlos lentamente.

Mariela estuvo quieta mientras lo hacía y Louis vio como sus ojos lloraban. No eran las lágrimas turbias de una ciega, sino las que reflejan, al caer, lo que el ojo ve y el cerebro siente, ya sea que las derrame por alegría o tristeza.

-Gracias –dijo Mariela, cerrando los ojos –veo.

Louis Leduc entendió, regresaron al albergue, subieron el equipaje al carro e iniciaron el viaje a La Turbie.

Su visión fue mejorando día a día y al inicio del otoño, cuando las hojas de las viñas se deslucieron y amarilleadas empezaron a caer, ya veía normalmente. Recuperada así Mariela se ofreció a trabajar en la casa de La Turbie durante un año.

-Así pagaré lo que gastaste por mis ojos –le dijo a Louis.

Se encariñaron con ella como si fuera de la familia y jamás aceptaron que trabajara más de lo que ellos lo hacían.

Y en Junio del año siguiente de la cirugía realizada por Daviel, Mariela preparó un pequeño baúl, tocó por última vez la viola en la sala de la casa de la familia Leduc y se despidió. No le pidieron que lo reconsiderara pues sabían que la decisión era irrevocable y que tarde o temprano iba a suceder.

Leduc subió el baúl en Temístocles, el burro con el que recorría las viñas desmalezándolas, le entregó una talega con monedas, declinó el impulso de Mariela por rechazar el animal y el dinero. Después de los abrazos interminables

con ellos, con Isabelle y Cedric que no podían ocultar su tristeza, Leduc golpeó al burro en la grupa y la dejó ir.

Mariela enfiló hacia el norte, hacia Paris. Louis le había señalado la ruta en la víspera.

Apenas pernoctó en Avignon, Valence y Lyon y no tuvo encuentros de ninguna naturaleza hasta que, una mañana arribó a la pequeña localidad Nemours, ya cerca de la capital. Agotada por el viaje solicitó alojamiento en una venta. Aun le quedaban varias libras de cambio y pidió una pieza. Pagó por el pienso de Temístocles y en el merendero en la primera planta pidió un estofado y una jarra de vino. Comió sin prisa, sin levantar la vista, cierta estaba de lo próximo de su destino final y el inicio de lo que llamaba su obra. Pero al ponerse de pie para retirarse a su habitación se fijó en la mujer embozada que, torpe, cuchareaba de un plato de sopa. Se acercó a ella sin hacer ruido pero la mujer dejó suspendida la cuchara entre la boca y la escudilla. Unas gotas de borsch salpicaron sus vestiduras oscuras y remendadas. Era ciega.

Mariela le tocó el hombro.

-Eres una sombra –le dijo.

La mujer se descubrió y quiso mirarla con sus ojos velados por un sedimento terroso, fraccionado.

Depositó la cuchara en el plato y dijo con docilidad:

-Fracasé, me han atrapado, ya puede llevarme de vuelta, ¿ha sido el señor Cecereu el que la envió, seguro?, supe desde el primer momento que no lograría escapar.

-Estas a salvo --dijo Mariela.

Los ojos de la ciega brillaron fugazmente. Como el brillo apremiante de la luna cuando infructuosamente trata de asomar desde una nube inclemente.

-Estás bien, no volverás donde ese Cecereu –insistió.

-¿Quién eres?

-Mariela, la Riminesa, una sombra como tú, una sombra que ha vuelto a ver y que hará que todas las sombras recuperen la vista.

En verdad no me aburría pues mi Sombra me esperaba al otro lado de los Andes, a la que le llevaba una viola excepcional.

La guerra me había enseñado a cuidarme, a no dejar precaución por insignificante que pareciera. Algo inconveniente, quizás irreversible, que auguraba un futuro ominoso para mi país, ocurría ahora terminado el conflicto y derrotada la primera dictadura. También ahora, como al término de la dictadura de Pinochet, habían regresado, esta vez un breve exilio los oportunistas. El Secretario se había retirado junto a tantos combatientes, asqueado de la ambición desmesurada, de la pérdida de las ideas y los valores. Vivía en la playa y había dejado a Yoda, su anciano mastín plateado, a mi cuidado en la clínica veterinaria que abrí en el sur.

Mi caso no era muy distinto, sólo era un individuo que buscaba una viola para una mujer cautivadora. También había guardado las armas, sin desconectar la alarma, como nos precaviera el Secretario. Aunque no lo entendía mucho, el tema del eterno retorno, sin la extinción del tiempo, me hacía sentido. Pero insisto, eso es tema de otro episodio, ocurrido mucho antes.

La historia, en adelante, confesó Don Quentino es difícil de seguir. Sin embargo puedo resumirla. La Riminesa identificó a las sombras de la Academia Real de la Música de París, del teatro Odéon pronto a su inauguración, del teatro de la Porte Saint-Martin y de otros más pequeños, diseminados por la ciudad en la que artistas consagrados, en los primeros o aficionados en los demás, utilizaban sombras para no hacer el ridículo, para no sufrir la exigencia de la devolución del dinero de las entradas, para no ser desacreditados, todo ello en caso de una fortuita y no poco frecuente falla o accidente en la interpretación. Esas sombras podían vivir en cierta abundancia si los músicos a los que protegían tenían fama o dinero, o cruelmente cautivas si estos eran artistas ambulantes o de ferias marginales. Su ceguera, como he señalado, era provocada, por la destemplada estridencia de un violín ajustado, por la formidable estridencia de sus cuerdas: todas ellas interpretaban una vez comprobada la laceración de sus cristalinos. No se ha divulgado ni conozco la fuente de financiamiento de la Riminesa, pero sí que acudió, con cada una de las mujeres rescatadas donde el profesor Daviel o sus discípulos en el hospital de los Inválidos. Ellos las operaron con éxito y en algunos meses, en un tercer piso del número 24 B de un edificio de la *rue du Bac*, Mariela inauguró la Asamblea de las Sombras. Esas mujeres que habían recobrado la vista impulsadas por la Riminesa recuperaron también su identidad como ciudadanas francesas, su determinación para impedir el abuso, no solo aquél que llevaban a cabo los músicos, sino cualquier otro que las vulnerara.

No pasó mucho tiempo antes de que la Asamblea fuera declarada ilegal, porque sus intereses eran contradictorios con el Estado, fue impuesta su disolución y perseguidas sus integrantes. Mariela tenía todo preparado para esa segura contingencia.

El viejo era un gran cuentacuentos, pero mi piel se irritaba y empezaba a rascarme. Me ocurría ante los minutos previos al combate o ante la inminencia de un peligro pero incluso en estados de descanso y relajación. Estímulos contradictorios que anunciaban un suceso. No podía pasarlo por alto.

-Debo irme ya --dije --tocando con una mano la viola.

Está bien --dijo Quentino poniéndose pie.

Dejé la copa de vino en el suelo y lo imité.

La obra de la Riminesa --y ya no lo entretengo más, continuó, --que la trasciende, la historia de su organización clandestina es extensa, sin duda imprecisa, de liderazgos ignotos y ha sido tergiversada e intentado omitir. Las sombras se tatuaban una minúscula viola en el muslo para reconocerse. Le puedo decir que han estado en todas partes, junto a los comuneros en París, estuvieron en la revolución francesa, en la de Oporto, en la Primavera de las Naciones, con los bolcheviques, la asturiana, la guerra civil español. A veces luchaban, otras proveían a los combatientes, los escondían, los ayudaban a escapar si eran derrotados...

Lo interrumpí.

-Nunca escuché de ellas, la historia, aunque marginalmente, las hubiese mencionado.

-Quizás han participado y aún lo hacen en nuestra América y cuando eso sucede. Nunca se han identificado y siempre han luchado en el lado correcto...

-¿Cómo no haberlas visto?, mujeres de negro combatiendo...

-No necesariamente de negro, eso es caricaturizar a las sombras, por otro lado ya no son ciegas; la moral, mi amigo, avanza y retrocede, no tiene un continuo uniforme, a fines del siglo diecinueve se prohibió en Europa la malvada costumbre de enlodarles el cristalino, así como el Papa prohibió la mutilación de los *castratis*. Creo que hay lugares, escasos, en que la ceguera y la castración son aún realizadas.

Ya hacía frío y Quentino se envolvió en una manta. Ocultos los encajes de su camisa parecía un viejo almacenero argentino.

Levanté la viola que había apoyado en la pared.

-¿Y la sombra ciega, la que hemos escuchado?

-Su ceguera corresponde a una maculopatía, sin remedio.

No iba a discutir sobre medicina.

-Mañana completaré la suma, con el escribano –le aseguré.

El viejo asintió y dijo:

-No olvide que lleva una viola única, una Ruggieri por la Riminesa, fueron tres o cuatro, una la destruyó Vilotti, no puedo saber dónde están las otras -se volvió y cerró la puerta detrás de él.

Caminé más de una hora en la anochecida ciudad. Pegado a las paredes, evitando los faroles y las ventanas iluminadas hasta encontrar un taxi. Regresé al hotel y revisé mi compra. Era auténtica, si había de creerle a don Quentino. A través de la abertura acústica, del oído de la viola, vi la etiqueta: Arnoldo Ruggieri Cremonensis Faciebat Anno 66 y ensombreciendo su nombre, una M indeleble. Sí, si había que darle crédito al viejo sobrecargado de bolillos y calados, había pagado la nada misma por un instrumento que era sólo comparable a un Stradivario o a un Guarneri. Requería una explicación. Llamé a Willy que demoró en contestarme el teléfono.

Nos encontramos, nuevamente en el Torino.

¿Obtuviste lo que buscabas?, me preguntó. Sí, pero necesito una aclaración, deberé volver, dije. No a ese lugar, Willy apuró el ron que había se había aplicado en tomar, como todos nosotros, en el Caribe. ¿Por qué? Pues ya no existe, fuiste su última visita. Willy arrojó un billete encima de la mesa. No lo busques, su voz sonó a una fuerte recomendación. Ese hombre, por una razón, que ignoro, quería deshacerse del objeto que te vendió. Ese lugar es de gran importancia para nosotros, quizás para ti otro día, no hay que malograrlo. No dijo más y se marchó. No lo he vuelto a ver. Había terminado el segundo ciclo de las dictaduras, podría emerger el tercero y las casas de seguridad se usan una sola vez.

Volví al Alhambra y dormí unas horas. Después del desayuno fui al banco, retiré el dinero necesario con mi tarjeta y enteré lo estipulado, a nombre de Don Quentino, en la escribanía que me señalara. Después tomé el primer vuelo a mi país que encontré en el Pistarini.

La perturbación me empezó a los pocos minutos de vuelo. Era inefable, como el aura de los epilépticos como lo describía el manual de medicina que me entregaran al incorporarme al Movimiento. Era en esos enfermos la manifestación previa de la crisis, convulsiva o de inconciencia. Cuando se desencadenaba un acceso teníamos que estar preparados con un pañuelo, agarrar la lengua del

paciente, volver su cabeza a un costado, dejar la vía aérea libre, afirmar sus miembros para evitar fracturas. Lo recordaba muy bien porque Gonzalo, mi compañero de unidad era epiléptico y me anunciaba sus episodios.

El aura que me acometía no tenía como consecuencia una convulsión epiléptica ni nada parecido. Lo que me sucedía era distinto, pues ese malestar, esa premonición se agotaba sola y no anunciaba ninguna crisis, era simplemente era una señal que anunciaba un hecho inesperado, bueno, o no. Y en ocasiones no ocurría nada.

Al entrar a la manga de salida del avión esa sensación había desaparecido.

En la capital compre un boleto para una conexión aérea al sur y en un taxi me dirigí al centro de la capital. Tenía tres horas antes de embarcarme. La ciudad parecía haber recuperado la normalidad después de la derrota de la segunda asonada cívica militar. Como sabemos fue más efímera y menos brutal que la que derrocó a Allende, pero interrumpió la lenta y penosa recuperación de los valores democráticos, de la cultura, de la decencia de partidos políticos, de los atributos de un pueblo esencialmente republicano. Lo único que pudiese considerarse aceptable de este segundo golpe de Estado fue la huida y el exilio instantáneo de la gran mayoría de dirigentes políticos, parlamentarios y autoridades de los últimos años. En resumen, se quedaron los mismos, más viejos eso sí, para ordenar la casa y reiniciar la lucha. Los que se fueron, como era de esperar, regresaron en cuanto el Segundo General fue derrotado.

Entré a la biblioteca nacional. Ahí, en la recepción del panóptico de la lectura, estaba aún Muriel, la desabrida pero versada bibliotecaria. Le solicité algún libro sobre sociedades secretas, le entregué mi cédula de identidad, es sólo una formalidad Ramírez, se disculpó, y esperé a que el empleado regresara desde el depósito con mi pedido.

Fue rápido y eficiente y depositó en el escritorio que había ocupado tres textos. Busqué en el primero, el que estaba sobre los demás. Era un tratado sobre Sociedades Secretas del abate Escipión Mandulfo, escrito en 1876 y publicado a principios del siglo veinte, según informaba el marbete. Ni en Mandulfo ni en los otros dos encontré ninguna referencia a alguna sociedad de mujeres ciegas. Me retiré sin quejas. Si había existido esa Asamblea, lo que dudaba, se habían excluido de la sociedad y de los historiadores con gran eficiencia.

Caminé hasta la plaza de Armas, tomé un café y en la Alameda detuve un taxi para que me llevara al aeropuerto.

Llegar a Valdivia, bajarme del avión y arrendar un auto fue cosa de minutos y en dos horas estuve en el teatro del río. Dejé mi escaso equipaje en el portamaletas y únicamente bajé la viola.

El teatro estaba cerrado, se anunciaba que abriría las puertas para el concierto nocturno a las nueve de la noche y que el ensayo privado se iniciaba a las ocho. Se anunciaba al portentoso violista nacido en Illinois, Dan Cooley Blac. El afiche afirmaba que era comparado con Zukerman y Bashmet. No los conocía ni de nombre. Ni Paganini se nombraba. La fotografía de Cooley no me gustó. En algo me recordó al personaje de la historia de Don Quentino, también fornido como un tenor y con un bigote espeso y rígido. Eran las seis de la tarde. El teatro era un recinto hermético, pero no consideré oportuno ese momento para violarlo. Pero no esperaría más allá de la hora en que empezaba el ensayo. Ese Cooley estaría, sin duda con Rosella.

Busqué, pues a Emilio.

Me interné en el bosque que bordeaba el río y lo encontré cerca, desbastando con un formón y una gubia la voluminosa raíz de un peumo.

-Cuando emergen ya no le sirven al árbol, los nutrientes están bajo tierra – explicó como saludo -más adelante con las de una jacarandá que tengo creciendo por ahí fabricaré la caja de un piano.

-Respeto la naturaleza y especialmente a los pianos.

-¿Los pianos?

-Sí, y porque uno de ellos me salvó la vida, hace tiempo, claro

Emilio bajó la cabeza y con su herramienta removió un trozo de la corteza de la raíz. Unas gotas cristalinas emergieron en superficie herida.

-No está tan muerto –dije.

-Unas lágrimas de savia no son señal de vida –dijo.

-Tú eres el que sabe –dije conciliador.

Emilio se puso de pie.

-No me diga que tiene entradas para Cooley.

-No –confesé –pero es cosa de comprarlas.

Emilio se frotó las manos en su mandil de cuero.

-¿Y...?

-Estás invitado.

Caminamos hasta el teatro. El río se enfurecía y el agua fría nos salpicaba.

-Se vendrá fuerte esta noche –anunció Emilio.

-Y ¿Rosella?

-¿Y eso? –Emilio apuntó al estuche.

-Es una viola, para tu hermana.

-Se va a morir.

-Es una Ruggieri.

-¿Como la que le facilitan al ser una sombra?

-Esta es una Ruggieri M, sólo se fabricaron cuatro

-No soy un experto –Emilio me guió por el sendero que llevaba al teatro.

-Quiero entregársela antes del ensayo.

Emilio miró su reloj.

-Es temprano, debe estar en la casa, probando la viola, antes de enfrentarse con Cooley.

-Enfrentarse, dijiste.

-Es un decir, Cooley es de los mejores y algún sedimento de arrogancia debe tener, pero ella necesita y ama su trabajo.

Agarré a Emilio del codo y lo obligué a acelerar el paso.

-Iremos donde Rosella y después a comprar las entradas.

No me permitía pensar que las siniestras prácticas del siglo de Vilotti aún se llevaran a cabo, ni que la viola comprada en Buenos Aires estuviera maldita como aquella de la película. Y aunque no era capaz de entender la persistencia de mi malestar, el que empezara en el avión y que no parecía tener fundamento alguno, lo percibía relacionado con Rosella y la ceguera de las sombras. Una mesera se conoce el lugar donde atiende, la ubicación de las mesas, la barra y la caja, las locaciones del teatro y el camino de vuelta a su casa en un pueblo pequeño. Así no necesita sus ojos.

Todo quedó muy claro cuando Rosella recibió mi regalo. Llevaba su pelo arremolinado en un moño que ordenaba con dos largos palillos de metal. Su cara se encendió y sus ojos vivos, pardos, brillaron. Abrió el estuche y se quedó mirando su contenido.

-Me muero –dijo –¿es para mí?

-Lo dije, se iba a morir –sonrió Emilio.

Extrajo la viola con delicadeza, la examinó con detención y luego arrancó unas notas admirables con el arco. Después buscó en un armario y sacó una linterna con la que miró a través de una de sus eses.

Sin duda Rosella no era una ciega.

-Imposible –una Ruggieri M, creí que no existían.

-Es para ti, Rosella –dijo Emilio.

Rosella me abrazó y ese gesto, presentí, era más cálido que el que podría suponer el regalo de una viola, Aunque fuese una Ruggieri M.

-Debo ir al ensayo y mostrarle esta maravilla a Cooley.

--¿A Cooley?

-No me cegará, descuida, conozco la historia de las sombras –Rosella me dio un beso en la mejilla.

Cooley resultó ser lo contrario al personaje de Quentino, en cuanto a su personalidad. Feo como un verraco, es cierto, pero amable, considerado y en absoluto altanero. Incluso nos permitió presenciar y escuchar su ensayo, para el que, en parte, usó la viola de Ruggieri M.

-Extraordinaria –le manifestó a mi Sombra –juraba que se habían perdido.

Es un regalo –dijo Rosella –de...

-Simón Ramirez –me presenté, sin recordar si ese era mi nombre, ni siquiera si era el que estaba estampado en mi cédula de identidad o en mi pasaporte. Nos habían instruido para olvidar todo: nombres, lugares. Rostros.

¿Podremos intercambiarla? –preguntó –yo interpreto con su viola y tú serás mi sombra con mi Guarnieri.

Rosella me miró. Levanté mis hombros. Si eso la hacía feliz.

Cooley nos obsequió dos entradas preferenciales a Emilio y a mí desde las que disfrutamos, por lo menos Emilio, una suite para viola de Bloch, una sonata de Hindemith y otro de Bach y dos o tres más. De todos esos nombres sólo recuerdo el de Bach, que no era el famoso, si no su hijo. Durante todo el concierto mis ojos estaban en la sombra, con mi Sombra, vestida de fiesta en la penumbra, protegiendo al virtuoso de Illinois.

Cooley nos invitó a comer a su amplia habitación en el teatro del río. Alabó a Rosella y sus dotes de violista, se felicitó por haber tenido la oportunidad de compartir con ella, vivamente le pidió que cuidara su Ruggieri M, y le auguró un brillante futuro como solista.

Al despedirnos el violinista me retuvo un instante:

-Ninguna pregunta, sólo quería expresarle mi admiración por haber descubierto esa viola.

Emilio nos dejó en el camino y se dirigió al bosque:

-No hace frío -sostuvo -y hay luna llena, el rocío del torrente ha humedecido la raíz, es oportuno trabajar en ella esta noche.

Rosella me tomó de la mano, llevaba la Ruggieri colgada de un hombro.

-La historia de la música ha tenido episodios siniestros -dijo -en algunos aspectos no fue mejor que la inquisición.

Caminaba totalmente relajado. Cuando terminó la confrontación con el ejército del segundo golpe cívico militar, el Secretario, al licenciarnos de nuestras obligaciones militares, nos advirtió:

-Se ha recuperado el poder del Estado las fuerzas armadas no deliberarán por un tiempo, no puedo asegurar que no se producirá un tercer golpe, estamos cayendo en forma paulatina en el Sucesivismo. Como sea, los matones andarán sueltos como coyotes hambrientos; una cosa es la ocupación territorial e institucional otra exterminar a los espontáneos, a los sicarios irredentos que siempre estarán atentos de asesinar a quienes fueron actores de su derrota.

La mano de Rosella me hacía olvidar al Secretario, al hotel del río, a Balodenka pianista ruso de otra narración, a casi todo, y fue, justamente su mano, la mano de Rosella la que me salvó la vida. No fui un personaje relevante de la resistencia, a lo mejor un buen soldado de la causa, con alguna que otra acción facilitadora de una victoria incompleta pero valiosa, cercano al Secretariado, pero no el blanco

principal de una venganza o de una acción magnicida. Eso hubiese sido así si el blanco hubiese sido un miembro de la Comisión Política o de la Comandancia.

El individuo salió de improvviso de detrás de un árbol. En su mano derecha empuñaba un revólver, un Colt. Supe que no era un asalto o un robo pues no exigió nada ni profirió amenazas: sin más se arrojó contra mí. Rosella no era el blanco, y para desgracia del sicario, al descuidarse de ella cometió el último error de su vida. La Sombra con un movimiento tan vertiginoso como repentino se llevó la mano a la cabeza, arrancó uno de los palillos y lo clavó bajo la órbita derecha del asaltante. El hombre quedó estacado en el tronco del árbol desde donde acechaba, su cráneo perforado y una mirada perpleja, desvinculada.

Le arrebaté el arma que caía al suelo y le apunte a la frente

Rosella me detuvo.

-Está demás –me dijo –luego estará muerto.

Desde aquella vez que vi subir al Picahielos por la escalera de madera de castaño del hotel Vigilante que no me sentía tan atemorizado; no sabía si por el atentado o por la acción de la Sombra.

Miré a Rosella

-Es de acero, sabes –me dijo, sacando el segundo palillo y enseñándomelo.

Su pelo se desarmó en dos trenzas que se abrieron como un abanico, cubriendo por un instante su cara.

¿Cuál era la causa del aura en el avión?, ¿Era todo una fantasía prolongada, un sueño del que no puede emerger, de esos que preceden el final? ¿O don Quentino y toda su historia y este momento en el que Rosella me apretaba la mano era real?

Recuperé pues mi presencia de ánimo. Había sido un combatiente y el que la Sombra también lo fuera no excluía esa convicción. De tal modo que me acerqué al miserable que parecía mariposa aleteando en un insectario, lo desencajé del tronco arrancando el palillo de metal y cayó al suelo como un higo gigante y podrido. Revisé sus ropas y no encontré más que una caja con cinco balas de 9 milímetros. Nada que lo identificara ni revelara el motivo de la agresión. Le alcancé el palillo a Rosella.

-Por si alguien te ha visto con ese peinado, mejor lo tiras Rosella lo limpió con un puñado de maleza.

-Mañana encontrarán a este tipo y eso será todo, hace poco estábamos en guerra, aunque muchos no se enteraron. La policía de estos lados encuentra muertos a cada rato, y los mandan a la fosa común

Rosella apuró el paso.

Habíamos llegado a la casa donde con Emilio arrendaban un departamento independiente. La casera preparaba café. Nos sentamos con ella junto a la cocina a leña y la Sombra fue al baño y regresó fresca, con un suave olor a colonia. La dueña nos sirvió dos tazas. El serpentín y la calefacción humeaban vapor. Terminada la bebida subimos. En el dormitorio Rosella depositó la viola en una banqueta forrada con vellón, lavó los palillos y los guardó en una cómoda, en un rincón. Después se despojó de su ropa, colgó el vestido negro en un ropero y desnuda, mostrando sin pudor su cuerpo adolescente entró al baño.

-Venga, señor Ramírez, o como se llame de verdad –me invitó mientras abría la llave del agua caliente.

-No será por lo de la viola –con frecuencia preguntaba lo que no se debía preguntar.

-En parte –Rosella corrió la cortina de tela.

Dudé, tratando de recordar mi propio y verdadero nombre.

-Soy mayor de edad hace años –aseguró.

La imité y bajo el chorro tibio del agua con olor a leña la abracé sin miedo, buscándola, encontrándola, inclinándome, besando allí donde sabía que estaba el pequeño y ahora húmedo tatuaje de una viola.

-No sé qué hiciste en tu vida anterior –canturreó despacio bajo el agua de la ducha - pero tendré que cuidarte mucho y preguntarte entre otras cosas cómo pudiste comprar esa viola

Y por mi parte tendría mucho que averiguar sobre ella y jamás contarle el hallazgo de la caja fuerte, con Ingrid, en el hotel Vigilante.

En la mañana Rosella me preguntó:

-¿Te has acostado con mujeres mayores?

-No estoy muy seguro, quizás en un sueño, como uno de los personajes de Murakami.

El piano. (Año 2020)

Parecía una casona abandonado de gente pero en buen estado estructural. Incluso a través de sus ventanas limpias era posible ver algunos muebles y una escalera de madera oscura, que caracoleaba hasta el piso superior. De este sobresalía una veranda que cercaba, en la altura interior, el espacioso recibo. Un balcón de metal que se abría en el segundo piso, permitía una visión del lago. Habíamos explorado minuciosamente los alrededores y no encontramos rastros de militares. Sobre el dintel de la puerta se leía: "Hotel Vigilante".

Tiré de una cuerda atada a una campana que colgaba del vano y pronto escuché pasos que se acercaban desde el interior. Me abrió una mujer de unos cuarenta años, vestida de negro y con un delantal blanco con algunas manchas de aceite. Mis cinco compañeros de la columna 22, llamada Jorge Klein, me esperaban ocultos a unos pasos, en una aglomeración de coigües.

-No es temporada, aún –me dijo la mujer con un sutil acento extranjero – el hotel Vigilante abre en invierno y en verano, otoño y primavera está en mantención.

El Secretario me había encomendado la misión de buscar un lugar seguro, a orillas del lago, para recibir una entrega. Ese parecía uno de ellos. Era un lago extenso, que se alargaba en dirección oriente poniente, en que destacaba una península en forma de pescado en cuya orilla norte se levantaba aquel hospedaje. Hacia la cordillera se estrechaba en un estuario antes de tocar la frontera con Argentina.

Nos perseguía el Picahielos y su compañía de sicarios, unas diez horas detrás de nosotros, después que el delator de Lastra delatara nuestra presencia en Colico. Hubiésemos podido enfrentarlo, pero el Secretario no quería bajas y los secuaces del Picahielos estaban bien armados. Y si alguno caía en sus manos, bueno, el torturador era un puro reflejo de perversidad. Era astuto e irreflexivo y tengo la impresión que ni siquiera odiaba a sus prisioneros a los que torturaba, mutilaba y finalmente los decapitaba, casi sin entusiasmo, impasible, aburrido de hacer siempre lo mismo. Dicen que se le veía una suerte de sonrisa cuando con la motosierra talaba el árbol con el que construía una cruz bajo la cual, como

cualquier cristiano, hacía enterrar a su víctima. También le decían el Leñador. El secretariado lo había condenado a muerte. En ausencia, por cierto.

El Secretario había ordenado que me escoltara un pelotón de cinco combatientes hasta el lugar donde debería esperar el lanchón con armas que nos harían llegar a través de la frontera y por el lago los militantes del país al otro lado de la cordillera. En esa zona los pasos fronterizos lacustres estaban poco resguardados. Ese cargamento era indispensable para desalojar al ejército de los territorios al sur del río Bueno.

No llevaba camuflaje, ninguno de nosotros lo usaba, aunque a algunos les hubiese seducido. El Secretario había sido categórico: esta no es una lucha de guerrillas, había señalado.

Pero sin duda era un combatiente. Llevaba una pistola, unos anteojos de larga vista y una radio. Acompañado por la encargada del hotel subí por la escalera hasta el ventanal que se abría a una terraza, a modo de mirador. Ella se percató de mi oficio el primer momento.

-Todo el interior del hotel está construido con madera de castaño –me ilustró, mirando la pistola sujeta con el cinturón sobre mi cadera derecha.

La vista era magnífica, estratégica, con los anteojos de larga vista escudriñé el lago, calmo, sin islas que interrumpieran la visión. No me sería difícil descubrir la embarcación.

El Secretario era un hombre de pelo blanco, calvo en la coronilla, de contextura que bordeaba la gordura, ojos pequeños, ligeramente cojo de la pierna derecha. Se afirmaba que también había participado, desde la clandestinidad, en la lucha contra la primera dictadura. Debió ser muy joven. Sus órdenes eran precisas y si era requerido, las fundamentaba:

-Ramírez –una vez que llegues al Vigilante, enviarás a los cinco hombres que te acompañaban a reunirse con el destacamento dieciséis; un hombre basta para reconocer el envío y avisarnos. Llevarás una radio.

-¿Cuánto tiempo estaré allí? –inquirí.

La cabeza del Secretario se movió con una extraña inestabilidad, como si estuviera sujeta por alambres. Era la forma en la que quería decir, más o menos: “lo sabrás cuando sea necesario”.

Esa tarde hice efectiva las instrucciones del jefe y envié a mis hombres al sur, a unirse con la vanguardia. Quedé solo. La mujer se convenció que no me iría.

-Me llamo Ana –dijo y este es un lugar inseguro –me advirtió.

-¿Inseguro?

-Es fácil extraviarse en esta península.

-No estaré mucho tiempo, dos días –le aseguré y pagaré por la pensión.

-Eso no será necesario, si no hay cambios este año no vendrán turistas pero los suministros llegarán igual. El patrón es muy preocupado, me dice que aunque la guerra posiblemente los ahuyentará, si llegara un viajero no debe faltar nada.

Era la hora de almuerzo.

-Me llamo Simón Ramírez, me presenté.

La acompañé a la cocina donde me ofreció un plato de charquicán y un vaso de agua que acepté. Después subí, llevé una silla al mirador, instalé el cobertor de la cama en su techumbre y lo hice caer hasta el barandal de hierro. De ese modo me ocultaba de miradas y peligros inoportunos. Así, fuera del alcance de miradas inconvenientes, me acomodé a estudiar el estrecho, al fondo, sus bordes, sus líneas, los árboles en sus márgenes, las luces de sus orillas, su oscuridad con los prismáticos en banda de infrarrojo. La radio, los anteojos y una pistola Mansfield semi automática de diecinueve tiros y que ya consideraba mía habían sido producto de una recuperación, dos semanas atrás, a una patrulla militar equipada y comandada por un comando mercenario.

Nunca dormitaba cuando estaba en mi puesto, vista y oídos atentos, con la cartuchera abierta y una bala en la recámara. El viento en el lago se levanta sin aviso, acalla los ruidos y espanta a los murciélagos. Por sobre las ráfagas sí se distingue el graznar de las bandurrias insomnes. Por encima del bramar de la ventisca escuché, precisas pero apartadas, las notas discontinuas de un piano. No me gustó ese sonido de origen humano en medio de las estridencias de la naturaleza; deformaba mi percepción de contingencias. Por lo demás nunca me atrajo el piano. Desde la adolescencia mi ocupación estaba cerca de los animales, más sabía del rebuzno de un burro o del tauteo de un zorro que de la música clásica. Había disfrutado un par de años como interno en una clínica veterinaria. Me gustaba el trabajo en terreno.

En contra de todas las precauciones pero ocultando la brasa entre mis manos encendí un cigarrillo. Aun así la lumbre, fugazmente, me encandiló. Lo apagué de inmediato: no supe si fue el destello del tabaco o una luz, a lo lejos, en medio de esas aguas negras como si fuese un océano de petróleo lo que me puso en máxima tensión. El piano, apagado, con pausas armónicas, seguía tocando. Me

incorporé molesto y observé ese punto luminoso. Sin duda se acercaba. El piano calló y sentí un golpeteo en los vidrios de la ventana de mi puesto. Era Ana. Entorné la puerta.

-No se preocupe –me dijo –es el bote de Euterbio, el barquero que nos aprovisiona cada dos semanas, por tierra no es posible, o los militares o los suyos impiden el acceso, son los que cortan los caminos.

No me sentí aludido.

El farol se aproximaba por el norte.

-Apague las luces –le ordené.

-Debo mantener encendido el farol del embarcadero, de otra manera se estrellará con el risco –dijo.

-Ruegue porque sea ese Euterbio –le dije sacando mi pistola y bajando al patio con ella –porque si no correrán balas.

El contorno de la barca se iluminó con la luz del fanal. Tenía una vela cangreja en la proa y una larga caña unida al timón. Era un chinchorro de seis metros, sus cuadernas desgastadas por la roya de las algas del agua dulce y cargado hasta su borde. Un remo descansaba en su chumacera. Euterbio bogaba con el otro.

Me mantuve en la penumbra. El botero enfiló la embarcación y la detuvo con destreza junto al pequeño malecón.

-Viene todo lo pedido –dijo chapoteando en la orilla con sus viejas botas de goma–y debo regresar en cuanto descargue.

La mujer se arrimó y fue recibiendo lo que el botero le entregaba. Conté tres sacos, dos barrilitos, diez cajas y seis bidones de quince litros. Todo quedó en las tablas del muelle y Euterbio sin demora remó, retrocediendo. La lámpara en el mástil se había apagado. La señaló con un dedo:

-No te preocupes Ana –gritó –llegaré con luz al otro lado.

Y desapareció en la noche.

Guardé el arma y ayude a Ana a llevar al hotel la mercadería. Reconocí los envases con los tarros de cerveza, una caja con doce botellas de vino, cuatro de conservas enlatadas, dos bidones de parafina, dos de agua y dos de contenido no identificable.

La dejé ordenado en la bodega, en el subterráneo y subí a mi improvisada cofa.

Ana me agradeció la ayuda y me enunció que iría a dormir, que si escuchaba un piano no me alarmara, que tenía por costumbre tocar unos minutos antes de irse a la cama.

Amanecía cuando decidí dejar el balcón. El enemigo no se atrevería a navegar a la luz del día. También habíamos capturado un helicóptero Scorpio, artillado, capaz de abatir cualquier embarcación visible. En caso de emergencia tendría que radiarlo y darle mi ubicación con el GPS.

Me acosté vestido en la amplia cama del cuarto detrás del balcón. La Mansfield sobre mi pecho, unida a mi cintura por una correa, más pesada que el gato Eliodoro, que acostumbraba dormir encima de mí cuando hacía turnos en la clínica veterinaria.

Desperté con el sol en la cara y me levanté de un salto, con la pistola en la mano. Era inaceptable que me hubiese quedado dormido. Miré la hora, pero eran las diez y veinte. Había descansado más que suficiente. Sonaba el piano otra vez. No se escuchaba otro sonido que ese teclear que, aun en mi ignorancia, percibía la falta de dos o tres notas. O como me dijo Ana, mientras tomaba desayuno, la omisión de un acorde.

El piano enmudeció al bajar y pisar el tercer escalón de la escalera. Crujía levemente, quizás con menor intensidad que el propio instrumento. Caminé en puntillas, sin hacer ruido ni guardar el arma, atento a cualquier ruido o movimiento que significara riesgo. Parecía no haber había gatos ni perros en ese hotel. Los ventanales de la caja de la escalera estaban oscurecidos con cortinas de felpa, gastadas, del color de la piel de la ciruela. Peldaño por peldaño me fui habituando a la penumbra y al llegar a la planta baja el silencio era invasivo, provocador, sin características distintivas lo que obligaba a la máxima prudencia. Era parte de las enseñanzas de nuestro instructor. Del silencio y cómo interpretarlo. A veces el silencio era señal de paz y respiro, muchas de amenaza cercana, pero no siempre eran descifradas en forma correcta y un error podría ser fatal. El silencio real no mueve el aire, afirmaba, el falso sí lo hace y roza las mejillas como el ala de una polilla: el silencio verdadero mantiene abiertos los oídos, el silencio artero los entorpece. Me detuve. Era un buen silencio.

Los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas, las alfombras enrolladas contra los guardapolvos. Atravesé el salón, espacioso, de seguro lugar de grandes recepciones y probables orgías, más que probables según me confidenció, después, Ana. A mi derecha el comedor, con una larga mesa cuyo extremo más alejado, sumido en la penumbra, no era visible, tenía sus sillas ordenadas a sus costados. Un trinche que ocupaba casi toda una pared, tocaba el techo y

atesoraba detrás de sus cristales la loza que brillaba aún en la negrura. Di unos pasos hacia mi izquierda y empujé la puerta de batientes. Ana estaba en la cocina, ahora con un delantal impecable y el pelo soleado recogido en un moño. Sus ojos claros y su nariz delgada destacaban en su rostro noble. Aún era muy atractiva. Seguro que ella o su familia vinieron de Europa del este.

-¿Huevos?, ¿Café?

-Sólo café –acepté.

-¿Azúcar?

Asentí.

-¿Toca el piano? –indagué

-Sí –me dijo- pero le faltan teclas y por ellos las melodías que en él se pueden interpretar serán siempre incompletas, se saltarán y excluirán acordes con una intermitencia que dependerá de la composición, ya se lo haré escuchar.

Ana filtró el café y puso una taza sobre la mesa.

-Siéntese –me invitó –que le puedo contar una historia.

Miré por la ventana. No podía permitir que el olor del café y la charla me distrajeran. No esperaba todavía alguna acción proveniente del lago, pero por allí rondaba el Picahielos y él era hábil enramándose en esos bosques, mañoso en las encerronas. Su apodo me recordaba a Trotsky y a su asesino, Mercader.

-Daré una vuelta y después le acepto la historia.

Tardé una hora. No había rastros hostiles. El sol brillaba sobre el agua y los reflejos se entrometían ente las ramas de los lingues y los hualles, penetrando la espesura y saliendo de ella con el mismo ritmo de los lacónicos tumbos del oleaje. Pero la manifestación humana no pasa inadvertida para un combatiente, la huele, como los protagonistas de la Guerra del Fuego olían a las tribus hostiles. El cine sí me gustaba y esa película en particular. Pienso que su director era especialista en rastreadores, batidores, en tácticas de camuflaje, en emboscadas y encerronas. Era una cinta recomendada por el Secretario.

Pero en torno al hotel Vigilante, no había percibí enemigos armada. Volví al hotel. La mujer limpiaba el pasamano de la entrada.

-Esta era la residencia de verano del Presidente Ibañez y ese –me orientó levantando una mano –detrás del mirador donde veló anoche, era su dormitorio.

Recordaba a varios Presidentes y por supuesto a Ibañez, lejos en el siglo pasado. Provinciano de la pequeña localidad de Linares, militar ambicioso, llegó a la jefatura de gobierno después de una elección popular, utilizando en forma eficaz, sin limitaciones, el parrafeo y la hojarasca, en suma, la demagogia. Y en eso fue más allá que los comedidos dirigentes de los partidos tradicionales, conservador y liberal. Al final no fue otra cosa que el administrador de una república oligarca, pretendidamente democrática, moderadamente corrupta e indolente. Una nación flácida que demoró en despertar. Después de ciento sesenta años de la Independencia y doce después del término del mandato del general Ibañez. Y no estuvo mucho tiempo despierta. Tres años y luego se despeñó encima del país la primera dictadura, la más brutal, que llevó a la muerte y desaparición a miles de compatriotas.

Sabemos que la resistencia se organizó en forma lenta y obstinada y felizmente eficaz y que la movilización social fue el eje de la derrota civil del siniestro dictador y también, como después, la carcoma de la corrupción contaminó de tal modo a los políticos y las instituciones de la República que provocó el segundo golpe, el que aún resistimos, el que me tiene aquí en el hotel Vigilante, esperando los pertrechos argentinos y al Picahielos. De nada valió, como nos repetía incansable el Secretario, el ejemplo de la lucha contra la primera dictadura, esos diecisiete años de organización, militancia, clandestinidad tenacidad, valor, lealtad y unidad de las fuerzas democráticas. Con la velocidad de un asteroide y las peculiaridades malignas de una extinción, la podredumbre que induce el poder y el dinero y que contaminó a los políticos mandó a la mierda todo lo obtenido. Había instituciones infectadas sin duda, herencia de la dictadura que los responsables de la naciente democracia no tuvieron los cojones de eliminar, el poder judicial y los jueces, sin duda, la policía y el ejército y otras que se pervirtieron precozmente como el congreso nacional, los encargados de la administración del Estado y los miembros de instituciones de discutible valor democrático, huellas de la dictadura que quedaba atrás, como el tribunal constitucional, las fiscalías y tantas más. La política no es mi especialidad, pero se va aprendiendo en la medida en que se va combatiendo por ella.

Supuse que debía resignarme a la historia de la mujer. Antes de empezar su relato me señaló la baranda que subía.

-Vamos, quiero enseñarle algo.

Salimos de la cocina y recorrimos un corredor con grandes ventanales, cuadrículados, con vidrios más pequeños biselados, empañados por el vapor que llegaba de la cocina. Ahí, alineados esperando a los visitantes, sillones de mimbre, mesas y lámparas de pie. Al término del largo pasillo un anfiteatro con butacas

enfundadas en paños blancos y frente a ellas, un piano de cola, de color rojo. Parecía muy viejo.

-Es un instrumento de 1899, de los primeros fabricados –me reveló.

Algo inquietante de aquel piano saltó a mi vista y me preocupó, pero no por ella misma, sino porque me pareció tan hostil que me hizo perder la atención de mi tarea, por segundos. En segundos se genera un descalabro y se gana un balazo en la cabeza. Esa anomalía se revelaba en la ausencia de algunas teclas y en algunas blancas se veían estrías violáceas e irregulares en su superficie, que en mi experiencia como combatiente, correspondían a sangre seca, antigua, imborrable.

-Este piano perteneció a la Academia de Música de Moscú y en el tocó el asombroso Dmitry Valminsk. Las manchas son de la sangre vertida por sus dedos amputados.

-Se nota –dije –nos instalaremos en el balcón, no puedo descuidar mis obligaciones.

Miré la hora, faltaban minutos para las diez de la mañana.***

Ana aceptó. Llevé otra silla y una mesa redonda y baja, acomodé la cobertera para que nos ocultara a ambos, y con la radio sobre el mueble, los anteojos de larga vista a la mano y una oreja atenta al escenario en torno y la otra al cuento de Ana, la escuché.

Ocurre, inició, que los músicos pueden ser unos malditos, como Balodenka Gólubev.

-¿Balodenka?

Un aprendiz de pianista, era hijo de comerciantes adinerados, cuya afición por la música que manifestó en la adolescencia fue una reacción a la rústica educación de sus padres, hábiles con los números y los negocios y con seguridad cercanos al analfabetismo. Era un joven de estatura mediana, pelo plumizo, nariz despuntada y piel extremadamente blanca. Sus manos eran fuertes y flexibles. Era locuaz y bastante seductor y la riqueza de sus padres lo hicieron altanero y abusivo. Desde muy joven tenía una legión de admiradores y oportunistas que lo seguían donde fuera, reservándose para ellos sus favores y su dinero y tolerando sus atropellos y humillaciones. Ingresó a la Academia de interpretación musical en Moscú no sólo por la influencia familiar, sino porque demostró algún talento permisible en la interpretación del teclado. Fue un muchacho estudioso que pronto se deshizo de aduladores y sometidos y uno de sus maestros de piano, Sergei

Kosinsky llegó a decir que sería un templado pianista. Uno de sus compañeros, el tecladista Rionov, en cambio, lo calificó como un virtuoso canalla. Tenía algo de solapado y mentiroso en su actitud corporal y en sus conductas, aunque dominaba su arrogancia y se esmeraba en los ejercicios y rutinas. Es cierto que egresó con algunas distinciones y en el examen final le tocó interpretar un trozo de la sonata para piano número treinta y siete en mi mayor de Haydn, lo que hizo discretamente.

Balodenka, al salir airoso de la prueba formó parte del elenco de intérpretes secundarios que postulaban a un puesto en la orquesta Filarmónica de Leningrado. Fue aceptado pues podía mantenerse, los salarios no eran suficientes sobre todo en invierno y porque el examen ante el instrumento aunque considerado apenas correcto fue estimado aceptable y perfectible. A eso hay que sumar la gruesa suma de dinero que su padre debió depositar como seguro de educación por si el pupilo fracasaba. Los directores de la Academia, convencidos de aquello, apostaban por ese dinero en sus arcas. Ese era el camino hacia el elíseo de los zares. Sus primeras actuaciones públicas, detrás del piano en bambalinas, podría asimilarse al de las sombras detrás de los violines y las violas, aunque sin duda inferiores a ellas.

Ahí quede fuera de todo.

-¿Sombras?

-Eran, habitualmente mujeres, intérpretes ciegas que detrás de un solista, en su sombra, estaban preparadas para continuar con la interpretación si fallaba una cuerda, alguna parte del instrumento del artista o este cometía un error grosero. Se dice que sólo Paganini se resistía a tocar con una sombra.

Paganini –me suena.

-Hay historias de ellas, también –la mirada de Ana se detenía, abandonada, en el horizonte limitado de la manta que nos cubría.

Ana calló unos minutos, se puso de pie y avisó que bajaba a la cocina. Pronto apareció con un plato de polenta y rebanadas de queso azul. Delicadezas del hotel.

-Iré a descansar –me anunció –volveré y reanudaré la narración después.

El resto de la tarde traté de no descuidar ni un minuto de vigilancia. Algunas abejas aprovecharon los restos de la polenta y volaban de regreso a sus colmenas, rozando las pozas de agua, cargadas con los granos como minúsculos hidroplanos en maniobras de abastecimiento.

Una llovizna de la que no me percaté había purificado el aire y humedecido los bordes secos de los humedales que circundaban el hotel. Cambiaba la situación. Merodear por pantanos es distinto que hacerlo en un páramo reseco, como también lo es y más complejo, en un ambiente en que se combinan ambas condiciones. Quizás esa fue una de las causas que incidieron en la derrota de los yanquis en Vietnam y no la más importante. Creyeron que siempre atacarían o acecharían en medio de lluvias torrenciales o monzones, chapoteando en manglares o riachos e ignoraron que en ese país también hay llanuras donde el sol seca la hierba que cruje bajo las pesadas botas militares.

El Picahielos era un soldado feroz, pero sin experiencia. Nunca le había visto el rostro pero se decía que iba al ataque de frente, confiando en el temor que ocasionaba su presencia, logrando, no pocas veces, que nuestros hombres huyeran ante su sola presencia. Recuperamos algunos de ellos, otros no se reincorporaron a la lucha. Tal vez él ha aprendido de manera empírica de los capitanejos, como lo retrataba el Secretario, esos hombres mestizos, con sangre mapuche y sangre huinca, que con voluntad y fiereza defendieron sus territorios pampinos en este país y al otro lado de la cordillera. Sin tener sangre india, se decía que el Picahielos reclamaba la semblanza con uno de los grandes capitanejos, el nombrado Calfucurá, de quien se decía era seguido por un jinete que lo protegía de la muerte. Pero al contrario de éste, que llegó a ser por gracia coronel del ejército de la Confederación Argentina, el Picahielos se ha vendido a las más mezquinas de las opciones, el dinero y poder. Ese gaucho fantasma que lo amparaba me sonó a una sombra, como aquellas a las que había aludido Ana.

Ana regresó al atardecer.

Puse el dedo índice de mi mano izquierda delante de mis labios y Ana comprendió, guardando silencio. El croar de las ranas crecía al ritmo del remonte de la penumbra, ya callarían en la mañana. Ese charlear no variaba la secuencia ni la variedad del trino de los pájaros, ni se alteraba el ruido monótono de las mínimas olas del lago que golpeaban contra el atracadero. Nadie venía, ni por tierra seca o mojada, ni por el lago, ni por senderos furtivos cubiertos de grava.

Bajé el dedo, Ana asintió y habló con una seguridad incommovible:

-Conozco los ruidos de este lugar, los del día y de la noche, cuando llueve o cuando no hay nubes en el cielo; antes que se muestre un inesperado, un furtivo, lo detectaré, también si es uno o muchos, si traen alguna carga o caminan livianos, si se desplazan por la fronda o buscan los calveros, si quieren o no que se sepa su presencia, puedo adivinar hasta sus intenciones, no, no soy una bruja

ni debe inquietarse, es la experiencia, la soledad. Lo pondré sobre aviso oportunamente.

Mi mano derecha aflojó la presión sobre la Mansfield. Tenía los dedos acalambrados. Ignoro el por qué, pero le creí. El Secretario me habría dicho que era un pelotudo imprudente, casi un suicida, un irresponsable sin remedio.

Ana levantó unos centímetros la carpa improvisada y miró la orilla del lago.

-Euterbio llegó sin novedad a puerto Arenoso –anunció –está en la costa sur, cerca del balneario de Funaripe.

-¿Cómo lo sabe?

-La distorsión del oleaje, ya embarrancó el bote y lo dejó en seco, el lago lo anuncia.

Me dieron ganas de fumar, saque la caja de metal que me regalara el Comandante Eduardo y le ofrecí a Ana. No aceptó.

Fumo muy de tarde en vez –dijo.

Bien, continuó Ana su relato sin que la animara, Balodenka perseveró y fue remontando en su carrera en parte por su talento, que había aparecido y también por las interesantes bolsas de rublos que sus padres donaban al Coro Musical Imperial y a los innumerables funcionarios zaristas, cualquiera fuera su cargo, siempre dispuestos a escuchar, recibir y prometer. La influencia de estos personajes era siempre aleatoria, pero inexcusable si se quería evitar que un candidato a ser parte de la aristocracia sinfónica se enredara en las múltiples encrucijadas de la música y de palacio y terminara en las puertas de la Academia esperando a que alguien lo compadeciera.

Me imagino que deben haber pasado algunos años antes que Balodenka tuviese una legítima oportunidad de ocupar el sillín del piano en un concierto del Coro Musical. Por cierto en años previos a la revolución bolchevique. Él desde luego no era el único aspirante, ni el mejor y no lo ignoraba. Lo enfermaba de envidia el talento de otros dos jóvenes pianistas, Valminsk y Gorbianky, de menor edad y que cautivaban a la audiencia, aun la más selecta y por encima de todo encantaban a Liádov y al director titular Nicolai Kaminsny.*** Nadie en el universo de la música en San Petersburgo, así se llamaba Leningrado y así se ha vuelto a bautizar, ponía en duda que o Valminsk o Gorbianky, esos jóvenes aprendices, ocuparían el lugar de Liádov, el maestro, el irremplazable pianista amado por zares y revolucionarios. Como también todos olfateaban el futuro rutinario, de sustituto, por no llamarlo mediocre, que esperaba a Balodenka Gólubev. Y de ese

modo se habrían dado las cosas a no mediar la ambición y la vileza de ese canalla.

Durante un crudo invierno, la primera vez que el director, en la obra para piano: Romance en fa menor de Chaikovsky, que se interpretaría en el teatro Mariinski en honor a una delegación diplomática francesa, instaló frente al piano a Valminsk, Balodenka cayó afiebrado por los celos. Estuvo tres días sin salir de su pieza, fumando como cuartelero. Balodenka detestaba el vodka y no bebía. Dijo que unas fiebres lo habían alejado transitoriamente de los ensayos y regresó una semana ~~de~~ después. Se había recuperado al enterarse que su compañero Valminsk se había equivocado en tres pasajes de la interpretación y que Nicolai Kaminsky había estado a punto de hacer subir al escenario al propio Liádov.

En abril de ese mismo año, el director volvió a darle la espalda a Balodenka y a Gorbianky al pedirle, por segunda vez, a Valminsk que actuara como solista en una gala en el Palacio de Invierno. Decidió pues el canalla intervenir el piano del favorecido y convenció para ello a Gorbianky. Éste, si bien se negó al principio acuciado por el temor y la certidumbre de su culpa, acepto convencido por Balodenka que era la única forma de desbrozar el camino de malezas geniales como Valminsk.

Con el acceso a los instrumentos utilizados en todas las funciones no les fue difícil llegar hasta el piano que sería instalado en el Salón de Malaquita para honrar, con su música y consecutivamente en dos veladas a los invitados. Uno de ellos era el célebre neurólogo francés Jean-Martin Charcot y el segundo James Joule, el corpulento y anciano físico inglés. La presencia de mayordomos y criados que preparaban el lugar les impidió, la noche anterior al primer concierto, meter las manos en el piano

La primera interpretación de Valminsk, bajo la tranquilizadora y serena sombra del suplente de Liádov, y sin los célebres invitados, para los cuales estaba preparada la segunda, fue extraordinaria. Testigos impacientes de ello, sentados en una fila lateral, Balodenka y Gorbianky se convencieron, con más fuerza que nunca, lo que les esperaba si no actuaban contra el abusador. Así lo llamaba el canalla, quizás convencido que la capacidad interpretativa de su rival no era otra cosa que una meditada y odiosa deslealtad.

Fue en esa ocasión en que Balodenka olió la envidia de Gorbianky, cuya actitud ante el virtuoso Valminsk no se había manifestado explícitamente. Era un olor acre, a fruta de fermentación excedida, a veces inapreciable para cándidos con mal olfato, pero para Balodenka, maestro en esa impiedad, de total evidencia.

Levanté la mano para interrumpir a Ana.

-Había escuchado que hay toreros que salen a la arena con olor a muerte –dije –que sus compañeros la huelen antes de que los corneen.

-Es posible –y Ana continuó impasible.

Apagadas las resonancias musicales y las repercusiones conmovidas de los expertos, ellos y los habituales asistentes de las veladas en la sala de Malaquita se retiraron. La servidumbre retiró lo que había que retirar, limpió, barrió y se devolvieron a sus dormitorios. Era el momento justo. La estancia había quedado sin vigilancia.

Balodenka y Gorbianky, con el nerviosismo de primerizos se dieron maña pero sólo variaron la dirección de dos macillos y aflojaron un apagador del piano creado por Blütner, regalo del Archiduque de Habsburgo a la casa imperial. No necesitaron probar el teclado. Ya vislumbraban los resultados de la intromisión. Las manipulaciones en el instrumento eran suficientes para provocar un descalabro.

Quince días más tarde, sentado al piano que nadie había utilizado desde la anterior presentación y verificando su afinación, Valminsk notó que algo inusual sucedía. Pero era tarde para remediarlo. Los concurrentes llenaban las aposentaduras y las cortinas posteriores de la lujosa sala se abrían para dejar pasar a Charcot y a Joule y luego a la familia imperial. No tenía tiempo para zambullirse hasta las entrañas del instrumento para saber la anomalía. En los largos minutos antes del inicio de la función supo que la falla estaba en el macillo de las teclas veintinueve y treinta y uno y en apagador de la cincuenta y ocho. Su prodigiosa memoria y su capacidad de persuasión fueron en su ayuda. La primera la utilizó para seleccionar pasajes de un concierto para piano que no requiriera de esas teclas y la segunda para convencer al director de cambiar el repertorio. Ambos logros conseguidos. Pues se sirvió de unas piezas de piano de Nápravník para resolver la infamia causada por Balodenka y de la admiración que por él tenía y la buena disposición de Nicolai Kaminsky para que aprobara aquel epítome.

Su interpretación, sublime, recibió elogios superlativos. Sus arreglos eran de una belleza privativa de los genios musicales.

Balodenka, descompuesto, huyó en medio de los aplausos y vomitó su aversión en el enjuagatorio del palacio.

Nuevamente el perverso se encerró en su cuarto pero en esta oportunidad se puso a beber, costumbre que disimularía pero que no iba a abandonar más. A su pesar, nadie lo echó de menos, Valminsk ya era considerado lo suficientemente grande como para cubrir las necesidades rusas de grandes creadores e

intérpretes en piano de las siguientes dos décadas. Los compañeros de ese excepcional artista fueron siendo relegados a orquestas o ciudades secundarias evitando cualquier conducta vejatoria, ubicándolos en distintas sedes orquestales donde pudieran desarrollarse lejos de la encandilante luz de Valminsk. Todos aceptaron de buena gana, intuían la trayectoria en permanente alza del joven discípulo que para ellos era irremontable. Todos claro menos el canalla que tuvo la certeza que la única posibilidad de conseguir la celebridad y el reconocimiento era deshaciéndose del enemigo.

El silencio de Valminsk, que atribuyó los defectos del piano a movimientos bruscos e involuntarios causados por los ujieres a cargo de preparar el lugar para el concierto, fue lo que lo perdió. Si hubiera enterado al director que sospechaba la intervención de terceros, si esa intervención se hubiese investigado, si el o los culpables hubiesen sido encontrados y castigados, la interpretación musical rusa habría llegado a una cumbre inalcanzable. Valminsk no iba a tener iguales.

El pequeño genio regresó a los estudios y las prácticas cuando ya se sucedían las despedidas de los otros noveles intérpretes. Ni Balodenka ni su socio tenían lugar asignado, lo que el primero atribuyó a sospechas sobre él por el estropicio del piano. Pero no era esa la razón. Nadie, ni el más insidioso de los seres humanos hubiera conjeturado que un pianista, no importando su condición, pudiese arruinar esa maravillosa máquina melódica para obtener ventajas. A pesar de la dura oposición del director, argumentando de muy buena fe que Balodenka se posicionaría y se disciplinaría fuera de Moscú, el indecente obtuvo un espacio en la gran ciudad. El dinero de su padre había logrado convencer a los burócratas, que de música e interpretación no sabían más que los que componían la Duma Imperial

-O nuestros parlamentarios –añadí

-Quién puede saber –Ana siguió adelante.

Balodenka obtuvo además que su cómplice fuera su sombra en sus menos que ocasionales y casi siempre abortadas audiciones. Sobre eso no hubo reparos. Algunos rublos más, eso sí. Su resentimiento aumentaba en la misma medida en que retrocedían sus capacidades musicales.

Al cabo de unos meses Balodenka, el antiguo abstemio, resignado por carencias interiores al estímulo del buen vodka, tuvo diseñado su plan conclusivo. Gorbianky no tuvo más remedio que aceptar. Lo contrario habría significado su desvinculación profesional, la bancarrota y la perdición. Lo que no podía permitir, se había casado con una espigada lapona y tenía un hijo de meses.

Pasé la noche buscando un relumbre, una señal en el lago. Ana me acompañó con su relato.

Temprano, el sol, al ascender, parecía haber labrado un surco en el cielo, un camino fosforescente como huella de caracol. Aproveché una pausa de Ana para recorrer con los ojos pegados a los lentes de larga vista la vasta superficie del lago. No ponía en duda que el conocimiento de la zona, de las vibraciones del bosque, del canturreo de la lluvia, del rumor del viento, del paso de los animales que debía tener Ana era de gran utilidad, pero las circunstancias de la guerra que librábamos y mi entrenamiento me hacían creer que era más apto para descubrir la cercanía del enemigo. El lago estaba dormido, oscuro como el betún, opaco, inmovible a los rayos que el sol le inyectaba. Parecía, con ellos, querer templar sus honduras antes de devolver la luz a la mañana. Ninguna embarcación lo cruzaba, el día crecía callado, entumecido.

Saqué de la caja otro Tudor, de tabaco rubio, que me había obsequiado el Secretario y lo encendí con las precauciones de rigor. El Secretario regalaba todo lo que le llegara. Fumaba cualquier cosa.

-El tabaco te va a matar –me previno Ana.

-Todavía no.

Ana negó con la cabeza: se supo que Gorbianky intentó disuadirlo diciéndole que era más conveniente dejar al genio interpretativo en Moscú. Le habría propuesto ir a probar suerte en las orquestas de San Petersburgo, quizás en Smolensk y en último término en el conservatorio del Kremlin de Astrakhan, ciudad donde, además, rara vez nieva.

Caía el invierno en Moscú.

-No llevarás a tu lapona a ese lugar –le diría Balodenka –allí se cocinaría, ella está preparada para climas más fríos que el de las tundras de Siberia.

El plan consideraba ser auditores de varios conciertos de Valmink para no levantar suspicacias, le dijo a su secuaz y fue en una de ellas cuando pensó que había descubierto el secreto de su envidiado colega. Interpretaba la sonata para piano número veintiséis de Beethoven cuando observó el repiqueteo inaudible de los dientes de su predestinado adversario. Nada dijo pero al siguiente concierto, dos semanas después, ubicado en un lugar cercano al escenario y premunido de unos binóculos, observó los extraños y pequeñísimos movimientos dentarios del pianista.

-Vienes a observar o a escuchar le reclamó Gorbianky.

Balodenka le dio un codazo en las costillas que lo dejó sin aliento. No volvió a importunar a su destemplado y ocasional patrón.

Esa noche cenaron juntos y Balodenka le reveló su descubrimiento.

-El maldito –le dijo aludiendo a Valminsk –reproduce con sus dedos lo que su dentadura le va dictando.

-Imposible, estás loco –le dijo Gorbianky traspasado de vodka.

Balodenka sonrió.

-Te convencerás tú mismo, te aprenderás la tablatura del concierto para piano que tocará Valminsk en la próxima audición y con estos quevedos –le indicó los anteojos que había depositado sobre la mesa -te fijarás en sus dientes, no, no te preocupes, cuando interpreta mantiene la boca abierta.

Corrían ya dos botellas de Moskovskaya y Balodenka pidió una tercera.

La siguiente participación de Valminsk fue solicitada por un descendiente de la rama Hesse-Darmstadt y ante un selecto grupo de invitados. Los aprendices avanzados y los pianistas de la Academia moscovita tenían derecho a anotarse y, habiendo cupos, participar como concurrentes en cualquier concierto que se ofreciera, ya fuera público o privado.

Balodenka y su sometido, que aún esperaba un destino, se inscribieron en cuanto supieron del acto y en tercera fila, en el gran salón del palacio del Duque, Gorbianky no separó sus ojos de los impertinentes ni ellos de la boca de Valminsk.

Había velado toda la noche y sentí el agotamiento. Ana se puso de pie.

-Te traeré el desayuno –dijo –y después descansarás, yo vigilaré.

-Tampoco has dormido.

-No necesito mucho sueño.

Tomé los anteojos y miré el lago. Hice un paneo por el entorno y los posibles circuitos del Picahielos y sus mercenarios. Ana regresó en minutos con una bandeja. Huevos, pan tostado y una jarra con café que comí con entusiasmo.

Ana señaló a sus espaldas.

-Descansa en la cama –sugirió con fuerza y tomó los prismáticos -te despertaré en cuatro horas.

Hubiese obtenido la aprobación del Secretario. Un combatiente, afirmaba, requiere lucidez y energía y eso se obtiene con un descanso apropiado. O dormía o dormía. Mi intuición me decía que debía confiar en Ana y no tenía otra opción. Me retiré del puesto de observación y me tendí en la cama. Después me lavaré los dientes, pensé mientras caía en la incontinencia del sueño.

Soñé con Balodenka que tocaba ese piano lejano que escuchara al llegar al hotel. Mis manos eran las del ruso, pero no estaban bajo mi control. Trataba de coger y martillar la pistola pues presentía, en el pie de la escalera la presencia del Picahielos, pero mis dedos seguían jugando sobre el teclado y mis dientes castañeaban siguiendo las cadencias del instrumento. De pronto sentí que me atenazaban el brazo y que la pistola se alejaba de mí como si tuviese un alma propia. Desperté, Ana a mi lado me tocaba el codo.

-Has dormido cinco horas -la escuché – el piano está cerrado y no hay nadie en el primer piso.

Sacudí la cabeza.

-Eso estaba soñando.

-Tus dedos parecían teclear un piano y tus dientes entrechocaban como si te estuvieras congelando.

Me senté en la cama.

-¿Lees los sueños ajenos?, soñaba con ese tal Valminsk.

-A veces, sí.

-¿Y cuando estás sola?

Ana sonrió. Por el pliegue de la mampara que ocultaba la cama miré hacia el balcón. Calculé el mediodía. El torreón del hotel, algunos metros por encima de mi lugar de observación, no proyectaba su sombra. El aire estaba quieto, cuajado en el calor que apenas disipaban los árboles.

-Una antojadiza primavera –dijo Ana –nunca ha hecho tanto calor en esta época del año.

Salí al mirador y aparté el cobertor. El lago parecía burlarse de mi obstinación. Sus aguas suspendidas, inmóviles, terminaban en una línea de espuma en la orilla del puertecillo. No se vislumbraba ningún cargamento desde Argentina. Ana se asomó. Entornó sus ojos por el sol y descubrí un gesto de preocupación en su cara. Me alarmé.

-Es el viento –Ana levantó la barbilla –que bajará hasta la superficie del agua, si se acentúa empezará a mover al lago.

-¿Mucho?

-Si arrecia hincha las aguas y se hace imposible de surcar.

-Hay que avisar al otro lado –busqué la radio sobre la mesilla.

Ana levantó una mano.

-Los de allá -señaló la cordillera –conocen el temperamento del lago tanto como los de este lado, jamás correrán riesgos; este lago es traicionero.

Silbó apenas el follaje.

-Viene duro –auguró Ana.

Un enjambre de nubes rollizas cubrió el cielo. Pareció que ahogaban la luz del sol, sumiendo el bosque en una noche inesperada. La marisma de súbito se encrespó. Los rizos de las olas que crecían parecían las aletas de miles delfines blancos, semejantes a los que se ven en los mares de Magallanes. Las hojas amarillas olvidadas por el otoño cayeron sobre nosotros y sobre el maicillo de la entrada del hotel. Y por los senderos del bosque. Crujirían si se aproximaba el Picahielos.

Agucé la mirada a través de los lentes. Más lejos la espuma desaparecía y el agua del lago se abultaba. Ana tenía razón. Ya no era una superficie plana, perdía sus confines nítidos, el lago había cambiado su horizontalidad y se encumbraba, muy lejos, con ímpetu voraz. Daba la impresión que avanzaba, que engullía sus riberas y que pronto alcanzaría el embarcadero y subiría hasta el hotel. Al fondo la imagen era vertical, un celaje negruzco y denso imposible de detener.

-Ana apartó con su mano los prismáticos de mi cara.

-Es una ilusión óptica que produce el estrecho, al oriente –me aseguró –nunca el agua ha cubierto esta península, ocurre en otros lagos, donde una vez el Llanquihue se llevó al hotel Centinela, un gemelo del Vigilante.

Las taguas, las hualas y algunos patos nadaban hacia la orilla. Un ciervo rojo mostró su cornamenta junto al atracadero. Un chuncho graznó, chun, chun, chun.

-También lo hacen de día –me ilustró Ana – ¿no serás supersticioso?

Me volví y tomé los anteojos que me había arrebatado Ana.

-¿Y el piano que toca solo?

Ana suspiró.

-No hay fantasmas en este hotel, este no es el Overlook, el piano es de mi uso personal.

Empezó a llover, al principio una garúa fina, un rocío que se despegaba de los árboles, luego se incrementó y se transformó en una fría borrasca tropical. El clima alterado no solamente impediría cualquier transporte lacustre, sino también una excursión del enemigo. Y Ana lo percibió, le robó un cigarrillo y continuó con los planes de Balodenka.

Gorbianky no pudo más que coincidir.

-Es cierto –confirmó las sospechas de Balodenka –sus dientes le van pauteando los dedos.

El cabecilla sonrió satisfecho.

-Su cerebro, sus dientes y sus manos deben estar conectados –comentó en voz baja.

Aguantó con resentida paciencia que Valminsk concluyera el concierto. Apenas aplaudió y se retiró a su piso. No dejó instrucciones a Gorbianky. La compra planificada la haría solo, en el barrio de los buhoneros de Moscú. Esa noche no bebió. Al día siguiente, se levantó temprano, raspó con una escofina que pidió al conserje las pieles de su valioso *kozhu* fabricado con nueve pieles de oveja, le retiró el cuello de marta cibelina y con el abrigo así maltrecho y un modesto gorro de lana que sólo dejaba visible sus ojos salió a la calle y detuvo un trineo de transporte público, de ruedas y cuchillas. Pagó el importe y como un trabajador más, con el abrigo carcomido y lana tejida en la cabeza, se dirigió al sur, cruzando el río. Allí, después de buscar en dos o tres lugares entró a un almacén de ultramarinos y preguntó por bastones. Escogió uno cuya empuñadura de bronce tenía la forma de una rosa. Tres cuadras antes de llegar a su casa golpeó el hielo de la calle con el pomo de su compra. El hielo petrificado saltó en pedazos. Balodenka desafiando el frío se despojó del abrigo y del gorro y los tiró en un basural. En el ropero de su apartamento tenía la caja con los dos abrigos nuevos que le proporcionara su padre para el invierno. Ese día no había ensayos ni prácticas en la Academia y Balodenka se dedicó por completo a golpear unas pelotas de *laptá* con la cabeza del bastón. Después de un almuerzo que le llevara el administrador de su vivienda, siguió maltratando y destruyendo las bolas de goma hasta que estuvo seguro de haber recuperado el pulso y la capacidad de acierto que en ese deporte tuvo en la adolescencia.

Esa noche fue hasta la casa de Gorbianky, lo sacó de la cama que compartía con Maris su mujer y se lo llevó al bar Kamchatka. Balodenka pidió una botella de vodka a un privado y allí instruyó a su amigo.

-Deberás guiar a Valminsk hasta el final del callejón del Oso Dorado, al que da salida norte de la Academia; ni más que eso.

-¿Qué le harás? –fue la única pregunta que hizo el cómplice, mirando el puño del bastón que aquél acariciaba.

Como no obtuvo respuesta se apropió de la botella del destilado. Balodenka sonrió.

Una semana más tarde los intérpretes, de todos los niveles, tuvieron la oportunidad de estar juntos en el salón de ceremonias de la Academia. Se celebraba un nuevo aniversario de la institución que coincidía con algunas despedidas. Gorbianky contó cincuenta y cinco personas, incluyendo a los maestros y al personal administrativo. Todos bebieron y brindaron, también Valminsk el joven virtuoso, que al terminar la ceremonia se notaba ligeramente perdido. Gorbianky no requirió nuevas instrucciones, lo acompañó a la guardarroía, le colocó el abrigo, lo abrazó y lo llevó a la salida norte del edificio.

Al final del callejón podrás tomar un trineo –le mintió.

Balodenka no tuvo dificultad en reconocerlo ni escrúpulos para golpearlo, certeramente, en su boca. Huyó al sentir que esquirlas de dientes o huesos le salpicaban la cara.

Valminsk quedó tirado en el callejón del Oso Dorado unos minutos, pues un grupo de compañeros que bajaban en la misma dirección lo encontraron apenas ocurrida la agresión. La víctima no reconoció al delincuente ni nadie vio a Balodenka correr por el callejón contiguo, hasta perderse en las callejuelas cercanas al río.

Zupan, un principiante eslovaco, devoto del arte de Valminsk, lo tomó en sus brazos, pidió auxilio y en un coche lo llevó, junto a otros compañeros al hospital militar cercano.

-Tus manos no sufrieron daño alguno –le dijo al desvanecido Valminsk, palpando sus dedos, mirando su dentadura sangrante, despedazada.

La madre y la esposa del agredido llegaron con un pañuelo negro en la cabeza.

-Nada grave –les informó el médico del servicio de emergencias –pero no será posible reconstruir su dentadura.

La policía alertada por las autoridades de la Academia donde se encontraba participando de la celebración el vice ministro de Cultura, cerró el distrito, los alrededores y una circunferencia de cinco millas, pero no dieron con el culpable, quien ya se encontraba en su cuarto. Había tirado el nuevo abrigo en otro albañal y se preocupaba de limpiar los restos de sangre, de huesos y dientes que se habían adherido a su piel. El bastón fue más fácil, desprendió el puño, vertió sobre el caño una botella de alcohol y partido en dos lo tiró a la salamandra. Deshacerse del bronce tampoco tuvo complicaciones. Lo embutió en un atizador y lo fundió, operando un fuelle que avivaba las brasas. El chiflón de aire avivó los tizones y le restituyó al bronce su infirmitad original. Esa bola dorada quedó sepultada en las cenizas del calorífero.

Balodenka, concluida esa tarea, meditabundo y con el tercer abrigo se apersonó en el hospital. Gorbianky lo miró con terror y el criminal le sonrió.

-He sabido que sus manos están indemnes –dijo en voz alta.

Los visitantes lo miraron y asintieron.

Al cabo de unos minutos y seguido por Gorbianky se retiró.

En una taberna alejada del callejón del Oso Dorado Balodenka pidió cerveza. Con sendas jarras con la espuma exacta y con un cubilete de vodka sumergido en sus abismos, Balodenka comentó:

-Está fuera de competencia ya no podrá llevar a sus manos el ritmo que, por medio de sus dientes, le transmite el cerebro.

Estaba equivocado. Los estudiosos de la música y la fisiología descubrieron hace mucho el movimiento rítmico de la mandíbula de los pianistas, revelando que ella sigue el ritmo de las manos por una simple propagación mecánica, excluyendo cualquier patrón neurológico o del eje del sistema nervioso central.

Ana debía ser una persona muy sabia o muy culta, que no es lo mismo, pero su historia, inverosímil en muchos aspectos, en otros sí me hacía sentido, seduciéndome y casi imponiendo mi atención.

Descarté cualquier intención por parte de ella de distraerme, con su historia, de mis prioridades. Esto no era las mil y una noches en un palacio turco, Ana no era Sherezade ni yo ningún sultán, aunque podría llegar a serlo según como utilizara el contenido de la caja fuerte encontrada en la cava del hotel y si se diera el caso, fuera autorizado por el Secretario para retirar una parte. De todos modos la mitad le correspondería a Ana y a lo mejor estaba vacía.

-Bajaré –anunció Ana.

En ese instante, de lluvia inclemente, de viento arrollador que arrebató el cobertor del balcón obligándome a seguir mi vigilancia desde el interior del hotel, ignoraba que el interés del Picahielos se repartía, por igual, tanto en derrotarnos como por hacerse de ese gran cofre de fierro fundido. Por esa razón su marcha forzada para llegar al hotel y recuperarlo de las fuerzas enemigas que, como nos había dicho el Secretario creía elevadas en número. En mi caso no dudaba que el Picahielos iba en busca del lugar donde desembarcarían los pertrechos argentinos y que su misión no era otra que adelantarse al destacamento 16 y hacerse de ellos. Y en ningún caso sospeché que su acción militar estaba motivada por el contenido de esa caja fuerte y que su inexplicable prudencia, por la guarnición que suponía la defendía.

Ahora estoy seguro que lo que nos enviaban los compañeros trasandinos no le interesaba y acaso ni sabía que ese envío existía. El Picahielo había dejado de aceptar u obedecer órdenes. Esa guerra que divisaba perdida lo había transformado en un suboficial a los que llamaban Indeliberados. No era el único de esa calificación en ese ejército faccioso y sólo la eficiencia y la falta de escrúpulos que demostraban en las escaramuzas o después de ellas, así como su descomedida irritabilidad y violencia que los hacía temibles e impredecibles aun con sus superiores, los exceptuaban de casi toda disciplina. A los oficiales ese tipo de soldado se les hizo indispensable, sobre todo en aquellos días cuando me tocó vigilar en el hotel del lago Rupanco, en las postrimerías de la dictadura del Segundo general en el poder. Las fuerzas Representativas tenían ya cercada la Capital por el norte y el poniente. Se supo que al final confiaban en los Indeliberados para que los protegieran y pudieran escapar. En la Academia de Guerra omitieron las lecciones dejadas en la historia por los generales nazis.

Lo que sí el Picahielos había aceptado con la convicción privativa de una enajenación era la existencia de ese tesoro escondido en ese hotel durante el gobierno del Presidente Ibáñez del Campo. El mismo mandatario utilizaba el lugar como refugio de verano o para escapadas furtivas y es posible que fuera él en persona o quizás algunos de sus ministros de confianza los que llenaran de oro mal habido esa caja de caudales. Era una leyenda urbana, pero si esa fortuna existía, no cabía duda que era el fruto acumulado de persistentes desfalcos contra el Estado.

Y el Picahielos lo afirmaba delante de sus subalternos, ciertamente con la idea de entusiasmarlos:

-Dicen que ese cabrón utilizó su cargo para llenarse los bolsillos con el oro del fisco -aducía.

El temporal se llevó el día hacia otras fronteras. Ana bajó a asegurar las puertas y ventanas, a tapar con paños los resquicios e instalar cubetas bajo las goteras. Las condiciones no ofrecían una oportunidad propicia para un ataque sorpresa por parte de un pelotón que desconociera la correlación de fuerzas. El Picahielos no tendría mayor formación militar, pero había acumulado en más de dos años de enfrentamientos el suficiente olfato y la suspicacia de la que carecían los egresados de los institutos militares. Su experiencia en ejercicios en mapas, cartografías o programas computacionales era reducida sino inexistente.

Las tinieblas no daban respiros, el frío y la humedad trepaba por las paredes del hotel. Esa noche no vendrían ni los argentinos por el lago, ni los sediciosos por la fronda.

Ana reapareció secándose las manos en el delantal.

-Podemos comer algo –me propuso –la cocina está encendida y abajo está más temperado. No pensé en el Secretario ni en las razones que me tenían en ese hotel. Simplemente acepté.

El lugar estaba tibio, la cocina de leña encendida y sobre ella una olla de cobre, debidamente tiznada, en cuyo interior algo empezaba a burbujear. Un sartén esperaba, igual que una botella de vino tinto sin descorchar encima de una mesa puesta para dos.

No menos de un par de meses habían pasado desde de que me sentara a comer en forma decente.

Me acerqué a la ventana que daba al cercado de servicio, aparté unos centímetros los visillos y despejé el vaho. Llovía con menos intensidad. Un manto de vapor viscoso manaba desde el suelo, se fundía con la oscuridad y engendraba una cerrazón inquietante e impenetrable. Ana cocinaba y no tenía miedo.

Me senté a la mesa. Me sirvió un guiso espeso y sabroso, con muchas verduras y trozos de carne suave y de sabor intenso.

-Es charquicán de ciervo –me dio cuenta, con la botella de vino en su mano derecha.

Sólo asentí.

Ana sirvió ese estofado con un cucharón de madera y el vino en dos copas de vidrio cortado.

No me atreví a brindar.

-Es un Pinot Noir de la viña Viluco –me dijo.

Para mí era eso, un vino, que se dejaba tomar a pesar de las advertencias del Secretario.

-En campaña no se bebe –exigía.

No sé si por el vino, por la presencia acogedora de Ana o por el clima tenebroso, me sentía fuera del alcance del Picahielos o de patrullas militares enemigas. La cartuchera de mi Mansfield, en todo caso, siempre estaba abierta.

El hotel no tenía ninguna luz encendida. La cocina se iluminaba con una lámpara de parafina. La camisa incandescente daba una luz agradable.

-¿Cuántas puertas tiene el hotel pregunté?

-Cinco, todas con sus barretas puestas, también las ventanas.

Ana preparó café. Después se acercó a una alacena y sacó otra botella de vino.

-Es suficiente –dije, disculpándome.

-Está bien.

El transmisor, mudo encima de la mesa. Esperaba que vibrara, una llamada del Secretario o del Comandante Eduardo me habría dado noticias, buenas o malas, pero una u otra me habrían tranquilizado, pues cualquiera significaba la cancelación de mi estadía en esa península desamparada. Como podría ser rastreada, tampoco estaba autorizado a usar la frecuencia para comunicarme con ellos. Excepto en extrema urgencia.

-He preparado una habitación retirada, en el desván –dijo Ana.

-Puedo descansar en cualquier parte.

-Esa pieza tiene una escala oculta.

-De acuerdo –terminé el café y me puse de pie, recogí los anteojos, la radio y la linterna y me asomé al exterior abriendo apenas la puerta. Afuera nada había cambiado, ya no caía agua, pero la tapadera del vapor era impenetrable.

Con el fanal en su mano, levantada más arriba de su hombro. Ana me guió por la escalera de castaño y por un corredor de tablas hasta el cuarto prometido. Corrió la aldaba de la ventana y me mostró la escalera de peldaños móviles

plegada en un costado. La cama estaba preparada, no había otro mueble y en el suelo, a un costado, un vaso de agua.

-El baño está al lado –dijo.

Me lavé la cara y las manos, encendí un cigarrillo y me senté en la cama.

-Oiré cualquier ruido extraño –me gritó Ana desde un cuarto no lejano.

No respondí. Me tendí, me tapé con una frazada y me pareció dormir dos minutos. Mi pistola había resbalado de mis manos, había chocado con el vaso de agua. Ana estaba de pie a mi lado. La quebrazón la había alertado. Una luminosidad vaga la envolvía. Vestía una bata blanca y bajo ella una camisa del mismo color. Llevaba el pelo recogido en una trenza y la trenza en un moño. Me sobresalté estirándome hacia la pistola que ya tenía Ana en su mano izquierda. Mi entrenada paranoia me hizo temer que fuera zurda, pero ya me la entregaba tomada por el cañón.

Has dormido casi cinco horas –me dijo.

Tomé la Mansfield y la coloqué bajo la almohada.

-¿Hoy no tocarás el piano? –me dio por preguntarle sin motivo alguno.

-Cuando termine el relato –dijo y se sentó a mi lado en la cama.

Aún no amanecía.

Y al haberse equivocado en la interpretación neural del castaño de dientes de Valminsk, Balodenka no logró interrumpir la secuencia magistral de sus conciertos. Un entreverado artilugio de alambres de oro le habían recompuesto parte de la mandíbula y sus piezas dentarias habían sido reemplazadas con otras de marfil. Una cicatriz con la forma de una rosa le había quedado entallada en su mejilla derecha. Desde ese día sólo pudo alimentarse con sopas y papillas y empezó a beber.

No es menos cierto que su técnica interpretativa, en un comienzo, se vio afectada, aunque imperceptible y no consignada, pero sí fue evidente el menoscabo en su energía. En los ensayos podía tocar una sonata, a veces dos, con una hora de intervalo y en la Academia se empezó a comentar que ya no podría llegar a ser el solista que se esperaba. Sus maestros lo negaban, también Liádov, embelesados todos por sus destrezas, afirmando que una cosa eran los dientes y otra su genio.

Balodenka estuvo inusualmente tranquilo. Dejó el vodka y se esmeró en mejorar sus habilidades. Sentía que Valminsk estaba liquidado. Otra vez erró. El invierno fue crudo en extremo y en Moscú no se llevaron a cabo conciertos organizados por las autoridades o por la nobleza. Ese año la primavera se adelantó.

Floreció el jardín Alexándrovski que se llenó, como siempre, de tulipanes, lilas y rosas. Florecieron los narcisos y el río Moscova se llenó de barcas con velas pintadas. Ese año alguien vio anémonas doradas flotando en sus aguas.

Los zares, pues, anunciaron visita desde San Petersburgo. Ocasión imperdible para ofrecerle un concierto de Chaikovsky. Y Valminsk fue el elegido.

Por medio de sus contactos bien pagados y en forma subrepticia e inviolable Balodenka inició una campaña contra la presentación de Valminsk. El argumento era único: el artista podía no completar la obra, nadie ignoraba que sus fuerzas flaqueaban y la Academia y sus directores y maestros quedarían en el más turbio ridículo, poniendo en riesgo su cargo y posición.

No hubo caso.

-Sus majestades comprenderían –aseguraba Nicolai Kaminsny.

Balodenka empezó a beber copiosamente. No lo consentiría, ese imbécil desdentado tocando para los zares de la madrecita Rusia. Y lo que lo llevó al clímax de la intolerancia ocurrió cuando escuchó, en un comentario de pasillo en la Academia, que el soberano habría dicho, en base a las referencias entregadas por sus asistentes, que le bastaría escuchar un prelude de ese artista para sentirse complacido.

Gorbianky huyó a tiempo, sin avisar a nadie y con su mujer y su hija cruzó la frontera a Finlandia. Balodenka indignado por la fuga tramó solo lo que consideró su desagravio final.

Compró donde acostumbraba una lámina de acero de dos dedos de ancho y de cinco pies de largo. Afiló al máximo sus cantos con un pedernal, lo cortó justo en la anchura de un piano y, sigilosamente, comprobando la ausencia de vigilancia, lo ajustó, una noche, en el canto de la tapa, el que cae por delante del teclado de uno de los pianos de estudio de la Academia. El mejor, el más afinado, el similar al del palacio donde el Zar presenciaría el concierto de Valminsk. Probó la eficacia del corte con una barra de jabón y, con la rama de un abeto se cercioró que ese espetón cortaba limpiamente.

Esperó semanas a que el director Kaminsny diera el pase para que Valminsk ejecutara el interludio en ese piano, preparando la audición para sus majestades.

Cuando el director confirmó y estableció una fecha para el ensayo, Balodenka puso en marcha su plan. El día señalado en su casa calzó unas botas de minero con doble suela de una pesada aleación, macizas como balas de cañón, las que había comprado en uno de los almacenes manufactureros de la ciudad y los disimuló con polainas de fieltro.

En el amplio auditorio de la Academia estaban todos presentes, alumnos, pianistas, profesores, empleados y dos viceministros. Fueron nombrados por sus nombres y al escucharlo se ponían de pie y efectuaban una discreta reverencia. La genuflexión se guardaba solamente para saludar al Zar.

Relucía el dorado y el marfil de la armazón que sostenía la mandíbula del maltratado y a la vez enaltecido Valminsk bajo las relucientes lámparas de lágrimas al iniciar uno de los veintiocho preludios de Chopin. Diríase que era el perfecto e inequívoco autómatas construido por Pierre Jaquet el que estaba en el escenario. Era un día especial para el pianista, no sólo practicaba para la próxima presentación ante los soberanos, sino que, por especial autorización del director lo acompañaba su esposa Natacha y su hija de tres años. Fue una elaboración musical personal, una variante magistral.

Al concluir, Balodenka inició los aplausos y el taconeo del elogio. Valminsk retiraba ya las manos del teclado cuando el temblor causado por las botas del facineroso desniveló el piso, hizo cabecear el piano y su tapa, por el peso de la filosa chapa, se abatió sobre la punta de sus dedos.

El pianista levantó sus manos estupefacto. Se ilusionó con que no fuera sangre aquel fino surtidor que, con los rápidos intervalos de los latidos de su corazón, manaba del extremo de sus dedos seccionados.

Fue conducido al hospital más cercano. Zupan, el que lo acompañara después del primer atentado, llevaba el extremo de tres de sus dedos de la mano derecha: el índice el anular y el meñique y dos de la izquierda, el pulgar y el del corazón envueltos en un pañuelo.

Se supo después que la policía atribuyó, sin vacilar, la introducción de esa arma mortal en la tapa del instrumento a los anarquistas de la Federación del Jura. La investigación, por cierto dio resultados nulos. Los anarquistas no tenían necesidad ni interés en malherir a un pianista.

El piano fue cubierto con una cortina de terciopelo sin que nadie se preocupara de limpiar, del teclado, los surcos sanguinolentos de los dedos del pianista.

Al salir Inna, la hija de Valminsk, le preguntó a su atribulada madre: ¿por qué el señor Balodenka calzaba esas botas tan vulgares?

El concierto preparado al Zar y su familia estaba dispuesto para seis semanas después del luctuoso hecho. Kaminsky se comunicó con los representantes del monarca asistentes al concierto sugirió suspender el programa de Valmink lo que fue rechazado de plano.

-Busquen a otro, simulen a Valmink, pero no intenten disgustar al Zar.

-Valmink es irremplazable –alegó el Director.

-Entonces únanle los dedos –dijeron los asesores y se retiraron dejando con la tarea imposible a los responsables de la Academia y de la música interpretativa rusa.

Fue el eslovaco Zupan el que aventuró una posible solución. Se trataba de ubicar a un extranjero compositor de ausencias llamado Juan Igual y que en esos meses ejercía su arte en Europa. Es más, había leído en un periódico de Tver que no hacía mucho había restituido la masculinidad perdida en un accidente de caza al hijo del duque de Valdinaiev.

Hacia esa localidad, de madrugada, se dirigió el Director acompañado de dos maestros pianistas, un alto funcionario de la alcaldía de Moscú, un especialista en lenguas lejanas y a Zupan, por su devoción por el agredido. Tver quedaba cerca y el clima era propicio. No tardaron en encontrar al individuo alojado en el mejor hotel de la villa.

Era un hombre flaco, alto, de tez cetrina y una gran nariz en la que llevaba montados unos lentes con montura de metal plateado. Iba vestido con un impecable gabán verde y pantalones del mismo color, zapatos con hebillas doradas y medias de seda blanca.

-¿Juan Igual es el señor? -preguntó el Director sirviéndose del traductor.

-Juan Iguana, discípulo del venerado Juan Igual, fiel al Porfiriato, desde México para servirles.

-Por ellos vinimos, por sus servicios.

Y le explicaron lo ocurrido con Valmink y la urgente necesidad de reparar el daño ocasionado por ineludibles compromisos del artista.

-¿Cuándo ocurrió el corte? –preguntó Iguana.

-Ayer, en la noche.

-Pues llévenme con él -aceptó Iguana después de escuchar el daño ocasionado al joven intérprete.

Juan Iguana, el fabricante de ausencias, recogió sus pertenencias alojadas en dos baúles de consistente tamaño y peso y el Director ordenó el regreso a Moscú.

El carruaje abierto, tirado por cuatro caballos y guiados por un quinto en la cabecera del conjunto voló a la gran ciudad. Al llegar al dispensario Iguana abrió uno de los baúles y sacó un maletín de cuero amarillo. Entró a la sala de hospitalizados acompañado de Nicolai y Zupan

Iguana retiró las gasas de los muñones de Valminsk y observó, palpó y olfateó detenidamente. Posteriormente pidió los extremos amputados que le trajeron en el mismo envoltorio donde los pusiera y los introdujo, por separado, en botellitas llenas con un líquido ambarino. En seguida las depositó con delicadeza dentro de su maletín.

-Podré valerme de ellos o podré utilizarlos como modelos -explicó

Después preguntó:

-¿Está el mar cerca de esta ciudad?

-¿El mar, de Moscú? -de ninguna manera, respondió intrigado el Director.

-¿Acuario? -interrumpió Zupan.

-No conozco ninguno -el Director bajó la mirada.

-Sí, hay uno en una dacha, fuera de Moscú -intervino Zupan.

-Podría servir -Iguana extrajo un pote con un ungüento y un frasco de vidrio en el que se adivinaba una emulsión y ordenó cubrir las heridas de Valminsk con la sustancia que llenaba el primero y mojarlos cada una hora con el contenido del otro, dejándolos al aire libre, lejos de las salas atestadas de enfermos y libres de hilas o algodones.

-Vamos ya -ordenó -a ese acuario.

Volvieron al carruaje y Zupan dio las indicaciones al postillón.

-¿Dónde vamos? -interrogó el funcionario de la alcaldía de Moscú.

-A la granja del señor Vidermann.

-¿Cómo? -protestó el burócrata -hay indicios de mucha evidencia que ese alemán tiene vínculos con los bolcheviques.

Al escuchar ese término el cochero detuvo el vehículo.

Zupan que iba en el pescante se volvió y se dirigió, con voz disonante, al Director:

-Bolchevique o no, es el dueño del único acuario en Moscú.

--¿Habrá moluscos en él? --Iguana habló con voz tranquila --pues serán indispensables.

El Director suspiró, hundió la barbilla en el cuello en su camisa y con el brazo palmoteó la espalda del cochero.

-Ya oíste --le dijo con voz agria, continua y rápido.

Antes que el coche se pusiera en movimiento el burócrata de la alcaldía de Moscú abrió la puertecilla y se apeó.

-Yo no sigo, no me relaciones con los enemigos del Zar, regresaré por mi cuenta.

La propiedad de Vidermann no distaba más de tres leguas de las puertas de Moscú. Se ingresaba al parque que la circundaba por un arco de piedra y la casa, entre cipreses y abedules, recordó a Zupan a una antigua construcción vikinga. El techo tenía la forma de un barco invertido y sus paredes estaban construidas con troncos gruesos y crudos. Algunos tenían grabadas algunas inscripciones y figuras de animales. De la chimenea emergía un humo azul, denso, que ascendía hacia un solitario cúmulo en la altura.

No hubo necesidad de llamar al propietario. Relincharon los caballos y Vidermann salió de la casona por su única puerta. Era un hombre fornido, que llevaba el pelo rubio anudado en una trenza que le llegaba a las corvas. Una tupida barba, amarilla como el maletín de Iguana, le cubría parte del rostro y sus ojos azules miraban con curiosidad y recelo. Los hombres del carruaje se bajaron, Iguana con su maletín en la mano.

-Bienvenidos a mi heredad, ¿qué negocio los trae por aquí? --saludó en un ruso con fuerte acento escandinavo.

-Dicen que posee un acuario --respondió Zupan.

-No recibo visitas --el tono de Vidermann no parecía aceptar réplica.

Quizás súplicas, conjeturó Zupan y dijo:

-Allí puede estar la cura para un querido amigo.

Vidermann examinó el carruaje con desconfianza. El Director sospechó que la afirmación del funcionario podría ser cierta y ese vikingo podía tener negocios con los revolucionarios.

-¿De qué se trata?

Iguana descendió del vehículo y caminó hacia el alemán. Lo vieron hablar unos minutos con él y regresar sonriente.

-Está de acuerdo –anunció, entregándole en custodia su maletín amarillo a Zupan

La vivienda tenía una magnitud interna que no se condecía con lo que se apreciaba desde el exterior. Un amplio espacio, con un fogón al medio y unos troncos que desprendían un humo atraído por un ojal en el vértice de la techumbre. En un extremo un montón de pieles, una mesa, una silla y un estante de libros y en el otro, sin separación alguna, un enorme estanque de vidrio donde se veían nadar, aletear, zambullir, flotar y comerse unos a otros una incontable cantidad de especies acuáticas.

-Ahí –Vidermann clavó los ojos en Iguana y señaló el acuario, al tiempo que estiraba un brazo impidiendo el paso, más allá de la puerta, de los demás concurrentes.

Los dejó allí y acompañó a Iguana al espacio donde estaba la acumulación de pieles, su cama sin duda, tomó un cubilete de peltre, la sumergió en un tonel y la sacó rebosante de cerveza y espuma.

-¿Hablará español este nórdico? –preguntó en voz baja el Director.

-¿O entiende el alemán el mexicano? –retrucó Zupan.

Juan Iguana estuvo largo rato examinando el acuario y su contenido. Buscó en su maleta de mano, sacó los botes y con unas pinzas que obtuvo de un bolsillo interior fue sacando los pulpejos con sus uñas, si las tenían, los que depositó en un paño en el piso, junto al acuario. De rodillas mantuvo su atenta observación de los bichos acuáticos. Al final se decidió.

Vidermann había despachado tres jarras de cerveza y se acercó a una señal del hacedor de inexistencias.

Zupan advirtió que el especialista le señalaba una docena de especímenes que el alemán extrajo del acuario con una red. Iguana volvió por su valija, obtuvo de su interior un envase de cristal esmerilado de boca ancha lleno de una especie de linfa grisácea y regresó al acuario. En aquel envase volcó el contenido de la red

que sostenía el alemán. A la distancia ni Zupan ni los otros pudieron identificar los ejemplares elegidos para la restauración. Vidermann cobró el precio de las adquisiciones y los visitantes se retiraron con prisa.

A través de los visillos de la ventana aprecié la tenue luminosidad del amanecer. Ana se puso de pie, desanudó el cordón que ataba la bata a su cintura y se despojó de la camisa de dormir. Sus pechos estaban virtuosamente caídos y sus pezones apenas coloreados. Sus caderas redondeadas y su sexo pequeño parecían distantes. Se introdujo en mi cama y se montó sobre mí. Me besó y su lengua se introdujo en mi boca. La dejé hacer hasta que abrió sus piernas y me apremió a que irrumpiera en ella. No pensé nunca que me acostaría con una mujer de mayor edad que la mía, pero con Ana no hubo diferencia alguna. La indignación del Secretario por abandonar mi puesto o la satisfacción del Picahielos por encontrarme inerme y desnudo habían perdido importancia. Ana fue la prioridad esa mañana.

Pero fue una imprudencia transitoria. Nos levantamos y Ana se escabulló sin que la sintiera. Mi ropa estaba desordenada a los pies de la cama. Me vestí y fui a la cocina. La camisa de la lámpara refulgía con inusitada intensidad. Ana, con el pelo mojado, vestida de negro y con un delantal color crema preparaba el café. La puerta estaba abierta y unas gallinas picoteaban el suelo. La humedad que entraba se condensaba con el calor del fogón y las gotas de agua resbalaban por las paredes de madera.

Me detuve cuando me acercaba.

-Hay agua caliente, puedes ducharte si quieres, dejé una camisa limpia en una silla en el baño.

Me sentí un poco avergonzado.

Salí al patio trasero, mi mano sobre la empuñadura de la pistola. A unos metros crecía una huerta. Se escuchaba el cloquear de las gallinas y en el silencio profundo del bosque el traqueteo incesante de las gotas de la lluvia atrapadas en el follaje. Caminé dos pasos y oí el tímido balido de una cabra.

-Es la que da la leche de los quesos .explicó Ana desde la cocina.

Fui al baño, colgué la pistola sin el seguro en el colgador de toallas y abrí el caño del agua caliente. Me duché con esmero, me lavé el pelo, me sequé con un toalla de algodón, me puse la camisa limpia y encima la ropa que llevaba. Me sentí mejor y con hambre.

La mesa estaba lista, el café caliente, pan amasado humedecido y después tostado, mermelada de damascos y queso de oveja. Me dieron ganas de decirle a Ana que me gustaría quedarme a vivir con ella cuando acabara la guerra. Cuidaría del huerto y los animales, guardaría la pistola y pasaríamos las noches juntos. No dije nada porque de improvisto sonó el zumbido olvidado del radiotransmisor.

“Bolero uno a Bolero dos”, se escuchó con alguna interferencia.

Era el Comandante Eduardo.

-Aquí Bolero dos, adelante –respondí bajando y luego subiendo el interruptor del aparato y pegándolo al oído

“El Segundo ha huido, el Secretario está en Santiago, los generales y coroneles de la camarilla insurrectase han rendido en Talcahuano y han sido detenidos, el conflicto ha terminado”

-Instrucciones –pedí.

Por momentos se perdía la señal, pero alcancé a escuchar con claridad:

“Regrese a Osorno, Bolero dos, repórtese en el hotel de la plaza de armas.”

-Entendido.

“Se renuncia al envío desde Argentina, grupos armados rondan, el Picahielos entre ellos, no descuide cautela ni armamento, Bolero uno fuera”

-Me quedé mirando el dispositivo. Me sentía desilusionado.

-Ana se sentó.

-Ya te irás –dijo.

No había emoción en su voz.

Tomé un sorbo de café.

-Debo –dije atragantándome –¿podré robar un caballo?

-En el establo hay una mula –dijo Ana -Osorno está lejos, te prepararé comida para dos días, tardarás más de un día a Cancura, de allí ya puedes tomar la carretera.

Ana no dejaba resquicios para despedidas y tampoco habría sabido cómo hacerla. Recordaba el final de Casablanca y siempre me había parecido más que

rebuscado. Además una mula en la orilla del lago Rupanco no es lo mismo que un trimotor Electra en Casablanca.

Ana me servía la última taza de café que tomaría en el hotel Vigilante cuando escuché el vozarrón. Volaron las gallinas, enmudeció la cabra y Ana se apresuró a cerrar la puerta. Saqué la Mansfield y pasé una bala. Era el Picahielos, aunque no lo veía. El compañero Bastías, viejo amigo muerto en un combate en Pucón me había hablado de su vozarrón, su forma de presentarse, de amedrentar. No estaba solo, aunque quien lo acompañaba no formaba parte de su tropa. Era el delator de Colico al que había trincado con alambre por el cuello, las muñecas y los tobillos a un atadero igual a aquellos donde asan las terneras y la había apoyado en un roble, a treinta metros del frontis del hotel. Con los anteojos podía ver los detalles. Era inexplicable pues ese cobarde había sido su colaborador. Por un momento creí que lo había clavado para desollarlo, pero afortunadamente para él, el Picahielos no había sido entrenado en el ejército tártaro.

Al cañuto también lo ceñía una fina cincha de metal a nivel del ombligo y acoplada a esta había una estructura cilíndrica, quizás una espoleta. Esta tenía una argolla a la que estaba anudada una cuerda que se perdía en la maraña, por donde estaba el Picahielos. Este, escudado de las balas de mi Mansfield detrás de un tronco caído mostraba en una mano un Aka 47 y en la otra el cabo del cordel unido al anillo.

-Oye Ramírez --me gritó --estás tan solo como yo, lo sé, te doy la oportunidad de arrancar, sale por detrás y déjame el hotel, no te seguiré, no me interesas mucho, los que me acompañaban se quedaron por el camino, querían más de lo que me tiente darles, deja la caja intacta y aprovecha, apenas estás armado, si resistes te pasará lo que a este culeado. Detesto igual a los chivatos y a los que se creen héroes.

Y con lo que percibí como el caño de su fusil, señaló al hombre atado con alambres.

Disparé un tiro al aire por el resquicio de la ventana del balcón.

-Huevón imbécil, córrete o te haré lo mismo que a éste --aulló el Picahielos, señalando otra vez al empotrado.

Repetí el balazo, esta vez en dirección al Picahielos, sabiendo que no le daría.

-Lo mismo --repitió, su voz sonaba ronca e inequívoca.

Ana miraba por encima de mi hombro y ni aun cuando sucedió lo más execrable había bajado la vista. Sólo susurró:

-Diabólico como Balodenka.

Vi cómo se tensaba la cuerda y pensé que el infeliz y el roble volarían en pedazos, pero no era un detonador lo que estaba unido a la cincha, era una bisagra, la que se abrió con el tirón dado por el Picahielos. La pretina, que no era otra cosa que una afilada tajadera, se deslizó con violencia. Silbó la piel que se rasgaba y el cuchillo, con un corte rotundo, le rebanó el pene y los testículos que cayeron al suelo con el ruido ahogado de una fruta podrida. No pude apartar mi mirada de la suya, sus ojos desgajados intentando en vano mirar sus partes cercenadas. De pronto dio un chillido humilde igual al de un mono de monte y convulsionó. De su herida no brotó un atropellado surtidor de sangre, sino que fueron surgiendo con lentitud pesados coágulos repolludos que, a medida que iban cayendo se cuajaban en el barro en torno a sus restos carnosos. El soplón vomitó y se quedó quieto.

-Eso te pasará, Ramírez, si no te dejas de huevear –gritó el Picahielos descargando una ráfaga de su metralleta que descabezó la copa del árbol detrás del que se protegía el desgraciado.

Apunté como me enseñara el Comandante Eduardo y le metí una bala de nueve milímetros en la frente. No al picahielos, sino al castrado que seguramente ya no respiraba.

En el suelo trepidaban las ramas del roble decapitado. Con Ana nos arrojamos al suelo justo antes que la automática del Picahielos vomitara un ramalazo de balas que atravesó las paredes de tablas del hotel, destrozó la alacena de la vajilla y pulverizó los vidrios de las ventanas posteriores.

-Anda –me urgió Ana empujándome por las costillas –a mi nada podrá hacerme.

-Ese tipo está loco –no viste de lo que es capaz.

-Nos matará a los dos.

Nunca me había envalentonado, tampoco era Audie Murphy ni tenía el arrojo que él demostró en la segunda guerra mundial. Me gustaba el cine, pero no mucho imitarlo.

Levante la cabeza y el Picahielos envió otra descarga. Ahora cayó la lámpara, se desparramó el combustible, las chispas encendieron las cortinas y las llamas empezaron a lamer los listones de las paredes y del piso. El hotel empezaba a incendiarse. Tomé a Ana de la mano y agachados nos acercamos a la puerta trasera. El fuego trepaba. Nos incorporábamos cuando escuché un estruendo. El

Picahielos había derribado la puerta principal, bajo el balcón desde donde vigilara. Empujé a Ana hacia el exterior.

-Corre al bosque –le ordené.

Me deslicé por la cocina hasta la puerta de batientes que daba al comedor y lo vi. Rollizo, tosco, se detuvo bajo el dintel. El hotel se transformaría pronto en una inmensa hoguera, se quemaban los muros de madera y los pasamanos de la escalera de castaño.

Disparé y le di al Picahielos en el brazo derecho. Saltó el Aka y el bruto desenfundó, con su mano izquierda e instantáneamente un revólver descomunal. También me había ubicado. Disparó sin suerte y corrí escaleras arriba. Sentí sus pasos fuertes, detrás, pero no volvió a gatillar. El incendio iluminaba el hotel como si se estuviera celebrando otra fiesta del general Ibañez. Irrumpí en un cuarto, era el salón de música, ahí estaba el piano de teclas enrojecidas. La silueta del Picahielos se insinuó en la puerta y la sombra de su mano armada se alzaba para apuntarme. Apreté el gatillo antes que él lo hiciera y la Mansfield se atascó. La muerte estaba allí al fin, en la bala de un Colt. Me arrojé bajo el piano y el plomo del Picahielos perforó el instrumento, debió destruir el puente y el apagador, pero no pudo impedir que el teclado improvisara un fugaz y fúnebre interludio. El hombre se acercó. Por el sonido seco de mi arma había identificado su inutilidad, entendiendo que estaba a su merced. Entonces apoyó la mano izquierda con el revólver en el teclado. Fue el final del Picahielos pues Ana, que se había devuelto, bajó la tapa del piano y la guillotina instalada en ella más de cien años antes por Balodenka, con más eficacia que la pretendida por el maldito pianista, cortó de raíz la mano derecha del Picahielo. El amputado se arrodilló, luego con asombrosa lentitud apoyó la cabeza en el suelo y cuando ya se derrumbaba Ana, arrebatándole el Colt que aún estaba en la mano del Picahielo le descerrajó un balazo en la cabeza, desintegrándolo como si hubiese sido una sopera de porcelana. El cerebro de ese hombre no era diferente al de otros.

-Soy una sombra –me dijo agarrándome por el codo, empujándome escalera abajo hasta el antejardín del hotel que era consumido hasta la última astilla por el siniestro provocado por el Picahielos.

Ana no concluyó ahí, ni me explicó qué era una sombra. Lo supe mucho después. Se acercó al soplón de Colico iluminado por las llamas, con un alicate le corto las ataduras de alambre, con una rama recogió su sexo estropeado y lo colocó sobre su abdomen y lo arrastró por los pies hasta el borde del infierno en el que se había transformado el Vigilante.

-Que se incinere junto a su asesino –dijo, mirándome y limpiándose las manos en el delantal.

Después nos lavamos el tizne y la sangre en el lago y nos sentamos en una banca de metal, lejos de las ruinas humeantes a contemplar cómo se desmoronaba el torreón, el balcón de vigilancia y el hotel entero a excepción del ala oriente cuyas paredes estaban enchapadas en zinc. Las nubes se movían con parsimonia, reservando el agua acumulada, provocando una penumbra intermitente. Cegados por el espectáculo quedamos mudos, hipnotizados.

-Eres un hombre solo y hay dos tipos de soledad, me dijo Ana antes de que viéramos la caja de metal, deformada por el calor entre los escombros incandescentes, dos formas: la de Balodenka, hinchada de envidia y ambición y la tuya, silenciosa, indolente, melancólica; y esta es más profunda porque el rencor y la manía, de algún modo acompañan y desnaturalizan la auténtica soledad.

No quise contradecirla, asegurándole que no me sentía un solitario y que en ocasiones las circunstancias, adversas o favorables, te obligan a relegarte, a esconderte, a refugiarte en tu intimidad, ensimismarte como decía ese español. Y aquello no puede considerarse como soledad; la soledad es un estado, a veces un vulgar capricho del que se quiere presumir o una ilusión de la soberbia. La única soledad que existe es la que provoca la ausencia.

Ana puso una mano en mi rodilla derecha.

Juan Iguana –dijo –intervino a Valminsk advirtiéndole que las separaciones reinsertadas servirían para un ejercicio musical, de preferencia breve y que debían ser atendidos continuamente para que fueran de utilidad a un intérprete de esa categoría.

La artesanía o la ciencia de Iguana eran confidenciales y nadie supo, excepto Vidermann, cuáles animales obtuvo del acuario del presunto bolchevique. Las vio Zupan que acompañó al reparador que venía del Porfiriato en la intervención sobre Valminsk. Eran unas babosas rosadas que sobresalían de una valva. Iguana las manipulaba con pinzas de caucho.

-Queman –sabe –le informó a Zupan, o provocan descargas eléctricas, si sabe lo que es eso.

Zupan nunca fue un gran pianista, pero tenía una información enciclopédica obtenida en los campus universitarios autónomos de la clausurada Universidad de Palacký.

-Conozco los estudios de Ohm y Maxwell –replicó el eslovaco.

Iguana hizo torció sus labios, complacido.

-Entenderá pues, lo que intento hacer.

Valminsk en el quirófano y bajo los efectos del cloroformo, fue sometido a los implantes de las falanges amputadas.

Iguana introdujo quince delgadísimos filamentos de cobre en las heridas de los tres dedos de la mano derecha y en los dos de la izquierda del virtuoso. A continuación perforó con un fino punzón el caparazón de los gastrópodos, que aún estaban en proceso de torsión y repitió el procedimiento con el mismo número de sedales atravesándolos de un extremo al otro. Luego aproximó los extremos de los pulpejos de Valminsk a los hilos tirando del extremo saliente que había dejado en ellas. A continuación y con un artefacto con un tubo perforado en un extremo y una válvula en el otro, con la que empezó a bombear, obtuvo una llama candente y violácea que acercó a los extremos de los alambrillos. Las partes blandas de hombre y animal acoplaron perfectamente. Los caparazones, convexos y prominentes, semejaban pezuñas de monstruos bíblicos. Con cada conexión hecha por Iguana con las pinzas aisladas se estremecía el pianista. La mujer que le aplicaba la anestesia carraspeó.

-Son los golpes eléctricos –explicó Iguana.

Terminó la cirugía vendando las heridas con gasas humedecidas con sus pomadas y se dirigió a Zupan:

-Los impulsos eléctricos creados en el cerebro llegarán a los nervios de las yemas seccionadas, las que se han conectado con los injertos instalados. De este modo ellos accederán a las consonancias musicales y los dedos a los que pertenecen podrán reproducirlos en el teclado.

-Que así sea –dijo el eslovaco.

-Debes cambiar las vendas cada dos días y fracturar las conchas una hora previa al uso de las teclas de un piano. Antes de eso deberán vestirlo, alimentarlo, acompañarlo en su higiene y evitar que toque o se apoye en las conchas. Si maltrata lo añadido habrá que cortarle los dedos. Deberán esperar al menos cinco semanas.

El Director de la Academia le extendió un cheque contra un banco veneciano e Iguana que se marchó esa misma tarde.

Las heridas de Valminsk cicatrizaron bien y las veneras calcáreas de las creaturas conectadas se adaptaron paulatinamente a sus órdenes. En ocasiones

se quejaba afirmando que a veces dolían y que en las noches se le acalambaban los brazos. Le dolía no poder tomar en brazos a Inna ni acariciar a su mujer, pero seguro de su mejoría seguía con rígida disciplina las instrucciones que le daba Zupan.

Perfecto –declaró el Director –cinco semanas, no habrá que postergar el concierto que se ofrecerá a su Majestad.

Para no aburrirte demasiado –se excusó Ana –trataré de condensar el relato y te contaré que el concierto sí se llevó a cabo. Los expertos de la Academia adaptaron una breve fuga de Bach para el piano y le entregaron la partitura a Valminsk.

-Es lo que interpretarás ante el Zar -le dijo el Director.

Valminsk sonrió y como cada vez que lo hacía de su boca abreviada brotaban notas que remedaban a un fagot.

-No será difícil –prometió mostrando las caracolas de sus siete dedos reparados.

Se acondicionó y se engalanó el teatro Mariinski y el servicio secreto inspeccionó desde la tramoya y las bambalinas hasta la última butaca en busca de cualquier explosivo anarquista que pusiera en peligro al Zar. Nada se encontró y sus agentes se repartieron por todo el edificio, desde las marquesinas hasta los balcones, la platea y el decorado. Vigilaron y durmieron en el recinto los tres días anteriores al concierto.

El Zar ocupó, junto a su familia, el palco real y después de algunas interpretaciones menores, se anunció a Valminsk. Por cierto todos los integrantes de la Academia estaban presentes, incluso Balodenka, muy cerca de Inna y su madre.

Zupan, con un cascanueces y extrema prolijidad fracturó las conchas de los moluscos eléctricos y dejó al desnudo los dedos del pianista y sus amorfas y endurecidas prolongaciones. Se derramó un litro de perfume en torno a Valminsk para no ofender con las pócimas de Iguana a la familia real y el pianista apareció en el escenario recibido con ensordecedores aplausos. Levantó la cola de su frac, se sentó en el sillín e inició la interpretación sin vacilaciones. Una vez más fue una actuación exuberante de virtud musical y genio interpretativo, hasta la última parte, en que, de pronto, Valminsk dejó de tocar, levantó y miró sus manos y todos pudieron ver una impregnación gelatinosa en la punta de siete de sus dedos que se derretía como la cera de un velón. Un hedor intolerable impregnó la estancia, el Zar se puso de pie y seguido y protegido por sus guardias abandonó el palco.

Zupan identificó a Vidermann en la platea. Llevaba un tabaco encendido y una mueca en sus labios denotaba decepción. Miraba el palco vacío del zar. El eslovaco no captó la bola de acero negro que el acuarista llevaba en el bolsillo de su abrigo. Tampoco vio que de ese artefacto sobresalían algunas espigas. Nunca se supo si era o no era una bomba Orsini, ni si el vikingo tenía la linajuda intención anarquista de atentar contra el Zar.

Zupan saltó al tablado y contuvo a Valminsk que se derrumbaba. Percibió que apenas respiraba.

El pianista llegó muerto al hospital, la putrefacción de sus dedos lo habían invadido. Zupan, a pesar de sus cuidados, no había logrado evitar la descomposición. Maldijo a Iguana, pero a la vez se culpó: con seguridad no había sabido obedecer sus indicaciones.

Su esposa pidió un funeral privado donde destacó un elegante ramo de flores enviado por la Zarina. Al término de la ceremonia, la mujer después de despedirse y agradecer al patriarca metropolitano que había oficiado la ceremonia fúnebre, se retiró caminando por las avenidas del cementerio. Inna le preguntó:

-Madre, ¿por qué el señor Balodenka ahora usa escaarpines de charol?

Natacha no durmió esa noche, la pena, la presunción y la náusea que esta le causaba se lo impidieron.

Contrató un investigador privado inglés, residente en Moscú y le encomendó una investigación. El señor Stanley no demoró mucho. Demostró la inclinación y la debilidad del piso de la sala de conciertos donde estaba el piano que mutiló a Valminsk.

-Provocada por la erosión de una riada del Moscova que fluía bajo los subterráneos de la Academia. –aseguró -aunque insuficiente para sacudir sus cimientos.

Natacha recurrió al director de la Academia quien autorizó una visita a la vivienda de Balodenka. Allí se encontraron los zapatos de minero. Y nada más. Ninguna prueba de la adquisición de la improvisada cizalla o del arma con la que le había destrozado la boca a su esposo.

-Es ridículo –sentenció el director desechando cualquier sospecha o conjura –y Balodenka continuó su ascenso, ya sin competencia, como solista de la linajuda institución

Stanley no quiso aceptar un rublo por su trabajo, pero le confirmó sus sospechas a Natacha.

-No hay cobro si no hay castigo, no hay castigo si no hay pruebas que convenzan. Por razones que prefiero omitir ellas no fueron atendidas por las autoridades, aunque es evidente que la humedad del Moscova subterráneo no era suficiente para desestabilizar ese piano.

-Para mí esas pruebas sí son contundentes -respondió la mujer.

.-Aun así, la ética de mi profesión me impide cobrarle.

Natacha recorrió el arrabal de los buhoneros hasta encontrar la herrería del comerciante de metales donde Balodenka comprara la banda de metal. Donde un cuchillero de esa barriada compró una navaja que cupiera en la palma de su mano y pidió al forjador que cogiera el mayor filo posible.

-Será como lo que le hicieron a tu padre -le dijo a Inna, despidiéndose rumbo al primer concierto público que daba Balodenka en la Academia.

Antes pasó por lo de Zupan y, sin dar explicaciones que el amigo no necesitaba, le pidió que se ocupara de su hija.

Y en medio del arduo concierto denominado Barcarola, de Glazunov, en el cual se utilizaban sólo las teclas negras, Natacha se levantó de su asiento y sin que nadie la detuviera se aproximó por la espalda de Balodenka y le asestó dos profundos tajos en ambos brazos. El pianista se abatió sobre el instrumento, sus brazos con los tendones segados colgando de sus hombros como los de un fante. Balodenka no sangraba, sus músculos tensionados contenían la hemorragia.

Natacha se quedó quieta. Nadie subió al escenario ni para aprehenderla ni para socorrer al intérprete. Antes que alguien reaccionara una forma oscura surgió de detrás del telón y arrastró a la agresora hacia el trasfondo.

-Una sombra -adiviné.

Ana asintió

-Una sombra.

-Era una conjetura, nada sabía de las sombras.

Zupan la esperaba en la puerta de su casa. Inna iba de la mano de Natacha y una berlina con un baúl en su baca esperaba en la calzada.

Muchos años después Inna, que se había afiliado al partido comunista, regresó a la ciudad y buscó el piano que había asesinado a su padre. Gracias a las influencias del partido lo adquirió y lo conservó en una dacha pequeña cedida por el Primer Secretario del partido comunista de la Unión Soviética como premio por su ineludible militancia y su heroico desempeño en la defensa de Stalingrado.

En esos años previos y posteriores a la segunda guerra mundial Inna se enteró de los esfuerzos infructuosos de los padres de Balodenka por encontrar a Iguana y solicitarle la reparación de los ligamentos de los brazos del rebanado, de la destrucción de la granja de Vidermann por los guardias blancos de Kolchak, posteriormente derrotados, del recuerdo que de su padre había en el Conservatorio, del olvido irreversible en que cayera el nombre de Balodenka y la muerte de éste, agobiado por su invalidez y por el exceso de vodka y aguardiente.

Inna se casó con un oficial del ejército rojo y tuvo tardíamente un hijo. Él fue mi padre, pianista modesto que falleció muy joven en Minsk, donde oficiaba como tercer solista de la Sinfónica de la ciudad.

Hace años emigré a este país, busqué, encontré y traje conmigo el piano ensangrentado de mi bisabuelo, el inigualable pianista Valminsk. Cuando me contrataron para hacerme cargo de la administración de este hotel, lo traje conmigo y solía, como lo sabes, tocar alguna sonata.

Ana señaló los restos humeantes.

-Quizás fue lo correcto que todo terminara como lo estamos viendo.

Un último destello del poniente se reflejó en el metal, en parte derretido, de la caja de valores. El cielo se llenó de nubes y un aguacero, como el de la noche anterior se dejó caer inclemente. Nos refugiarnos en la caseta del embarcadero. Dormimos, creo que abrazados, envueltos en la lona agujereada de una vela.

Nos despertamos temprano. El sol apenas despuntaba. Nos lavamos en la playa del lago y caminamos hasta los escombros.

Pisamos los restos tibios del incendio, eludiendo algunos carbones obstinados en su incandescencia, hasta llegar a la caja de hierro. Se veía impenetrable. Ana se dirigió donde había estado la bodega y regresó con un mazo. Le dio un golpe a la cerradura con forma de cabeza de león y luego a los goznes externos y la puerta se abrió sin un ruido. Contamos y sacamos seis bolsas de arpillera, muy pesadas. Las arrastramos hasta la banca desde donde habíamos presenciado el desastre y las abrimos. Cada una tenía cien monedas de oro de cien pesos. Acuñadas por la casa de moneda en 1949. Al salir se escuchó una nota de piano.

-Es la segunda octava Do –dijo Ana –el teclado debe haber sobrevivido.

Ahí estaba el instrumento, no lejos de la caja.

Debió caer al derrumbarse el segundo piso –discurrí.

Ana se acercó a lo único que quedaba del piano rojo, estaba arqueado y sus teclas miraban al cielo como si fuera la boca de un fósil que quisiera atrapar un último aliento. Le dio un suave golpe con el pie y el despojo del teclado se convirtió en una nube de cenizas que se disgregó en el aire tibio como una lluvia de minúsculas semillas, blancas y rojas.

Ana volvió a la banqueta, sacó una moneda y la sopesó.

-Cada una vale más de mil euros.

-Seiscientos mil euros, no es poco –me admiré.

-Con un saco tengo –convino Ana.

-A mí me sobra –reconocí.

-La guerra terminó –Ana devolvió la moneda al costal –luego llegaron los depredadores, de tu lado o del otro.

-Es posible –dije, aunque de mi lado no me parece.

-Y que pasó después de la derrota del primer general, que pasó con esa democracia en la que todos creímos.

-Ahora será distinto.

-Ana se levantó.

-Dame un cigarrillo.

Tenía la caja de metal del Comandante Eduardo. Fumamos.

Después Ana arrojó el cigarrillo y trató de sonreírme. Pero era apenas un gesto, de los que yo tanto temía. Era el desenlace.

-Cuánto debes darle a tus jefes –me preguntó.

-Lo que les corresponde, supongo.

-En sentido estricto no les corresponde nada, todo lo de este hotel me pertenece, aun lo que no sabía que existía.

-Eres la dueña, ¿no?

Ana movió la cabeza.

-El terreno es muy pequeño y estas ruinas nada valen.

Me puse de pie.

-Puedes quedarte con todo –le dije palpando con el pie una de las bolsas, nosotros no lo necesitamos.

Ana volvió a tratar de sonreír.

-Pienso que sí –me guardaré una bolsa, llévate la mula y las otras cinco.

Y recogió una de las bolsas, se la amarró a la cintura bajo el delantal y se adentró en el bosque.

No se despidió.

Nací casi veinte años después del golpe de Estado que derrocó al Presidente Allende. En esa época ya había finalizado la lucha contra la dictadura que siguió al derrocamiento y la democracia naciente se creía invulnerable. Pero no lo era ni tampoco impoluta y la irresponsabilidad, el agotamiento y la debilidad ideológica, la ambición, la corrupción y el advenimiento de los líderes espontáneos, surgidos de las encuestas provocaron el segundo alzamiento, el que me tiene aquí, en este hotel carbonizado, donde suponía que recibiría un cargamento de armas que vendría desde la Argentina y que nunca iba a llegar. Ya sea por la falta de recursos logísticos de nuestros amigos más allá del volcán Puntiagudo y del Casablanca, ya porque el lago los detiene, cuando sus aguas no son navegables o la boca del Rahue, por donde desagua, se embanca. O simplemente porque nunca tuvieron la intención de entregarlas.

Sin acudir a ninguna retórica puedo afirmar que nací en la perpetua transición a la democracia, la que ya supuraba cuando cumplí la mayoría de edad. Al decir perpetua digo lo que fue, pues no terminó, la acabaron con un golpe cívico militar. Y eso que gobernaba la derecha, la que, en rigor desde el punto de vista político, económico y social, durante todos esos años no había marcado gran diferencia con el bloque de signo opuesto y con el que repartía y alternaban el poder.

No podía dejar de conjeturar sobre las aprensiones de Ana. Allá iba con un cargamento de oro, igual un pirquinero latino en California, se arriesgaba a ser asaltada y robada. Ella era fuerte, mucho más de lo que podía imaginar.

Confiaba ciegamente en el Secretario y en el Comandante Eduardo. Allá iba, pues, montado en la mula, extrañando la noche que estuve o soñé con Ana. Me adormeció el paso cansino del animal porque casi me caigo al escuchar el zumbido del radiotransmisor. Era la voz del Comandante Eduardo que reconocí alarmada.

“Aquí Bolero uno, ¿me escucha Bolero dos?”

-Escucho Bolero uno.

“Nuevas instrucciones, no se dirija a Osorno, el Secretario ha sido retenido, repito, retenido a la espera de una reunión de los jefes políticos en el extranjero que han iniciado su repatriación”

-Bolero uno, muchas interferencias -manipulé el radiotransmisor provocando parásitos eléctricos -esperaré a mejores condiciones de audición.

Corté la comunicación, destruí la radio, examiné el mapa y desvié la mula más hacia el norte. Al día siguiente me fui orillando, entre los bosques de pinos y eucaliptos, a veces entre pellines y canelos hacia la ciudad de La Unión. Siempre oculto de los vehículos que transitaban por la carretera. Allí tomaría una decisión sobre lo que haría con esa inesperada fortuna.

El fagot. (Año 2025)

En algún libro había leído del Sucesivismo, una particular doctrina política, o estrategia política quién sabe, que prevaleció en algunas naciones de Latinoamérica durante el siglo diecinueve. Tenía por objeto darle continuidad a las dictaduras con golpes de estado sucesivos, de duración acotada, marginalmente sangrientos. De allí venía el nombre. Se trataba, dicen los historiadores, de administrar más que gobernar. Esa fórmula ha sido aplicada también en el transcurso de los siglos veinte y veintiuno en distintos países del continente, sin recurrir, necesariamente, a golpes de Estado. Ha ocurrido, por ejemplo, cuando los presidentes se descarrían y caen en la peligrosa tentación de gobernar de verdad, de no continuar con la administración del sistema, al ocurrírseles la estúpida idea de innovar. También en ciertos casos al percatarse los políticos más perspicaces que este Sucesivismo, una forma renovada del gatopardismo, era el sistema que mejor sirve a sus intereses. Así cambiaban a los gobernantes para que todo siguiera igual. Como hace más de un siglo pensaba don Fabrizio el príncipe de Salina, en la Sicilia de los tiempos de Garibaldi. El Imperio siempre ha vigilado.

Había retomado mi profesión de veterinario y abierto una clínica cerca del teatro del río. Me ayudaba Emilio a quien le abrí un espacio en el escaparate de la veterinaria para exhibir sus artesanías. Rosella ya no era, técnicamente, una sombra, sino que era parte estable de la familia de las cuerdas. No es menos verdad que cuando un violista conocido era invitado al teatro y si el director se lo pedía, ella lo acompañaba discretamente tras las bambalinas. Era una sombra dignificada, como ella misma se definía en las contadas ocasiones en que se disponía actuar como tal.

Compré una casa de dos pisos, con techo de tejas de alerce y una chimenea de piedra en la que habilité una sala de música para Rosella y una pequeña biblioteca para mi uso donde sobresalían los libros sobre enfermedades de animales y la cura de estas. Caminaba dos cuadras y estaba en mi consulta y dos más para llegar a las puertas del teatro.

Al terminar el conflicto me dirigí a La Unión con los cinco sacos de monedas. Escondí tres de ellos en un lugar inalcanzable y con las doscientas restantes hice

dinero efectivo acudiendo a cambistas clandestinos, regateando con prestamistas y no pocas veces interesando a ancianos contaminados con el delirio de ruina. No engañé ni me engañaron. El dinero lo deposité en dos bancos en cuentas a mi nombre, corrientes y depósitos a plazo. Le tenía reservadas cincuenta monedas al Secretario y el mismo número al Comandante Eduardo, pero se las entregaría cuando no corrieran riesgo de ser malversadas. Ellos eran desconfiados y prudentes en la guerra, pero temía que fueran generosos e incautos en la política, donde los oportunistas tienen un olfato poderoso para oler el dinero y el poder. De todo esto, del ocultamiento del tesoro del general Ibañez, de la derrota de la segunda dictadura, del enfrentamiento con el Picahielos habían pasado casi tres años. El Secretario había regresado a sus actividades académicas, el Comandante Eduardo había sido relegado a obligaciones subalternas, así como muchos de los jefes de la resistencia los cuales ni siquiera tenían trabajo estable. Los partidos políticos, una vez más, practicaban las dos perversiones sicilianas, los de la Mafia y los de Lampedusa.

Una noche, después de una caminata por la tarde fresca del verano sureño, me dormí en mi estudio con un libro sobre inmunología animal en mis rodillas. Esa noche preparaba la comida Rosella.

Soñé que estaba en París en un café, sobre una avenida. Estaba sentado a una mesa y en otra, al alcance de mi mano, Ana jugaba cartas con un sujeto que tenía como cabeza la del león de la cerradura de la caja fuerte. Cada vez que ella abría su juego con cuatro ases y lo hacía siempre, la boca-cerradura escupía una o varias monedas de oro que Ana introducía en su cartera. Era igual al juego de la rana con el que nos divertíamos cuando éramos niños. No podía apartar la mirada del juego que se prolongaba sin límites, hasta que, ya encima la noche, muy fría y ventosa, la cabeza del león dejó de arrojar monedas. Ana dejó las cartas sobre el mantel, se puso sus guantes y estiró una mano hacia mí. Mis bolsillos estaban llenos de discos grises, de rústico troquelado y sin valor que apilé con prolijidad sobre la mesa. Ana las miró sin interés, abrió la cartera y puso junto a ellas las de oro que había ganado en el juego con el león. Después recogió las sin valor, las contó, las puso en su bolso y desapareció en medio de un inverosímil bosque tropical que sofocaba París. Tampoco se despidió.

Rosella me despertó.

-¿Qué te pasa, hombre? –preguntó.

-Soñaba.

Esa noche escuché la balacera, venía del pueblo, no muy lejos. No era capaz de interpretar el sueño, no me importaba tampoco, pero sin duda estaba relacionado

con otro final que intuía próximo. Saltamos de la cama y descendimos con Rosella al primer piso. Busqué la Mansfield en el escritorio, disimulada detrás de un libro. Mi Sombra había sacado su escopeta del estante de sus partituras.

-¿Un asalto, tal vez? –intentó.

-Son disparos de armas pesadas, automáticas, vamos donde Emilio.

Nos vestimos de prisa, recogí el dinero y las tarjetas, el celular con su cargador, mis documentos que guardaba en un cajón, y (el) grité a Rosella que hiciera lo mismo con lo suyo. Apagué las luces y nos encaminamos a la parcela de Emilio. Rosella llevaba una mochila y la viola en su espalda. Era una pequeña propiedad en un claro en el bosque, con una casa sencilla, de troncos, con un solo ambiente como la de Vidermann que Ana había descrito en su relato.

El hermano de Rosella estaba despierto.

-¿Es lo que pienso? –preguntó.

Busque las noticias en el teléfono y ahí estaba, otro general, en la puerta de la casa de gobierno, bajo poderosos focos de luz, rodeado de oficiales. El camarógrafo, con un breve paneo, enfocó un vehículo negro donde iban subiendo dos miembros del gabinete gobernante. El militar hablaba, decía que se habían visto obligados, dada la situación que vivía el país, de intervenir para poner fin a la corrupción, para llevar a nuestra nación por la senda del desarrollo y la justicia social, que se disolvía el Congreso y que no se perpetuarían en el poder, pues en un breve lapso llamarían a elecciones. La gente, concluyó, puede estar tranquila, nada teme el que nada hace.

-Ya hice bastante.

-En el pasado.

-Para algunas cosas los militares tienen buena memoria –dije –luego me buscarán.

Ese luego fue un ahora.

Antes de decidir los próximos pasos oímos lamentos cercanos y los gritos:

“Ramirez, entrégate, sabemos que estás por aquí.”

-Te están rastreando –dijo Rosella y metió un cartucho en la recámara de la escopeta, abrió los cordones de su morral y anudó un pañuelo negro en su cabeza.

-Me cuidas la Viola –le dijo a su hermano entregándole el instrumento –si le pasa algo te mato...

Salimos por la puerta trasera. Emilio quedó atrás.

-Soy un simple artesano, no soy una amenaza para nadie.

-Te llamaremos –le advirtió Rosella.

Emilio mostró su teléfono portátil.

No sabíamos quienes nos perseguían, pero mi presencia en ese lugar no había pasado inadvertida.

Nos internamos en el bosque y nos acercamos al río, siguiendo su cauce hacia el oriente. Muchas veces habíamos paseado por ese lugar y conocíamos la ruta hasta un pequeño poblado que no aparecía en los mapas: Tamahue. Eran diez o doce casas ocultas por una densa enramada de juncos y colas de zorro. Ahí vivía el Rastrillo, un viejo mitad japonés mitad mapuche que en la campaña anterior, en la localidad de Nochaco había guiado a un destacamento nuestro que así pudo eludir un cerco militar que los acorralaba. Lo conocí después, después de Rosella, pero me mostró, la primera vez que pisé su propiedad, una carta del Secretario valorando y agradeciendo su acción. Vivía de la pesca de la trucha, que ahumaba y vendía, envueltas en un paño immaculado, dentro de un canasto en las afueras del teatro del río. Lo visitábamos con frecuencia. Le llevaba cigarrillos, fumaba como un chino que no era y regresábamos a nuestra casa con un par de truchas de regalo.

El Rastrillo había nacido y vivido en la región y era un baquiano que había cruzado la cordillera de los Andes en verano e invierno. Se comentaba que lo hacía por deleite personal, por necesidad tal vez, para poder admirar los volcanes, los torrentes escondidos entre las serranías sin nombre. Y para escalar el volcán Tripaicura y recorrer sus cinco ventisqueros. En ocasiones, en inviernos de especial crudeza arreaba ganado a dehesas sólo conocidas por él, salvando de la hambruna a rebaños completos. Era uno de sus secretos, oculto a terratenientes y ganaderos ávidos por conocer esas dehesas fértiles y no muy lejanas.

-Te persiguen san Ramirez –adivinó –pero aquí estás seguro.

Vivía sólo y tres velas alumbraban su cabaña. Esta consistía en una sala con tres sillones, un infiernillo en un rincón y un dormitorio al que se accedía por una puerta al fondo. El baño estaba en el exterior.

-No sé hasta dónde llegarán buscándome –dije.

-Aquí no –insistió el Rastrillo, pasarán cerca, pero no entrarán.

Y extendió dos esterillas sobre el piso de tablas y nos alargó dos mantas a cada uno. Después nos sirvió dos mates con terrones de azúcar tostada y un plato con chapaleles, miel de abejas y pebre picante.

-Ahora comerán y después dormirán, vigilaré –anticipó encendiendo un cigarrillo– y mañana cruzarán a la Argentina.

-Está lejos –se adelantó Rosella.

-Tres días, una vez al otro lado podrán saber más de lo que ha sucedido –el Rastrillo señaló una minúscula radio a pilas junto al candelero –he escuchado las noticias, ha sido un nuevo golpe. Allá tomarán la decisión correcta del qué hacer.

Estuve seguro que no dormiríamos, pero no fue así. Rosella unió las esterillas y se tendió a mi lado. Nuestro amigo nos abrigó con las mantas.

Me despertó un olor dulzón. La luz entraba por una apertura en el techo. Me incorporé. Rosella dormía y nuestro anfitrión cocinaba en un infiernillo en un rincón,

-Tamogoyaki –nos alentó llevando en sus manos dos platos con tortilla de huevos dulces con polvo de merkén y café de higos.

Rosella abrió los ojos.

-Tengo hambre –declaró.

El Rastrillo señaló la puerta:

-Los que te buscaban cruzaron por fuera de Tamahue y se devolvieron, ya no gritaban y los perros no ladran aquí, este sitio los atemoriza, hay entierros que ahuyentan a los supersticiosos y a los estúpidos. Tamahue fue un antiguo cementerio, he encontrado puntas de flechas y ese casco de un conquistador. Levantó la mirada. En una pared había colgado un morrión sin alas laterales que, si era verdadero, había pertenecido a un soldado español.

-Un anticuario daría una fortuna por eso –dije.

-Cubría la calavera del pobre hombre, el esqueleto estaba completo, tenía el brillo y el olor del alcanfor y su uniforme no era más que un polvillo gris. Lo dejé en su tumba, menos el casco que me sirve para calentar la sopa.

Comimos y nos lavamos en una palangana de agua fresca.

-Los llevaré hasta Puerto Frías –nos comunicó el Rastrillo.

-Iremos solos –le avisé –no puedes dejar abandonada tu casa.

-No es necesario.

-No tenemos ropa ni equipo para ese viaje –me lamenté.

El Rastrillo se allegó a la puerta de su casita y la abrió. Afuera dos mujeres esperaban. Una llevaba un atado de ropa y la otra una caja con alimentos

-Rosa y Hortensia –las presentó el Rastrillo haciéndolas entrar. Abrieron los bultos y reconocimos abrigos y gorros de lana de llama, capas de agua y botas de goma. En la caja, charqui, truchas ahumadas, tortillas de rescoldo, café de higos, queso, aceite, azúcar, sal. El Rastrillo metió todo, ordenadamente en dos canastos forrados y coronó uno de ellos con un chuico con cinco litros de aguardiente.

-Disculpen lo poco –se disculpó Hortensia.

Era más que suficiente.

-La sopa la caliento en una olla –me advirtió Rosella.

El Rastrillo la escuchó.

-El casco se queda aquí –le aseguró –no te preocupes.

Partimos al mediodía despidiéndonos de las mujeres. Cruzamos el lago en el bote de pesca hasta Ensenada, allí el rastrillo consiguió un caballo con un campesino conocido. Subimos los capachos con la ropa y los alimentos en el animal, montó Rosella y emprendimos viaje rumbo a Petrohué. Avanzamos todo el día, dormimos unas horas y llegamos por la tarde del segundo día. Habíamos comido pescado, charqui tostado, queso y pan y bebido numerosos mates. Nos alejamos de las oficinas de los guardabosques municipales e hicimos un campamento fuera del pueblo. Bordeamos el lago Petrohué en dos jornadas y después de una tercera llegamos a la frontera.

Fue un viaje desesperado, pero sin grandes riesgos y posible gracias a que era verano y al conocimiento de la geografía de la zona y de un paso cordillerano, paralelo al Pérez Rosales, cuya ubicación era privativa del Rastrillo. Superamos quebradas, ríos y lagunas, cruzamos bosques de araucarias y pampas desoladas, nos hartamos con piñones y murtillas. Llenábamos las calabazas con mate y calentábamos el agua de los deshielos. El aguardiente perfumada con rosa mosqueta nos ayudó con los fríos, soportables eso sí, en las noches. Avanzando cerca de las cumbres tocamos con los dedos cúmulos cremosos, nos empapamos

con lluvias lujuriantes y fuimos golpeados con granizos más grandes que la bala de un galeón.

Alrededor de una fogata, en las noches, escuchábamos las historias del Rastrillo: contrabando, enfrentamientos con los gendarmes y carabineros y hacendados, burla de las vedas de pesca y caza y quizá algún crimen por encargo. ¿Verdad o invención? Las truchas ahumadas que vendía en Tamahue le servían cuando otros trabajos más arriesgados pero mejor pagados escaseaban. Durante la travesía lamenté no poder hacer el amor con Rosella. Ante mi débil insistencia ella argumentaba que sería una desconsideración con el japo-mapu.

Con su ayuda, pues, pudimos eludir a la aduana, a los carabineros y a la gendarmería de Argentina.

En Puerto Frías nos sentimos aliviados. Con Rosella estábamos agotados.

-Aquí los dejo, pues –nuestro guía nos llevó hasta la entrada de un hotel.

-¿Cómo te agradezco?

-Cruzando de vuelta, Ramírez –el Rastrillo señaló la cordillera de los Andes - incorporándote más temprano que tarde a la resistencia, sabemos que eres importante para el Secretario.

El éxito del reintegro del Rastrillo a su cabaña en Tamahue no ofrecía preocupación alguna. Nadie más que él podría hacerlo a salvo.

Le entregamos la pistola y la escopeta.

-Podrán retirarlas cuando quiera –aseguró golpeando la grupa del caballo y su carga, dirigiéndose al norte.

Rosella había tolerado el viaje mejor, pero yo seguía vivo. Esa noche nos duchamos con agua caliente después de cinco días, despreocupados, ya en el exilio. Aún en esas fechas en el monte hiela en la noche y la calefacción funcionaba. Nos acostamos mojados por el agua tibia, nos revolcamos como adolescentes, lloramos de impaciencia y después de goce. Dormí sin turbulencias, sin leones que vomitaban piezas de oro, sin naipes arreglados, sin fichas inservibles, sin Ana.

Temprano mientras tomábamos desayuno en el comedor pudimos enterarnos de algunas noticias. La exigua imaginación de los generales golpistas es proverbial, sus añejas enseñanzas, aprendidas en sus escuelas matrices y transmitidas por sus profesores en las academias militares americanas, no ha cambiado en un siglo. Las bases militares en Panamá siguen operando como en los tiempos de

Hoover y del Macarthismo. La junta que iniciaba el nuevo período, al contrario de las anteriores, constaba únicamente de dos miembros: el general en jefe del ejército y el director del diario El Mercurio. Como lloraría de irreversible nostalgia el maldecido Agustín en su tumba. Los dirigentes más encumbrados del régimen depuesto, que no alcanzaron a refugiarse en las embajadas, fueron detenidos y enviados a la cárcel de Colina o relegados a lejanos poblados en el norte o el sur del país. El Presidente de la República y tres de sus ministros fueron desalojados del palacio de gobierno y enviados, esa noche, al exilio a Brasil. Por razones poco claras, quizás por la fuerza amortiguada de un tercer golpe de Estado, por la globalización y por la inevitable e inútil condena y sanción internacional se atenuó la represión, al menos con los que no resistían. El Sucesivismo no provocaba tanto terror, pero ya se habían levantado fuertes protestas y movimientos clandestinos, en Santiago, Valparaíso y Punta Arenas.

-Elige –le pregunté a Rosella.

Rosella sonrió, ella ya había tomado una decisión.

Salir de Puerto Frías fue más fácil que lo esperado. En ese lugar arrendaban vehículos todo terreno. En nuestro caso una Toyota. La tarjeta de crédito solucionó todo. En Argentina la democracia había conseguido cierta estabilidad y la economía liberal no fastidiaba casi a nadie. Por caminos embarrados o polvorientos, solitarios o bordeados por minúsculas villas, llegamos a Bariloche. Compramos ropa cómoda de viaje, nos tentamos con dos bolsos de cuero argentino, devolvimos la Toyota en el lugar encomendado, nos alojamos una noche en el hotel Alma del Lago, compramos dos pasajes a Buenos Aires y volamos a la capital Argentina.

Desde una cabina pública en la calle Lavalle me contacté con el buen compañero Willy. Dejé a Rosella en un hotel.

Se notaba menos deprimido que la última vez, cuando vine a comprar la viola.

-Donde siempre –me convocó.

En el café Torino nada había cambiado. Willy me esperaba, como de costumbre, en el reservado al fondo, a mano derecha, frentes a los baños enrarecidos, calados por la orina.

-Alguna vez te lo dije, aquí cualquier micrófono enviaría señales contaminadas – Willy bebía un Fernet.

Pedí uno para mí y Willy aprovechó de rellenar.

-Estabas advertido, ya tienes tres generales consecutivos, nosotros sólo hemos tenido uno, aunque el segundo puede aparecer en cualquier momento..., con este gobierno y estos políticos qué puedes esperar.

-Sucesivos –corregí.

-Es igual.

-No vine solo

Willy empinó el vaso.

-Eso está bueno, ¿qué necesitas?

-Pasaportes.

-Hace poco, gracias a una viola, me salvaste de un mal momento –recordó.

-Lo que quieras –ofrecí.

-Me echaban del departamento por no pago de alquiler y me requisaban el colectivo por atraso en la patente. Aquí, después del término de la dictadura, si te he visto no me acuerdo

-Qué bueno haberte ayudado.

-Allá pasó igual, ¿no?, así me lo comentó el Comandante Eduardo.

-¿Estuviste con él?

-Estuvo de paso y tú, cómo te las has arreglado.

-Soy veterinario, ya sabes.

-Tanto gana un veterinario.

-Depende la época.

-¿La época para comprar violas caras?

Empecé a desconfiar de Willy.

-¿Qué te pasa?

-Mucha plata, Ramírez, como los inversionistas de los partidos políticos.

Dejé mi copa de Fernet y eché la silla hacia atrás.

-¿Cómo?

-Tranquilo –dijo Willy –los pasaportes. Es peligroso que te quedes aquí, recuerda la operación Cubresuelo.

-¿Cuándo?

-Mañana, en el día.

Willy escribió una dirección en un boleto y lo arrastró por la mesa. Me llegó húmedo de Fernet. Introduje en su chaqueta una buena cantidad de dólares atados con un elástico.

-Si no es suficiente, el resto mañana.

Me separé de Willy y al regreso relaté lo ocurrido a Rosella.

-Viajaremos separados –dijo, con un tono que no dejaba lugar a réplicas; iré a Italia.

-La cuna de las sombras.

Fue una noche triste aunque comimos pizzas y tomamos cerveza. ¿Cuándo volvería a verla?

Llegamos temprano al lugar indicado por Willy y en la tarde, después de una sesión de fotografías y algunos datos obtuvimos nuestras nuevas identidades.

-Los dólares era más que suficiente –me dijo Willy al abrazarme.

-Tengo otro para ti –dije alargándole el que había preparado en la noche.

Willy lo aceptó. Tengo la impresión que estaba emocionado.

-Tobías te espera en Quito –fue la recomendación de Willy.

Abandonamos el hotel y con mi Sombra buscamos otro en la villa Maipú, el barrio de los funebreros. Compramos pasajes por internet. Un pasaje a Roma para ella, uno a Quito para mí. En Ezeiza ni nos miramos. No sabía dónde y cuándo nos reuniríamos.

Mi memoria únicamente entrenada para retener cifras y números y eludir el almacenamiento de nombres, y caras, me sirvió en Quito para llamar a Tobías en cuanto pasé por policía internacional del aeropuerto. Eran las cuatro de la tarde. Era otro su nombre, como otro el mío, pero en mi relación con él, durante la lucha contra el segundo general, me había enterado que era sobrino de Abdalá Bucaram.

Al llamarlo quedó unos segundos en silencio en el extremo de la línea telefónica. Y fue muy efusivo.

-He estado al tanto, te busco en una hora en el Mariscal Sucre.

Lo esperé en los asientos en las afueras del terminal. Cumplió. Un ahora más tarde se detuvo un Cadillac del cual bajó un chofer y me abrió la puerta trasera. Adentro estaba Tobías, a su lado un estuche de madera, calculé de un metro y medio de largo. Creo que miré más esa envoltura cilíndrica que al propio Tobías. Ya sufría una obesidad indiscutible y me abrazó con afecto.

Me costaba respirar el escuálido aire de la altura de Quito, tosí y retuve la náusea.

-Vamos –dijo Tobías –ya te acostumbrarás.

Seguía hipnotizado por el tubo.

No es lo que crees, no todavía –Tobías desenroscó la tapa superior del envase y sacó un caño doblado en sí mismo, de madera negra, llaves de metal plateado y con una especie de cánula para soplar, acodada y sobresaliente.

Me asusté. Era un instrumento musical. Lo reconocí, era un fagot. Un piano, una viola y ahora este instrumento de viento. Me acosaba una orquesta imperfecta.

-Recibimos clases de fagot mientras esperamos la batalla final -explicó.

La Cofradía del fagot.

El automóvil de Tobías se deslizó hacia un estacionamiento subterráneo de un edificio en el centro de Quito.

Subimos por un ascensor directamente a su departamento, en el último piso.

La red de la resistencia funcionaba. De distinta forma, a veces con otras generaciones y relevos, unos viejos como Willy, de la época de las primeras dictaduras, hoy de la edad del Secretario, o jóvenes como Tobías, hijo de el Gordo Tobías, hermano menor de que fuera Presidente de su país, que se asegura estuvo en la Ñancahuazú y que el Che Guevara lo autorizó a partir antes de la separación de la columna del Comandante Joaquín. El Gordo Tobías murió de un derrame cerebral el año setenta. Era un tejido organizado por la insurgencia continental en respuesta al plan Cóndor o a Cubresuelo, diseñado por las dictaduras para exterminar la médula de la resistencia contra ellas. En las

operaciones de vigilancia, terror, tortura y asesinatos de las dictaduras participaban los ejércitos regulares, la policía y los órganos represivos del Estado. La Peste, como se acostumbraba a denominar a nuestra estructura, estaba compuesta por combatientes, voluntarios y ayudistas. Era un puñado en cada país, pero sin duda el refugio para los que podían zafarse de las garras militares, atravesar fronteras y prepararse para el reintegro. El Gordo Tobías relataba lo ocurrido con los sobrevivientes de la guerrilla boliviana, que cruzaron a Chile y fueron acogidos por el viejo y genuino Partido Socialista y por Salvador Allende.

Esos guerrilleros dieron origen a la Peste, aún antes de las dictaduras chilena y argentina. La Peste subsiste y continúa contagiando a los reaccionarios

Dejé mi bolsa de cuero en un estante a la entrada del departamento, Tobías me condujo a una amplia habitación, a media luz y me invitó a sentarme junto a él. De inmediato apareció un mozo de chaqueta y guantes blancos.

-¿Qué te vas a servir, Ramírez? –me preguntó, palmoteando mi codo –de seguro una piscola.

-¿Por qué no? –acepté.

El empleado regresó en pocos minutos con las bebidas, la sugerida para mí y una margarita para Tobías. En la bandeja se exhibían las botellas. Pisco peruano Paucarpata, pisco chileno Waqar y tequila Corindón.

Estuvimos en silencio. Me vino a la memoria mi clínica veterinaria, pero recordé que, excepto a Kirova no tenía animales hospitalizados. Bueno, Emilio se haría cargo.

Acepté el combinado con el pisco Waqar que bebí acompañando el silencio de Tobías que degustaba su tequila. Al terminar nuestras bebidas sonaron siete campanadas desde un reloj invisible desde donde estábamos instalados. Se abrió sin ruido la puerta de la sala e ingresaron a ella siete jóvenes, todos con un tubo en los brazos, similar al de Tobías. De no saber que en su interior llevaban un fagot hubiese creído que era una liga de partisanos. Nos saludaron con una inclinación de cabeza, encendiéndose, sin mano que lo hiciera, la luz del fondo del salón, más espacioso de lo que parecía. Allí se ubicaron esos hombres, desempacaron sus instrumentos y se sentaron en ordenadas sillas. Delante de ellos, partituras abiertas. Era una sala de música. Miré a Tobías, lo había visto un par de veces en Santiago, en ejercicios de enlace, antes de la aventura en el hotel Vigilante, pero su pelo amarillo y enmarañado, el rostro salpicado de pecas, su nariz abultada y su modo solemne, lo hacían inconfundible. No podía haberme equivocado de Tobías, aunque todo el espectáculo que presenciaba más parecía

una chacota que una reunión encubierta. Debí haber traído un arma, pensé. También podía ser una ratonera, pero desconfiar de Tobías era como hacerlo con el Rastrillo. Esa reflexión me tranquilizó.

No era ni una broma ni una trampa.

Hubo un sonido impreciso de afinación, luego los siete jóvenes examinaron la lengüeta doble y al unísono se llevaron la boquilla a la boca.

-Te presento –me anunció Tobías en voz baja –la Cofradía del fagot, de la que escucharás un Nocturno de Segundo Luis Moreno, aunque también, si hay tiempo podemos escuchar un concierto para fagot de Vivaldi o el compuesto por Mozart, aún adolescente.

Me daba lo mismo. Lo que quería eran contactos, tal vez otros documentos y una vía rápida y segura para regresar al país.

Acaso no sabes por qué el fagot, me preguntó Tobías. No nos importará la música que nos dará sosiego, pues este nocturno es de movimiento largo, lento.

Pues te diré por qué nos valemos de este instrumento de viento madera, empezó su relato Tobías: la llamada Era Juliana fue un período histórico de nuestro país que se inició con un levantamiento militar en el mes de Julio de 1925. Concluyó ese período en 1929, con la renuncia del Presidente Isidro Ayora quien había sido nombrado por una asamblea constituyente en el último mes de 1928. Al final de su mandato se produjeron algaradas indígenas en la provincia de Chimborazo los cuales fueron militarmente reprimidos. En el cantón de Riobamba y en la Parroquia rural de Calpi vivía un renombrado artesano experto en la fabricación de instrumentos andinos hechos de caña. Su nombre cristiano era Silvestre y tenía un hijo veinteañero, que seguía sus pasos en el arte de la lutería. Se llamaba Benigno y era un flautista, quenista y fagotista andino de mucha expedición. Eran indígenas y lo seguían siendo en todo sentido a pesar de haber recibido el forzoso y perturbador bautismo de la fe católica. De todo el territorio llegaban músicos a comprar sus instrumentos e incluso una delegación de suecos y canadienses invitados por los dueños de la fosforera monopólica Kreuger, no sólo se llevó un cargamento de instrumentos sino que, al escuchar a Benigno, le solicitaron y hasta le suplicaron que fuese a exponer su virtuosismo en su país y en el Quebec. Afirmaban que su asombrosa y magnífica capacidad de tocar el fagot los obligaba a presentarlo al eximio *baasoonist* Simon Kovar. Les costaba comprender que el muchacho, con un fagot rústico, de apariencia osada y poco elegante según los cánones clásicos, trabajado en conjunto con su padre, sólo de caña brava y partes de corteza del molle, cimbrado su codo en un horno de carbón, con lengüetas talladas con un tosco buril, con quince llaves de latón que

obturaban las perforaciones de digitación y una boquilla de plata, lo único de valor real, pudiese extraer esos eufónicos sonidos.

Tres meses después, en una nueva gira, Lars Kreuger el primer accionista de la fábrica de fósforos trajo a Ecuador y obsequió al joven un fagot Heckel. No dudaba de lo que iba a ser capaz el joven Benigno. No se equivocó. Extasiado por su capacidad de transferir a un fagot europeo su magia, comparable a la de los grandes intérpretes del viejo continente, Kreuger llegó a ofrecerle a Silvestre un precio por su hijo.

-En préstamo, desde luego y por solo seis meses –explicó.

Silvestre habría aceptado y Benigno obedecido si no se hubiese sometido de manera tan insensata el disturbio desencadenado ahí cerca, en Pallatanga.

El pueblo indígena, avasallado y humillado por siglos por el Estado y los terratenientes, encabezado por dirigentes lúcidos y bravos inició huelgas en los cantones y marchas hacia Quito en busca de la solución de sus justas exigencias y desagravios. Nunca faltaban las vehementes activistas Tránsito Amaguaña, y la Insumisa Dolores Cacuango venida del norte, de las faldas del volcán Cayambe y tantas otras mujeres y hombres indígenas que lucharon sin denuedo por sus reivindicaciones.

Un diecinueve de Agosto una sección de veinticinco soldados y un oficial del regimiento Pichincha fueron enviados a Pallatanga a sofocar una agitación indígena. Allí fueron enfrentados por los pobladores. Enfrentar en este y muchos casos es un concepto equívoco, pues los nativos siempre intentaban defenderse con sus herramientas de cultivo que, distante de los represores premunidos con armas de fuego, no alcanzaban a usar. Azadones, palas y horquillas y las mujeres sus afilados y largos prendedores. La honda era el único elemento arrojado utilizado. Las cerbatanas con sus dardos envenenados con el sudor dorsal de la rana dorada, estaban reservadas para cazar animales. La costumbre era esperar para dialogar, nunca atacar sin una agresión evidente.

Esa tarde en Pallatanga los soldados a una orden del teniente Iturrú, que comandaba el grupo, hicieron disparos al aire. Era lo convencional y lo ordenado desde la superioridad para evitar muertes innecesarias: con eso esperaban que los revoltosos huyeran sin tardar. Era un diecinueve de Agosto y fallaron las tácticas rancias del mando. No hubo movimientos de las partes. No hubo avance de los uniformados tampoco desbande de los indígenas. Nadie se desplazó, hacia adelante o hacia atrás ni reprimidos ni los soldados, desconcertados estos por la entereza de los adversarios.

Sorpresivamente uno de los acosados preparó su honda y con un piedrazo al aire, sin otra finalidad que las primeras descargas de los militares dio, por mera casualidad, en el casco del sargento Galaz, quien se fue al suelo sin un suspiro. El teniente no se molestó en socorrer al suboficial y mandó hincar las bayonetas. En esa breve tregua aparecieron en las manos de los varones de Pallatanga porras y garrochas y en el de sus mujeres los broches que llevaban en el peinado, esos con largos alfileres, los temidos tupos, igual al que usara la revolucionaria Manuela León, casi un siglo antes, para arrancarle los ojos a Miguel Vallejos el jefe de las milicias gubernamentales que la había violado.

Los veinticuatro hombres con el oficial adelante y disparando cargaron contra los indígenas. Tres de ellos cayeron malheridos por las balas. Los que se habían alzado, unos cincuenta al inicio del enfrentamiento, fueron aumentando con los minutos con la llegada de numerosos pobladores vecinos. Pronto la lucha se inclinó a favor de los indígenas. Al verse sobrepasados, el teniente Iturrú ordenó la retirada, pero en el último minuto recibió un garrochazo en la pierna que le cortó una gruesa vena. Así quedó rendido, mirando estupefacto y petrificado el flujo de su sangre y la inminencia de su necesario fin. La tropa se desbandó. En la plaza del mercado de la villa quedaron los cuerpos de trece uniformados y el del agónico sargento Galaz, con el cerebro molido, alojado aún dentro del casco de metal azul.

Los habitantes de Pallatanga se llevaron a sus muertos y heridos, sus pertenencias, sus pocos animales y lo que pudieron acopiar de sus cosechas. Sabían que el ejército no perdonaría y que el pueblo sería arrasado.

El Presidente no quería otro Fernando Daquilema, ni a una Manuela León, que aunque lejanos en el tiempo habían puesto en aprietos la cristiana administración del Gabriel García Moreno.

Al amanecer del día siguiente se iniciaron las acciones de represalia. Para ello las autoridades enviaron una compañía con veinte hombres a cargo de un capitán de apellido Chuquipana.

Acumulaba paciencia. Tobías no me daría nada antes de terminar su historia del fagotista indiano. Eso era una certeza, como el relato de Ana o de Purcell Moya. En fin, algo aprendería de la historia del Ecuador que por lo demás me era completamente desconocida. Pensé en Rosella que ya iría atravesando el Atlántico, en el teatro del río y en mi apacible vida de tres años en el sur de mi país. La existencia es inestable como un residuo nuclear, no es posible de capturar, de hacerla un movimiento continuo y perfecto. La vida se desliza de manera uniforme, pero no tarda en escurrirse dejándote sin referencias. Cuando creías a tu existencia cómodamente alojada en tu conciencia, tu existencia como

un modo de vida cabalgando inalterada en tu tiempo lineal, ocurre un imprevisto y ella degenera, o se evapora como el humo en la lluvia y ya no hay nada en qué engancharte, nada a qué incorporarte. Tu existencia se ha vaciado sin aviso y te ha dejado solo con tus ausencias. Has perdido tus rutinas, tu horizonte de sucesos se ha extraviado, no eres ni una hipótesis, ni la presunción que concierta un agujero negro. Dejas de ser el que imaginaste que eras y casi sin aviso eres distinto, tienes otra existencia, en la que quisieras o no enredarte. Esa nueva existencia también puede darte la espalda, es asimismo líquida y eventual. Todo se vuelve impredecible y caótico.

De ese modo me sentía escuchando el cuarteto de fagot y algunos episodios de la historia ecuatoriana. Tenía antojo por saber lo que estaba ocurriendo en mi país. Lo escuchado en Puerto Frías era insuficiente.

Primero –Tobías aceptó otra margarita, rechacé una piscola –arrasaron con Pallatanga, quemaron sus chozas de paja, se robaron sus animales y lo poco de valor que quedaba. A continuación, humeando todavía el pueblo, la compañía partió en persecución de los sublevados.

La retirada fue hacia Alausí, con campamento transitorio en Calpi. Conocedores del terreno y del clima los reclamantes se descuidaron. Pensaron que sus enemigos claudicarían o que se extraviarían en la fragosidad selvática. Ignoraban que el bando enemigo era encabezado por uno de los suyos, de la misma etnia, alistado por propia voluntad en la fuerza contrincante.

El capitán Chuquipana conocía el territorio y sus pueblos, y avanzó toda la noche del primer día, el segundo día y la segunda noche. Y aun con sus hombres exhaustos atacó a los inadvertidos nativos de Pallatanga albergados en Calpi. Los detuvo, les quitó las armas y los encerró en un corral con las manos atadas. Chuquipana no era un desalmado. Esa madrugada concedió descanso y dejó una pequeña guardia de su total confianza. A los prisioneros les hizo servir leche de cabra y pan de maíz que obtuvo de los naturales de Calpi, reunió a tres vecinos y sin apremios preguntó por el alcalde Calpi, quien había autorizado la permanencia, el descanso y el avituallamiento de los rebeldes de Pallatanga. Había oído que su nombre era Fermín.

Un vecino de Calpi, un individuo de mediana edad, agrio de familia, lo delató.

-Como vive solo y está enfermo, se hospeda donde Silvestre -le sopló a Chuquipana.

El capitán entró sólo a la casa del lutier y a la habitación donde reposaba Fermín. Sufría de fiebre alta, tos y dolor en el pecho. Era atendido por una

hermana del artesano. En un rincón del cuarto Silvestre ensayaba con Benigno una partitura de Bach, regalo de Kreuger. El capitán, aturdido, observaba como Benigno tocaba en el fagot Heckel y luego en el andino, intercambiándolo con su padre, siempre siguiendo el texto de la obra, sin que la melodía sonara diferente.

Carraspeó Chuquipana y padre e hijo dejaron de soplar.

-Vengo por Fermín –dijo.

-Está muy enfermo -protestó Silvestre.

-Eso ya lo sé.

La hermana de Silvestre que se encargaba de Fermín entró con una taza de colada de avena y se la ofreció a Chuquipana.

-Se ve muy fatigado –dijo la mujer.

-El capitán la aceptó, se sentó a los pies de la cama de la autoridad de Calpi y probó la avena.

-Comprenderá –le dijo a Fermín –que no puedo regresar a Quito con las manos vacías, Calpi ha sido cómplice del motín en Pallatanga.

-Valgo más que todo mi pueblo y que sus prisioneros, soy la autoridad de esta parroquia, reconocida por los de Pallatanga elegida por el pueblo –Fermín se incorporó en la cama, separó las sábanas, vacilante –si me pueden trasportar, seré su recompensa.

-Sabe lo que le ocurrirá.

-Es posible.

El capitán terminó su bebida, agradeció a la mujer y salió. Ordenó a los centinelas liberar a los cautivos, despertó al resto de sus soldados y sin más descanso y con Fermín en una angarilla regresó a la capital.

Supieron en Calpi y Pallatanga que Fermín fue fusilado al día siguiente de arribar a Quito. No fue la única víctima: el capitán Chuquipana fue degradado a teniente y lo enviaron a un puesto con dos soldados, también castigados, en la frontera con Brasil. Lo acusaron de negligencia, cobardía y amaño en misión de combate. Un batallón con veinte soldados no puede ofrecer como señal de triunfo únicamente a un prisionero, por más que fuera un alcalde rebelde. Sobre todo considerando los daños físicos y morales que provoca cualquier revuelta, por mínima que sea, a la autoridad de la República.

Renovado el material humano, esta vez veinticinco granaderos de las fuerzas de élite de la presidencia al mando de un teniente coronel apellidado Sánchez, apodado el Buitre, el ejército regresó a Pallatanga, pasó de largo y se apostó en Calpi. Estaba resuelto a cumplir las órdenes y corregir la negligencia de Chuquipana. Los prófugos de Pallatanga y la mayoría de sus habitantes, mujeres, niños y jóvenes al conocer la noticia de la suerte de Fermín y del buen capitán Chuquipana, habían abandonado Calpi, internándose en los impenetrables bosques o subiendo a las inalcanzables montañas.

Sánchez era de estirpe española y colonial y no estaba dispuesto a correr la suerte de su compañero de armas, repudiado y relegado con la mitad de la paga a la frontera amazónica. Su misión era regresar con los revoltosos o sus cadáveres en una cantidad demostrativa. Pretendía exhibirlos y solicitar juicios sumarios contra ellos. Así dar una señal de advertencia y severidad a quienes quisieran seguir ese camino de indocilidad y de este modo satisfacer al ministro de guerra don Francisco Salazar y quizás obtener una gracia, un ascenso o al menos una medalla.

Reunió en un círculo en la plaza de Calpi a los viejos, las mujeres y los niños que aún quedaban y les exigió que le dieran a conocer el paradero de los insurrectos o la ruta que habían tomado en su fuga. Los de Calpi estaban rodeados por los granaderos, con bala en boca de cañón. Nadie dijo nada y Sánchez, en forma destemplada buscó en la periferia de la multitud y escogió al azar. Ignorante de quien era ese hombre arrastró a Silvestre, uno más entre la reducida asistencia, hasta el quiosco donde el anciano tantas veces tocara.

-Empezaré con este infeliz hasta que hablen –tronó Sánchez desenfundando su revólver y apoyándolo en la cabeza de Silvestre. Nadie abrió la boca. Benigno corrió hasta donde estaba y se arrodilló ante el teniente coronel.

No alcanzó a pedir clemencia pues el oficial descerrajó un tiro que penetró la cabeza del artífice matándolo en forma instantánea. Benigno alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los del asesino. El militar bajó el arma y apuntó al joven, pero no alcanzó a disparar. Benigno con la rapidez de una tangara voló hacia las tupidas frondas.

No hubo ningún movimiento hasta que Sánchez guardó su arma y se retiró de la plaza.

Las mujeres amortajaron a Silvestre, no hubo cantos ni juegos y lo sepultaron en el cementerio del pueblo. Al caer la noche Calpi era sólo habitado por los soldados de Sánchez.

Esa noche se inicia la leyenda del fagot.

Tobías terminaba su segunda margarita y llegaba el mozo con una tercera. La música, la fatiga del viaje y el pisco me pasaban la cuenta. Quería dormir.

-¿Cuándo puedo descansar? –le pregunté.

-Cuando termine mi historia y el concierto –Tobías degustó con la punta de su lengua los granos de sal del borde del vaso, ambas te serán indispensables para un reingreso exitoso en tu patria.

-¿Cuándo? –insistí –

-Hoy, más tarde –Tobías hablaba en serio.

Me resigné y pedí al mozo otra piscola.

Tobías sonrió.

Sánchez, con la indecencia propia de su investidura ocupó la casa de Silvestre. Se instaló en el cuarto principal y a dos de sus escoltas en el taller. Tiraron al suelo herramientas e instrumentos listos o por acabar, las pisotearon y acomodaron sus petates en el piso y sobre ellas las cebaderas con el forraje de sus caballerías. Uno dormiría el otro velaría. Envió a dos baquianos que reclutó en un calvero en búsqueda de los prófugos, pero regresaron con las manos vacías. Pronto resolvió acudir a los patrones del caucho. Eran tipos inescrupulosos, ambiciosos depredadores, bandidos con licencia para matar. Tuvieron un éxito menor y pudieron atrapar a dos de los de Pallatanga. Sánchez los encerró en un galpón. No era un número suficiente, pero quizás podrían servirle de cebo y los mantuvo con vida. Pagó a los caucheros con el dinero de la soldada, no era sensato enemistarse con ellos, y durante un par de días intentó fraguar algún plan.

No lo logró.

El cabo Rubaldo Aprendiz, al cabo de esos dos días y después de entregar la guardia a su relevo, fue a darle cuenta de los sucedidos en su ronda nocturna al coronel Sánchez. Lo encontró a él y a sus dos custodios sin vida. Estos degollados a cuchillo y el jefe, el Buitre Sánchez, con una caña encajada en su tragadero. Aún parecía respirar. En el extremo y en las aberturas de las claves del filudo fagot andino, hundido en su garganta, aún filtraban burbujas preñadas de un tufo rojizo las que al caer se rompían con un ruido de muerto.

Con el pasar de los días, seis tal vez y como el teniente coronel no regresaba el secretario de guerra envió un piquete de exploradores con la advertencia de máxima cautela.

Veinticinco veteranos de selección y un teniente coronel no pueden desaparecer así como así –señaló.

-No es consistente –acotó su asistente.

Eran cuatro, dicen que eran seis los encargados de la búsqueda de los desaparecidos que entraron con sigilo, con bala pasada en Pallatanga. Allí encontraron una pareja de ancianos que cocinaba, sobre un fuego de leños, una sopa de yuca. Revisaron el pueblo abandonado y calcinado, luego lo repasaron y al no encontrar rastros de los buscados, compartieron el guisado con los ancianos. En Calpi el contexto fue distinto. Una mujer apilaba plátanos verdes en la plaza y un olor nauseabundo impregnaba el pueblo. Uno de los exploradores con la punta de su bota desordenó el montón de fruta verde. La campesina no levantó la cabeza y con plátano señaló la casa de Silvestre, cien metros más allá. Las moscas se habían adueñado de los cuerpos putrefactos de Sánchez y sus ordenanzas. De esa masa de moscas y escarabajos carroñeros apenas se distinguía erguida la caña de fagot.

-Ahí no queda nada que enterrar dijo Moisés Huaquén, el jefe de los rastreadores, al asomarse a la vivienda.

El galpón con los dos encerrados de Pallatanga estaba vacío.

Moisés se acercó a la anciana y golpeó la tierra con su bota derecha. Soltó polvo el piso y una legión de moscas zumbó a lo lejos.

-*Jananchay* –dijo la platanera señalando la altura y luego sacudió los brazos como si quisiera emprender el vuelo -*thaparanku*

Retrocedió Huaquén hasta el límite de la espesura. Lo siguieron sus combatientes.

-¿Qué dijo la vieja? –preguntó García que no hablaba quechua.

-Está loca –respondió Huaquén.

Se internaron en el bosque tropical en la tarde del día que arribaron a Calpi. Con machetes despejaban la ruta cortando los bejucos y los helechos, sorteando la pegadura de los matapalos. Hicieron campamento antes del oscurecer. La sombras de los ceibos y de los elevados árboles de la foresta tropical arrimaban la noche que se llenaba de los sonidos animales que muy bien conocían. El bosque y sus habitantes no les causaban temor.

Eso, hasta que, uno de los batidores, el sargento Joaquín Rabo, escuchó un sonido que no reconoció. Era distinto al chillido de un mono, al gruñido de un

cerdo salvaje o a la voz inquietante de una lechuza. Era más, era una melodía que a sus oídos le pareció sensual pero atrevida. Despertó a sus compañeros que, en silencio, escucharon lo que había desconcertado a Rabo. No se escuchaba nada más. Las bestias nocturnas habían callado, la brisa había dejado de mover las lianas y las trepadoras, las hojas de los árboles también habían callado. Los uniformados encasquetaron bala en sus carabinas y ladearon la cabeza abriendo sus oídos entrenados. La música continuaba. Era un suspiro que cambiaba de tono, altos y bajos, siguiendo una cadencia adormecedora. Un delicado aroma a vainilla perfumaba la noche.

-Compañeros –alertó Genaro Cumplido, el jefe suplente de los exploradores – me huele a una bola –y se le ocurrió mirar hacia la inalcanzable copa de los árboles.

Entonces vio colgando de las más altas ramas unas formaciones fractales, blanquecinas, opacas, similares a inmóviles capullos de mariposas gigantes. Contó diecinueve. Cumplido sacó su pistola y le disparó a la que estaba más baja, a diez metros de su cabeza. Se estremeció la cápsula perforada, se rasgó su fondo y su interior segregó lentamente una viscosidad glutinosa que no terminaba de caer. A Cumplido le pareció que mientras se coagulaba en el aire saturado de humedad de la jungla, iba tomando la forma de un rostro, el rostro del soldado Plutarco Armendares, uno de los granaderos al mando de Sánchez, de quien había sido instructor.

La música se hizo más cercana y más límpida y los exploradores pudieron apreciar a un joven que, detrás de una pantalla de cortaderas, soplaba una pipeta unida a un desconocido artilugio, con la apariencia de haber sido fabricado con madera negra. De este aparato surgía la música.

Quiso apuntar Cumplido, intuyendo que ahí estaba el peligro, pero sintió que se fundía en el entorno, que su cuerpo se maceraba, que se consumía en el bosque, igual que sus tres compañeros, que perdía peso, que el tiempo dejaba de correr y que se elevaba. Lo atrapó un mal miedo y una sofocación intolerable que no lo dejó respirar y que dejó de sentir de repente, cuando ya era un despojo.

En esos días, o un poco después, en las postrimerías de un domingo apareció en la plaza de Quito el cabo Rubaldo Aprendiz. Era un auténtico fantasma. Los ojos de los asistentes a la misa que abandonaban el templo parecían atravesar su cuerpo y aunque llevaba algo que remedaba el uniforme de su rango este tenía la inconsistencia de una burbuja de sebillo. Los soldados que custodiaban las puertas del palacio de Carondelet se apresuraron a detenerlo, pero Aprendiz no era más que una brisa helada, como la que barre la nieve del Cayambe, que se

deshilachaba, dejando una escarcha helada entre los dedos enguantados de quienes querían capturarlo. Rubaldo Aprendiz cruzó la plaza y se perdió en los arrabales de la ciudad. La última vez que se le vio fue en el barrio de las Monjas Altas, donde estaba la casa de su madre. La leyenda circuló en Quito y en todo el país y ni el propio Presidente pudo convencer a sus generales que enviaran hombres armados a esclarecer lo ocurrido. No creemos en brujerías, le dijo el comandante en jefe, pero por ahí anda el chupacabras o el hombre carnero.

Esto –Tobías se bebió de un trago su margarita, era un adicto al tequila –tiene un inicio que se remonta a las postrimerías del siglo diecinueve y que no puedo omitir. Es un suceso breve pero indispensable en esta historia.

Como era de espera, el ayudante demoró un minuto en traerle otra copa a Tobías.

En esos años, en Alemania, en la escuela de fagot de los hijos de un maestro llamado Karl Almenröder, se inscribió un joven, Philipp Stramer, apenas un adolescente, que carecía de las mínimas condiciones para tocar este complejo instrumento. El profesor jefe de la Academia de vientos y maderas, Herr Rauboldt no entendía su tenacidad, pues el mismo muchacho le había confesado que aunque tenía absoluta conciencia de su ineptitud, su tenacidad era inagotable. Herr Rauboldt decidió ir más allá. Visitó a los padres de Philipp, servidores públicos de la provincia, quienes le aseguraron que la idea del fagot había sido de su hijo y que ellos jamás le habían inculcado semejante insensatez en la cabeza. Que hubiesen preferido la carrera de contable o fiduciario de libros, que la música da buenos resultados en unos pocos y que el hijo Philipp no era uno de esos afortunados. Rauboldt se entrevistó con sus colegas maestros, quienes coincidieron en que el joven Philipp era un tanto extraño, circunspecto, pero explícito cuando tenía que serlo. No se le conocían amigos y él admitía que sus compañeros eran eso: acompañantes transitorios. Obtenía notas satisfactorias en los ramos generales y lo más sorprendente era su interés en un tema y una disciplina, completamente ajenas la una de la otra: las sustancias ancestrales utilizadas por los indígenas de América Latina y las clases de educación musical, solfeo, el estudio de las notaciones y una rara obstinación por el fagot. Sobre ambas materias había agotado la lectura de toda la biblioteca. Pasaba tardes enteras en el jardín botánico de la ciudad y en el serpentario, estudiando árboles tropicales y batracios y serpientes de bosques lluviosos. Su tutor en la escuela secundaria, Walter Fennis lo identificó como muy estudioso, pero aún incapaz de ejecutar una simple armonía en un triángulo.

Al final de la entrevista y en un acto de irreflexiva confianza, Fennis le dijo a Herr Rauboldt que Philipp la había dicho una vez que su interés por la música se originaba en una revelación.

Rauboldt no supo si acudir a un ministro de su iglesia luterana o consultar a su amigo médico y condiscípulo en la escuela secundaria, Emil Kraepelin, que como todo el mundo sabía se había especializado en desvaríos y exaltaciones, pero optó por quedarse callado y observar.

Y durante un semestre no encontró nada para especular, quizás únicamente los tremendos esfuerzos de Philipp Stramer por dominar un instrumento que, decididamente, no le era muy accesible. Al semestre siguiente el muchacho mejoró y el consejo de maestros resolvió darle una oportunidad y promoverlo. Ninguno de ellos ni siquiera el profesor Fabricius Tonkl, su guía directo y quien se aburrió de intentar disuadirlo, tuvo argumentos en contra. Al inicio del segundo año Philipp apareció en su primera clase con el fagot de propiedad del establecimiento. Sus padres se habían negado a comprarle uno y así estimular su necesidad. Era el único estudiante que carecía de su instrumento y en consecuencia tenía que hacer uso del magnífico Etinger que le facilitaba la Academia. Tonkl suspiró aliviado, su torpe interpretación terminaría arruinando ese valioso instrumento lo que redundaría en la suspensión y la posible solicitud de retiro por parte de Herr Almenræder y el abandono de su obsesión por la interpretación.

-Dejaré de luchar contra la tenacidad de un inepto –decía Tonkl en su más cercano círculo, al enterarse que Rauboldt no le había adjudicado otro pupilo que Philipp en la selección anual que le era atributiva

Pues consideraba inevitable y pronto ese estropicio y al cual, sin compunción alguna, se comprometía a contribuir.

Y sometió al limitado principiante a los ejercicios más complejos y embrollados que posibilitaba el fagot en ese nivel de interpretación.

Para cualquier maestro quizás hubiese sido enternecedor y estimulante la enseñanza a un alumno con tanto amor hacia su fagot, pero Tonkl era un teutón terco que se encarnizó con Philipp a tal punto que no permitía las pausas aunque el joven tuviese las yemas de los dedos inflamadas. Se quejó a Rauboldt varias veces de la impericia de su educando, pero sin resultados perceptibles.

El director de la Academia habló una vez más con sus padres quienes le informaron que a no ser por la insistencia del hijo por tener una mascota, a lo que habían accedido, no habían notado ningún cambio en su conducta.

Rauboldt interrogó de nuevo a Philipp y aprovechó de manifestarle que estaba informado de que habría sido una revelación que lo llevó a estudiar el fagot según le revelara a Herr Fennis su preceptor de secundaria. El aprendiz estuvo unos minutos en silencio y después de manifestar su molestia por la infidencia, apenas con un rubor en sus mejillas, le confió que ella efectivamente había ocurrido. Una noche, en su dormitorio, se le había aparecido un joven que llevaba puesto un taparrabos, que traía en sus manos un fagot de madera amarilla y que delante de él había interpretado una melodía maravillosa. Después, con el instrumento apoyado en el pliegue del codo, le había revelado que la música no sólo era para sentir el goce estético de sus cadencias, sino que también permitía transportar a los oyentes o ejecutantes a dimensiones de placer u horror desconocido y que el fagot era el instrumento propicio para lograrlo. Que requería mucho estudio para dar con las notas indispensables para provocar esas transferencias, que el aparecido le había dado ciertas pistas, sobre esas consonancias y sobre otras propiedades del fagot y que no cejaría hasta poder reproducirlas.

-¿Y qué harás si las consigues? –preguntó escéptico Rauboldt.

-Se verá en su momento –respondió Philipp.

El director se dirigió presto al hospital donde ejercía su amigo Kraepelin y le expuso el caso.

-Tendrás que acudir a un señor de apellido Freud –le dijo –creo que tendrías que viajar a Viena, personalmente no me ocupo de los sueños.

-Asegura que fue una revelación, no un sueño –insistió Rauboldt.

-Da igual –respondió Kraepelin, Herr Freud también se ocupa de la psicología y otras tonteras.

Rauboldt se quedó de brazos cruzados y le pidió a Tonkl que no fuera tan exigente.

El instructor no sólo hizo caso omiso de su sugerencia, si no que fue cada día más duro e intransigente con Philipp.

Fue un año exasperante para el instructor. El avance del aprendiz se estancó, no faltaba ni un mes para que la Academia y como era la tradición, debía ofrecer a la comunidad un concierto de bienvenida a la primavera. Era una larga justa en la que se presentaban los ejecutantes de segundo año en obras de corta duración. Ahí se escuchaban pianos, violines, violas, flautas, trompetas, trombones, oboes y fagots. Nadie podía ser excluido, nadie retirado durante la ejecución, por defectuosa que fuera. El instructor privado del carente de lustre musical debía dar

las explicaciones, si las había, exponer las disculpas y poner el cargo a disposición de los académicos debido al fracaso.

Tonkl estaba devastado. No tenía dudas de que Philipp sería reprobado, seguro que su actuación iba a provocar una tangible molestia de los jurados e instructores mayores, sin duda también del ilustre fagotista Louis Marie Jancourt invitado al torneo y en consecuencia su prestigio y también su cargo quedaban en entredicho.

Tonkl fue muy lejos. Una tarde, embozado, se dirigió al distrito de las alcahuetas, buscó a dos hombres mal agestados y les encomendó una tarea fácil y bien remunerada. Se trataba de afeitarle el bigotillo a un estudiante de música de la Academia Almenräder en el curso de esa semana en la que terminaba el invierno e ir un poco más allá: rasurarle el labio superior en una profundidad que demorara, a lo menos, quince días en cicatrizar. No era necesario dañarlo más. Tonkl no quería tener sobre su conciencia más que una mala acción.

-La idea es que no pueda inflar los carrillos, que no pueda soplar –los instruyó explícitamente.

Los delincuentes sorprendieron a Philipp una tarde sombría en el claro de una agrupación de robles, distante tres manzanas al poniente de su casa. Caminaba serio y soñoliento, pisando una que otra apetitosa trufa después de una exhaustiva jornada con el fagot. El más robusto de los matones lo sujetó por el cuello y el cómplice, con una afilada navaja rasuró su bigotito de adolescente y le rebanó una lonja de piel a lo largo de todo el labio superior. Philipp no se defendió, intuyó que no era un asalto para robarle, sino una emboscada instigada por Tonkl y comprendió que era inútil resistir. Además no estaba dispuesto a dejar caer el instrumento de propiedad de Almenräder.

Con un pañuelo cohibiendo la hemorragia sus padres lo llevaron al sanatorio más cercano. La herida había arrancado los tegumentos del labio, lo que cicatrizaría en algunas semanas. No era necesario cubrirla, pues cualquier apósito se adheriría causando mayores daños. Los primeros días tendría que ser alimentado con potajes tibios y, por cierto, debería abstenerse de tocar el fagot. Esta recomendación no tomó por sorpresa a Philipp. Era la razón del atentado.

Philipp pidió a sus padres que no informaran de lo sucedido a la Academia hasta después de dos días. Que sólo lo reportaran con una constipación. Y prometió quedarse en casa, acompañado por su mascota Nabuco, alimentando una cólera con la que no había contado.

En la mañana, al desayuno, el joven le comunicó a su padre que Nabuco había escapado a media noche. Tomó la leche tibia que le habían preparado, colocó rodajas de manzana en su herida, se puso su abrigo y arrebujado con una bufanda, insistió en salir a buscar a Nabuco. Fue su hermana Helga la que cayó en inmediata depresión al saber de la pérdida del *poodle*, al que le había tomado extremo cariño.

Los señores Stramer salieron a buscar al animalito.

En esa tarea estaban cuando se encontraron con el profesor Rauboldt en la Rudolfstrasse una tarde en que la nieve se derretía. La pareja llevaba un hato de papeles que iba pegando en los postes autorizados. El profesor se acercó a ellos.

–Philipp no ha ido hoy a la Academia –dijo.

–Un poco de fiebre y congestión lo han dejado en casa –mintió Herr Stramer y leyó:

–Hasta ayer se encontraba en buenas condiciones de salud –replicó Rauboldt.

–Ya sabe, el tiempo variable –Stramer dibujó un círculo con su dedo y una delgada cuerda de escarcha quedó girando en el aire.

Cuando el hielo cayó, Rauboldt leyó los panfletos:

“Se busca a Nabuco, *poodle* de seis meses, extraviado hace un día desde el número 63 de la calle Boringher. Habrá recompensa.” A la Sra. Stramer se le congelaba una lágrima en el ojo izquierdo.

–Ha sido doloroso –dijo el señor Stramer, sobre todo para nuestra pequeña Helga, hermana de Philipp; él no ha sentido la pérdida, tan absorto en el fagot, hoy en reposo por un inmisericorde catarro. Pero nuestra hijita está desconsolada.

–¿Ha visto a Nabuco?, señor Rauboldt –inquirió sin esperanzas la Sra. Stramer, observando como un hilo de humo de contornos sucios subía desde una casa de la vecindad, quizás la suya propia y atravesaba un nimbo borrascoso.

Luego de hablar se enjugó los ojos, perdiendo el interés en el inestable cielo del invierno.

Rauboldt hizo la dudosa conexión y reaccionó con el presentimiento que, de no ser cierta su corazonada, se arriesgaba a una estadía en la clínica de Kraepelin. Nabuco no había arrancado de la casa de su amo. No. Ni Philipp había salido en su búsqueda. Tampoco. El joven había hallado las notas a las que se refería su improbable revelación logrando transportar a alguna parte a Nabuco. Miró su reloj

de cadena y salió corriendo hacia la Academia, a riesgo de descalabrarse por lo resbaloso del hielo. Llegó tarde. El joven estaba sólo en la sala de ensayo y la silla, frente a él en la que debía estar sentado el profesor Tonkl estaba vacía. Philipp tenía el fagot apoyado en su brazo y de su trompa sucia por una pasta blanquecina goteaba una gota de un color verduzco.

-¿Dónde lo llevaste? –le preguntó el académico mirando el techo.

-Al mismísimo infierno -respondió Philipp, llevándose el índice a sus labios ensangrentados y mostrando el filete rojizo de su fagot.

En la tarde de ese día los recogedores de basura se sorprendieron con el peso y la textura de esa bolsa de tela elástica, parecida al caucho blanco en el que tiraban sus bascosidades tóxicas las industrias químicas de la ciudad y que como una gran golosina esperando su cinta estaba en el depósito de basura vecinal, correspondiente a la casa de los Stramer. Sin interrogarse sobre aquella inmundicia lo arrojaron a la plataforma del carromato y azuzaron a los dos caballos rumbo al vertedero.

El joven Philipp, en sus estudios en vivo, había descubierto las dosis deletéreas de veneno de los anuros ponzoñosos de Ecuador necesarias para matar y la mínima cantidad de látex del árbol de la goma para enfundar. Esa cantidad era algo menor, pero igual de torneada que una bala de arcabuz y suficiente para expulsarla junto al veneno. Las notas especiales de su fagot, al expandirla permitían atrapar a un mono o a un cerdo salvaje. Eso lo sabían los indios ancestrales de nuestra tierra, lo infirió Stramer y lo sabemos nosotros también.

Tobías había terminado con el relato y también su orquesta.

Se puso de pie, recibió un corto de tequila Corindón y despidió a los fagotistas que pasaron al lado nuestro empuñando sus instrumentos y saludando con una venia. ¿Era la sombra del volcán Casitaguala que hacía más lúgubre la noche quiteña? Era un día lunes.

-Ahora te irás a un hotel, es un lugar seguro y el miércoles, a las seis de la tarde te recogerán para llevarte al aeropuerto. Un avión, que hará escala en La Paz, te dejará en Antofagasta. Desde esa ciudad tendrás que arreglártelas para estar en la capital en dos días, exactamente el sábado. En la tarde a la junta de gobierno, la número tres en tu calendario, se le ocurrió rendirle un tributo al primer general, el innombrable. Nuestro embajador, que muy bien aconsejado por la Peste ha confirmado el reconocimiento de nuestro gobierno a los golpistas, ha ofrecido nuestra orquesta de fagots para darle realce a la ceremonia. La han aceptado.

-Si mi imaginación fuera tan potente como la tuya aseguraría que el golpe de Estado en mi país será el más efímero de su historia.

Tobías arqueó las cejas y empinó el tequila.

-La historia no se baraja por causalidades, las más de las veces por casualidades como verificó el historiador guatemalteco Adrián Leonardo.

-A él lo mataron.

-Porque su presunción era la verdad.

-Una pregunta.

-Adelante –Tobías examinó pesaroso el fondo del vaso.

-Qué ocurrió con el joven de la selva, el primer combatiente del fagot.

-Por ahí debe andar, de árbol en árbol, meandro en meandro, de revolución en revolución, esperando y actuando, su epopeya tiene más cimientos y riqueza que las minas de Nambija, ella prevalecerá.

Tobías se despidió con un abrazo conforme a su envergadura y deslizó en mi bolsillo de mi casaca de gamuza un objeto contundente.

-Ya sé que dinero no necesitas –me sopló al oído –este lo devuelves cuando te lleven al aeropuerto.

Agarré mi bolsa del estante y en un Volkswagen escarabajo, gris, invisible en la gran ciudad me trasladaron al hotel Portal de Cantuña, según se leía en su pórtico. Me inscribí con mi nueva identidad y pedí alojarme en el tercer piso. El conserje era un hombre maduro, llevaba anteojos bifocales de carey y no prestó mayor atención a mis documentos. Los miró al sobrevuelo y sólo se preocupó que llenara la ficha. Era un buen lugar y aunque Tobías no me había hecho ninguna advertencia, debía resignarme a pasar dos días allí. En ese momento pensé que salir era imprudente. El cuarto tenía baño privado, closet, una cama amplia, dos sillones de piel, una mesa con su silla y una cómoda pequeña, cerca de la puerta. Tenían servicio a la habitación.

Revisé al arma que me dejara Tobías. Era un revólver Smith & Wesson calibre 38, corto, con todas sus balas.

Puse a cargar el celular y me di cuenta que tenía hambre. Donde Tobías estuve muy cerca de quedarme dormido, pero el viaje en el escarabajo me había quitado el sueño. Aparté el cubrecama y me tendí. Rosella aún debía ir volando. Llamé al

servicio. Pedí huevos revueltos con queso y dos latas de cerveza. La habitación estaba pintada de color verde y sus paredes no tenían manchas. Las cortinas eran de tela gruesa y por el olor a detergente, con seguridad recién lavadas. Golpearon la puerta y pedí que dejaran el pedido en el pasillo. Esperé unos minutos, abrí con cuidado, miré a cada lado del pasillo y tomé la bandeja. Para la administración era un pasajero más. Junto con la cerveza venía una botella pequeña de aguardiente de caña Pájaro azul y un queso redondo en un paquete anudado con un cáñamo. Era de la marca Salinerito. Una tarjeta adosada: "Gentileza del Portal de Cantuña".

Abrí una lata y tomé un trago, luego vertí en ella una porción de aguardiente. De ese modo agarraría sueño. Tomé una cuchara para comenzar con los huevos y repiqueteó el teléfono que recién iniciaba su carga.

La voz de Rosella sonaba límpida, muy cercana.

-*Buonasera* –dije depositando la cuchara en el plato.

-*Nada, caro, altro itinerario, ombre qua e lá* –Rosella se burlaba.

-¿Dónde estás? –pregunté, buscando seriedad.

-Nos vemos el jueves en Dagobah.

Y cortó

¿Qué era todo esto? Descifré la clave que me transmitió Rosella sin inconvenientes, pero ¿la interrupción de su viaje a Roma? ¿El reunirnos dónde me buscaban?

Las historias escuchadas en los últimos años no habían dejado de inquietarme. Todas relacionadas con la música, algo para mi misterioso. Don Quentino, Ana y ahora Tobías, La fantasía desbordante me sobrecogía. ¿Tenían sustento en la historia? ¿O todos esos personajes se originaban en pinceladas afiebradas similares a las de Munch? Dónde se podía reconocer el límite. ¿Quién podría creer el relato de Ana y la ruindad de Balodenka, quién la existencia de las Sombras o de las transformaciones provocadas por la nota compleja de un fagot? Hubiese querido conversar con Rosella, aterrizar en la realidad, en nuestra existencia con mi Sombra.

Tenía todavía el teléfono en la mano. Todo era inestable, es cierto, la historia individual y colectiva se mueve con un ritmo aleatorio, más parecido al de los vientos que al de las mareas. Pero dentro de ciertos protocolos de realidad. Es cierto que la física, con el hallazgo de una región singularmente fría en nuestro Universo demostró la existencia de otros, múltiples universos, que habrían en un

pasado remoto colisionado con el nuestro. Se corroboró de paso la teoría, pero en la medida que no podamos experimentarla esa multiplicidad, sigue siendo pura fantasía. Como los números, que no son más que una niebla inaprehensible en quienes no poseen un cerebro con habilidades matemáticas. Mirando las fórmulas de los físicos, un individuo que carece de los atributos de esos científicos no ve nada, puros garabatos que bien pudieron ser borroneados por un simio y que sin embargo nos aseguran que ellos permiten comprender la esencia de nuestro universo

Debe ser análogo a lo que sucede con un Tobías, una Ana o un don Quentino. Que tienen la capacidad de licuar esa gelatina mental que cubre la imaginación de los que no tienen los atributos de un imaginante y logran engendrar y representar hechos y personajes inverosímiles.

Hay quienes afirman que los físicos sufren de un tipo de daño orgánico en sus redes neuronales y que ese déficit, que los aísla de la contingencia les permite formular teorías tan locas como la de la relatividad o de los multiversos. Y los creadores de mundos de ficción, inexistentes, proceden de una manera equivalente, sustrayéndose del mundo perceptible por anomalías en las conexiones sensoriales sumergiéndose sin decencia en lo fantástico e incierto.

En otras palabras como diría el doctor Savir, médico personal del Secretario y de la cúpula en los años de la viola, que unos, los físicos, como los otros, los fantasiosos, sufrirían supresiones orgánicas que los excluirían de una humanidad de término medio.

Guardé el portátil en el bolsillo de mi camisa, recuperé la cuchara y me comí los huevos fríos. Desaté el envoltorio del queso y le di dos mascadas. Estaba muy mantecoso. La cerveza con el aguardiente tuvieron un efecto reconfortante.

Esto era lo importante ahora. El queso y el alcohol. Dejaría atrás los cuentos de Ana, del lutier argentino y de Tobías, todos los cuentos. Dejarían de importarme las constantes del universo y me concentraría en los dos días que venían, en cómo tolerarlos, en cómo proteger a Rosella que había regresado al territorio de la dictadura más fugaz de la historia, como había augurado a Tobías. Terminé el Salinerito y completé las cervezas con el aguardiente. Hacía calor en Quito, me tiré vestido en la cama y dormí. Desperté con lo que confundí con tronaduras del Pichincha. Era un camarero que había tropezado y caído al suelo en el corredor con el desayuno de unos turistas. Cuando me asomé vi dos tazas quebradas, un vaso roto, una cafetera volcada, el jugo de naranja y el café fluyendo por los guardapolvos y bolos y tortillas desparramadas en la alfombra.

Cerré la puerta y decidí esperar para ordenar el mío.

Escuchaba a través de la puerta como recogían los destrozos y al terminar el ruido de la escoba y la pala me acerqué al inter comunicador y pedí los mismos huevos con el queso serrano, la cerveza y si era gentileza o si no lo era, el aguardiente azul. Se me ocurrió que Rosella me llamaría, pero no ocurrió nada. Estuve tentado de salir pero no me decidí. Tenía cierta certeza que lo haría por la tarde, cuando la luz que viene desde Guayaquil tiñe el imponente volcán.

El teléfono de la habitación sonó antes del almuerzo. Era Tobías.

-¿Está todo bien? –preguntó.

-Todo

-Queda un día –dijo y colgó.

Desayuné a las doce, fumé tres cigarrillos en el balcón y me senté en la cama. Revolví mi mochila de cuero y encontré una caja con Holoziprán. Me eché dos a la boca. Me recosté. Tenía sueño, el escaso oxígeno de Quito me adormilaba

Me dormí profundamente, cinco o seis horas, porque de repente miré por la ventana y observé las nieves del Pichincha encendidas. Era el sol muriendo, distante, en el océano Pacífico. Ese volcán se consideraba extinto. No quería ni huevos ni queso Salinerito. Me lavé la cara, me arreglé la ropa y salí de mi pieza. El pasillo olía a café. Salí y el conserje me escupió, sí, una mirada de reprobación. En la esquina de la calle Cuenca reparé en un ciego, con las manos en la espalda, un sombrero alón y una vasija de barro entre los dedos. Me detuve y busqué una moneda. Encontré una de dos mil pesos de mi país que de poco le serviría. Pasé junto a él y me disculpé. El hombre levantó sus anteojos oscuros y me miró con una mirada lúcida y cristalina. Y simultáneamente levantó mano izquierda. En ella sostenía un fagot. Tobías me vigilaba. Supongo que era para protegerme.

Regresé apresurado al Portal de Cantuña, me senté en una terraza que daba a un patio interior, había otros huéspedes y pedí un aguardiente con Coca Cola, muy seco. Me sentía seguro debido al último gesto de Tobías. No me correspondía recelar, pero el que desconfía tarda más en morir. Mi reducida capacidad de fabulación tendía a desbordarse y entraba en el desequilibrio especulativo al que se refería el cirujano Savir. Debía salir de ese entrevero patológico de alambres mentales. Me tranquilicé al tragar medio vaso del aguardiente. Fijé mi atención en mis vecinos de mesa para distraer mi permanente aprensión. Era una hermosa y veinteañera pareja de mochileros, de seguro provenientes de la Europa post verdad. Irrelevante en lo que a mi concernía hasta que, al mirar de soslayo descubrí una forma sospechosa que repujaba, desde adentro, la lona de la bolsa del joven. Bebía la segunda parte de mi aguardiente

cuando advertí que él se volvía y abría el morral. Me llevé la mano al bolsillo y estuve a punto de sacar el arma, pero el muchacho, después de buscar un instante, sacó de su interior un envase de Red Bull. La saludable paranoia, la que conserva la vida debe estar siempre vigente. El Comandante Núñez no habría estado de acuerdo, pero pedí otro combinado, también con doble dosis de aguardiente. Me diría: aunque no estés en combate, siempre estarás cerca de la línea, o inmediatamente delante o detrás, pero jamás lejos del borde; en esta tarea no hay jubilación posible; el alcohol entorpece los movimientos, te hace más estúpido. Esta vez no le hice caso a su voz ni a sus instrucciones. Pedí, además, arroz con camarones, dulce de higo y una botella de tinto Paradoja, un vino recomendado por el mesero. Comí con lentitud, disfrutando de la cocina del hotel. Al cabo de una hora era el único que quedaba en la terraza interior, el único que no tenía nada que hacer en Quito, salvo esperar que alguien me recogiera en un día.

Firmé el vale del consumo y me dirigí a mi cuarto. Me lavé los dientes y me acosté en ropa interior. La temperatura era agradable.

Creí que había pasado la noche en vela esperando el llamado de Rosella o el aviso de Tobías, pero me había dormido. Cuando desperté el sol me daba en la cara. Me duché, abrí mi bolso y me vestí con ropa limpia. Empezaba a aburrirme. También echaba de menos a mis perros, a mis gatos, mis loros enfermos, a Yoda y a Kirova, la zarigüeya a la que había operado de una fractura de su pata y que se recuperaba bien. Esperaba que Emilio cuidara mis animales. Tomé un desayuno americano, leí El Comercio buscando noticias pero no encontré nada especial. En recuadros hechos aislados vinculados al golpe de Estado. Nada en torno a la eventual visita a Chile de una orquesta ecuatoriana de fagots. Bajé a la sala y utilicé el computador para leer los periódicos en línea. Busqué los que leía habitualmente, la prensa que dominaba mi país, y según lo informado, todo estaba tranquilo. El Presidente, exiliado, hacía unas pálidas declaraciones en Madrid en las que poco más o menos justificaba el golpe de Estado que había sufrido. Las manifestaciones de movilización eran reprimidas con prudencia y no se informaba de resistencia armada. Mi experiencia me señalaba que todo se iría endureciendo a menos que los sucesivistas actuaran rápido o la Peste terminara con la incipiente dictadura. Por cierto las embajadas estaban llenas de altos funcionarios y dirigentes políticos, pienso que algunos ya tenían llaves de esas representaciones diplomáticas y entre líneas, sino abiertamente, se advertía de irreversibles represalias a quienes se opusieran al gobierno militar. Las declaraciones radiales de los golpistas no se alejaban de lo habitual: las administraciones anteriores habían fracasado en normalizar el país y era el momento de poner orden y esa era la misión encomendada a las fuerzas armadas

en la Constitución política de la República. No había referencia a los golpes de estado anteriores ni a sus protagonistas. Los periodistas de la nueva junta militar evitaban manchar las manos de los nuevos golpistas con las huellas de sangre dejadas por sus equivalentes del pasado.

Tenía la impresión que el golpe no había causado mayores trastornos en la marcha de la nación. Hubiera jurado que el país estaba el orden, y que los golpistas al querer poner más orden y más normalización estaban siguiendo las instrucciones del empresariado y de los poderes fácticos, insaciables de poder y más que nada de dinero, que más fácil de atrapar y disfrutar si hay un orden reglamentado. Que aquello iba a cambiar, no tenía dudas, mi contribución en ese sentido iba en camino. Había que interrumpir y llevar a la extinción el Sucesivismo.

Me repetí el café, terminé de comer y subí a mi habitación. Examiné el teléfono, pero no había llamada perdida ni mensajes. La mucama había arreglado la habitación. Tuve el impulso de salir pero lo refrené. Me disuadió el ciego con el fagot que, insomne o relevado por alguien con las mismas instrucciones, aún debía estar en el lugar escogido por Tobías. Revisé el Smith & Wesson. Era un revólver auténtico. Había tenido un presentimiento perverso, pero lo atribuí a mi propio miedo. A ser engañado, entrampado y entregado a los golpistas como lo habían sido tantos compañeros en las dos sediciones precedentes.

No me quedaba más que esperar. Un día y una noche que se sucedieron sin incidente alguno. Bueno, si así se puede considerar lo que ocurrió con la mochilera que junto a su pareja había estado en la terraza cerca de mí. Antes de bajar a almorzar ella golpeó la puerta y en un buen inglés, con párpados apenas mostrando sus ojos me propuso acostarme con ella por doscientos euros.

-Estamos cortos de dinero –se justificó en voz baja.

-No es mi costumbre –le respondí.

-¿Quizás con Yegor?

Saqué mi billetera y le alcancé un billete de cincuenta euros.

-¿Yegor? –insistió.

La empuje con suavidad hasta la puerta.

-Ni contigo ni con Yegor –y anda con cuidado, no estás proponiendo un buen negocio.

La niña se encogió de hombros y guardó el dinero en su pantaloncito.

-Schislíva –se despidió.

Fu a la terraza y no habiendo otra mesa desocupada, me senté junto a ellos. La chica no dio luces de haber hablado conmigo, de hecho ni siquiera me miró. Seguro había hecho su ronda por otras piezas del hotel.

Pedí el almuerzo menú, un churrasco ecuatoriano, es decir carne, huevos, arroz, papas y plátanos fritos. Contundente, pero tenía toda la tarde para tomar la siesta. Pedí dos cervezas. El ciego del fagot almorzaba otro churrasco en la esquina opuesta, pegado a la baranda. Llevaba el sombrero puesto, al que se llevó el dedo índice de su mano derecho cuando se percató que lo había localizado. Comimos al unísono, una papa, otra papa, una rodaja de plátano, el igual, un trozo de carne, lo mismo mi guardián. Me imaginé que sus instrucciones consistían en comer al ritmo mío, terminar el plato cuando lo hiciera y no despegar la vista de mi persona. En verdad el hombre comía abriendo la comisura de la boca, nunca con el tenedor de frente, con el ala del sombrero protegiéndolo de la luz del sol que se filtraba desde una lumbre sin quitarme el ojo de encima. El guardián se bebió un agua de fantasía.

Los mochileros comían algo sencillo, frutas, algo que me pareció un pastel de quínoa y agua de la llave. No le había ido bien a la niña. La miré un segundo y sus ojos brillaron con un brillo anguloso, intenso, enceguedor, como si se mirara un arco eléctrico. No había sido la mirada contenida de los doscientos euros. Rosella se me apareció al lado de la mesa con su postura enérgica, su mirada no menos incisiva pero dulce a la vez. La mochilera se notaba arisca, agreste, implacable. Escribí, atolondrado e imprudente el número de mi habitación en una servilleta, estiré el brazo y la dejé sobre su mesa. La niña la miró y la guardó en el dobladizo de su blusa. Miró el reloj de pulsera, bajó su mano derecha y me mostró sus cinco dedos. No esperé el postre. Al irme miré al fagotista ciego que negó con la cabeza. Sin duda desaprobaba, pero no impediría mi antojo. Con la llave en la mano me decía que de esa tarde debería emerger sin ningún remordimiento. Llegué a pensar que Rosella comprendería.

A los cinco minutos golpearon la puerta. Era la chiquilla. La luz de sus ojos se había apaciguado. Vestía un vestido de algodón blanco, con pájaros coloreados y bordados en las guarda costuras, cerrado en la delantera por una hilera de siete botones. Su trenza aleonada relumbraba y bailaba con las ráfagas del aire acondicionado.

-Apágalo, por favor –me dijo –soltándose el pelo –en perfecto español.

Dejó de bailar su trenza, pero su cabellera dorada se desparramó en su espalda. Acerqué mi mano y toqué esa suavidad sutil.

-Se desabotonó el vestido y lo dejó caer hasta los tobillos. Quedó desnuda, mostrando sus senos pequeños, firmes, sus pezones rosados. Pero sólo un instante. Giró la cabeza y se arrebujo con su pelo. Enredé mis manos y la fui tocando entera, tratando de olvidar mi pretendida y superflua existencia. Pero no pude. Aparté mis manos, me incliné, recogí su vestido y lo subí por su cuerpo, sin tocarla.

-Te envié Tobías –afirmé.

-Me dijo que te haría falta.

-Y tu amigo, ¿cómo se llama?

-¿Yegor?, una nunca sabe.

-Tobías no economiza detalles..., vístete –le pedí.

Ella fue abotonando los siete botones, mordiéndose el labio inferior. Luego se tejió el pelo.

-¿Por qué? –preguntó.

-Con miedo no se puede.

-Tienes miedo, aquí.

-Por lo que viene.

-Con las sombras no lo tienes.

Traté de sonreír.

-Buena por Tobías –reconocí.

No supe su nombre, el reflejo de sus ojos se había atenuado. Me tiró un beso desde la puerta y salió.

Mi teléfono celular sonó poco rato después. Era Tobías.

-¿Qué cosa? –contesté –estaba irritado, con Tobías y conmigo, el hombrón se estaba comportando con mucha frivolidad, lo que iba en contra de los formalismos primarios de la seguridad sin importar quién fuese esa mujercita y el tal Yegor. Mi autoestima, por otro lado, se había ido al suelo.

-Estonia, una gentileza tropical.

-Tiene nombre de país –dije conciliador.

-Sus padres vinieron del este –confirmó Tobías.

-Inoportuno el despacho.

-Primera vez que alguien rechaza algo tan hermoso y en todo caso no obligo a nadie a hacer lo que no quiere, porque como dijo Adrián Leonardo, el que quiere se sube el que no quiere no se sube.

-¿Mañana? –volví al tema principal.

-A las seis en punto de la tarde.

Colgué.

Rosella no llamó. Un soplo de aire tibio entraba por la ventana. Abrí el frigo bar, saqué una bebida de naranja y un botellín de aguardiente. Llené un vaso y pedí cigarrillos al bar. Cuando me los subieron fumé uno cigarrillo y me tomé el trago. Creí que la provocación causada por la linda rucia de Tobías me impediría dormir, pero el aguardiente me relajó y tranquilizó. Desperté de la siesta con el sol perdido detrás del Panecillo. Eran casi la ocho y me dolía la cabeza.

No bajé al comedor en la terraza. Ya no quería encontrarme con nadie. Estuve varias horas tendido en la cama, pero en algún momento debo haber dormido, pues temprano, amaneciendo, me sentí despejado y con ganas que fueran pronto las seis.

Fui a la cafetería y tomé un café. También almorzaría algo ligero. Ordené lo poco que traía en la bolsa de cuero, le quité las balas al Smith y las envolví en un pañuelo y me senté a fumar con la ventana abierta. Cercana el mediodía pedí una tortilla de jamón y un agua mineral. Los mochileros y mi guardián se habían esfumado.

Me llamaron a la hora señalada. Bajé, el conserje agitó las manos indicándome que no debía nada y salí a la calle. Un Jeep me esperaba con la puerta delantera abierta. No conocía al hombre que conducía y no tenía importancia.

Fue un viaje silencioso, dentro de un tráfico pesado. Supuse que íbamos a ser puntuales, de tal modo que no pregunté nada y nada me preguntó el chofer. Al llegar a aeropuerto se detuvo en una de las puertas de salida internacional y me pasó un portafolio.

-Pasajes a Antofagasta, vuelo directo –miró la hora en los controles de Jeep –el avión sale en una hora.

Tenía una voz de fagot,

Iba a descender del vehículo, pero el hombre continuaba con la mano extendida.

-Lo siento –acepté y le pasé el revólver y las balas dentro del pañuelo. Él me entregó un papel. Lo leí rápidamente. “Media hora antes, teatro municipal. Concierto de Fagots”

El auto arrancó.

Encendí un cigarrillo y quemé el papel. Luego entré al recinto y me dirigí al mesón de la aerolínea. Después pasé a través de las casetas de policía internacional y me senté, discreto en un rincón, frente a la puerta por donde subiría a bordo. El vuelo se desarrolló sin más contratiempos que las turbulencias de la escala en La Paz. Una hora esperamos antes de despegar rumbo a Antofagasta.

Miraba por la ventanilla del avión antes del aterrizaje en Cerro Moreno y vi a un gran barco a la gira frente al puerto. El plástico estaba empañado, pero era evidente que se trataba de un portaviones. Y de los descomunales.

Bajé del Airbus, salí del aeropuerto y me puse en la fila de la gente que esperaba el transporte público.

Tenía dos días para llegar a la capital.

Alguna vez había hecho el viaje en automóvil y me decidí por repetirlo. Pedí a un taxista que me llevara al hotel más central de la ciudad. El hombre me confirmó que el buque aquél era el portaviones Harry Truman y que no tenía idea que hacía frente a las costas de Antofagasta.

Al día siguiente y bajo la identidad proporcionada arrendé un Volkswagen mediano y enfilé al sur por la carretera panamericana. La tarjeta de crédito es el ábrete sésamo de nuestra sociedad.

Comí algo en una estación de servicio en Tal Tal y llegué La Serena en la noche. Dormí unas pocas horas en un motel en la avenida del Mar y entré a Santiago al mediodía. Me estacioné en un supermercado. Me empezaba a oprimir la incertidumbre. No tenía a quien llamar, ni a donde ir. Frente a los locales comerciales vigilaba una patrulla de militares en un todo terreno artillado. Era poco probable que circulara una foto mía con el “Se busca”, no a lo menos en la capital. En el sur, donde combatí y después viví varios años era posible. Me reanimé. Tenía que devolver el auto, si lo dejaba abandonado se iniciaría una investigación por parte de la agencia y me volvería un prófugo por otras razones. Me bajé, pasé al lado de los milicos y entré a una tienda de comidas para mascotas. Compré una lata de comida para canarios y salí. Los uniformados fumaban y se reían. No

parecían preocupados. En el auto leí un instructivo con los lugares de las agencias de entrega de auto y me dirigí a uno de ellos en la zona sur.

Devolví el vehículo y pagué con mi tarjeta. Nadie se fijaba en la identidad, sólo si la clave era la correcta y tomé el metro en la estación Ñuble. Lo único de lo que estaba seguro era que debía estar presente en el teatro municipal al día siguiente, un tiempo antes del concierto de los fagots ecuatorianos. Nada más.

Busqué un restorán en la avenida Matta, comí un estofado y me senté en el parque que corre entre las dos vías. Fumé hasta atorarme. En mi celular revisé las películas del día y resolví ir a los Hoyts del centro donde pasaban la tercera entrega de la película Breaking bad.

Había visto la serie, no así las películas. Esta tenía que ser lo suficientemente espeluznante para prepararme para la magia fagotista del sábado. Tobías había sido muy ilustrativo, pero no tan convincente como para hacerme creer que una nota de fagot envolvería a los miembros de la recién inaugurada junta cívico militar en un pellejo lechoso y los dejaría colgados de la afamada lámpara de lágrimas del teatro municipal.

Heisemberg, no Werner, sino el personaje, se disponía a iniciar la síntesis de otro compuesto de mayor fuerza adictiva que la metanfetamina, en una hacienda de Sinaloa cuando un individuo se sentó a mi lado. El cine estaba casi vacío. No pensaba reaccionar, me apoyé para levantarme, pero el tipo me sujetó por el codo. Se estaba sobrepasando, pero no tenía ninguna arma en mi poder. En ese momento se produjo una explosión en el laboratorio de Heisemberg y se iluminó la sala, lo que aprovechó el hombre para mostrarme una tarjeta y ponérmela en el bolsillo superior de mi chaqueta de cuero. La explosión en el laboratorio cinematográfico había dado paso a un derrumbe y a una estampida de perros y sicarios y la sala se oscureció. Miré a mi lado pero el hombre ya no estaba. Me quedé sin ver que le pasaba a Heisemberg.

Salí y caminé hasta el café Varadero. Servido el expreso y cuidando que nadie me estuviera vigilando saqué la tarjeta y la leí. Aparecía el nombre de una calle, la fecha del día y una hora, para la que faltaban dos. Era la fórmula habitual. Y no había margen de error, ni para rehusar la cita ni para comprender que Tobías había intervenido mi teléfono. No me había equivocado. En el baño del cine abrí la tapa del teléfono y ahí estaba el microchip. No sabía si tendría que felicitar algún día a Tobías o descerrajarle un balazo. Si la reunión a la que apuntaba el papel era positiva, sería lo primero, si no, quizás ni tendría oportunidad de los segundo.

Tenía tiempo. Me fui bordeando la Alameda hasta la estación Baquedano donde hice trasbordo a la línea ocho hasta el troncal catorce y de allí hasta la estación

Rubén Darío. Caminé despacio hasta la calle Belloni e inicié el recorrido asumiendo con certeza que nadie me seguía. Dos minutos después se detuvo un Toyota gris a mi lado, se abrió una puerta y la cara de un joven que iba al lado del conductor, que a alguien me evocaba, me invitó a entrar al auto,

-Viene sin cola –dijo, apurándome.

El auto no se había detenido completamente

Subí y una vez arriba del vehículo el conductor aceleró hacia el sur. No me encapucharon lo que era una buena señal.

El muchacho me miró.

-A mí no me conoce, pero si conoció a mi padre, el comandante René.

Mi memoria estaba entrenada para olvidar caras y nombres, sobre todos facciones, y las lecciones dictadas en Berlín habían sido muy efectivas. Al escuchar el nombre, reapareció la imagen. René era un oficial superior de la columna 22, la nombrada columna Jorge Klein. Cinco de sus hombres me escoltaron hasta el hotel Vigilante, allá en el sur, en las orillas del lago, poco antes de que se desplomara la segunda dictadura.

-Bien –dije, parco.

No quise averiguar nada más. Ni hubo más diálogo. Muchas veces me habían recogido en esos trayectos y la norma era el silencio. Anduvimos más de una hora. Vueltas y vueltas hasta una trocha rural interminable. Adelante el chofer con el hijo de René, atrás iba sin compañía.

Nos detuvimos en medio de una polvareda y de rápidamente se bajó el joven quien me abrió la puerta. Era de noche y estábamos ante una vieja casona de dos plantas, sin duda la casa de un fundo sobreviviente de la reforma agraria. No estaba en muy buen estado y se veía poco habitada. Un par de luces en el primer piso. Me guiaron con una linterna hasta una balaustrada en la fachada y me introdujeron por una puerta lateral. A un costado, detrás de un voluminoso búcaro de porcelana invadido por un matorral, vi a un combatiente con una Minimi.

Se apagó la linterna y entramos a una sala oscura. Al fondo un ventanal cruzaba toda la estancia y a través de él y a la luz de una luna incolora que emergía desde el oriente, una vereda doble de cipreses se desvanecía en la incipiente negrura.

Estoy en un cementerio, pensé.

-No –dijo una voz imposible de olvidar -son las casas de la vieja hacienda Viluco.

Y un abrazo en la penumbra.

Era el Comandante Eduardo.

-Puede que parezca un cementerio, por los cipreses –adivinó mi presentimiento –pero no es nada parecido.

El foco nos llevó a un cuarto iluminado con una lámpara de parafina. Con el Comandante no hicimos recuerdos ni inquirimos por personas. Me adelantó, eso sí, que Rosella estaba bien y resguardada.

-Mañana, jefe Ramírez –especificó, desconcertándome con el grado –estarás a cargo de cubrir la salida de los siete músicos ecuatorianos del teatro municipal; ninguno de los fagotistas debe ser herido. Tendrá todo los recursos en hombres, armas y transporte para sacarlos del teatro y trasladarlos a la embajada de su país. Si todo sale bien, la tercera dictadura habrá sido tan breve como la función y terminará con ella.

-Nunca he estado en ese teatro –confesé.

-Ahora comerás y descansarás y mañana tu equipo operativo te entregará toda la información que requieras.

-Una sola pregunta, ¿cree en las historias de Tobías?

-Tobías me abrumó una tarde con sus historias inverosímiles, hace ya tiempo, pero te trajo hasta aquí y eso es lo importante. No me ha informado qué harán sus fagotistas: si ellos se harán cargo del general y el jefe de El Mercurio, los que están a cargo del gobierno y que estarán presentes en el homenaje a Pinochet. No me importa si ya sea arrojándolos allá donde el universo se expande o se los lleve un jorobado envueltos en una telaraña al campanario del teatro municipal. Basta con que termine con ellos. No habrá otra oportunidad en un buen tiempo, ni nosotros tendremos fuerzas para hacerlo

-Ese teatro no debe tener campanarios –objeté.

-Bueno –insistió el Comandante –estaba pensando que todo teatro debe tener un jorobado.

No quise rebatirlo, pero los jorobados viven en las catedrales, los fantasmas en los teatros.

Me acomodaron en una pieza sin ventanas y con una lamparilla asegurada a la cama por una charnela. Tampoco tenía nada que leer. Al alba fui despertado.

El Comandante Eduardo me introdujo a un cuarto con una mesa, cinco sillas a su alrededor y dos planos que identifiqué pertenecían al municipal y a las calles circundantes. Una cafetera en un rincón auspiciaba un buen café.

El Comandante sirvió dos tazas.

-Gentileza de Tobías, café ecuatoriano –expresó.

Se abrió una puerta en un costado y entraron tres hombres de mediana edad, vestidos en forma casual y una mujer en la treintena. El Comandante me dio sus nombres ocasionales.

-Pueden iniciar el trabajo –nos dijo –deberán tener todo listo a las dieciséis y Ramírez se reportará antes conmigo. Les traerán de comer a mediodía.

Teníamos ocho horas para planificar cómo sacar del teatro a siete músicos, me imaginé que en medio de una tremenda balacera y si a Tobías le diera crédito, con enormes abalorios pringosos expulsados por la campana de un fagot, sobrevolando el cielo del teatro con alguna porquería en su interior.

Terminé el café servido por el Comandante, llené otra taza, encendí un cigarrillo y me incliné sobre los planos.

-¿Podemos empezar? –preguntó uno de mis compañeros señalando el café.

Asentí.

Trabajamos hasta las doce. Nos dividimos a los músicos según la distribución en el escenario y los puntos de escape desde el lugar hasta los telones y los decorados. Desde el fondo había dos puertas de emergencia, una daba a la calle San Antonio, la otra a la calle Moneda. Allí habría un carro de bomberos y una ambulancia, ambos obtenidos por el grupo especial de Recuperadores. Necesitábamos tubos autónomos con sus máscaras, capas cortafuego y guantes por si se declaraba un incendio, picotas para derribar tabiques, capotes de kevlar para amortiguar las balas y esquirlas en un probable enfrentamiento. Pediríamos armas de fuego cortas y armas blancas.

Estudiamos los planos aledaños al coliseo mientras comíamos huevos revueltos con jamón y queso, pan con mantequilla y más café. Cruzando la calle Moneda y lindando con el edificio de la esquina nor poniente, se extendía un sitio eriazo, especial para el aterrizaje de un helicóptero.

A las dos de la tarde me reuní con el Comandante en una cabaña, donde terminaba la fila de cipreses. Aprobó los procedimientos y nos proporcionó revólveres Colt y cuchillos Cudeman.

-En cuanto al helicóptero, estás chiflado –me dijo el Comandante.

-Supuse que era la operación más importante, la última.

-No tengo helicópteros, –sentenció.

Me encogí de hombros y escupí el suelo de tierra donde hablábamos.

-Ramírez –rió el Comandante –creí que sabías de modales.

Escupí otra vez.

-Poco eficientes los recuperadores –comenté.

-Con todo el oro del hotel Vigilante podías haber comprado uno –escuché que me decía al darle espalda.

No respondí. El reparto del erario ibañista aún no se había llevado a cabo.

-Todo a su tiempo –dije.

Nos preparamos para partir en dos automóviles y fuimos acercándonos al centro de la ciudad sin inconvenientes. Las rondas militares se apreciaban flojas y sus integrantes no tenían esa actitud provocadora y agresiva de los golpes anteriores. Desde las ventanas del vehículo tenía una visión perturbada de ellos. Me froté los ojos y encendí un cigarrillo. Podía ser el humo, pero veía los uniformados confinados en una especie de niebla turbia, liviana, que se los llevaría a cualquier parte en cualquier momento. Quizás los vaticinios de Tobías eran acertados y este tercer golpe sería el más percedero del siglo. Pero no se escuchaba ningún son similar al de un fagot. No todavía.

El obstáculo consistía en ingresar nuestros elementos de rescate al teatro. Al hacerle esa pregunta al Comandante, antes de partir, me había respondido remedando el extraño movimiento de cabeza del Secretario cuando aquella vez le pregunté el tiempo que debía esperar recluido en el hotel Vigilante. Oscilación característica del Jefe que quería decir, aproximadamente, “lo sabrás cuando lo necesites saber”.

Ocurrió como lo insinuado. En el portón de ingreso de piezas, instrumentos y otros elementos propios de una escenografía, por el pasaje Bombero Tenderini, la guardia militar miraba pasar a los que ingresaban sin gran interés. Detuvimos los dos automóviles en la esquina con Moneda y nos dirigimos con nuestros bultos a la entrada.

-Respondí la pregunta del capitán a cargo de los militares:

-Del cuerpo de bomberos.

El hombre miró las cajas y tanteó una de ella con el cañón de su fusil, un Browning automático si no miré mal. Sin mayor interés dio la venia para el ingreso. Se notaba desganado, sin impulsos para la tarea que le fuera encomendada. Podíamos haber entrado por esa puerta con el Fat Man y no se hubiesen dado cuenta. Sin demora tomamos nuestros puestos, vigilando a los fagotistas asignados.

El resto de la historia fue difundida en los periódicos, con las tergiversaciones propias de El Mercurio, que cuando vio que había una posibilidad de reeditar, precozmente el Sucesivismo, censuró toda noticia relacionada con el concierto de los fagotistas ecuatorianos.

Temprano una escolta de ocho soldados y un oficial acompañó al general en jefe y al cabecilla de la prensa nacional al palco presidencial. El sucesor de Agustín llevaba dos guardaespaldas pegados a sus hombros y uno en su espalda.

Un discurso alabando al primer monstruo de nuestra historia inauguró el acto, seguido de la canción nacional, la marcha "Los viejos estandartes" por el orfeón de carabineros y la presentación de la orquestina, así la presentaron, de fagots del Ecuador. El teatro municipal tiene capacidad para mil quinientos espectadores, esa tarde no había más de trescientos, lo que nos alivió de sobremanera. Así todo sería más fácil.

Instalé a mis hombres estratégicamente cerca de cada uno de los músicos que debíamos proteger y personalmente me senté en la primera fila de la platea, bajo el palco de las autoridades.

Los primeros ejecutantes tocaron un concierto para dos fagots de Couperin, los cinco restantes mantuvieron sus instrumentos cruzados sobre el pecho y al disponerse la orquestina a interpretar el Leviathan de Gipps en su versión para siete fagots descubrí las sombras detrás de los músicos. No se movían, vestían de negro y se confundían con el curvo ciclorama de atrás. Una era Rosella. Miraba el palco con disimulo y observé que el director del diario dormía y que el general fumaba sin control.

La función duró una hora y al concluir el Leviathan los fagotistas se pusieron de pie para recibir el aplauso. Los imitaron los hombres del palco, el director del diario maldito algo desconcertado por el brusco desvelo, el militar buscando donde apagar el cigarrillo. Se movían los cortinajes detrás de ellos, sus escoltas preparando la salida. No había escuchado, hasta entonces, notas musicales extrañas, no había percibido cauces de aire ascendente, ni ampollas provenientes

de los instrumentos, pero sí que uno de los fagotistas, el tercero de derecha a izquierda, el que estaba delante de Rosella levantaba la campana de su instrumento y apuntaba al palco.

Se oyó un chasquido sibilante, una nota exótica pero melódica, un modulado e inexplicable siseo, el pegajoso llamado de un lagarto o de una víbora.

Lo que siguió duró segundos. El general se inclinó sobre el balcón como si hubiese sufrido una apoplejía, su pesada cabeza no pudo hacer el contrapeso con su cuerpo y cayó sobre las butacas, envuelto en el pendón blanco que con el escudo de la república grabado colgaba del palco, pareciendo la flor de una magnolia sin abrir. El capo del periodismo, por su parte, se deslomó hacia atrás, enredado en los cortinajes color pastel del palco y sólo se pudieron ver las suelas de sus zapatos que quedaron a asomados al balaústre del balcón moviéndose apenas, como si con ellos estuviera jugando Charles Chaplin.

Nos precipitamos al escenario, cada uno hacia su fagotista y su sombra, indicando las vías de fuga, cuando ya se escuchaban los primeros balazos de la escolta presidencial. En la puerta trasera casi atropellamos al capitán, que apuntando con la Browning entraba al teatro con más cara de perplejidad que de alarma. Fue una operación limpia, alcanzamos la calle y el carro de incendios y la ambulancia y con la sirena a todo volumen nos dirigimos a la embajada de Ecuador. Esa madrugada los fagotistas fueron embarcados en un helicóptero y al alba, sin oposición militar ni diplomática, despegaron en un avión privado a Guayaquil.

Desde la pista del aeropuerto vi la pulga pintada bajo las ventanas de la cabina de plexiglás del Cessna Sovereign.

La historia oficial dirá otra cosa, pero al día siguiente los ministros exonerados por la percedera dictadura abandonaron las embajadas y regresaron al palacio de gobierno, el Presidente exiliado volvió de Brasil y renunció en la tarde, asumiendo el titular del Interior. Se llamó de vuelta a los parlamentarios y altos funcionarios que habían huido, lamentablemente se restituyeron las funciones del congreso nacional, se prometieron drásticas sanciones contra los sediciosos, nuevas elecciones y una Asamblea Constituyente. Promesas de hipócritas.

Los cadáveres de los dos golpistas fueron retirados en pocas horas, todavía amortajados en el estandarte el general y en las cortinas el mafioso y enviados al servicio médico legal.

En la noche comimos en una casa de seguridad con el Comandante Eduardo y recibimos la visita inesperada del Secretario.

-No esperen nada –nos advirtió al llegar.

Y nos reveló el resultado de la autopsia. Al abrir la tela que cubría los cadáveres de los dos jefes golpistas se descubrió que estaban envueltos en una extraña resina, elástica y opaca, que al estudiarla con un moderno espectrómetro de masa reveló ser la que secretan algunos raros y escasos árboles de goma del Amazonas ecuatoriano, que tenía la propiedad de expandirse con ciertas vibraciones inaudibles que en la naturaleza eran emitidas por los llamados eróticos ciertos ofidios. Ese sonido, entre todos los instrumentos musicales conocidos, sólo podía ser replicado por un fagot. En todo caso y antes de incinerar los cuerpos, los tanatólogos habían identificado como causa de muerte la inoculación del veneno que se encuentra en el sudor de las ranas doradas

Con Rosella teníamos mucho que hablar. Quería preguntarle por los dardos envenenados con la serosidad del pellejo de la rana dorada y la cuenta esférica de látex expandible disparados por la cerbatana-fagot del músico número tres. Ella, en cambio, tenía otro interés: conocer mi relación con una de las sombras de pelo rubio que estaba con ella en el escenario, detrás del fagotista número cinco y que decía llamarse Estonia y según mi respuesta mandarme a la mierda.

La voz. (Año 2027)

Nunca más se supo del portaviones Truman. Ni qué hacía frente a Antofagasta o si su ominosa presencia tenía que ver con la caída de la efímera y patética tercera dictadura.

Pero apareció antes de la cuarta, que se veía venir dura, irreversible, inmune a dardos untados con secreciones de sapos ponzoñosos.

Con Rosella habíamos regresado al Sur, a mis destrezas veterinarias y ella a su fina actividad como miembro permanente de la orquesta en el teatro del río. Mi Sombra era la primera viola. Otras sombras la reemplazaban y se acompañaba de una de ellas si un concierto en particular consideraba un solo. Eran muy buenas violistas, egresadas del Conservatorio Nacional y recibían excelentes honorarios gracias a la recomendación de Rosella ante las autoridades administrativas del teatro del río. Su creciente virtuosismo que la hacía casi irremplazable y la democracia, aunque enfermiza, condicionaban una conveniente conducta comercial de la empresa.

Alejado de la contingencia, mis contactos con el Comandante Eduardo eran muy ocasionales. Cada cierto tiempo él me enviaba un mensaje que decía "Peste en Calma". Si en cambio se leía "Peste en incubación" o "Peste en progreso" deberíamos reunirnos con distintas urgencias en sitios predeterminados cuya ubicación, oportunamente informada, cambiaba regularmente como las claves de las cuentas bancarias. Ignoraba si Rosella seguía activa en el Cortejo de las Sombras.

El portaviones Truman no cruzó el estrecho de Magallanes, con seguridad su calado no se lo permitía, ni vino por el norte como en la oportunidad anterior. Dio la vuelta por el extremo del continente cruzando el estrecho de la isla de los Estados, navegó hacia el norte y se detuvo frente a Guabun, dentro de las aguas territoriales del país. Estuvo sordo a los requerimientos radiales de la Armada. Por supuesto el vicealmirante Tarozzo, jefe de la zona naval sur, no tuvo ninguna

ocurrencia. El portaviones estaba ahí y punto. Tampoco hubo instrucciones desde la capital y desde Washington tampoco hubo manifestación alguna.

Ese enorme volumen de hierro visible desde la playa fue durante unos días una atracción los habitantes y quienes visitaban la isla de Chiloé. Los aviones de combate en su plataforma parecían inocentes mariposas adormecidas y no se notaban señales de vida en su torre o en su explanada ni emitía señal de ningún tipo. Al tercer día se pensó que era un barco fantasma y al cuarto, un capitán de un barco de pesca de centollas, afirmó que era un derrelicto y anunció que lo abordaría.

-Según la ley, ese engendro será mío –dijo.

Desde la comandancia naval de Puerto Montt se enviaron dos lanchas patrulleras que parecían cortejar al Truman sin permitir que nada se le acercara. Para prevenir cualquier sospecha vinculada con un fortuito y perjudicial evento con ese monstruo, los cinco submarinos de la armada fueron llevados a la superficie y anclados en Talcahuano.

Al cuarto día se movió. Lentamente, como advirtiendo algo, con equívoca actitud de intimidación.

-No hay humo en sus chimeneas –dijo un marino a bordo de una de los botes que, desde el modesto amarradero de Guabun, ponía proa en busca de la merluza.

-Ni lo vas a ver –le dijo el buzo que lo acompañaba –estos bichos son de propulsión nuclear.

El barco de guerra se desplazó hacia el sur. Treinta o cuarenta millas de la costa, su perfil provocativo no pasaba inadvertido. Y se detuvo frente a la península de Taitao, con la proa mirando al campo de hielo norte.

Para conocer los movimientos de esa máquina de guerra no se requería de ningún canal de información especial. Bastaba con ver los noticiarios nacionales, que al no tener mucho más que informar, ni intentarlo, como de costumbre, se solazaban con imágenes, a prudente distancia de la presencia “pacífica y de amistad de tan importante buque de la armada estadounidense”. Los periodistas estaban contentos: de la farándula a los *realitys*, del fútbol y sus jugadores a la exposición de los dramas y miseria humanos, de los crímenes y asaltos a los concursos de cocina, el Truman era una novedad, tendrían otro tema.

Así nos enterábamos con Rosella. Su vida transcurría ocupada en los ensayos y sus prácticas musicales, la mía, en curarle la pata a un choroy, alimentar a Yoda

en su distinguida longevidad y entablillarle la pata a una cabra. Los turistas aumentaban año a año en la zona y se planteaba construir otro teatro en un balneario cercano. Emilio vendía bien su artesanía y seguía soltero y en perfecta soledad en la cabaña del bosque que le habíamos ayudado a financiar. Quedaban monedas de oro suficientes para mucho tiempo.

-No me gusta nada –le dije a Rosella una noche, ya acostados, en el invierno del veintisiete.

-¿Qué no te gusta?

-El Harry Truman.

Mi opinión coincidió con la información en la prensa internacional que leía por internet, del repentino alejamiento del portaviones, más allá de las doscientas millas territoriales. Las fotografías satelitales lo mostraban con su proa acechando los fiordos cuaternarios, los imponentes hielos eternos y las riadas de agua fría que arrebatadas desaguan desde la cordillera de los Andes

-¿Qué te preocupa? –me tranquilizó Rosella desabotonando su camisa de dormir y acercándose –todavía no desembarcan.

Tuve problemas con la erección esa noche, pero Rosella no se quejó. Ni se enojó ni se apiadó, sólo se abotonó la camisa y se volvió a su velador buscando un libro. No dijo nada.

No estaba en edad para el Viagra todavía, pero seguía incomodándome la presencia del Truman, aunque estuviera alejado. Y sobre todo si estaba enfrentando los campos de hielo. El planeta ya empezaba a sentir la falta de agua y las plantas desalinizadoras, en todo el mundo, eran insuficientes para la demanda global. Y que más a mano que ese campo de hielo para obtener agua dulce para el Imperio y la implacable sequía de los campos que abastecían sus graneros.

Al día siguiente sí espanté a mi Sombra y no solamente porque no necesité ninguna píldora azul, sino después, cuando ella dormía a mi lado su segundo sueño, antes que le trajera el desayuno, cuando leí las noticias en mi teléfono. Destacada en la segunda página del Excélsior de México, una foto satelital mostraba al portaviones Ronald Reagan navegando rumbo al continente sudamericano a la altura de Isla de Pascua. Si ya era terrible el nombre, el de Truman no lo era menos, lo malo eran los tres barcos que lo acompañaba. Una era una fragata misilera y sus acompañantes embarcaciones nunca vistas, verdaderos globos flotantes de colosal envergadura, apoyadas en cubiertas cinco veces más amplias que las de los portaviones, con proas cortantes, sin cubierta,

cabalgados por un puente y un sinfín de antenas. Decía el diario que ni los chinos habían sido capaces de ocultar la construcción de su portaviones-catamarán y no se explicaba, continuaba el reportero, como habían logrado los estadounidenses esconder la construcción de esas inconcebibles esferas navegadoras, impelidas, qué duda cabe, por reactores atómicos. El diámetro de esas bolas, aparentemente infladas, calculado por los instrumentos del satélite, lo acercaba a los ochocientos metros. La pista que rodea un campo de fútbol, añadía, mide cerca de cuatrocientos

-Todo lo comparan con canchas de fútbol -comenté a Rosella aún dormida -la proverbial imaginación de los periodistas.

-¿Qué? -me preguntó en su precaria vigilia.

-El agua -dije -el petróleo ayer, el agua hoy.

Rosella saltó de la cama. Escuché caer el surtidor la ducha y pocos minutos después la vi salir, desnuda y mojada. La calefacción del cuarto la envolvió en un velo de vapor. Acercándose a mí parecía surgir de un bosque tropical, bochornoso, donde recién había llovido. Me abrazó haciéndome olvidar mi impotencia nocturna.

-¿Agua, qué agua? -me preguntó después.

Le mostré el diario mexicano.

-Hummm... -dijo

-Me temo que pueda haber una salida tipo Jadue.

-Y te quejas porque todo lo llevan al mundo de la pelota.

-A Jadue, que fuera el presidente de nuestro fútbol profesional se lo llevaron extraditados los yanquis por recibir sobornos millonarios, de las empresas que promocionan sus productos en los partidos de alta recaudación, de las cadenas de televisión, quizás de quienes más. Cuando un jefe de Estado debe caer por intereses contrarios a la administración del sistema, se aplica el Procedimiento Jadue.

-Y, ¿qué tienen que ver los yanquis con el fútbol chileno?

-Tienen que ver con todo.

-Mi sombra se encogió de hombros y volvió a la ducha.

-En un rato más tengo un largo ensayo y ajuste con otros yanquis, más civilizados –dijo riendo.

Así era, la orquesta sinfónica de Cincinnati tocaba esa de semana en el teatro del río. Esa mañana operé de una obstrucción intestinal al gato del alcalde, esperé que Rosella terminara un intermezzo y almorzamos en el Tirolés. Comimos una entrada de rúcula, lechuga costina, queso de oveja y trozos de mangos cubanos y luego una trucha al horno, sola, asada con unas gotas de aceite de oliva. Ese día había llegado café guatemalteco. Al pagar la comida sonó mi teléfono anunciando un mensaje.

-La mierda –dije y lo mostré a Rosella.

“Peste en proceso”, se leía. Introduje el código.

-¿Dónde?

-En Valdivia, iré en auto.

Rosella no discutía el contenido de mis mensajes, ni yo el de los suyos.

Caminamos hasta el teatro, regresé a buscar el jeep y por la ruta local tomé la autopista hacia el norte.

Llegué a Valdivia a media tarde. El lugar era una compra venta de automóviles en la calle Picarte, cerca de la plaza. Eduardo, el Comandante oficiaba como cualquier vendedor. Me mostró un Fiat y después de ofrecirme un crédito especial me llevó a una oficina, al fondo del local. Un cliente al pasar le preguntó por un Toyota.

-Daniel vendrá pronto –le informó él se encarga de los autos japoneses.

La reunión fue corta. Después de las novedades y recuerdos de rigor, sacó una hoja de un periódico en inglés. Era la portada del Wall Street Journal de Nueva York. La información era clara y la imagen elocuente. A cuatro columnas, a mitad de página, se informaba de la agravación de la persistente sequía en el cinturón granelero del país, que azotaba con especial intensidad a los estados de Indiana, Iowa y Misuri. Este fenómeno climático duraba ya catorce meses y de continuar llevaría al país a una situación perturbadora, inédita y de alto riesgo para la seguridad nacional y regional. Al costado derecho de la noticia una foto a todo color, sin duda aterradora y que bien podía haber sido en blanco y negro: se vislumbraban inmensos campos de cultivo cubiertos por una hojarasca grisácea y volátil y extensas dehesas sumergidas en una masa seca, cuajada, de ceniza y asperón. Lo que alguna vez fueron fértiles campos de cultivo estaban

transformadas en interminables anchuras de campo muerto, las esbeltas espigas de trigo o los robustos tallos de maíz que alimentaron a la nación más rica del planeta habían abortado antes de ser semillas. Los esfuerzos por provocar lluvias o extraer agua del suelo, pese a las avanzadas ciencias aplicadas utilizadas habían sido infructuosos. Todo moría allí en esa tierra evaporada.

Cualquier medida será plenamente justificable, había afirmado el Presidente en la alocución del día anterior.

-Agua –miré al Comandante.

-Por ella vienen –me aseguró.

-Y con esos tanques, los que muestran las noticias, aunque a reventar, no tendrán capacidad suficiente para llevar el agua que requieren para regar los campos cerealeros.

-Te equivocas, deben haber descubierto la fórmula de la materia degenerada.

-¿Y eso?

-Que te lo explique Vidermann, es un concepto de la física que se refiere, entre otras cosas, a la posibilidad de comprimir el agua; mil litros, una gota.

-El agua no es compresible –alegué, reparando en el sorprendente alcance de nombres con el acuarista del relato de Ana. Vidermann no es un apellido común.

-Y la tierra era plana, decían algunos –Eduardo se rascó la cabeza –Ramírez, ellos ya deben conocer los procesos y sus aplicaciones para condensar el polo norte, pero el agua salada no les sirve

-¿Qué dice el Secretario?

-Le han informado que se está construyendo una pista de aterrizaje de seis kilómetros de largo en los campos de hielo sur, en Argentina.

-A dos bandas.

-Nos invadirán, si es necesario –Eduardo me indicó una cafetera de aluminio que humeaba.

-Y con la venia de las autoridades políticas.

-Para evitar un Irak o una Siria, todavía pagan los costos de esos errores; prefieren el agua limpia, evitando sacrificios, sin pagar ningún costo, pagando un precio ridículo por el agua que se llevaran agua.

-¿Golpe? –probé.

-No lo sé –confesó el Comandante –tienen que ocuparse del Presidente, comprarlo, venderlo, arrendarlo.

-O echar mano al modo Jadue –adelanté.

Eduardo rumió un instante y golpeó destemplado el escritorio, levantando la guía de teléfonos, el pie de piedra de la lámpara y un sólido pisapapeles de bronce con la forma de un jabalí.

-¿Cómo no se me había ocurrido? –exclamó dándose una palmada en la frente.

El Reagan llegó a la altura donde estaba su buque gemelo y la fragata porta misiles. Con lentitud escoltaban a las otras dos naves, que como enormes y caracoles se deslizaban por encima de las olas. Sus caparazones opacos, diseñados para acopiar el agua modificada debían tener una consistencia y densidad capaz de soportar la presión descomunal que ejercería su contenido. La materia degenerada era estable sólo a presiones inimaginables.

Había vuelto al sur con instrucciones de presentarme en veinticuatro horas cerca de la capital si las circunstancias lo hacían necesario. La alarma era para todos los integrantes de la Peste. Y del Cortejo de las Violas, como me informé por Rosella.

La alarma establecida por el Comandante no se modificó: mis predicciones fueron correctas. El fiscal general de Estados Unidos presentó pruebas fehacientes de lavado de dinero, sobornos y desvíos de dineros públicos por parte del Presidente de nuestro país, cinco ministros, dos miembros del tribunal constitucional, trece diputados, así como del titular de Senado y de la Contraloría General de la República. El mismo día en que se vieron forzados a renunciar, menos de veinticuatro horas después de la denuncia y la presentación de evidencias, abordaron unos aviones militares estadounidenses y transportados con algunas prerrogativas a Miami. Acéfala la República, el jefe del ejército no tuvo otra alternativa, como lo expresó explícitamente después del juramento de asumir el mando de la nación. Aprovechó esa incidencia para comprometerse con lo que el protocolo de las academias militares indicaba. El cuarto golpe de Estado no iba a expandir, necesariamente, ni la imaginación ni la inteligencia del golpista por casualidad. Y en este caso de un grupo de uniformados no menos mediocres, que los gobernantes extraditados y probablemente sin mayores ambiciones que una jubilación abultada y una grata estadía en Florida. Como se leía en un poema de Epiménides, “por una razón o por cualquiera”, hicieron, en el breve lapso de tiempo que poseyeron el poder, lo que era la costumbre: reprimir, censurar, detener, desaparecer, asesinar.

Los soldados estadounidenses llegaron cinco o seis días después. Deben haber sido unos cinco mil, bien adiestrados y armados. No fue Normandía pues no faltaron y no fueron pocos los entusiastas ignorantes que los recibieron con las banderas de ambos países entrelazadas en los muelles de Coquimbo, San Antonio y Talcahuano. La farándula y los noticieros se relamieron. Entrevistaron a soldados y oficiales, enviaron corresponsales a Washington donde acaso pudieron filmar la Casa Blanca y el Capitolio, nadie los recibió, al retornar al país intentaron subir a los barcos surtos frente a Taitao lo que no les fue permitido pero durante un par de semanas no hubo otra noticia que la oceánica y benemérita llegada de los representantes de la democracia universal. La alimentación mundial, decía un bando del gobierno militar, está asegurada: el agua generosa de nuestros campos de hielo, y el esfuerzo de nuestros hermanos del norte permitirá que germinen otra vez los agónicos cultivos evitando una hambruna infame que podía conducirnos a la extinción.

Como era obvio la prensa despachó noticias marginales con relación la destitución y extrañamiento del Presidente constitucional y de los demás altos funcionarios acusados de presuntos ilícitos, de la clausura del parlamento y de la represión, en todo caso necesaria para terminar con el terrorismo y la violencia política desatada. Nada había cambiado en cincuenta y cuatro años. La prensa tampoco, después de todo eran los mismos dueños y la misma laya de periodistas. Por lo demás, pienso que al ciudadano medio le importaba más el tamaño de la pantalla de su televisor que quién ejercía el gobierno.

Con todo, me extrañé que Eduardo no se comunicara conmigo. Rosella seguía muda y nada le preguntaba sobre los futuros movimientos de las Sombras, revisé el teléfono, lo cambié la pila, pero nada, el Comandante se excluía o me excluía.

Entonces encontramos a William Moya Purcell. Marinero técnico de segunda clase, miembro de la tripulación de uno de los transportes norteamericanos que había desertado en la primera incursión a tierra.

-Era uno de los encargados de abrir los tanques para que entrara el agua esa, la que está congelada en sus montañas –dijo.

No me chequeaba. Un marine yanqui que hablaba un perfecto español, con un acento levemente porteño.

-Por parte de madre, guatemalteca –reveló.

Fue una de esas tardes en la que la incertidumbre te partía en pedazos. Tomando nuestras precauciones, pistola incluida, decidimos ir a visitar a nuestro amigo el Rastrillo en Tamahue. Ya eran la cuatro de la tarde y un brandal

ascendente de nubes arrinconaba al sol que alumbraba con una luz metálica, que se hacía jirones. Cantaba una pareja de jilgueros en su nido de musgo, fuera de nuestro alcance, en la rama de un limón silvestre. Un penetró suave se colaba entre los árboles, silbando apenas. Anunciaba un vendaval.

En cuanto llegamos a Ramahue nos acercamos a la casa del Rastrillo. No habíamos dejado de visitarlo después de nuestro retorno desde Argentina y justamente, en el ahumadero de la cocina a leña de hierro y bronce que le regaláramos como agradecimiento, vimos colgadas varias sartas de pescado.

-No saben cómo ha prosperado mi negocio desde que uso este aparato –nos dijo, abrazándonos.

Nos sentamos en el tresillo destartado pero cómodo que tenía en el salón.

-Todavía no te persiguen, san Ramírez –afirmó.

-Pronto, sospecho –dije.

El Rastrillo se acercó a un estante y buscó dos calabazas.

-Les cebaré unos mate –dijo yendo hacia la cocina colmada con leña.

Su piel parduzca lo hacía invisible en la penumbra del cuarto, pero no así a sus ojos transparentes que iluminados por el fulgor de las brasas, escondían un hallazgo.

Ese hombre poseía una integridad y una devoción a la causa que lo hacía incapaz de ocultar una inconveniencia.

Cuando me pasó el mate y el terrón de azúcar supe que protegía a alguien. No dije nada. Rosella no sospechaba. Pero fuese quién fuese, si estaba en manos del Rastrillo, no era un peligro para nosotros.

Mateamos en silencio, desafiándonos sin desconfianza, aventurando quién hablaría primero. Cedió el Rastrillo.

-Para nosotros no significa un peligro, san Ramírez –señaló –y lo persiguen como lo hicieron contigo.

Y sin que lo llamaran apareció en el vano de la puerta del dormitorio William Purcell Moya. Era un muchacho alto, de pelo oscuro y revuelto, de nariz pequeña y frente limpia. Sus brazos largos colgaban a sus costados alcanzando casi sus rodillas y vestía un overol de trabajo abotonado en la delantera, con el escudo del cuerpo de tarea de la armada imperial cosido en un bolsillo. La mezclilla estaba

rasgada y sucia y su barba tenía varios días. Rosella se sobresaltó poniéndose de pie.

-¿Hasta dónde lo han rastreado? –pregunté.

-Ni él lo sabe, pero por lo que me ha dicho, desertó en Talcahuano.

-Donde había un buque de guerra muy viejo y bien conservado –completó Purcell Moya, con una voz de niño, incompatible con su edad.

-El Huáscar –apuntó el Rastrillo.

Me acerqué a Rosella y le solé al oído: tiene la voz de un contratenor

Después de tanta viola, piano y fagot algo había estudiado de música clásica y de lírica. Ignoraba cuánta más asimilaría con Purcell Moya.

-Mezzosoprano –enmendó Rosella en voz alta, claro, ella sabía mucho más.

-¿Desde Talcahuano hasta aquí... ?

-A lo mejor los gringos ni se percataron.

-Los yanquis me corrigió Rosella.

-Hay que detenerlos –dijo con su voz de flauta y súbita urgencia el fugitivo.

-Eso ya lo sabemos –aclaré.

-Los tanques no resistirán la presión de la materia degenerada, la explosión será como la de una bomba de hidrógeno; para mantenerla estable requieren de una energía inconmensurable.

-Sabe el hombre –intervino el Rastrillo.

-Sí, che, soy uno de los que operan las bombas que aspiran el agua o el hielo hasta la primera válvula, la que conduce a los miles de ductos que la van comprimiendo hasta hacer una gota de un glaciar.

-¿Y cómo?

-No, no, sólo sé que en Alberta nos hemos tragado una laguna en minutos y en Terranova devorado un iceberg en otros tantos.

-Pero eso es en Canadá –señalé.

-No se respetan fronteras.

-El campo de hielo norte –dijo lacónico mi amigo chino que era japonés.

-Ese es el tema, che –apuntó Purcell en quien se notaba que por el lado de su madre lo habían dotado del español –una laguna o un pedazo de hielo flotante son una cosa, esa masa agua congelada en sus montañas es otra, todo volará por los aires cuando intenten comprimirla en esos glóbulos. Estos están fabricados de una tela indestructible, delgada, casi sin consistencia y que, al contrario de lo que se podía pensar, son permeables. Permeables a todo menos a la materia degenerada. Pero no resistirán espontáneamente. El esqueleto que los sostiene es superfluo para sus propósitos, es un entramado de microfibras que sirve únicamente para darle la forma. Podrán lograrlo si logran conectar esos estanques con una fuente de energía anti gravitacional, la que puede viajar como la luz, por el espacio, emitida desde las plantas nucleares en Wyoming e Idaho.

-Guatemalteca o argentina, ¿dónde nació tu madre? –preguntó mi Sombra.

-Hablamos muy parecido, pero ella es de Guatemala –el soldado curvó los labios, como disculpándose y continuó –también lo intentarán en el campo de hielo sur en Argentina, con los aviones cisternas que ya deben estar despegando desde Montana.

-¿Tienes entrenamiento militar?

Purcell Moya retrocedió un paso.

-Todos lo tenemos, me ha servido para escapar.

-Suena correcto y no vino armado–comentó nuestro anfitrión.

-Y esa información, que todo hará pluff!, –levanté mis manos –de dónde la sacaste.

-Me la dio un físico del programa de la materia degenerada, se llama Heisemberg, como el de la bomba atómica...

-O de Breaking Bad –interrumpió Rosella.

-O se llamaba, porque murió poco después que en una conferencia interna revelara los cálculos equívocos y los protocolos erróneos de sus colegas; en ella aseguró que para comprimir el agua contenida en los glaciares de América del Sur se requeriría más fuerza gravitatoria que la que gira en el horizonte de sucesos de un agujero negro.

-Sabes de física –dije.

-Estuve asistiendo en La Grange, la capital del condado a una réplica de la cátedra de Feynman como oyente, de regreso de una abominable estadía en Europa, al terminar la secundaria. Acudía algunas tardes libres que me permitía mi trabajo como conductor de cosechadoras de papas, antes que pasara el ejército y me enrolara a mí y a otros. Como voluntario, así estaba escrito en el documento que te obligaban a firmar. Después no más que el baño de información que te dan cuando accedes a un proyecto vinculante con esa disciplina, incluida la ponencia de Heisenberg.

El japonés me cebó otro mate.

-Me confundo -admití -un joven reclutado como operador de válvulas en un proyecto de alta confidencialidad del ejército gringo, se entera que el proyecto va derecho al fracaso, no se excluye a tiempo, pero sí cuando ya está todo en marcha y deserta en un país extranjero.

-Sí, che.

Me levanté del sillón.

-O hablas como argentino, como guate, o como hombre, decídetete -me molesté.

Mi mal genio brotaba cuando se me embolinaba el cerebro.

-Ramírez, hombre -me reprendió el Rastrillo.

Rosella me tomó del codo y me devolvió a mi asiento. Metí la bombilla del mate en mi boca y bajé los ojos.

-Está bien -me dirigí al gringo -lo siento.

Purcell Moya encogió el cuello.

-Es muy raro encontrarse con un desertor del enemigo -expresó -y con voz de maricón.

-La voz no tiene nada que ver

-Siempre me ha perjudicado.

-Pero es muy raro -sancioné -que además habla perfecto español y aparece en una circunstancia especial.

-Mucho -confirmó el Rastrillo, invitándolo a sentarse y preparando una tercera calabaza -pero eso ayudará, ¿no?

A esa pregunta no convenían respuestas equívocas.

-Sí ayudará –confirmó Moya.

Llamó el celular de Rosella. Era un mensaje. Lo leyó.

-Debo irme –anunció.

-Cómo a esta hora, ¿dónde?, tus sombras son impredecibles, –aún no me tranquilizaba y el Comandante Eduardo no se dignaba a asignarme un cometido.

-El machismo nos enferma –Rosella habló en plural.

-Me sumí en el sillón, sorbiendo el mate que ya estaba frío.

-La acompaño –el Rastrillo se ofreció.

-Vamos andando –Rosella se acercó a la puerta.

Dejé el mate en la mesa.

-Voy contigo.

-Irás dónde y cuándo te lo ordenen –Rosella era otra vez una sombra .pronto te llamaran, eres un soldado, no lo olvides.

Moya bebía su mate y escuchaba. Fui hasta la cocina y llené mi calabaza con agua caliente.

-Sí, también solía ser un combatiente –mascullé, maldiciendo al Comandante y al Secretario y a su inadmisibile silencio.

El Rastrillo se abrigó con un poncho de lana negra.

Rosella se despidió con una mirada.

Nos quedamos los dos, con Purcell Moya, mirando la bombilla del mate. Levantamos la cabeza al mismo tiempo y observé sus ojos: tenían el color violeta de las fragatas portuguesas y si hubiera podido tocarlos, quizás su consistencia gelatinosa. Pero su mirada era consistente, templada, verosímil, más que probable.

Purcell Moya inició la conversación.

-¿Te preguntarás por mi tono de voz?

-No necesariamente.

-Debes saberlo –afirmó.

Del piano, a la viola al fagot y ahora a las cuerdas vocales. Estaba resignado., esperando sólo que Rosella diera señales de vida.

Mi madre era Moya Consenour, la suya de Namur, en Bélgica, de donde provienen ahora los castratis, prohibidos universalmente en el siglo diecinueve. Italia era el mayor consumidor, si es lícito utilizar este vocablo para este comercio humano, tan horripilante como fue el de los esclavos y es hoy el de prostitutas e inmigrantes furtivos. Los niños son sometidos a castraciones clandestinas, disfrazadas de operaciones de hernias para que conserven la voz infantil, cuando se aprecia de gran calidad. Los castrati se venden y distribuyen a los numerosos coros y orquestas, de iglesias, condados y operas de Europa y Estados Unidos. Se asegura que su voz era natural, genética y dado que el procedimiento y sus derivaciones son ilegales los médicos que tienen la misión de examinarlos, no encuentran anomalías en sus órganos masculinos. Al castrarlos, los cirujanos escogidos por la curia o por los ejecutivos tienen el cuidado de introducir prótesis en el escroto, del tamaño y la textura de los testículos. Es un negocio caro pero que renta un gran lucro. Cada contratador en el límite de la adolescencia no vale menos de medio millón.

Moya se dio un respiro y sorbió el mate.

-Se enfrió –dijo.

Señalé la cocina.

Llenó la calabaza.

-¿Medio millón de qué?

-De libras o un poco menos de euros.

-Vaya –exclamé.

Mi voz, señor Ramírez, no requirió de una castración para continuar con su timbre después de la pubertad. Es la herencia de los Moya, apellido castellanizado de una tribu guatemalteca que se esfuerza por sobrevivir y cuyo registro es la del contratador. Salvo excepciones provocado por las mutaciones inexorables. Pero claro, no lo sabía más que mi madre que, después de meses de ruegos por parte de mi abuela que, supuestamente, quería conocer a su único nieto, me había enviado, a contrapelo, de vacaciones a Bélgica donde mi abuela, una bruja valona que se había hecho rica recolectando niños para la amputación.

--¿Su abuela? --casi grité.

En verdad no faltaba más que me enviaran en busca de un carnero salvaje para completar la locura del día.

-Eso, mi abuela, cuya fatalidad debió ser titular de periódicos y del que no puedo dejar de alegrarme.

Mi curiosidad cambió de rumbo.

-¿Cómo murió su abuela?

Me puse de pie, pero Purcell Moya se adelantó.

-Eso vendrá en el relato.

Que así sea –dije.

Hierve esta pava –señaló Moya tomando la calderilla por su asa de mimbre.

-Tetera, Moya –lo corregí, sin alterarme.

-Me va diciendo lo que le molesta –me propuso, llenando mi mate.

Consideré que su tono conllevaba una admisible humildad. Pero aún consideradas de ese modo, no confiaba en ese gringo con facha de ilegal atrapado. Era la higiénica paranoia recomendada por el Secretario.

El teléfono no se dignaba a sonar ni a vibrar. Tuve la sospecha que la estancia con ese tipo, en ese lugar, sería más larga que la tripa de un burro. Me pregunté cuál era la razón por no volver a mi casa, no tenía ninguna información de que alguien estuviera buscándome, ni siquiera preguntando por mi persona. El golpe estaba circunscrito a las grandes ciudades y los marines y las fuerzas armadas nacionales en la península de Taitao despojándonos del agua. Me contesté: la causa por la que no regresaba a mi casa y a mi clínica veterinaria era la curiosidad, la que se apoderó de mí en la lutería en Buenos Aires, la que no me permitió interrumpir a Ana en el hotel Vigilante y salir a la caza del Picahielos, la que me hizo tolerar a Tobías en el encuentro con la orquesta de fagots. Y temía que nuevamente sería el escuchante de una historia relacionada con la música. No me engañé.

A esas alturas la información que rescataba de internet revelaba que los dos portaviones se movían en sentido contrario, de norte a sur. Cuando el Truman navegaba desde Antofagasta a San Antonio, el Reagan lo hacía desde Talcahuano al norte. Peinaban el mar por decirlo de alguna manera. En cambio esas ciclópeas estructuras ovoides se encontraban a una milla de las playas de Taitao. Detrás de ellas vigilaban no una sino dos fragatas y un crucero. Desde tres

buques mercantes y después de haber armado dos muelles flotantes dos centenares de hombres bajaban a las playas de Guabun inimaginables artefactos y bobinas de gruesas mangas de material clasificado e iban montando en la costa una verdadera ciudadela, diríase un laboratorio que iban encerrado en habitáculos herméticos más congruentes con lo que se pensaba construir en la superficie marciana que con nuestras costas.

Moya me pidió ver las noticias, las miró largamente y respiró profundamente.

-Llevarán esos tubos con la tecnología anti gravitacional hasta el campo de hielo y empezarán a triturar y bombear el hielo a la costa. Allí lo derretirán, degenerarán el agua y la introducirán en los tanques.

-Le llevará meses.

No más de un par de semanas, llevan preparándose años.

Sorbí de la bombilla. La yerba estaba amarga y coloqué en la cazoleta un terrón de azúcar.

Aunque casi nada me advirtió mi madre, sospeché desde un principio –relató Purcell Moya – que mi abuela, se traía asuntos oscuros entre manos. Mi padre era un campesino de cuello enrojecido por el sol y mi madre una preocupada mujer que había huido de su casa en Namur al morir su padre y quedar al cuidado de su madre. El viejo era un exiliado guatemalteco, siete veces perforado por las balas del ejército, sobreviviente de una guerrilla derrotada y que nunca quiso regresar a su patria.

Ahora estoy segura que su fuga al país del sueño americano fue provocada por un cierto conocimiento de las ocultas actividades de mi abuela. Pero yo quería conocer Europa y con la obstinación de mi juventud vencí su resistencia. Accedió en contra de su voluntad a que viajara a Bélgica no sin antes hacerme una sola advertencia: si requieres algún tratamiento, cualquiera que sea, en especial si debe resolverse con una cirugía, te tomas el primer vuelo y te regresas. No hay mejor medicina que la de Texas. Luego supe la causa de esa exigencia. Mi padre, William Purcell, ocupado como estaba en la cosecha anual de maíz, apenas gruñó cuando me vio con una mochila en la puerta de la casa donde vivíamos. Era y quizás lo es todavía, un buen hombre, un mulero al servicio de hacendados presbiterianos. Trabajaba de sol a sol y fumaba, con la perseverancia de los animales a su cuidado, cigarrillos envueltos en papel de maíz. Era además un republicano fanático, aunque dudo que supiera el pensamiento o las intenciones de sus votados, y lo recuerdo con un gorro con el elefante tricolor del partido. No

bebía y nunca lo vi gritar o maltratar a Aurora, mi madre. Tampoco recuerdo que nos faltara algo.

Mi abuela me recogió en la estación de Namur. El vuelo me había dejado en el aeropuerto Zaventem y llevaba las indicaciones para tomar el tren correspondiente. La abuela vestía de gris, definitivamente canosa, su piel era opaca como la ceniza y sus ojos ondulaban como las nubes antes de una lluvia. Así las veía cruzar el cielo en Tejas, cabeceando, cuando se anunciaba una tormenta. La forma y las convulsiones de esos nubarrones me recordaban a las iguanas pardas de los algodones cuando caían acabadas, heridas por las flechas de mi arco. Después llovía con vehemencia.

La mujer tenía una nariz ganchuda, impropia de mi familia y el pelo terroso con dos añadidos muy logrados sobre sus sienes. Creo que le faltaba ulular y levantar vuelo para transformarse una lechuza. Me miró cuando bajé del carro y me extendió una mano enfundada en guantes de piel gris. No reconocí en su cara ninguna expresión. Namur era una ciudad grisácea, sus puentes y la ciudadela eran del mismo color y su Fortaleza era de piedra caliza, cenicienta. La casa donde vivía mi abuela era de un color puro. Era blanca como los huesos secos de un bisonte descascarados por los buitres en el desierto de Chihuahua.

-Aquí no hay bisontes –interrumpí.

-Bueno, Moya pareció disculparse -como de un toro, de esos de cuernos largos que mueren en las sequías, se arrugan y muestran sus osamentas cuando han sido descascarados por los buitres.

No me gustó la ciudad, la casa de mi abuela y ella tampoco. El interior estaba pintado del color de su piel, plomizas sus paredes y sus muebles. Una sola cosa discordaba, el piano, que era rojo igual a la luna que se pone al amanecer en los pastizales de mi tierra natal.

No pude dejar de evocar a Balodenka, por el piano y el color.

Acudía diariamente una mujer alsaciana que le ayudaba en las labores domésticas y cocinaba. Esa noche, la del recibimiento de su único nieto, había sopa de nabos. Tenía hambre, así que devoré el pan, que no faltaba y el potaje sin chistar. En verdad, nunca hubo algo sabroso para comer y la sopa de nabos o de remolachas era rutinaria. Cuando salía solo comía en los mercados a la orilla del río Mosa donde abundaban los puestos y los reducidos mesones donde podía servirme buenos pescados, salmonetes y anguilas, también mariscos, los famosos mejillones y todo tipo de frutas y verduras, peras, manzanas, endivias y espárragos.

-La gastronomía belga no me interesa –dije encendiendo un cigarrillo.

El desertor fijó la mirada en la llama del encendedor. Le ofrecí un Kent. Ya no tenía los de tabaco turco que fumaba el Comandante Eduardo. Le temblaban las manos, con seguridad era un adicto al tabaco que pasaba por un período de abstinencia.

-Perdón –me dijo –por la descripción de la comida belga.

Aspiraba el humo con desesperación.

La abuela era maestra de canto en una academia de Namur, en la calle Joseph Grafé. Allí concurría en las mañanas. Al tercer día de mi estancia en la ciudad me dijo que debería acompañarla. No tenía propósito negarme, ella no lo habría tolerado. En los días anteriores me había ocupado en recorrer parte de la ciudad y aunque desconocía el idioma no faltaba quien hablara inglés y me ilustrara sobre el sitio donde estaba o me recomendaba otro más interesante. De tal modo que asistir a la escuela de canto de la bruja no era mi primera elección. Era una mañana neblinosa y si mi abuela se adelantaba unos metros, la perdía de vista. Se confundía con el color del celaje, se fundía con él, parecía perder sustancia y flotar como un aliento envuelta en las bocanadas de su sonoro resuello.

La academia se encontraba en el tercer piso de un edificio antiguo cuyas ventanas deban a un costado de la barroca catedral de San Albino.

-Tampoco me interesa el estilo de las construcciones o el nombre de las calles – tiré el cigarrillo en el fogón.

Esta vez Moya movió la cabeza

Seré menos descriptivo, dijo, el tercer piso era amplio y tenía dos espacios. Un cuarto más pequeño que hacía las veces de escritorio de mi abuela y un salón amplio, con estrado de cuatro escalones y un piano, también rojo, si me permite definir los colores señor Ramírez.

Asentí, resignado.

-Y, ¿cómo se llamaba su abuela? –le ofrecí otro Kent.

-Agnès.

Ese año cumplía dieciséis años y de mi edad, meses menos quizás, eran los diez niños que llegaron puntualmente a las nueve de la mañana a la casa de la vieja. Los vi llegar en fila, sin ningún adulto que los acompañara y en forma disciplinada saludaron a Agnès y se dispusieron en el tablado, cinco en el primer

escalón y cinco en el de más arriba. El ensayo o la clase empezaron de inmediato. Eran unos cantores excepcionales, con una voces aflautadas pero de gran fuerza y un registro inagotable. La vieja los dirigía con prestancia, pasando de Verdi a Strauss, a Wagner o a Saint Saëns. Fueron dos horas en las que me olvidé que estaba en Namur y que aún me quedaba mucho por conocer, encantado por esas voces, que aunque maravillosas, a veces viraban a tonos más bajos, más adultos. En ese intervalo la profesora detenía el canto y anotaba en una libreta. En un momento, cerca del término de la clase Agnès reparó en mí, me tomó por una manga de mi camisa y me instaló en el primer escalón junto a los otros jóvenes.

Sé que no serás capaz, pero inténtalo, me dijo, dando la partida a un solo de Ortrud de Lohengrin. Mi voz sobresalió sin destemplanzas ni falseos, era tan sonora como la de mis compañeros pero su tesitura era invariable. Por primera y última vez pude ver un dejo de expresión en la cara de mi abuela. No era una sonrisa, lo parecía, pero el segundo en que estuvo en sus labios me provocó escalofríos.

-A tú edad, notable –fue lo único que salió de su boca.

Al día siguiente tampoco pude ir a distraerme por Namur. Agnès me arrastró hasta su escuela y me colocó en la segunda fila al lado de un muchacho al que le florecía el bigote. Esa vez conté cinco y conmigo seis. La lección duro una hora, al cabo de la cual mi abuela bajó su batuta, nos dijo que podíamos movernos por la sala y que volvería acompañada.

En el medio lenguaje de uno que no hablaba francés y otro que algo le hacía al inglés, pudimos comunicarnos con el niño del bigote incipiente. Supe que los que faltaban no regresarían pronto, que a dos de ellos se les había detectado una hernia por el esfuerzo vocal y que serían operados, todo gracias a la generosidad de la maestra Agnès. Fueron veinte minutos en ese lenguaje similar al de los esclavos o comerciantes, aquella mezcla de fonemas y palabras que ellos utilizaban para comunicarse lo que no podían con señas. Venidos desde distintas regiones del planeta, mercaderes del Mediterráneo primero y luego esclavos africanos convergían mezclando lenguas que con el tiempo se hicieron comunes como...

-Música sí, lingüística no, por favor...

Moya estiró dos dedos. Le alcancé otro cigarrillo.

Él joven aquel me contó que su familia era pobre, que había sobresalido en el coro de la escuela y que por esa razón un día, hacía más de un año había aparecido mi abuela y se lo había llevado. En las mañanas eran ensayos y

distintas modalidades de ejercicios vocales y en las tarde, las asignaturas propias de los cursos de las escuelas cantonales. La maestra les entregaba, mes a mes, un sobre con una cantidad de dinero que ellos llevaban a sus casas. Sólo tres de los cantores que llegaron con él, aún permanecían en la academia. Me los señaló. Lo miraban con curiosidad. De los restantes nada. Pero Agnès les hablaba, con cierta frecuencia, de las exitosas carreras de los egresados. Me dijo que su nombre era Faustin y que tenía una novia en su barrio que se llamaba Laurélie. Pasados unos veinte minutos ella regresó con un individuo vestido con elegancia, que no se movió del umbral de la puerta de acceso al salón, que escuchó nuestro canto con atención y se retiró pocos minutos después. En el aire quedo un aroma a tabaco rubio y perfume floral.

Desde ese día la abuela no me dejó tranquilo, lo que hizo que llamara a mi madre y le pidiera me enviara los pasajes para regresar. Esa tarde perdí mi teléfono, lo dejé olvidado en alguna parte o alguien me lo había robado. Jamás pensé que la autora había sido mi abuela.

Una semana compartí los recreos con Faustin. Nos empezamos a entender con cierta fluidez complementando la ignorancia de nuestras lenguas nativas con una especie de pidgin forzoso, pero el viernes uno de los intérpretes desafinó de manera grosera, tanto que detuvimos nuestro canto. Agnès apuntó en su libreta, no emitió comentario audible y las clases continuaron como de costumbre. El fin de semana lo tuve libre. La señora avisó que se ausentaría hasta el domingo por la noche y le ordenó a la mucama que me preparara almuerzo para dos días. Abundante, recalcó. Una olla con sopa de nabos, dos hamburguesas vegetarianas y seis papas cocidas. Decidí que utilizaría esos días para buscarme un teléfono, donde pudiera para llamar a mi casa y regresar lo antes posible a mi condado de Fayette. Empezaba a añorar hasta a mi padre.

Los dólares que me diera mi madre al partir los convertía a euros, lo que me permitía comer en el mercado o en el puerto fluvial. La sopa de nabos la botaba al desagadero en cuanto se iba la alsaciana que, con regularidad se despedía con lágrimas en sus ojos. O era porque en esos días me había llegado a querer o tal vez presentía lo que me esperaba. Ese sábado ocurrió la revelación y el presagio de mi conducta inmediata. Vagué por los barrios de la ciudad sin rumbo, crucé el río Sambre y en la calle Notre Dame encontré un bistró llamado Pépite donde pedí conejo, esperando lo sirvieran tan sabroso como los que preparaba mi madre en Fayette. Mientras esperaba el plato vi a una pareja que cruzaba frente a la ventana que estaba junto a mi mesa. Sin duda era Faustin y ella no podía ser otra que Laurélie. Golpeé el vidrio, ellos se separaron y miraron hacia el interior. Le hice señas a Faustin que las respondió, sin intenciones de detenerse. Me levanté de la mesa y me asomé a la puerta. Los llamé y los invité a comer. Faustin, le dije,

¿qué pasa? Lo sentí lejano, ausente, hilvanado con atormentada serenidad a su pareja. Laurélie hablaba bien el inglés de tal modo que pudimos soslayar el lenguaje accesorio. Ante la inicial negativa de acompañarme, al asegurarle que me sentía solo y que el dinero no era un escollo, que tenía de sobra, lo que en parte era cierto, decidieron entrar al bistró. Pediremos lo que has ordenado, dijo la niña. Más una botella de vino que elegirá Faustin, agregué. Llamé al mesero y le solicité replicara mi solicitud para mis invitados. Faustin pidió un Bon Baron, pinot Noir...

-Hombre –detuve a Purcell Moya dejando el mate en la mesa –tampoco gastronomía, eh!

Purcell Moya calló. Había oscurecido y habíamos encendido unas velas. Escuchamos pasos en el entorno de la casa. La puerta se abrió. Era el Rastrillo.

-A Rosella la estaban esperando en un todoterreno, eran tres mujeres, con abrigos de tela gruesa y pañuelos negros en la cabeza.

No tenía sentido preocuparme. Las sombras iban a actuar de todas maneras.

-Este gringo estaba hablando de vinos –saludé al japonés.

-Tengo uno nada de malo –el dueño de casa se acercó a una pared, descorrió una cortina mimetizada con la negrura de la noche y sacó una botella. Sirvió tres vasos. Grueso y sabroso.

Indiferente a la llegada del Rastrillo, el marino siguió su historia.

Traducido por Laurélie, Faustin me confesó que no regresaría a la academia, que le habían soplado el peligro que corría, y que me aconsejaba hiciera lo mismo, aunque Agnès fuera mi abuela. Me habló de la castración, cuya evidencia histórica conocía pero que creía se había detenido. Justine me aseguró que se seguía practicando, pero que ella, de por sí una crueldad perpetua, no era la única atrocidad. Que el encuentro con dos de sus antiguos compañeros, algo mayores pero con los que en la academia de Agnès había logrado una buena amistad, había resuelto cualquier duda con relación a su continuidad en la escuela de bruja.

Y me contó la historia de Jules, Antonin y el maldito Imanol. Para ser exacto la relató Laurélie. A mí se me atragantó el estofado.

El Rastrillo bebía su vino con ruidosos sorbos. Después prendió un fogón en una esquina. El humo centelleaba en la oscuridad y subía, recto, hasta la abertura en

el techo. Eran innúmeras partículas de metal reclamadas por una energía invisible que habitaba en ese cielo de invierno.

Ellos, dijo la niña, habían sido alumnos de Agnès antes que Faustin. Jules y Antonin partían y Faustin ingresaba. Compartieron las lecciones algunas semanas. Y sólo supimos de ellos ayer, en la noche. No ahorró pormenores para relatar la maldad de Imanol y la complicidad de mi abuela.

Más tarde que temprano los cantores se enteraban que tenían la opción de ser castrados, disfrazando esa mutilación con una cirugía de hernia o de apéndice y pensamos con Faustin que aquellos que se sometían lo hacían por la fuerza de convicción de la bruja. Ella les prometía una vida de riqueza y honores, de viajes y distinciones, de respeto por su condición y de absoluta certidumbre en el requerimiento permanente de sus servicios. El requisito era mantener la voz de mezzosoprano, la forma, la pérdida de las hormonas masculinas por medio de la castración. A ella le bastaba con proporcionar dos o tres castratis al año, a coros de iglesia, a conjuntos corales, a instituciones corporativas e incluso a privados para obtener ganancias importantes. Decir que tenían la opción de elegir la amputación no es falso, pero tampoco lo es lo contrario. Algunos cantores poseían voces, que de mantenerse, serían de rara excepción entre sus pares y en consecuencia su valor se multiplicaría. Ellos estaban asignados a agentes musicales, arquidiócesis cardenalcias, orquestas sinfónicas o concesionarios de óperas. Jules, Antonin e Imanol eran de esos excepcionales. Y creemos que Faustin también. En ellos Agnès se reservaba discursos y alusiones a un venidero esplendor. Convencidos por el futuro, con remilgos de resistencia o voluntariamente, llegado el momento les diagnosticaba una patología quirúrgica y los mandaba a castrar a clínicas de intachable virtud. Los padres de esos niños se inclinaban agradecidos ante esa mujer para agradecerle el haberles salvado la vida, una hernia estrangulada es un asesino en potencia, y por haberles asegurado el porvenir a ellos y a sus familias.

Ella les argumentaba que la voz de esos hombrecitos quedaría inalterable por los ejercicios de canto, por la exigencia en la fonación de tonos altos y les solicitaba que los dejaran a su cuidado para presentarlos y recomendarlos a los más altos empresarios musicales del mundo. Cuando esos jóvenes, por una razón u otra se enteraban de las otras consecuencias de la cirugía ya era muy tarde. Por lo demás la gran mayoría disfrutaban de lo que Agnès les había prometido.

Mientras ella hablaba, Faustin sopeaba la salsa del guiso, indiferente a las palabras de su pareja.

Se detuvo un minuto en la narración William Moya Purcell observando al Rastrillo que ensartaba en un palo unos trozos de charqui y los ponía a asar en el fogón.

Jules, Antonin e Imanol aceptaron voluntariamente la castración. Jules y Antonin eran pareja desde los inicios de la pubertad e Imanol, también desde esa época, demostraba una ambición hacia las cosas de este mundo en el cual no estaban excluidas las mujeres. Sólo si no quedo impotente, le manifestó a la arpía. De ningún modo, tus erecciones no se verán afectadas y para la lívido, pues una hermosa dama o un apuesto muchacho.

De eso modo y debido a la excelencia de sus voces, los tres fueron contratados por una de las orquesta sinfónicas más importantes de Europa. Por esa transacción Agnès recibió medio millón de euros.

En los años iniciales, tres o cuatro, Jules y Antonin obtuvieron lo que querían: trabajo amable, poca exposición, tranquilidad e Imanol lo que ambicionaba: dinero para gastar y para comprar. Cantaron arias de Bizet, de Mozart, de Saint Saëns, se complementaban, pero no compartían. Una relación se daba sobre el escenario, otra fuera del teatro. Sin disputas, tenían lo prometido. Viajaron por todo el continente europeo y visitaron Estados Unidos, México y Venezuela.

Ocurrió lo que era previsible, uno de los tres era mejor, su voz era más potente en el rango y su acometimiento de ornamentos complicados no tenía parangón. Ese era Jules. Después, en prestancia, Imanol, pero ni desde lejos a su altura. Ninguna importancia habría tenido esta diferencia si ella no se hubiese reflejado, del mismo modo, en los honorarios sobre el sueldo oficial. Y que eran considerables. Imanol reclamó, pero el representante de los intereses de los tres virtuosos lo miró con una sonrisa despectiva y lo despidió con una brusca respuesta: tendrías que ser el mejor y entonces reclamarle a tu dueña. Allí se enteró Imanol que estaba ligado de por vida y por un contrato que había firmado sin leer a la viuda Agnès. Aprovechando un permiso Imanol viajó a Namur a entrevistarse con la vieja, Ella no le dio ninguna entrada hasta que el muchacho le ofreció la mitad de las ganancias que obtendría como primer mezzosoprano si hacía algo para desplazar a Jules. El semblante de esa malvada varió, por un instante, del gris borroso consuetudinario, a uno más claro, cetrino. De acuerdo, querido Imanol, veremos qué podemos hacer.

Agnès quedó sobrecogida cuando escuchó cantar a Jules y comprobó cuánto se había perfeccionado, pero luego se descompuso al enterarse de que ese progreso tenía otros alcances. La demanda por el joven se había multiplicado doce veces e Imanol y Antonin, aunque mantenían sus ingresos, ya eran considerados meras

comparsas del eximio mezzosoprano. Como era de esperar las ganancias del joven se habían multiplicado en la misma proporción, pero esa enorme suma de dinero no estaba incluida en ninguna cláusula del contrato que como a Imanol, Agnès había hecho firmar a Jules y a Antonin. Esa fortuna iba a la cuenta bancaria de Jules directamente

Laurélie había bebido media copa del vino pedido.

Jules es superior, reconoció Agnès frente a Imanol al día siguiente en el café Montrador. La puta que lo parió, disfruta de todo ese caudal con su pareja, debes denunciar su homosexualidad, retíralos del circuito, debo ocupar su lugar, protestó Imanol. No seas imbécil Imanol, Agnès lo miró indignada, en que siglo y país crees que vivimos, la Inquisición y la Perseveranza desaparecieron hace casi doscientos años, sabes que el primer ministro y el Presidente son homosexuales, esta no es una república beata, sureña. Imanol asintió, apesadumbrado, nunca vencido.

Está bien, me las arreglaré. Sólo no podrás, la lechuza comprendió que si Imanol lo conseguía, ella sumaría una considerable cantidad de dinero, la mitad de lo que el cantor le ofreciera. Se iluminaron los ojos despiadados de Imanol. ¿Cómo lo haremos? Buscarás su amistad, los invitaremos a comer y tendré una ocurrencia. Agnès Consenour regreso a Namur e Imanol inició el acercamiento a la pareja. Antonin desconfió, Jules aceptó la disposición de Imanol. Con inteligencia, sin forzarlos a nada imprudente, comenzando con una bebida o un café después de la jornada o una botella de champán para celebrar una aplaudida y bien remunerada interpretación como solista de Jules, el maldito fue ganando su confianza y con la de Jules, la de Antonin.

Y después de todo mi teléfono sonó. Titilaba la pantalla: "Peste en Desarrollo. Segunda vuelta." El mensaje era claro: A la capital, lugar acordado, acciones de sabotaje. Era una de mis especialidades nunca ejercidas.

-Me quedaré con algunos vacíos con relación a tu historia –dije –es muy tarde, debo descansar pues mañana debo partir a primera hora.

Moya terminó de comer el charqui.

-Iré contigo –scstuvo.

-No llevaré la rata a la quesería.

-No lo ofendas –intervino el Rastrillo ofreciendo más charqui –y te puede ser útil.

-Ahora dormiré –evadí la respuesta.

El Rastrillo acomodó las esterillas de costumbre y nos tendimos en el suelo, Moya cerca de la estufa. Puse la Mansfield bajo la almohada de paja.

Dormí cuatro horas. Al despertar el Rastrillo calentaba el agua. Sobre una banqueta se apreciaba, bien doblada, una muda de ropa. Salí, me lavé en la palangana, me cambié y regresé. Moya se había vestido con la ropa proporcionada por mi amigo. Afuera, el Rastrillo preparaba una fogata para quemar el uniforme de los marines.

-Si nos encuentran, te entregaré –le advertí aceptando su compañía -pero modestia aparte mi vida, hoy, vale más que la tuya.

-Escucha bien –dijo el Rastrillo –que en eso san Ramírez tiene razón.

El silencio de Moya fue concesivo.

Partimos en plena oscuridad. El camino a la casa lo hicimos rápido. Iba medianamente intranquilo, las certezas del Rastrillo aplacaban mi suspicacia, su genética múltiple lo hacía conocedor de los hombres y no me iba a entregar a ese gringo si no tenía certezas de que sería inofensivo, conmigo por lo menos. Por si acaso me cercioré que iba desarmado.

La duda era la de siempre: ¿Cómo viajaríamos novecientos kilómetros sin ser identificados? Lo de Moya era complicado, en mi caja fuerte tenía varios pasaportes falsos y entendía que era poco probable que los soldados yanquis anduvieran detrás de mí. De mí no, pero ¿de Moya? Un desertor nunca deja de ser un peligro inminente, por lo que su ejemplo puede desencadenar, por las eventuales informaciones que pueda dar al enemigo, por el desprestigio de la unidad de la que formaba parte y porque no es sólo uno menos, es uno más en el lado contrario. El riesgo no era menor pero había que enfrentarlo y rápido.

Revisé los documentos guardados, elegí uno para mí y otro, con la foto más borroneada para Moya. Fuimos hasta donde Emilio y le pedí prestada su camioneta Ford, dejándole las llaves de nuestro vehículo. Le advertí que ante cualquier accidente se la repondría. Entroncamos con la autopista longitudinal al despuntar la primera luz del día. No sobrepasaba la velocidad permitida, para no correr el riesgo de ser detenidos por infracciones en la carretera. El mate temprano no había bastado. A la altura de Paillaco donde se levantaba un antiguo retén de carabineros, ahora en desuso, detuve la camioneta. Esperé unos minutos frente a una modesta hostería donde ofrecían desayuno. Humeaba la chimenea de la casamata, construida bajo dos sauces de sombra invariable. Los pies de un chofer durmiendo se veían a través de la ventanilla cerrada de un

camión, estacionado a la vera. Nos bajamos. Empujamos la puerta. Moya husmeó el lugar.

Huele a un parador de cualquier camino de Texas –afirmó.

-Los que he visto en película están en un desierto y tienen una estación de servicio, corre el viento y ruedan matorrales sin raíces, a veces hasta piedras y de repente aparece un auto tirando polvo para todos lados...

-Esa película ya la vi –dijo lacónico Moya.

-... pero no creo que preparen panqueques, quizás huevos, pero vinimos por un café.

No estaba tan errado el gringo. Un gordo somnoliento se levantó de detrás de una barra, llevaba una paño anudado a la cintura y un jockey para protegerse de un sol que la fronda de ese lugar no le permitiría alcanzar jamás. Nos ofreció el desayuno. Moya me miró con entusiasmo. Acepté los huevos y café.

-Tengo filtrado y Nescafé –nos dijo.

Increíble, caféamericano en ese sucucho. ¿Habrían llegado hasta allá las costumbres de los invasores?

-Filtrado, para dos –ordené.

-¿Puedo continuar? –me preguntó William Moya Purcell.

Vacilé por un segundo, pero supe a dónde iba.

-No –dije, seco.

-Cómo quieras –Moya se mostró ofendido.

-Más adelante --cuando esté aburrido –lo consolé.

Continuamos viaje después de pagar el consumo. Estaba más repuesto, aunque los huevos me fastidiaron. No podía pasarle el volante a Moya. Si me daba sueño me desviaría a un camino rural y dormiría. No fue necesario. En el acceso norte a Valdivia llené el estanque de combustible.

No hubo grandes inconvenientes en el trayecto. Autos en la vía, un convoy militar al sur compuesto por una docena de camiones, soldados en el viaducto del Malleco y cada cierto trecho veíamos pasar parejas de vehículos negros, como los que van detrás del Cadillac del Presidente estadounidense. Cuando los veía venir Moya se agachaba.

-A esa velocidad no te verán ni la nariz –comenté.

-¿Y si me han puesto un chip?

-Carajo, revísate –le dije y le pasé mi celular.

Se abrió la camisa, luego se bajó los pantalones y pasó el dispositivo por el pecho, el abdomen, las piernas, los brazos y la cabeza. En presencia de un espía electrónico el celular habría zumbado. El tipo estaba limpio. Empezó a llover, providencialmente para mi teléfono. Bajé el vidrio, mojé mi pañuelo y le pedí a Moya que limpiara el aparato. Las suburbanas, sin patente ni identificación, continuaban viajando hacia el sur.

-En concreto, ¿a qué vas? –me interrogó Moya Purcell después de quinientos kilómetros de silencio.

-A volarle el culo a tus compatriotas.

-Puedo ayudar –la sonrisa de mi compañero era sincera. Sin duda era más guate que gringo.

Llovió plenamente en Linares y recién salió el sol en Talca, hasta San Fernando, lugar donde las nubes se espesaron, apagaron el día y en Rengo dejaron caer granizos rosados. Por la entrada sur de Santiago me desvié a San Bernardo, otro de los poblados engullidos por la gran ciudad, donde estaba la casa de seguridad donde debía dirigirme. No me imaginaba como iba a presentar a Moya. El cielo se había aclarado y algunos márgenes rosados, como frisos, enmarcaban al poniente la cordillera de la costa anunciando el ocaso. Había conducido diez horas.

Estacioné el auto a una cuadra del sitio indicado.

-¿Hemos llegado san Martínez? –Moya bostezó.

Lo miré irritado.

-No vuelvas a llamarme ni san ni Martínez –me incliné y le abrí la puerta para que se bajara.

-¿Y mi nombre?

Saqué los pasaportes que llevaba en la chaqueta y los leí. Luego le pase uno de ellos a Moya.

-Mala coincidencia, pero en este te llamas Efraín Moya Esparza y con ese nombres y apellidos te quedarás.

Dejé a Moya esperando en el auto, procedí al prudente chequeo recorriendo varias cuadras en los dos sentidos y asegurándome que no traía cola toqué el timbre de la casa. Me abrió Nora.

Ella había sido de total confianza del Secretario y le informé con quien venía acompañado. No puso reparos y fui en busca del gringo. Nos sentamos en el comedor, nos sirvió café, pan tostado con palta y mermelada. Compartimos algunas noticias personales ante la indiferencia de Moya que miraba los muebles antiguos del lugar y al terminar la conversación Nora me dio la información que buscaba:

-Eduardo vendrá mañana a las siete, ahora tengo otras obligaciones, quedarán solos en la casa, la seguridad es alta, no espero a nadie más. Siguiendo el corredor hay una habitación con dos camas, la tercera puerta a la derecha y un baño.

Y nos dejó. No había vuelta, me di cuenta que Moya estaba a punto de reanudar su historia. Y no pude salvarme.

Laurélie, continuó Moya, contó como los habitantes del barrio de Namur donde vivía Agnès se sorprendieron al verla con un saquillo con pellets para mascotas, acercándose a los pocos perros vagos que escarbaban por ahí y les ofrecía de comer. Durante una semana, días más días menos deambuló con frialdad y empeño, escogiendo tres de ellos, que ladraban y se acercaban a la mujer con entusiasmo al ver la ración. Los recogió con elegantes correas llevándolos a su casa. Allí había instalado tres casetas donde los encerró.

Me levanté de la silla me dirigí al cuarto, encendí la lamparilla del velador, me tendí en la cama y me tapé con dos frazadas. Hacía frío y estaba agotado. Moya fue conmigo y aún me hablaba, pero de súbito caí en un profundo sueño. Antes, por cierto, había alojado la Mansfield a mi lado.

Desperté, a través de la ventana no había luz alguna. La ampolleta seguía prendida. Moya no estaba. Tomé la pistola, me levanté de un salto y salí al pasillo. Escuché ruidos en la cocina. Quité el seguro de mi arma y me acerque en puntilla. No, era Moya que colaba café. Tenía el pelo mojado y estaba recién afeitado.

-Hay agua caliente en el baño –anunció.

-Con qué te afeitaste –pregunté.

Del bolsillo trasero del pantalón sacó una navaja y la abrió. Tenía el porte de un cuchillo de monte. Moya vio la pistola, cerró la navaja y me alargó.

-Luego te la devolveré –le dije, pensando que para degollarme tuvo toda la noche.

Lo imité y me metí en el baño.

-No escuchaste el fin de la historia –reclamó cuando regresé de la ducha.

-Tendremos tiempo –acepté la taza con café que me ofrecía.

El Comandante Eduardo fue puntual. Venía acompañado por dos hombres que no conocía y no le dio tiempo a Moya de proseguir su cuento. Los hice pasar a la cocina y les mostré la cafetera.

Me presentó a sus compañeros con sus nombres de chapa: Daniel y David. Observó a Moya y me pidió que lo siguiera al comedor. Allí le conté quién era y de dónde venía.

-No sé de qué podrá servirnos –reconocí.

-¿Confías en él?

-No confío en nadie, pero el Rastrillo sí.

Eduardo sacó una caja de metal con sus cigarrillos. La que me regalara se me había quedado en la casa del río. Tomé uno.

-Conforme –aceptó –si esa confianza viene del Rastrillo.

-A tus órdenes.

-Tu misión...

-Si decido aceptarla...

El Comandante sonrió.

-Si decides aceptarla, no será lejos de aquí.

-Acabo de llegar.

-Eres el hombre apropiado. El blanco es preciso, no dudo que lograrás lo que se te confiará.

-Muy bien.

Me informó que en las grandes ciudades la represión aumentaba paulatinamente, al mismo ritmo en que eran emboscadas patrullas norteamericanas y saboteadas instalaciones de las fuerzas armadas criollas, pero

que aumentaba la resistencia y el número de combatientes. La peste crece, se desparrama, contagia. Hemos liquidado con francotiradores a bomberos y marinos de los globos flotantes, en Talcahuano, en Concepción a marines desembarcados de las fragatas en Valparaíso y Quinteros y a soldados de elite en Santiago, pero se reproducen como callampas. Han llegado más buques de guerra y en el Archipiélago de Juan Fernández hay una flotilla rusa. El obediente general ha dado autorización para iniciar la explotación del campo de hielo de tal manera que los hombres dedicados a eso tienen no solamente la protección de sus soldados, sino de los nuestros.

En el curso de la mañana Daniel y David te darán a conocer la tarea que se te ha encomendado, donde encontraras los suministros y los hombres que irán contigo y el plazo para que lo llesves a cabo. Si ese Moya o cómo se llama te interesa, te lo adjudico.

Estudiamos cuatro, cinco horas. Lo que se me pedía era a todas luces impracticable, pero tendría que intentarlo. La ayuda de Moya me aparecía cada vez más primordial.

Después de un almuerzo consistente en empanadas que habían sido encargadas por Nora el día anterior, el Comandante, Daniel y David se marcharon.

Mi misión empezaba a medianoche. Reflexioné fumando los cigarrillos que, por segunda vez y en su propia caja me regalara Eduardo. Las casualidades crean la historia, no las causalidades, esa acreditada cita de Adrián Leonardo el historiador guatemalteco asediaban mi cabeza mientras observaba la silueta silente de Moya. Pues era justamente él, el mezzosoprano, el gringo rebelde, quien podía tener en sus manos la clave para el éxito de la operación confiada.

Tenía la impresión que no se atrevía a interrumpir mis cavilaciones. Miraba alucinado como hervía la cafetera una vez más. Era un cafetómano irreductible.

-¿Ahora? –probó.

No me negué, quizás tendría que pedirle algo después, y lo necesitaba asequible.

-Habla –consentí.

Los perros recogidos por Agnès ladraban sin cesar, ocasionaron reclamos de los vecinos y hasta una concurrencia de la policía. Pero la vieja los tranquilizó a todos: prometiéndoles que los animales aprenderían a comportarse en poco días.

Miré mi reloj sin que Moya, entusiasmado en el relato se percatara. Eran las cinco en punto de la tarde.

Y los hechos le dieron la razón. Los perros dejaron de ladrar consecutivamente en un lapso de tres días y después no se les vio más. Preguntada la infame por un representante de los animalistas de Namur, afirmó que su intención inicial de quedarse con esos pobres animales había variado al ver que molestaban a sus vecinos y los había llevado al campo, donde unos conocidos. El inspector se despidió sin hacer más preguntas.

El mozo retiró los platos de la mesa en el Pépité y nos ofreció un bajativo. Nos inclinamos por un Calvados.

Todo esto lo sabemos por los propios afectados, Jules y Antonin, como contaba Laurélie con la copa del Calvados, con quienes nos topamos por casualidad anoche, en los jardines de Annevoie, abrazados, sentados en el pasto. Era un día soleado, pero frío y Justin los reconoció. Al verlos no quisimos molestarlos, pero más tarde, cuando nos íbamos ya, los vimos, no se habían movido del lugar. Me aproximé a ellos y toqué el hombro de Antonin que se sobresaltó. Jules se recogió aún más en el hombro de su pareja. Antonin nos saludó con una sonrisa forzada, miró a Jules y negó con su cabeza. Los animamos a ponerse de pie. Corría una brisa cruda y ellos no andaban bien abrigados. Faustin se dirigió a Jules previniéndole por el aire helado. Le hará daño a tu voz. Jules levantó se separó un instante de Antonin que lo mantenía entre sus brazos y abrió sus ojos. Ya nada importa, dijo. Con Faustin retrocedimos.

-Debemos prepararnos –contuve a Moya.

-Estaba llegando al final – se lamentó.

-Tu ayuda, estoy seguro, me será indispensable –le dije.

Moya que hablaba cerca de la ventana se acercó la cocina.

-Tendremos tiempo -dijo -¿de qué se trata?

No fue necesario detallarle los planes de Eduardo. Intuyó cuál era la intervención encargada. Y lo pormenorice aunque supe que de eso Moya sabía más que el Comandante: la energía gravitacional para transformar el agua en agua degenerada y consolidarla sólo puede venir desde las plantas que operan en Wyoming, vía el satélite geoestacionario sobre nuestro país, esa energía debe ser recibida por un receptor local y a su vez retransmitirla a las instalaciones donde están las plantas degeneradoras, en el sur. Se me ha pedido que neutralice esa información satelital, o el lugar que lo recibirá. Si eso ocurre, sin impulso, lo único

que tragarán los tubos en los campos de hielo será agua fría o fragmentos congelados que no alcanzará, aunque rebalse los buques globos, ni para regar veinte hectáreas. ¿Sí?

-Sí –Moya escuchaba atento, como por mi parte hacía con sus relatos

-Hay, pues, que destruir la fuente recibidora, ¿se te ocurre dónde puede estar?

-En una de dos partes, en Longovilo o en la torre Entel.

-Describeme esos lugares, sus instalaciones, el tipo de antenas, su electrificación, su entorno, lo que se te ocurra.

No discutí. Le detallé, según recordaba, el sitio y las seis antenas de Longovilo, inmensas estructuras bivalvas, con una antena fusiforme en un perfil, las líneas de alta tensión que lo alimentaban, las instalaciones, los campos vecinos. Y la antena Entel, en medio de la capital, de hormigón, encrespada de antenas, rodeada de un perímetro pavimentado de difícil acceso.

-Y sus funciones.

La torre Entel es igual a las de todas sus similares en el planeta, en Toronto o en Taipéi; de Longovilo recuerdo que esa estación permitió que viéramos en directo la presunta llegada de Armstrong a la luna.

-Longovilo, evidente.

-Ahora debe estar convertida en una fortaleza inexpugnable.

-Es posible que esté muy vigilada, pero deben establecer un espacio deshabitado entre las antenas receptoras, nadie sobreviviría en una milla a la redonda a la energía desatada por la emisión al hacer blanco desde Wyoming al espacio y desde el espacio a Longovilo.

-Bastará con destruir una antena, necesitamos explosivos.

-No podremos acercarnos.

-No será necesario si lo intentamos ahora, esta noche.

-La cita con los hombres de apoyo es mañana.

-Nos interferirán. Necesitamos sólo los explosivos.

¿Qué diría el Comandante de cómo claudico y confío? ¿Sería tan inequívoca la opinión del Rastrillo? Los explosivos Brofex estaban en la panadería desde donde no habían enviado las empanadas. No oscurecía cuando golpeé la puerta del

local. Me abrió un niño rubio, me ojeó un instante y corrió hacia el interior. Desde una puerta lateral apareció un hombrón enharinado, con una bola de masa en su mano derecha. Me hizo seguirlo. En una amplia estancia, la factoría, sonaba una máquina amasadora. El panadero tiró el bloque masa en su interior, observó como el aparato lo engullía y me indicó que lo siguiera. Abrió una puerta y entramos a la bodega donde se amontonaban los sacos de harina. En un costado un torno en la pared. Lo hizo girar y se abrió una trampa en el piso. Se arrodilló y sacó del pozo una bolsa de lona y me la entregó

Me dejó en la vereda.

-Buena suerte, compañero Ramírez –me dijo en voz baja.

No supe cómo sabía mi nombre.

Llevé la camioneta de Emilio, estacionada en la esquina hasta la casa de Nora, la entré y con Moya nos dedicamos a camuflar los explosivos, unas barras circulares de treinta centímetros de largo, en los pilares y en el piso de la camioneta.

Entramos a la casa, recogimos nuestros pocos efectos personales, le devolví la navaja, revisé la Mansfield y por el viejo camino que terminaba en la Gran Avenida desembocamos en la llamada carretera de la fruta. De allí a Longovilo, una hora. Pero recién empezaba a oscurecer. Nos detuvimos en un restorán al iniciar la ruta.

Estaba sorprendido. Ninguna patrulla, ninguna evidencia de vigilancia.

-Sospechoso –señalé.

-Se sienten seguros, como al principio en Viet-Nam, en bahía Cochinos, en Buenaventura en Colombia, en Filipinas.

-El cielo te oiga –comenté.

Moya entornó los ojos.

-¿Cree en Dios?

Abrí la puerta de la camioneta y me bajé.

-No sé, no hay lugar para un después, la cartografía del universo está completa y no se ha descubierto ningún rincón con los espíritus o los cuerpos resucitados de los muertos, lo habríamos visto con el Hubble o con el James Webb.

En el lugar tenían té y sopaipillas.

Dejamos que se hiciera de noche y cuando el dueño encendió la ampolleta sobre la puerta de entrada, pedí la cuenta.

Estacionamos a un kilómetro al poniente de la posada, bajo una enramada. Lejos de los faros de los escasos vehículos que transitaban. Y esperamos. Fumamos ocultando la fosforescencia de los cigarrillos.

-¿Y, cómo sigue? –alenté a Moya.

Ya nada importa, reforzó Laurélie lo que había dicho Jules y que por eso nos retiramos unos pasos. Porque esa no era la voz de Jules, la que había emitido era ronca inarmónica, oscura, como la de un bajo inexperto, torpe. ¿Qué ha sucedido?, preguntó Justin. Fue duro para mí, Moya apagó el cigarrillo en la palma de su mano. Porque Laurélie forzó el tono y selló su juicio: fue culpa de tu abuela y de su cómplice Imanol.

Agnès había comprado tres tipos de solventes cáusticos e incluso para despistar a quienes quisieran después inculparla, los adquirió fuera de Namur: en Andenne y en Gembloux y se los dio, en pan empapado a los perros acogidos. Los dos primeros murieron sin dejar de ladrar. El tercero sobrevivió y su ladrido se hizo grave, casi inaudible. Agnès envolvió al animal en una bolsa que llenó con piedras, lo subió en una carretilla de jardín y lo tiró al río. Fue ese líquido rudo, astringente como el esmeril el que le entregó a Imanol. Harás que Jules beba de él, toserá por su efecto irritante y caerá por su laringe quemando sus cuerdas vocales. El camino quedará libre para tu ascenso.

Ocurrió la semana anterior en que nos encontráramos en el parque. Una tarde el bastardo invitó a Jules y a Antonin a su casa pues, arguyó, quería mostrarle unas composiciones. Antes de hacerlo les ofreció una copa de vino blanco, como había hecho en anteriores ocasiones. Jules se atragantó, tosió, vomitó y se desvaneció. Antonin no alcanzó a probar la bebida. El vertiginoso efecto del abrasivo favoreció a Imanol, pues sin esperar ni reclamar Antonin lo cargó, volando tomó un taxi y lo llevó al centro hospitalario regional en la costera norte del Mosa. Eso le dio tiempo al agresor para limpiar los rastros de su acción. Fregó los vasos, enjuagó la botella de vino donde había agregado la mezcla abrasiva y la tiró, baldeó el piso haciendo desaparecer el vómito de Jules y salió a tomar aire.

Jules no perdió la vida al arrojar lo que contaminara sus pulmones y su estómago, pero el daño en su laringe fue irreparable. Ni aún los adelantos de la medicina de estos años pudieron ofrecerle nada, ni aún si hubiese estado vivo Juan Igual. El diagnóstico fue demoledor: necrosis y retracción de los pliegues vocales verdaderos, los que producen la voz, en mayor proporción a izquierda. Estuvo tres días hospitalizado y aunque sus heridas internas sanaron

rápidamente, la cicatriz consecuente mató su voz de mezzosoprano para siempre. Los médicos, los mejores especialistas en este tipo de lesiones y no solamente en Bélgica fueron determinantes: no hay cirugía reparadora de las cuerdas vocales, no hay implantes posibles, ni método para recomponerlas.

El pronóstico había sido lapidario. El otorrino les informó que tenía suerte de haber conservado esa voz, sin calificarla. Y ellos supieron su destino.

Habría que hacer algo, propuso Faustin y Laurélie lo apoyó, pidiendo un segundo Calvados. Mi actitud era privativa de la parálisis que proviene del pánico. Agnès era mi abuela y había cometido un crimen incalificable. Me desperadí y anuncié: yo me haré cargo. Justin y Laurélie preguntaron al unísono, ¿de qué te harás cargo?, ¿de usar la pos verdad para protegerla públicamente? No, fui enfático, me encargaré de castigarla o condenarla. ¿Y dejaremos que esa mujer se solace con su crimen y que Imanol acceda a lo que te correspondía, enfatizó Justin? Imanol jamás llegará a las alturas de Jules, sentenció. Hubo un silencio. Está hecho, dije. Retiré la silla y me puse de pie. Justin y Laurélie me imitaron. Afuera el aire estaba cálido, el aliento se me adhería al paladar, me costaba respirar y tragar saliva, experimentaba lo que Jules al beber la tóxica de la bruja. Tuve que apoyarme en un árbol y vomitar. Boté el conejo, su adobo, el queso de postre, el Calvados y todo lo que había ingerido las últimas horas. Bueno, Justin y Laurélie me dejaron ahí, retorciéndome de dolor y vergüenza. No he sabido de ellos ni de Jules desde que despegué en el Lufthansa desde Bruselas. Ignorante de los ejercicios de seguridad que debe seguir un fugitivo, como creí que lo era hasta que estuve arriba del avión. Me presenté a policía internacional con mi pasaporte y mi pasaje electrónico. Fui uno de tantos otros viajeros. Atribuí mi huida y mi salida de Bélgica a una casualidad y a mi buena fortuna y, como te adelanté, no supe la causa de tan exitosa huida hasta leer la carta que Antonin, disimuladamente, me alcanzara cuando estaba en el mesón de la aerolínea. Supe que era él, pues llevaba su firma.

El día domingo después del almuerzo con Justin y Laurélie compré un teléfono y una tarjeta, hablé con mi madre y me informó que mi pasaje estaba abierto y comprado, que me enviaría los datos por internet a mi móvil y que podría tomar el vuelo reservando con un día de antelación. El lunes, cuando regresó Agnès, supe que tendríamos como invitado a comer a Imanol.

Noté un movimiento en la maleza, a veinte metros de donde estábamos aparcados. Saqué la pistola y Moya su navaja. Era un perro de gran obeso, que si no hubiese ladrado hubiese jurado que era un burro. Miré la hora. Estábamos a una hora de los límites de Longovilo. Moya cerró la hoja de su pequeña guadaña. Guardé la Mansfield. Aproveché un minuto para mirar las noticias: en la pequeña

pantalla del móvil vi como dos grandes tuberías suspendidas en el aire, conectadas a la casa de máquinas en Guabun, se introducían en la vertiente occidental del campo de hielo norte. Según leía los subtítulos, el noticiero era transmitido por la cadena USA Today, cada colector tenía ciento cincuenta pies de diámetro.

-No entiendo –miré a Moya.

-Los caños son trasportados gracias al sistema anti gravitacional transitorio, incorporado a las fuerzas armadas con el objeto de disminuir los accidentes aéreos. Pronto veremos la energía que trasportará el agua y la degenerará y la almacenará en los tanques.

Apagué el celular

Llegará a las nueve, me avisó mi abuela refiriéndose a Imanol y se encerró en su pieza, en el segundo piso. Encontré raticida en la despensa y espolvoreé una generosa cantidad en la sopa de nabos. No la resistirían y morirían como a quienes ese producto estaba destinado. Me equivoqué.

Moya negó con la cabeza.

Y pensé que era el último error de mi vida. Imanol llegó puntual con una voluminosa caja en sus manos. Era un jovencito de baja estatura, pero castaño, ensortijado, nariz afilada y cejas abultadas. Al presentármelo mi abuela, puede ver que tenía varias pupilas, pequeñas, inestables como gotas de aceite que confluyen en un aderezo, ojos compuestos que me recordaron los de un moscardón. Me saludo sin extender su mano, preocupado del envoltorio. Sushi, dijo, dirigiéndose a mi abuela, como pediste. Rolls, niguiris y Sashimi sin rebanar. Agnès abrió el cajón superior del trinche y extrajo un cuchillo japonés, un Yanagiba de treinta centímetros para filetear pescados. La sopa de nabos se iba a desperdiciar. Celebramos un suceso, afirmó la hipócrita y puedes participar, siempre que aprecies el pescado crudo. Aproveché que ponían la mesa, me escabullí a la cocina, tiré el caldo y abrí el grifo dejando correr el agua sobre la fuente. Me senté a la mesa. Probé un bocado, la boca se me llenaba de ese sabor avinagrado, bilioso del conejo vomitado. Eso sí, tomé una botella de vino, que ante el desagrado de la vieja tuvo que complementar con otra después que me eché a la boca esa bolita verde, perforada como una abalorio, el wasabe, que me picó como un habanero. Y ahí me fui de lengua. ¿Qué le hiciste a Jules?, pregunté de sopetón. Agnès sufrió un cambio, perdió sus arrugas y el color gris de su piel se blanqueó y me miró con el rictus de la aflicción y el desenlace. Imanol había quedado con la servilleta pegada a sus labios. Era una perfecta estatua de sal. Sus ojos se revolvían como una centrífuga, arrojando a sus infinitas pupilas hacia

la periferia de sus ojos. No podía enfocar, no podía moverse. No lo esperaba, no podía concebirlo, pero la vieja, cuchillo en ristre se abalanzó contra mí. La esquivé, pasé debajo de la mesa y salté a las escaleras. Subí hasta el segundo piso, me enfrenté a un cuarto, vedado en toda mi corta estadía y me encerré. Sal de ahí, me gritó, con un vocabulario francés que no había oído antes, sal del santuario de mi hijo. Me enteré, en esa difícil circunstancia que había tenido un hijo, un tío mío, muerto de niño, lo que supuse por los desempolvados y ordenados juguetes de su dormitorio. Era verdad, ese era un tabernáculo mantenido invariable, con compulsión obsesiva desde la muerte de su pequeño inquilino. En una esquina había un bate de béisbol. Sabes, Ramírez, no vacilé.

-No debes usar ese nombre.

-¿Cuál, si no?

Abrí mi nuevo pasaporte y se lo mostré.

-Lee en voz baja y recuérdalo.

-Veliso.

-Veliso.

Probé el bate contra un almohadón y me acomodaba. En mi pueblo había sido catcher, pero también había bateado. Recordé un libro que había leído en la escuela, de un tal Urakami, o Arukami o algo así, que usaba un bate para defenderse en determinadas circunstancias. Abrí la puerta de una patada, mi abuela tenía el Yanagiba en la posición de una catana. No le di tiempo. Le di en la cabeza, me sentí jugando en el diamante contra los Red Sox de Boston. Una sustancia gelatinosa manchó las paredes. Con Imanol fue más fácil. Era una sustancia inmóvil. No se quejó cuando le partí el cuello de un golpe. Sus vértebras crujieron como las de un ejecutado con el garrote vil. La única precaución fue llevarme el bate, el arma homicida como decía Montalbano, el que arrojé al Mosa. Unos cientos de millas más lejos, quizás, lo recogería un vikingo melancólico en alguno de las ramblas del delta del río Haringvliet, del que es afluente, y que desemboca en el mar del Norte.

Después volví a la casa, ordené mis pertenencias, puse la ropa de cama en la lavadora en la cocina, me tomé un café y esperé que amaneciera. No sé si dormí, pero salí antes que llegara la alsaciana. Me quedé rondando por ahí, alejándome hasta el mercado donde bebí unas cervezas frías. A mediodía compré pan negro y arenques y al regresar a la cuadra de Agnès, el asesino siempre regresa al lugar del crimen, lo dijo Holmes o Montalbano o Carvalho, lo cierto es que la policía resguardaba la casa con cintas amarillas. Había descubierto los cadáveres. En la

reja del antejardín la mucama alsaciana se restregaba las manos en el delantal y un uniformado la interrogaba y luego anotaba algo en una libreta. Los curiosos aparecieron al presentarse el vehículo de la oficina forense. Desde una esquina observé como retiraban los cuerpos en camillas, dentro de bolsas de plástico negro. El de mi abuela, tenía que ser ese, el que sudaba donde queda la cabeza. Ahí goteaba una gran mancha color café. No recordaba haber hecho sangrar a Imanol. La casa quedó protegida por esas cintas y tanto la policía como los curiosos desaparecieron. Tomé el tren al aeropuerto y dormí en sus confortables asientos banca. Tenía bajo mi cabeza la mochila y el celular en mi mano. Era uno de tantos viajeros sin dinero para pagar una noche en un hotel o neuróticos de la hora que temían atrasarse y perder el avión.

-El Secretario era así, llegaba cinco horas antes de que partiera su avión – interrumpí.

En cuanto abrieron los mesones me presenté, recibí la nota de Antonin, pasé los controles internacionales y me embarqué. El XZ demoraba cinco horas a Miami y de ahí otras pocas hasta a Houston, donde me esperaba mi madre. Me abrazó, tomó mis manos con las suyas y las examinó con detención. Bien hecho, me dijo, eso se merecía esa mujer y quizás más. Se había enterado por los diarios en internet del asesinato de su madre y por el llamado, instantáneo, de un abogado que le informaba de una herencia que debía litigarse. Agnès había muerto sin testar, pero mi madre era su única hija. Un tiempo después recibió una cantidad no despreciable de dinero, que invirtió en su casa y en un fondo mutuo para mejorar la pensión de mi padre que se moría contaminado por el carbunco pulmonar epidémico que azotó el condado de Fayette y que las autoridades sanitarias no reconocieron, ni explicaron ni controlaron. Murieron setenta y tres campesinos. Lo enterramos con otros doce trabajadores en un funeral al que sí asistió el gobernador del Estado.

En el avión había abierto la carta.

-Silencio –pedí.

Por el espejo vi que dos faros se acercaban. El vehículo venía a baja velocidad y con un potente reflector exploraban las bermas. Por la sombra que proyectaba ese farol al moverse, percibí que era una de esas suburbanas negras. Eran dos, detrás, sin luces encendidas, la seguía una segunda. Si el matorral no nos protegía estábamos perdidos. Empuñé la pistola y pasé bala. Moya abrió su cortaplumas,

-Salta –le ordené.

Antes que las luces iluminaran el lugar nos deslizamos fuera de la Ford de Emilio. Pasamos bajo una cerca de alambre de púas y nos escondimos, tirados en el suelo, detrás de la rebaba de una acequia.

-Si revisan el auto estamos cagados –avisé.

Moya se había pintado el rostro con barro y con un gesto me invitó a imitarlo.

-Camuflaje –susurró.

Metí la mano en el fondo de la zanja y recogí un puñado del limo. Tenía olor a nitrato y azufre, a tierra de viñas. Me embadurné la cara. Los focos pasaban encima de nosotros y al asomar la cabeza pude ver a tres hombres que abrían la camioneta y husmeaban el interior. Tardaron unos minutos. Retrocedieron, subieron a sus vehículos y enfilaron hacia el poniente. Me lavé la cara con el agua de la acequia, perfumada por el abono. Regresamos a la Ford. La inspección había sido visual. Los explosivos no fueron descubiertos.

Nos sentamos, guardamos las armas y fumamos.

-Por esta vez no fueron prolijos, si fuera su superior los mandaba a retiro –me sopló Moya.

-Y, ¿qué decía la carta?

Moya fumó unos minutos en silencio.

Que, por gracia de quién sabe quién, por acomodo o por lo que tenía resuelto hacer conmigo mi abuela jamás dijo quién era yo, ni reveló nuestro parentesco. A sus conocidos y a los pocos habitantes de su vecindad con los que relacionaba ocasionalmente les decía que era un mocito temporal, que me llamaba Marcel y que me ocuparía de cosas menores por un corto tiempo. La alsaciana declaró a los detectives que investigaban el doble asesinato que sólo me había visto algunas veces. De tal modo que mi ingreso a Bélgica, con mi nombre y luego mi salida, no significaba nada para la policía. Las informaciones recibidas por mi madre, posteriormente, sí atribuían el crimen a un menor de edad, llamado presuntamente Marcel, mozo temporal de la asesinada, sin relación aparente con el cantor desnucado, al que una alta probabilidad lo transformaba en un daño colateral. Ser considerado muerto por daño colateral era algo más que bien se merecía Imanol. No he vuelto a Europa desde lo cometido. Terminé la escuela en Fayette, tomé un curso de conductor de maquinaria agrícola y conseguí un empleo en la empresa Lay's. Coseché miles de toneladas de papas, día a día, con las vacaciones de rigor, y acudía, una vez a la semana o en mis días libres a un facsímil de una cátedra de Feynman que dicaban en la secundaria de la cabeza del

condado. Lo dictaba un alumno del eminente físico, cuyo nombre no se me viene a la memoria hasta que llamó el ejército. Un día cualquiera, me hicieron firmar un contrato, eso decían y me llevaron, temprano en la mañana siguiente, en la parte entoldada de un furgón. Reconozco que me autorizaron renunciar a mi trabajo y a recibir un reconocimiento monetario por parte de la empresa y despedirme de mi madre. Lo primero al solicitar una entrevista con mi patrón acompañado por un capitán. No pudo negarse mi jefe que, por decirlo era un buen hombre. Con mi madre estuve diez minutos y le prometí que me mantendría en comunicación con ella. Una maleta y arriba del camión.

-¿Y la deserción?

La debía a mi conciencia, Moya sacó un cigarrillo de la caja sobre el asiento. No creas que no tuvo consecuencias el asesinato de mi abuela y de Imanol. No fui al siquiatra porque el medicare no lo contempla sin una razón valedera y no podía confesar mi crimen, uno cometido por un Marcel que existía sólo en la imaginación de una cocinera alsaciana, que sí fue internada después del episodio. En mi caso viví con pesadillas diurnas y nocturnas, se me cayó el pelo, se me manchó la piel, casi se me perforó el estómago, vivía malhumorado o melancólico. Mi madre colaboró en mi cura simulando una depresión personal y dándome los medicamentos que le prescribían. Todo fue atenuándose y creo que ya acabó.

Continuó con su tono barroco.

En el ejército de los Estados Unidos iba a matar y no precisamente a enemigos. El resentimiento crecía como un parásito en mi interior. Mi voz no era la de un soldado de verdad. De quien pudiese algún día mandar, dar órdenes, con esta voz de flauta ¿quién me iba a obedecer? Se burlaban a mis espaldas y el único amigo que tuve, que era el director del coro del regimiento donde había sido asignado, quizás amigo por necesidad pues así tenía un contratador que podía interpretar arias de Vivaldi o de Händel, fue llamado licenciado. Antes de irse me consoló diciéndome que sin lugar a dudas habría triunfado en el mundo del canto, del espectáculo, pero que el ejército era más importante, que más valía una bala homicida en la boca de un fusil que una nota sublime en la de un cantor. Una noche en la barraca estuve a punto de degollar al sargento Milles y al privado de primera clase de apellido Lonely. Dormían. La semana que siguió me trasladaron a operaciones, de ahí a una fragata, que escoltaba al Truman, de la fragata a un barco de transporte de última generación que recaló en ese puerto, el del acorazado del siglo diecinueve, desde donde escapé. La noche anterior me habían obligado a cantar en el casino de oficiales del barco. Interpreté

composiciones de Purcell y de Farinelli, me creí el cuento, como decía mi madre, poniendo lo mejor de mi voz, pero al terminar no aplaudieron, gritaban: *castrate, woofter, gay, canta el leónmotherfucker* y cosas por el estilo. Me bajé los pantalones y mostré mis testículos. El capitán me envió al calabozo desde donde fui liberado al otro día, lo demás ya lo sabes, lo que no recuerdo es cómo logré esquivar a la policía militar y cómo llegué a la casa de tu amigo, el japonés, bien lejana, que me acogió hasta que llegaste. De repente lo recordaré. La cuestión era: o mataba yo o iba a correr la suerte de Jules; porque llegué a saber que un teniente de enlace había propuesto encajarme un embudo en la boca y vaciar adentro lejía a ver si de ese modo se engrosaba mi voz afeminada, incompatible en un buque de la marina de guerra del país más poderoso del mundo.

-¿El león?

-El león duerme esta noche, esa canción, quien lo canta es un hombre en falsete, Jay Sieglar, pero parece una mujer..

Miré la hora, la historia había terminado. Puse en marcha el motor y tomé camino hacia Longovilo. Moya iba contento, silbando una canción, me imagino, que la que entonaban de los cosechadores de papas de Texas.

Rodamos con las luces apagadas. Listo para apartarme del camino si veía faros en el camino, nos desviamos por una vía secundaria. Detuve la Ford junto a un muro de adobes que cercaba el parque de un antiguo latifundio. Estaba en una colina insignificante, pero que permitía una visión total de Longovilo. Sus seis antenas estaban iluminadas por intensas luces y aunque no se descubría movimiento a su alrededor, debía haber múltiples patrullas custodiándolas. Era prematuro afirmar que estábamos libres de vigilancia.

De pronto una luz deslumbradora, incandescente bajó del espacio. Evaporó el manto de nubes, calcinó las copas de dos grandes ceibos que se alzaban en el parque, se dividió y cayó en el eje de las dos antenas orientadas hacia el sur del tele puerto. Esperamos a dos nuevas descargas y verificamos el intervalo, ese rayo caía cada veintitrés minutos. Ya no quedaban ceibos, sí una superficie tan estéril como los extintos campos fecundos de Iowa, Misuri e Illinois rodeaban las antenas.

Moya extrajo dos tubos con el Brofex.

-Esas antenas son mías –declaró y tomó la manilla de la puerta.

-Solo no vas –dije.

-San Veliso –debo pagar mi deuda.

-No llegarás.

-Lo haré.

Se bajó.

-Si no regreso en treinta minutos desapareces –dijo con su voz chillona.

-Se supone que no eres el que manda –sabía que no lo detendría.

-Decídelo, san Veliso, che, dame la orden de una vez por todas.

Me sentía vulnerable, por desconocida razón no era en ese momento el mismo hombre que enfrentó al Picahielos, no me creía capaz de ingresar a Longovilo, colocar los explosivos en las antenas y devolverme con vida. Tampoco quería arriesgar la vida de Moya, quizás era un exceso de precaución, temor a cometer una insensatez. Me dijo:

-Me haré cargo de uno de los guardias, tomaré su uniforme, soy uno de ellos, soy comando, tú eres un guerrillero, instalaré el Brofex y volveré antes que te fumes tres cigarrillos: quiero esa orden.

Le entregué mi Mansfield y lo urgí:

-¡Anda Moya!

-No me sirve, un disparo y se me tira encima el cuerpo de marines–me devolvió la pistola.

-Tienes veintiún minutos.

Se perdió en oscuridad.

Un cigarrillo después se abrió el cielo, las pesadas nubes se separaron presintiendo un rayo, pero en la isla de cielo ennegrecido que dejaron al abrirse, sobre ellas, chispeaban las estrellas y una medialuna relumbrante. Descendí de la camioneta y vi el rayo que venía del espacio como una inmisericorde estría incandescente. De súbito se detuvo en la muesca dejada por los nubarrones. Parecía inmovilizada por una pared invisible e infranqueable. La emisión lumínica se resistía a seguir descendiendo y formaba una turbulencia igual al de un manantial de agua al chocar contra un muro de cristal. Entonces se produjo la explosión y una de las antenas se derrumbó, en medio de incandescencias enneguedoras y chispazos estridentes, abriéndose como una almeja desahuciada. La luz que venía del espacio seguía contenida cuando se derrumbó

la segunda torre. Había encendido el tercer cigarrillo y Moya, tan sigiloso como se había ido, subió a la camioneta.

-Vamos –me dijo con la voz afilada.

Habían transcurrido veintidós minutos.

Empezó a temblar, el rayo cósmico desapareció dejando una estela de vapor y en el cielo nocturno se difuminaron las estrellas. Una luminosidad remota parecía haber contaminado la noche. Sonó el teléfono. Era Rosella.

-Todo se terminó, nos vemos en la casa de Yoda -y cortó.

Tuve la impresión que lloraba.

Hice girar la llave del motor y me devolví por la carretera de la Fruta.

-Nos volvemos a donde Nora –le avisé a Moya.

Dejamos atrás los escombros de Longovilo y el vapor eléctrico del rayo. A toda velocidad una, dos cinco, quizás diez camionetas negras nos pasaron sin intentar detenernos. Eran, con seguridad, los sobrevivientes más importantes del complejo Longovilo. No supe que camino siguieron, pero no iban a San Bernardo.

No solicité a Moya que me ilustrara sobre los sucesos que protagonizara en Longovilo, mi imaginación bastaba. La radio de la Ford, entre crujidos e interferencias, nos informó lo fundamental e indispensable. Y mi teléfono celular me entregó las imágenes satelitales. Una detonación de envergadura nuclear, un hongo amarillento visto desde el espacio, había afectado la zona de la península de Taitao, volatilizando los dos buques globos de la armada de los Estados Unidos y una de las fragatas. El lente espacial, al ampliar el video, mostraba al portaviones Truman naufragando frente a las costas, enterrando su proa en la arena negra del litoral, dejando al aire sólo sus hélices: dos enormes y grotescos girasoles de metal. Sus aviones, mirados desde la altura, parecían palomas de papel flotando por el litoral. Se cree que muchos tripulantes están siendo rescatados desde los botes salvavidas.

En el campo de hielo sur, en Argentina, se había producido otra deflagración, de menor envergadura, la pista para el aterrizaje de los aviones tanques que enajenaría el agua degenerada era una gran zanga carbonizada y los restos jorobados de esos inmensos transportes aéreos parecía un cementerio de camellos antediluvianos.

El Ronald Reagan navega hacia el oeste, hacia Hawái. Los soldados extranjeros abandonan Santiago y todas las ciudades del país y se embarcan en barcas

similares a las del desembarco de Normandía. El comandante en jefe del ejército se ha refugiado en la embajada de Gran Bretaña, país que le ha dado asilo. El presidente de la Corte Suprema ingresa al palacio de gobierno. Después se escucharon voces ininteligibles y la transmisión se cortó.

-Lo anticipé –la voz de Moya se hizo más delgada –al no recibir la fuerza de la matriz, el agua degenerada que ya había penetrado a los tanques se descomprimió súbitamente provocando esa formidable implosión.

Tenía prisa de llegar de llegar donde Nora y poder trasladarme lo antes posible al sur, al refugio de Yoda. Mi única y heroica acción contra el golpe y la invasión yanqui fue creer en el Rastrillo y confiar en Moya. Era lo que me había tocado. De jefe no me quedaba nada.

En la capital tuvimos una breve reunión con Eduardo, que estaba a cargo de la reorganización del ministerio de defensa. Me pidió que lo acompañara en la tarea a lo que me negué. Mi vida estaba con Rosella y su viola, con mis animales, cerca del río.

-Total –le manifesté al despedirme – ya nos veremos, estoy cierto, la sequía planetaria se encargará. El Sucesivismo ha vuelto para quedarse.

Eduardo alzó las cejas.

-Esta ha sido la asonada más breve que haya vivido –dijo –y la invasión más frustra de la historia del Imperio, pero no podemos descuidarnos, en eso tienes razón.

Viaje con Moya hasta donde tenía ocultas mis monedas. Lo dejé bien provisto en la estación de trenes de Chillán. No sabía dónde iría, ni sus intenciones, o si nos volveríamos a ver. Indudablemente, lo que fuera, lo haría bien. Tenía dinero y papeles.

Volví al río, a nuestra casa. Mi sombra me esperaba como yo la esperaba a ella. Los troncos ardían en la chimenea. Abrimos una botella de vino que compartimos con Emilio.

-No sufrió daños mi Ford –señaló.

-No alcanzó a entrar en acción.

El hermano de Rosella terminó su vino y salió.

-Tampoco participé en ninguna operación -Rosella estaba frustrada.

-Ya vendrá otro golpe –la consolé, la abracé y empecé a quitarle la ropa.

El bandoneón. (Año 2030)

Hacía ya tres años en que con Rosella disfrutábamos una vida amable e inadvertida en el sur. La democracia se sostenía descontando el hecho que los sucesivista estaban siempre al acecho: una nacionalización inoportuna, una huelga prolongada, un germen de trotskismo o las ganas de una aventura y otro montón de dinero fácil a la espera y vuelta a lo de siempre. Y si bien esos golpes eran breves, no faltaban los carniceros que con el poder entre las manos, por fugaz que fuese, cometían impensables atrocidades.

Emilio se había casado y su mujer, Armenia, había tenido un hijo que llamó Gabriel Annunzio. Rosella lo adoraba. Nosotros no habíamos podido tener hijos. Todavía pensaba. El día de hoy lo recuerdo con justeza. Era un quince de Abril, el otoño se instalaba y Juan Fernando Barents, el director y compositor nacido en Rio Bueno, de ascendencia austríaca estaría presente en la ejecución, por parte la orquesta del teatro del río, de una obra de su autoría: tres sonatas, dos para piano a cargo del maestro Gabriel César Barqueriza y una en que la protagonista era una viola y en la que mi Sombra sería la solista. Barents ya no dirigía. Tenía dificultad para sostener la batuta y las piernas no le respondían por mucho tiempo.

Barents no era cualquier músico. Aunque en sus pocos más de cincuenta años había producido únicamente dos sinfonías y las sonatas ya nombradas, ellas eran repertorio obligado en orquestas en Nueva York, Chicago, Paris y Berlín. Y los que se atrevían a interpretar sus composiciones, de cuerdas o de teclado no iban más allá de Yo Yo Ma, Barembain o Lang Lang.

Rosella, por lo pronto, lo admiraba, de igual manera se deslumbraba con mi destreza para entablillar la pata derecha de huemul del alcalde de Cerezal o suturar, pluma por pluma hasta hacer volar a Maruja, la bandurria herida,

símbolo del pueblo, que tenía su nido en el campanario de la iglesia y que un maleante, un adolescente de verano había baleado con una escopeta. El padre del imbécil sólo tuvo que pagar una multa, pero arrendaron su casa en la orilla del lago y no volvieron en las vacaciones.

Es cierto que, al contrario de Barents, no tenía sinfonías dando vueltas por el mundo, pero una vez me habían llamado de Puerto Varas para operar de un vólvulo al toro de un millón de dólares de la ganadería Schultz. Además era o había sido un buen soldado durante la resistencia a las cuatro dictaduras y para Rosella ese no era un mérito menor. Además nunca intenté tocar un instrumento musical, las notas se me escapaban del entendimiento como la teoría del espacio tiempo.

Barents era un hombre progresista, que había bautizado a una de sus dos sinfonías como la Indómita, en homenaje a Salvador Allende. Por cierto esa no podía interpretarse en Washington.

Ese quince de abril Barents ocupó un palco, recibió el justo reconocimiento de un público, para mí ignorante y arribista del teatro del río y mi Sombra deslumbró con su viola a pesar de que minutos antes del inicio del concierto se anunció el levantamiento del regimiento de infantería Sangra, con base en Puerto Varas, muy cerca del teatro del río. La voz se corrió desde un espectador que tenía el celular abierto e incluso, antes que el director levantara la batuta, se escucharon algunos aplausos. Como me di cuenta que el espectáculo no se iba a suspender, volé a nuestra casa y volví a mi asiento en primera fila. Pero ya llevaba mi inseparable Mansfield en el cinturón, limpia y aceitada, para que no me fuera infiel otra vez.

En el intermedio recibí la llamada que esperaba, era el comandante Eduardo. Con el tiempo las claves se habían vuelto obsoletas y descifrables, pero su voz continuaba inconfundible. Me habló libremente sin medida ni precaución: Debes sacar de allí a Barents y llevarlo a lugar seguro. Hoy, a más tardar. Viene duro, no será prolongado, pero hemos puesto en marcha a la Peste

¿Cómo convencería a un músico de nivel planetario que debía acogerse al resguardo y protección de un veterinario de un pueblo de dos mil habitantes? Y esa no era la mayor dificultad. Barents sufría una enfermedad degenerativa, caminaba con dificultad ayudándose con un bastón y un viaje en automóvil a la capital era inimaginable. No era Purcell Moya y tratar de

subirlo a un avión y aun cuando podía valerse por sí mismo y caminar con auxilio de su bastón, sería fácilmente reconocible. Llevarlo a través de la cordillera era una faena insostenible y por lo demás el Rastrillo había muerto, sí, pescando truchas en época de veda. Su cuerpo había aparecido con la baja marea, enredado en sus espineles ilegales sobre una piedra blanca y arañada, recordando la muerte del capitán Ahab en el lomo de Moby Dick. Tampoco le iba a pedir y Rosella se hubiese indignado, que se cortara su melena negra, que le llegaba a los hombros y que era su presentación, su imagen corporativa en toda su propaganda, poleras y afiches.

Al comunicarle la llamada de Eduardo y mis aprensiones Rosella, aprovechando el entreacto, me miró burlona.

-Lo entiendo todo, tengo la información tuya, hay sacarlo para que no se ensañen como lo hicieron antes con otros músicos, pero cortarle el pelo, de ninguna manera, ¿habrías rapado a Einstein?

-Habiendo sido necesario –dije.

-Bueno, a Barents no, él es un referente,

-Es decir, protegerlo, pero que no pierda su identidad.

Los ojos de Rosella brillaban.

Algunos acordes llegaban desde el escenario.

-Ya me llaman, Ramírez –casi nunca me llamaba con ese nombre.

-¿Y...?

-Cuídalo, pero no le cortes el pelo –fue tajante.

Y mi Sombra apartó las cortinas que nos separaban del proscenio.

Observé y escuché el concierto detrás de las últimas butacas, cerca del vestíbulo, atento a cualquier singularidad en el exterior. No hubo movimientos anormales. Tenía treinta y cinco minutos para pensar, organizar y extraer al pelucón del teatro. Tratar al gran Barents como el Pelucón hubiese indignado a Rosella. Y no se podría usar como chapa, era demasiado obvia.

Los minutos volaron y no se me ocurrió otra cosa que asilarlo en un consulado cercano. Pregunté a mi celular. Y me respondió lo que esperaba: Consulados cercanos y sus respectivas direcciones: alemán en Valdivia, alemán en La Unión, alemán en Osorno. Corte la información antes que me recomendara la Colonia Dignidad. Pero no podrían negarse. Osorno era lo más cerca.

Al finalizar la tercera sonata el público aplaudió de pie, a la orquesta, a la solista y a Barents que levantando con esfuerzo el brazo izquierdo, agradecía. Su mano estaba guarnecida por un guante de piel oscura.

Dejé mi posición y subí por detrás del decorado hasta las bambalinas.

La primera viola era felicitada por los músicos. O no sabían lo que estaba sucediendo o estaban muy acostumbrados a las asonadas. Porque nadie comentaba la que, sin duda, ya era una noticia planetaria. Un cuarto golpe de Estado en menos de diez años, sin contar el primero, el más siniestro el del siglo pasado. Dejé que la abrazaran y besaran y aparté Rosella del grupo.

-A Barents lo convences tú –señalé el palco del compositor.

-Vamos –indicó.

De espaldas, apoyado en el rastel que miraba hacia la platea, el músico conversaba con el presidente del directorio del teatro, el alcalde de Cerezal y con el capitán de corbeta Lerdose, jefe de la capitanía lacustre de la región. Invitados por los ejecutivos del teatro, sin duda. Nos miramos con Rosella. Por las mismas razones que el resto de los músicos, absorbidos por la música, ignoraban lo ocurrido, ellos también desconocían los hechos recientes.

-Ni siquiera lo despeinaré –le soplé a Rosella en la puerta del palco, pero sácalo, ya, de aquí.

No fue fácil, los tres hombres quisieron entregarle a mi Sombra su opinión sobre el concierto y en particular por su solo. Y eso iba a demorar. Además temía que Lerdose recibiera un llamado. Vi su teléfono en el bolsillo de su chaquetilla, titilaba pero no sonaba. Lo había silenciado durante la función. Era un naval bien educado. Y claro, al raro el uniformado sacó el celular y le ajustó el volumen. Como si esperara aquello sonó su timbre de llamado. Tenía tres opciones, que no era lo debido: permanentemente el Secretario nos decía, en los tiempos de la primera resistencia, que nunca hay que tener

más que dos alternativas. A pesar de ese histórico consejo, las mías seguían siendo tres: una, entrar al palco, sacar mi pistola y descerrajarle un tiro, dos, darle un golpe en la nariz, con la culata o con el codo y tres, no hacer nada y confiar que al marino lo llamaba su esposa para saber por qué se retrasaba tanto o para decirle que no se olvidara del pan. No fue necesaria ninguna de las tres, pues Rosella se había llevado a Barents a la puerta. No había apremio en la forma en la que respondía el marino y el director y el alcalde cambiaban impresiones entre sí. Di dos pasos hacia el interior del palco. La piel de la cara de Barents se había deslustrado por su enfermedad y al acercarme me pareció que estaba empañada. Su rostro, su cuello y su mano derecha enflaquecida se había humedecido con un sudor desvaído, que, como me enteré después, no era por miedo a la detención o a la muerte. Ese ya lo había cogido hacía tiempo. Era por el agobio que le causaba que alguien llegara a saber su verdad.

Rosella lo empujaba hacia una de las salidas de emergencia cerca del palco. Estaba entero de ánimo y no discutía con mi Sombra, sólo se dejaba llevar, arrastrando el bastón, apoyado en su brazo. El teatro del río, igual que otros, tenía un laberinto de pasillos que Rosella, después de tantos años, conocía muy bien.

Cuando hace un tiempo rescaté a los fagotistas del teatro municipal en la capital no ocurrió nada extraordinario, fue muy fácil, pocos balazos, la vía libre. La exótica, instantánea e inesperada muerte del Presidente y del influyente dueño de los medios de comunicación de la época debió provocar una repentina desmoralización en la escuadra que los custodiaba y al verlos muertos y envueltos en esa gelatina tóxica y traslúcida disparada por un instrumento musical los había hecho huir al desbande

Acá fue distinto, también fácil, casi pintoresco por el personaje que nos interrumpió el camino en la escalera que bajaba al sótano donde estaba el estacionamiento de los automóviles. Era un jorobado. En su espalda, debajo de un grueso chaleco de lana parecía llevar la concha de un enorme caracol. Las luces de neón del corredor permitían ver su marcha renga pero ágil, provocada por el contrapeso de la giba. Me llevé la mano al cinturón donde sentí el peso de la Mansfield. Rosella adivinó mi gesto.

-Suelta –me dijo moviendo su dedo índice –que es Percival.

Aflojé la presión sobre la culata.

Barents miraba impávido al hombre.

-Nos prestará su auto –Rosella atapó al vuelo una llave que le lanzó el individuo ocultándose en una encrucijada del subterráneo.

-Carajo –dijo el compositor.

Al fondo el pasaje terminaba en el aparcamiento. Rosella entró sin vacilar y accionó el control remoto. Parpadearon las luces de un vehículo. Era un Passat antiguo. Mi Sombra me entregó la llave e hizo subir a Barents en el asiento junto al conductor. Se sentó muy quieto con su bastón entre las piernas.

-Ya nos comunicaremos y recuerda tu promesa –me recordó pasando su mano por el pelo y poniendo en la palma de mi mano un elástico.

Observé el pelo de Barents y puse en marcha el motor. El asiento del chofer tenía el respaldo hueco, especial para el jorobado.

Rosella se alejaba acompañada por Percival.

Conduje con prudencia por la rambla que nos llevaba a la superficie. Ya bajaban a buscar sus automóviles algunos espectadores. Los vidrios del Passat no dejaban ver el interior. Le mostré la goma al compositor.

-Hágase un moño y esconda la coleta. –le ordené.

Aún no confrontaba opiniones con él aunque suponía que Rosella lo había puesto al tanto de quién era y cuál era mi misión. Rápidamente advertí que ignoraba ambas cosas.

-Cuénteme algo –me pidió.

Manejaba por las calles laterales de Cerezal buscando eludir la vigilancia que aún no se conformaba. Las patrullas, si el golpe era lo violento que presumía el comandante Eduardo los militares pronto coparían el país. Tenía mis dudas, podía ser una maniobra del Sucesivismo, cuya mano múltiple y hermética siempre se revelaba ante un prolongado período democrático. Y llevábamos tres años con la misma administración. No era posible saberlo, como tampoco desde donde operaba esa máquina sucesivista en el continente. O desde el exterior, por la red. Quizás desde gobierno del imperio en Washington, poco probable, se habría sabido, ¿del tea party?, ¿tal

vez, de la junta directiva de la Coca Cola?, o traspasado su poder a entidades más poderosas, universales y operativas como Tentry, Google o Volkoss. Si ellas en conjunto habían logrado instalar a una colonia humana transitoria en Marte, cabría por preguntarse qué importancia tendría para ello un golpe en este país. La respuesta: los recursos de todo tipo y la disponibilidad de ellos. El gobierno actual, con seguridad, estaba poniendo obstáculos a la insaciable rapacidad de las grandes corporaciones. Y eso no les agradaba. Por lo demás teníamos el ejemplo del agua, ahora podría ser el litio, el renio, el rodio, lo que les fuera más lucrativo. Cualquier lugar de nuestro país podía ser saqueable, como lo fuera el Cerro Rico de Potosí.

Salimos a la carretera.

Circulaban camiones con habitual normalidad. Le dije a Barents lo que sabía y cuál era la razón de mi compañía. Se sobreentendía que se asumía la inminencia de un golpe de Estado, la suspensión de las libertades y garantías individuales y colectivas, la represión selectiva al principio y sistemática después, la suspensión de las funciones legislativas y judiciales...

-Eso no estaría tan mal –me interrumpió Barents

...y lo habitual, la obediencia al capital...

-Y la afirmación de la inexistencia de la lucha de clases...

No continué. Miré a Barents y lo vi sonreír por primera vez. Se estaba burlando.

-No es ningún chiste.

-¿Es posible que un compositor sea un peligro para los golpistas?

-Eso lo sabremos en un par de días, si no lo es, podrá hacer lo que le parezca, antes de eso tendrá que atenerse a mis criterios de seguridad.

-¿Anda armado?

-Es posible.

Entramos por el acceso sur a Osorno. Era medianoche. Conduje hasta la plaza de armas y doblando en la calle Matta crucé el frontis de la fachosa catedral de la ciudad.

-No confío en los curas –dijo Barents bajando la vista.

-Tendrá sus razones –repliqué –pero hoy no acudiremos a ellos.

Barents, con la ayuda de sus dientes, se retiró el guante de su mano izquierda. Era más delgada que la otra y la escasa musculatura de sus dedos fibrilaba. Parecía que debajo de su piel traqueteaban inestables culebrillas. La movió, abriéndola y cerrándola varias veces.

-Es la maldita esclerosis –se lamentó –avanza rápido.

Me detuve en una esquina. Matta y Eleuterio Ramírez. Busqué en mi celular. Estábamos cerca. Hice rodar el Passat sin luces. Las calles estaban vacías. Matta 646 leí en la aplicación. Dos cuadras. Estacioné el auto y bajé dejando a Barents en él. Una luz tenue en el segundo piso y el escudo de Alemania, en la fachada: Deutsche Konsulat. Regresé por el compositor. Un ladrido. Una casa antigua, de madera, pintada de verde, el techo oscuro, bien conservada, apenas iluminada por la luz glacial de una luna grande, imperturbable como una piedra. Nunca me gustó la luna, en las noches, cuando era niño, me imaginaba que era una lápida redonda, de mármol, igual a la que cubría la tumba de mi abuelo y que caería sobre nosotros reventando al planeta. Una puerta enrejada. Tiré de una cuerda y repiqueteó, en el fondo, una campanilla. El sonido era fuerte, si alguien había en esa habitación, debió escucharla. Vibró mi celular. Era el comandante Eduardo.

-Caminando –respondí a ninguna pregunta.

-El Secretario ha sido detenido –se vienen con todo.

-En las puertas del consulado.

-Bien, mañana mayor información, permanece con nuestro amigo.

Cuando levanté la mirada un hombre fornido, de mediana edad, con una chaqueta de lana y piel, me encandiló con una linterna. En el bolsillo derecho de su pantalón de mezclilla adiviné un revólver.

-¿Was?

Aunque me pasaba por una cabeza lo empujé. Lo pillé desprevenido y retrocedió, agarré de un brazo a Barents, que tambaleaba como el portero, entré con él al patio del consulado y cerré la puerta detrás de nosotros.

-¿Was? –repitió el alemán.

-Asilo, y no hablo alemán.

El hombre bajó la linterna y apretó un interruptor en el muro, junto a la puerta. Se iluminó el jardín y el pasillo de grava que llevaba hasta la casa.

-¿Asilo?

-No ha visto las noticias.

-Llamaré al cónsul –dijo con un acento que no identifiqué –esperarán aquí.

-De ningún modo –el empleado no se notaba ni impresionado, ni agresivo –esperaremos lo que sea necesario, pero dentro de la casa.

-*Na gut* –aceptó.

-Este hombre está enfermo y va a caer una helada.

-*Na gut* –movió la cabeza, asintiendo y estirando un brazo, señalando el camino hacia la casa se identificó –mi nombre es Helmut.

Entramos a una sala cálida. Humeaban brasas en la estufa de hierro. Una antigüedad. Barents se acercó a ella.

-Es igual a la que tenía en Alemania.

-De allá son –reconocí.

Me senté en un sillón cómodo, amplio. Barents dio vueltas por la habitación.

-Son mis ejercicios –se justificó.

Debo haberme quedado dormido, pues de súbito sentí la mano descarnada de Barents en el hombro.

Delante de mí había un hombre joven, vestido casualmente.

-Soy el cónsul, Francisco Schmith –se presentó.

Mi imaginación decadente se imaginaba a un cónsul alemán panzón, vestido con un traje tirolés, botas de piel de reno y un sombrero de fieltro con plumas rojas y blancas.

Mé puse de pie.

-Mi nombre es Ramírez y él... –señalé a Barents.

-Es un honor recibir al maestro Barents en mi casa –expresó –según Helmut, me han informado que están pidiendo protección.

-Más que eso --dije –asilo político.

Schmith le alargó la mano a Barents.

-Está en su casa –apuntó –puede sentirse seguro, pero deberé pedir instrucciones al gobierno alemán e informar a la gobernación de Osorno.

-Está en su derecho –respondió por mi Barents con su voz cascada.

-Quisiera declarar –agregó -mi más estricto apego a la democracia y mi rechazo a toda forma que intente violentarla.

-¿Tendrá una cerveza? –me atreví.

-Helmut –llamó –sirve a los señores.

-Agua mineral para mí- pidió el músico.

Helmut se asomó-

-Iré por los llamados –Schmith se retiró por una puerta, en un costado del salón.

Bebí una cerveza helada y Barents el agua. Schmith regresó a los pocos minutos.

-La Cancillería alemana los recibe, por ahora, como huéspedes y considera este consulado inviolable; el tema del asilo demorará.

-Es más que suficiente –expresé.

-Comandante Ramirez –me sorprendió el cónsul –debe entregarme su arma.

Se la entregué, presentándole la culata.

-La mantendré en custodia hasta que abandone esta legación –manifestó – estoy seguro que su presencia es una garantía para la seguridad del maestro Barents

-¿Me conoce?

-¿Quién no?

-Saldré pronto –tengo otras obligaciones.

-Requiero además sus documentos de identidad, debo escanearlos a Berlín.

Busqué mi cédula, Barents me imitó y el cónsul las guardó en la chaqueta.

Helmut sirvió otra cerveza y reverberó en mi memoria la reciente información del comandante Eduardo. El Secretario, anciano, preso: la represalia inconclusa: antes de la caída de la primera dictadura también lo estuvo y había sobrevivido.

-Bueno –dijo el cónsul –regreso a mi casa; mañana tendré la respuesta del gobierno alemán. Helmut les prepara las habitaciones.

Nos quedamos con Barents en el salón. En silencio. Me senté y el artista recorrió el lugar. Litografías con escenas bávaras y del campo nacional, en marcos de aluminio, un gran reloj cucú, un piano de media cola y sobre una mesa de madera oscura algunos objetos, entre los que destacaba un acordeón.

Barents, que parecía renguear más que de costumbre pasó frente al piano sin mirarlo y se plantó ante la mesa.

-¿Toca el acordeón, además? –pregunté.

Con extremo cuidado tomó ese instrumento y dirigió su mirada hacia donde estaba.

-Es un bandoneón –corrigió –un E.L.A, nada menos.

-¿ELA?

-Para mí es como un chiste cruel, este bandoneón fue fabricado por Ernst Louis Arnold, uno de los primeros lutier que se atrevió a fabricar uno de estos –acercó el aparato a sus ojos –en 1848, una auténtica joya musical, lleva las

primeras letras de su nombre lo que indica su procedencia, ellas son las iniciales de mi enfermedad.

Olfateaba la odiosidad de su mal.

Me levanté del sofá. Efectivamente era un bandoneón, muy viejo y en muy buen estado. Me gustaba el tango y en algún viaje a Buenos Aires, antes de perseguir una viola, había bajado a un bodegón a escuchar una orquesta arrabalera, con contrabajo, ese violín gigante, guitarra, una flauta quizás y un bandoneón. Pero sin ser experto era posible confundirlo con el acordeón, me imagino que pariente cercano.

Los dedos macilentos de Barents jugaron con los botones del instrumento, abrió el cierre metálico, con el pulgar derecho pulsó una palanca y no sin esfuerzo pudo inflarlo y desinflarlo sin que emitiera sonido alguno.

-Tiene setenta y un botones, es un instrumento muy complejo, en su factura y su interpretación.

Barents estaba fascinado. De pronto su rostro se ensombreció, cerró y depositó el bandoneón donde estaba y más débil que nunca, se derrumbó en el sillón.

-Toda esta ficción puede terminar aquí –dijo – y mi creación artística, que por lo demás nunca lo fue, será la impostura más grande en la historia de la música del siglo veintiuno

Acabé con mi segunda cerveza cuando apareció Helmut. Indicó un cuarto con baño privado para el maestro en el primer piso y otro para mí en el entresuelo.

-Estarán cómodos los señores -aseguró.

Pedí una tercera cerveza. Barents un vaso de agua para sus medicamentos. Helmut era servicial y eficiente. Cuando estuvimos solos y mirando la espuma en el jarro de cerveza pregunté sin revelar especial interés:

-Impostura es una fea palabra, maestro, ¿qué implicancia tiene con relación a su producción artística?

-Pues, como a pesar de la acogida consular, mi seguridad sigue dependiendo de su compromiso, me atrevería a contarle una historia que, de no ocurrir nada especial, quedaría sellada entre nosotros dos, a menos que al conocerla decida otra cosa.

Cerré la boca. Iba a suceder de nuevo, no me iba a ser posible eludir una historia musical durante el desarrollo de una sublevación. No quise resignarme y cambié de tema, aludiendo a la fauna de la región. Fue lo primero que se me vino a la cabeza, pero mi estratagema no dio resultados.

-Inicialmente —empezó Barents —hace treinta y tantos años, fui bandoneonista.

Estaba condenado, pero por fortuna tenía sueño y se me notaba.

-En Santiago, allí empecé una temporada con Marconi, discípulo de Troilo; cuando Marconi regresó a Argentina seguí en la escuela La Boca, en el barrio de Independencia, la ELA no se presentaba aún.

Bostecé.

Barents levantó los hombros.

-Cuando suena un bandoneón, se escuchan los ecos de la inmortalidad.

-Bandoneón y metafísica, más bien creo que la inmortalidad se logra con un balazo en la cabeza, es lo más rápido para alcanzarla -no quería ser irónico pero estaba cansado, cercado por la incertidumbre y si algo no me interesaba era la pregunta ontológica de la relación del aliento de un bandoneón con la inmortalidad

-Según tú hipótesis, la ELA sería un acceso más lento a ella -su voz era débil.

-Puedes tener razón —ya íbamos entrando en confianza con el genio musical.

-Mañana te contaré la tragedia.

Tampoco eso me pareció conveniente. Nada de tragedias, aunque tenía la poderosa sensación que la historia que podría revelarme Barents podría tener implicancias serias para la resistencia; y en ese caso era mejor poner oídos sordos, mirar al techo y aceptar ser servidos, como bien se venía, por la hospitalidad alemana. Una vez más mi destino en este golpe, por un tiempo,

iba a ser pasivo. Pero el relato de Barents al día siguiente fue incontenible, grotesco y turbador.

Esa noche soñé con el espacio en torno al espacio, es decir, soñé con la nada, con la virtualidad, con la aterradora novela de Simón, la profecía del Quincunx, con que Barents, multiplicado por cinco, cinco Barents, uno idéntico al otro tocaban cinco bandoneones iguales y provocaban el caos y la extinción. Cuando desperté desconocí el consulado y por unos segundos no pude moverme. La ELA podía ser contagiosa. Pero pude poner los pies en el piso y levantarme., fui al baño y me miré al espejo. Pude tocar todo lo que me rodeaba, el espejo, el lavatorio, la toalla, el cepillo de dientes y mi propio cuerpo. La virtualidad me había visitado en sueños. El quincunx era una patraña surgida de una imaginación al borde del extravío. Me duché con agua tibia, me vestí y bajé al primer piso. Helmut estaba al pie de la escalera, con una servilleta en el brazo.

-El desayuno está servido –me anunció –el profesor Barents aún no se levanta y el señor cónsul vendrá a las diez en punto.

Me dirigí al comedor. Miré la hora. Rogué que el señor Schmith se adelantara o que Barents durmiera hasta más tarde. Acerté pero no logré lo que buscaba, sustraerme del cuento que reclamaba contarme el compositor.

Schmith fue puntual y se mostraba contento y satisfecho. Se sentó a la mesa donde desayunaba y Helmut le sirvió un café expreso.

-El gobierno alemán consiente su asilo señor Ramírez y por cierto el del señor Barents, he solicitado los salvoconductos a la gobernación –anunció con satisfacción.

-No le concederán más que el del señor Barents.

-El otorgar asilo es un deber constitucional en Alemania, pero me imagino y comprendo las razones de la gobernación: un soldado es más peligrosos que un pianista –el cónsul bebió el café de un sorbo y se puso de pie.

-Eso es muy relativo –objeté.

-Acompáñeme –me pidió Schmith.

Entramos a su despacho. Encendió un televisor ancho y me alargó el control remoto.

-Esta oficina, como todas las dependencias del consulado están a su disposición, ahora debo volver a mi trabajo, este consulado es ad honorem.

Le agradecí.

-Cuiden de no salir al jardín, podrían haber francotiradores, ya se sabe que están aquí; otra cosa, de seguro me han intervenido los teléfonos y la red.

Al volver al comedor descubrí a Barents esperando que Helmut le sirviera.

-Buenos días –me saludó.

-El asilo fue otorgado, ahora deberás esperar el salvoconducto –le informé.

-Eso llevará tiempo.

-No debes acercarte a las ventanas.

-¿Tanto así?

-En el primer golpe los militares disparaban al interior de las embajadas donde habían refugiados, murieron varios militantes de la Unidad Popular.

Sin hablar contemplé a Barents mientras tomaba té y mordía una tostada de pan de centeno. Siempre tuvo una postura progresista lo que le valió la prohibición de ingresar al país, si estaba afuera y la amenaza de prisión si estaba en el país en los cuatro levantamientos anteriores. Con sus dedos consumidos apenas podía sostener la taza. Sentí lástima, pero en pocas horas se invertirá mi conmiseración hacia él.

-¿Ahora? –se atrevió al ver que Helmut levantaba el servicio.

Cedí.

Como dije, el bandoneón fue mi pasión. Mis padres tenían una buena situación y fueron sensibles y generosos, sin duda intuían que no servía más que para la música. Me financiaron una estadía en Buenos Aires en la academia de Pichuco, Troilo había muerto pero estaban sus discípulos y luego a Alemania a la fábrica de bandoneones de Klaus Gutjahr, para conocer su manufactura. Las maderas utilizadas para las carcasas, el cuero y el cartón para el fuelle, el hierro, el aluminio y las aleaciones para las lengüetas y tornillería, el lacre y una de las cuestiones más importantes, la afinación,

conocimiento indispensable para un buen intérprete. Gutjahr es el único ejecutante que fabricaba sus propios bandoneones.

Allí, en Berlín, tuve una experiencia notable. En una plaza, me imagino que vecina a un club de tango o de jazz o de lo que sea había o todavía hay una estatua de bronce de un bandoneonista. Antigua, de principios del siglo veinte. Cuentan que esa escultura tiene los poderes de la espada en la piedra del rey Arturo, aquella que afirmaba que quien fuera capaz de sacarla de su entierro, sería el monarca de Inglaterra. Del mismo modo, quien pudiese sacarle un sonido a ese bandoneón silencioso e inanimado llegaría a ser un intérprete excepcional o quizás el mejor de todos. Las yemas de los dedos de aquél músico metálico están crispados, listos, pero el escultor no quiso que tocaran los botones. El plisado irreducible del instrumento, sobre la rodilla de la pierna izquierda del personaje, está más abierto que cerrado. El que se atreva puede, en consecuencia, acomodar sus dedos para obtener un sonido de ese bandoneón. Miles lo han intentado, músicos y turistas, pero se asegura que el bandoneón se ha relajado en una oportunidad. Con Aníbal Troilo. Pichuco como le apodaban, de visita en la ciudad aceptó, sonriendo el desafío. Dicen los testigos que no bien se hubo acercado al artista de hierro, este le dejó un espacio para que se acomodara. Ese bandoneón cobró vida de inmediato, su metal se volvió madera barnizada y se sacudió el cartón y la jaula con sus incrustaciones de nácar. Se iluminaron sus botones con una luz que parecía venir desde el interior del bronce fundido y pareció que los ojos del hombre de hierro titilaban. Entonces Troilo cogió ese bandoneón y se echó una milonga ciudadana compuesta por Borges. Fueron testigos del hecho Gianitelli y Fiorentino, integrantes de su orquesta típica. Una vez concluida la milonga Troilo se levantó y dejó el instrumento donde lo había instalado el escultor. Se apagó el bandoneón retornando a su inánime, fría y férrea dureza borrándose el esbozo de sonrisa que había aparecido en la cara del anónimo intérprete. Pichuco se despidió con un sombrero.

Barents respiraba con cierta dificultad.

Se cuenta que una vez pasó por ahí Piazzolla al que le propusieron lo que años antes a Troilo. Piazzolla miró al férreo bandoneonista y negó con la cabeza: si se le abrió a Troilo no lo hará conmigo y siguió su camino.

También estuve una vez ante esa talla, ya tocaba con destreza el bandoneón y Gutjahr me prestaba uno de los suyos que a veces llevaba a mi

casa.Me quedaban unos meses en Berlín. Era un domingo y largo rato miré y traté de imaginar y escuchar a Troilo ejecutando la milonga. No me atreví ni siquiera a palpar el bandoneón y me fui de vuelta a la pensión donde alojaba. Recuerdo que ese día empecé a cojear y tuve una leve dificultad para apretar uno de los botones de mi bandoneón.

Me demoré, ese día, en la feria de las pulgas de Mauerpark. Los instrumentos nuevos fabricados por Gutjahr u otros eran muy caros. Mis padres habían sido muy generosos y no quise molestarlos pidiéndoles más dinero para comprarme uno. Por esa razón al asomarme a una tienda llena de objetos de todo tipo y ver un viejo bandoneón, casi me emocioné. Entré preguntando por cualquier cosa y el tendero me pidió que no tomara fotografías. Parecía la vidriera irrespetuosa de un cambalache. Levanté las manos y curioseé. No quería que le hombre descubriera mi interés por ese instrumento. Pregunté por el precio de un par de artículos y como si fuera un simple figoneo pregunté por el bandoneón.

-Tómelo –me permitió el vendedor –no funciona, quizás nunca.

Lo examiné. Los botones podían ser de marfil, las cajas de cedro estaban bastante rayadas, quizás agrietadas, el fuelle, en regular estado, de cartón corrugado no parecía tener fugas. No sabía si su propietario sabría su valor, si en efecto valía algo o era una antigüedad inservible, para exponerla sobre algún mueble.

El precio, en todo caso, si ese aparato funcionaba y tenía una marca u origen comprobables, era ridículo y el tipo quería deshacerse de él, vender algo más ese día y ni discutió la rebaja que le pedí. Fueron, lo recuerdo, doscientos euros.

Lo llevé a mi cuarto, rengueaba. Nada me dolía, sólo sentía los músculos de mi pantorrilla derecha más acalambrados que débiles, como si hubiesen hecho un gran esfuerzo. Pero esa noche no quise probar el funcionamiento de ese bandoneón.

La estadía en Alemania llegaba casi a su fin. El maestro y sus alumnos, en diferentes niveles de adelanto en la academia de Gutjahr me habían enseñado, en cuatro años a tocar el fueye, el piano, las bases del violín y elementos avanzados de la lutería en aerófonos. Volví a Río Bueno transformado en un avezado acordeonista.

Era el tiempo de devolver a mis padres su inversión. Ellos, inesperadamente, me esperaban con un regalo: un excelente bandoneón moderno A-Z de fabricación argentina.

Busqué pues compañeros para formar un cuarteto o una “orquesta típica”. Con esa finalidad recorrí La Unión, Osorno y Valdivia, sin muchos resultados. De tal manera que con poco más de veintidós o veintitrés años me ofrecí, en bares, restaurantes y territorios menos santos como solista tanguero. Me encontré con cantantes de rancheras, de boleros, sin contar los cultores del reggae, el pop, el rock, y otros interesantes músicos muchos de los cuales no habían visto nunca un bandoneón ni les interesaba su sonido. Así que dejé el fueye empecé a tocar piano. Y bien. Mis dedos aún no flaqueaban, aunque en la noche me costaba erguirme en la cama e incluso anudarme los zapatos. Acudí a un médico en Valdivia quien no supo darme una solución y me sugirió que viajara a la capital a un conocido instituto neurológico. No le dice caso.

El piano era obediente conmigo, fui muy escuchado y siempre, en mis presentaciones, incluía, de contrabando, algunas piezas clásica breve. El alcalde y el jefe del departamento artístico de la municipalidad de Valdivia se acercaron un día y me solicitaron rellenara con el piano un concierto que se daría en el coliseo de Valdivia. Se presentaba la Orquesta Sinfónica del Sur y debía imaginar un interludio que entretuviera, entre la tercera sinfonía de Beethoven y la Consagración de la Primavera de Stravinski que interpretaría esa agrupación, a los que se quedarán en sus butacas.

Estudí y me entrené en el piano que utilizaría y en el entreacto para el que fui contratado, dos semanas más tarde, al empezar con el Andante spaniato de Chopin, del que pude tocar una parte importante, el público que permanecía en el teatro quedó atornillado a sus asientos. La venta de golosinas y maní se frustró y los ceniceros quedaron vacíos, los asistentes al escucharme desde la antecámara, regresaron a sus asientos. Nadie se movió hasta que, por obligación como me lo confesó después, apareció el director dándome a entender que la función de la Orquesta Sinfónica debía continuar.

Guillermo Vasquez, el titular de esa orquesta, el que interrumpió a Chopin me invitó a comer esa noche y después de escuchar mi historia, me dijo que estaba perdiendo el tiempo con el bandoneón y con las agrupaciones menores con las que me presentaba. Poco después tuve conciencia que al

perfeccionar mi trabajo con el piano había dado un paso que daría mayor verosimilitud a la suplantación.

Por cierto había algo que no calzaba con la historia de Barents, pero dejé que la reanudara.

En un mes estaba instalado en la ciudad de Concepción como pianista suplente de la Orquesta del Sur. La recomendación de Vasconez no podía ser rechazada. Había hecho mis maletas, embalado mis pertenencias en tres cajas de cartón y en su caja el bandoneón regalo de mis padres con quienes disfruté dos días antes de largarme. En el tren rápido repasé mis bienes y recordé que también llevaba el viejo fueye comprado en Berlín. Algún día lo probaré, me prometí, aunque tenía conciencia que no tendría mucho tiempo para honrar esa palabra. Ahora mi trabajo era el piano. No dudaba que para un experto con el bandoneón, el piano es un territorio sometido. Troilo hubiese sido un pianista más grande que Arrau o Kempff.

Fui subiendo en la escala musical, si me permites una metáfora.

Le toleraría las que quisiera, pero esa, en particular, me recordaba a Balodenka y a Ana. No fui quien abortó, por unos minutos, su relato, fue una ráfaga de un fusil automático, afuera.

Helmut apareció como si hubiese estado escuchando detrás de la puerta.

-Es en la calle.

Barents se intranquilizó.

-No nos moveremos, ni saldremos al jardín, una bala loca, que se eleva y cae libre te puede perforar el cráneo –previne.

Helmut asintió y sugirió:

-¿Café, cerveza?

-Para mí, cerveza –dije.

-Agua mineral, hora de mis medicamentos –el compositor buscó y sacó de un bolsillo una caja de plástico transparente. En su interior retozaban píldoras y cápsulas multicolores. Escogió cuatro y las guardó en el puño.

Por dos o tres años pude esconder mi enfermedad, el neurólogo en Concepción guardó el secreto de la ELA con riguroso profesionalismo, me dio los medicamentos más indicados y ralentizó su progreso. Acudía al fisioterapeuta y en el departamento que arrendaba tenía los aparatos indicados para hacer los ejercicios que mantenían en funcionamiento mis músculos. En mi cuerpo todo lo demás combinaba bien: la sensibilidad, la actividad sexual, mis esfínteres. La musculatura era la afectada. La neurona que mueve los músculos desde la médula espinal. Era una ELA simple y pura, en curso, irreversible, resuelta y mortal.

-Ahora caen –dije –con un oído puesto en una segunda ráfaga de balas que perforaron las nubes y se precipitaron sobre las tejas de pizarra con el ruido de grandes granizos.

Helmut retornó con la cerveza y el agua mineral. Barents se echó las cápsulas a la boca y se las tragó. Helmut dejó que le espuma de la cerveza subiera lentamente antes de acercarme la bandeja con el vaso. Al verlo de espaldas, membrudo, seguro, me sacudió la beneficiosa paranoia. Olí y probé, con la punta de la lengua, la cerveza. Me reí. Si quisiera terminar con nosotros buscaría una solución menos obvia que envenenarnos o degollarnos mientras dormimos. Bebí media jarra sin respirar y me sentí alentado. Pensando que el cónsul pudiese disgustarse, pero que no tendría más remedio que aceptarlo, encendí un cigarrillo. Mi compañero de encierro se puso de pie, abrió una rendija en la ventana y volvió a sentarse.

-Mis pulmones –sabe –se disculpó.

El humo del tabaco no lo iba a matar, sus pulmones se iban a secar antes. Intuía el curso de su padecimiento.

Helmut apareció con un cenicero de cristal, grande como su mano, cuadrado, macizo, de bordes apuntados. Un objeto más mortífero que un piolet.

Terminé de fumar y dejé la cerveza a medias. Helmut salió.

Los balazos continuaron con intermitencia hasta que se apagaron. El cónsul apareció al mediodía. Era la hora en que iniciaba sus breves tareas como diplomático. El resto del tiempo lo pasaba en el campo con sus lecheras.

-Las embajadas en la capital están llenas de asilados y algunas legaciones en provincias.

Helmut, con su discreción habitual entró sin hacer ruido y puso una taza de café en sus manos.

-Siempre ha sido así –confirmé.

-He tenido una audiencia con el nuevo gobernador, el salvoconducto para el maestro Barents –anunció –pero me han dicho que demorará.

-Así será –corroboré.

-Ha habido disparos, por aquí –informó Barents.

Schmith miró su reloj.

-Reclamaré ese hecho a las autoridades pertinentes –dijo – ahora iré a efectuar unos trámites personales algunos papeles y ya no volveré hasta mañana: cualquier inconveniente se lo comunican a Helmut o a mi móvil –y me entregó una tarjeta.

Nos dirigimos al salón, el cónsul se despidió y me resigné a seguir escuchando la historia de Barents. Por lo menos hasta la hora de almuerzo.

-El almuerzo se servirá a las dos de la tarde –anunció Helmut en quien de pronto, reconocí el acento: era boliviano.

Tenía casi dos horas de escucha por delante.

-Y así como el piano me obedecía, dejó de hacerlo. El dedo del corazón de ambas manos empezó a flaquear. Una tarde después de un ensayo miserable no tuve más remedio que decirle la verdad a Vasconez, que la ELA, agazapada, enseñaba su evidente progresión, su irreversible sentencia, su compromiso con mi destino.

Vasconez no me miró y negó con su cabeza con un gesto de congoja y disgusto.

-Ya hablaremos –sus palabras me sonaron a un desahucio laboral y a un homenaje de funerario.

Esa noche entré a una botillería y me compré una botella de ron. Recostado en el diván que tenía en la salita llevaba media botella en el cuerpo cuando reparé en la existencia de mi bandoneón, el regalo de mis padres. En una estantería, servía de apoyo a partituras y algunos libros policiales. Me levanté y lo tomé por uno de sus correas. Lo mire largamente. Sus botones eran más gentiles que las teclas de un piano y comprobé que mis dedos tenían empuje para presionarlos. Abrí el fuelle. Fue el inicio del proceso de retorno a mi matriz musical. Toqué toda la noche, bajo para no molestar a los vecinos, sin dolor en mis manos ni en mi rodilla derecha donde lo apoyaba. Sí sabía cómo descifrar la pena y la molestia de Vasconez, pero no adivinar sus consecuencias. No se me olvidará ese reencuentro con el bandoneón. Dormí hasta entrada la mañana, me duché y con ropa limpia y despejado con medio litro de café llegué en buenas condiciones al ensayo matutino de la Orquesta del Sur.

Me senté al piano en la segunda interpretación y saludé al titular con una inclinación del mentón. Ya se iba y con él una parte de los músicos. Quedaron en el escenario tres violinistas y dos chelistas. Vasconez levantó su batuta y golpeó el atril.

-Ayer dijimos que intentaríamos el trío para piano, violín y chelo de Brahms. Conocía y había estudiado esa música y el bandoneón, sin dudas, había fortalecido los músculos de mis brazos. Eso le dio a mis manos docilidad. Vasconez me sonreía en cada interrupción en que nos corregía nuestros errores y defectos.

Al término me citó a su estudio.

-¿Y el diagnóstico y pronóstico es definitivo?

-Absolutamente.

Se rascó la frente y miró por la ventana.

-Y cuánto tiempo más podrás acompañarnos en el piano.

-No lo sé, impredecible, según los médicos.

-¿Y hoy?

-Dicen que va y viene, que la sintomatología es cíclica.

-Estuviste muy bien con Brahms.

-Puedo seguir.

-De acuerdo, hasta que no puedas.

No quise decirle que el bandoneón me había rescatado, que sus botones y el fuelle habían sido vitaminas para mis ligamentos y que mi carne se había vitalizado con el respirar de ese instrumento.

Sin embargo porfié y volví a mis andanzas nocturnas. Me reencontré con mis compañeros de banda y dos veces a la semana nos juntábamos: clarinete, guitarra, contrabajo, batería y bandoneón e improvisábamos unas casualidades musicales magníficas. Vasconez supo de ellas y me impulsó a continuarlas.

-Porque retarda la ELA y quizás te de tiempo para componer.

-¿Componer?

-Tengo esa idea —y me palmoteó la espalda.

Nuestro quinteto se completó con un cantor argentino, prófugo de su país por deudas y que tenía una garganta de arena igual a la de Goyeneche. Sólo aceptábamos salas pequeñas, que estuvieran no estuvieran muy saturadas de humo, que hubiese pisco y Fernet y que fueran baratas. Ganaba allí, tocando el fueye, más que como pianista secundario en la orquesta sinfónica. Nunca faltaba la trifulca de hombres bravos, por una mujer o por un trago, y eso era parte del espectáculo.

Hasta que por defender a una dama, entrada en años y que, espontáneamente se puso a bailar un tango sin que nadie se lo pidiera, un grupo de gañanes empezó a insultarla tratándola de puta vieja y malnacida. Todos los del quinteto y nuestro cantor nos involucramos en una riña monumental, pero lo peor ocurrió cuando le planté mi bandoneón en la cabeza al cabecilla de esos bellacos, arruinándolo por toda la eternidad. También nos salvó la vida porque la pelea, que estábamos perdiendo se detuvo como si fuésemos parte de un celuloide que se atora en una vieja máquina de cine: bramó mi bandoneón al morir en un lamento ahogado e iracundo, fúnebre, interminable y definitivo. Los agresores huyeron despavoridos perseguidos por el último soplo de míreventado instrumento,

sus plisados cartones retorciéndose en el cuello del cabecilla, sus esquineros mordiéndole la tráquea como cangrejos forjados. El infeliz huía corriendo en medio de la ventolera nocturna. La paz había vuelto al local cuando una hora después llegaron los carabineros. El oficial se dirigió a Martínez, nuestro flautista:

-¿Quién mató a Miranda? –preguntó.

-Un sillazo en la cabeza no mata a nadie –se defendió Sepúlveda –y ese Miranda fue el que empezó todo.

-Está muerto, muy muerto, con el gaznate retorcido por un bandoneón,

-Un fuelle, de un fueye –intervine –alguien le metió en la cabeza el fuelle de un fueye y se ahogó.

-¿Un fuelle?

-Miré no más -dije -el contrabajo hecho pedazos, la guitarra descalabrada, la flauta torcida, nosotros somos músicos, ellos violentistas.

El oficial reflexionó.

-Mañana serán todos citados a la fiscalía, esta noche la pasan en el calabozo.

Nos arrojaron a los cinco a una celda y el guitarrista, Salcedo, comentó:

-Y no bailaba nada de mal la pobre vieja.

No paramos de reír hasta que estuvimos frente al fiscal.

Éste no preguntó de quién había sido el bandoneón asesino y nos dejó en libertad por falta de méritos después de pagar una multa. Miranda era un pájaro peligroso y su propia pandilla consideró su muerte como un embrujo. Dicen que o enterraron con el fuelle rodeando su pescuezo amoratado y que nadie lo lloró.

Desde luego el escándalo fue portada en los diarios locales y copucha en todas partes. Y a pesar de su buena voluntad y afecto, Vasconez no tuvo más alternativa que sacarme del piano. Me mantuvo en la orquesta, sueldo incluido, pero atento a mi conducta futura. Es la ELA me disculpó y con ello consiguió mi permanencia ante la junta directiva de la Orquesta del Sur.

-Puedes seguir con tu bandoneón, pero no te metas en sucuchos malparidos. Se lo prometí.

-Y compone para mí, como tarea y excusa, un estudio para piano, asequible, tan fácil como el número tres de Liszt.

Le agradecí y le prometí tener un boceto en dos semanas.

Seguí asistiendo a los ensayos de la orquesta como simple espectador. Gustavo Silva el tercer pianista, un joven afable y generoso, me reemplazó. Yo me sentaba tardes enteras en mi casa, estudiando, solfeando y entonando partituras pero no era capaz de componer un contrapunto. Podía memorizar trozos completos, obras completas, pero la composición, por cierto, no era lo mío.

Sólo pensaba en cómo ahorrar dinero para comprar un nuevo bandoneón. A mis padres no les pediría nada. La vergüenza me paralizaba.

Barents hablaba lento, jugueteaba con el bastón, se sobaba la pierna derecha y se frotaba sus manos descarnadas. Eran pausas que retardaban su relato.

Pasaron las dos horas y Helmut anunció el almuerzo.

-El señor cónsul no los acompañará –avisó.

-De qué parte de Bolivia viene –le pregunté de improviso.

-Cochabamba, y tengo doble nacionalidad por el lado de mi padre.

-Con el cambio de gobierno pedirán mar, como de costumbre –comentó Barents.

Inmutable Helmut nos informó del menú:

-Ensalada de endibias marinadas al Rochefort, pierna de cordero con repollo morado, asado con lonjas de queso de oveja de Chiriuco y pastel de ruibarbo de postre.

-Uff –dije –después no podré escalar la muralla.

Caminamos al comedor y nos sentamos a la mesa. Los cubiertos eran pesados, de plata tal vez y el compositor pidió a Helmut que se los cambiara.

-El peso es mucho para mis manos, no puedo trincar.

El mayordomo volvió con utensilios de plástico. Después de la entrada sirvió el cordero, el que reposaba en el plato de Barents venía ya trozado.

Nunca había probado el ruibarbo, pero estaba bien.

Después, en la sala, encendí el televisor. Ninguna noticia. En la radio nada. Programas musicales e infantiles. Entraba a ponerme nervioso. Mi teléfono no tenía señal. Debieron intervenir las torres que habilitaban frecuencias específicas. Aunque el golpe no tenía el sello sucesivista, no veía razón objetiva que lo justificara, como casi todos los anteriores.

Antes que mi compañero de encierro continuara con su historia del bandoneón, llegó, sin avisar, el cónsul. Nos preguntó por el almuerzo, si estábamos cómodos como huéspedes de Alemania, se sentó junto a nosotros y nos resumió los sucesos. El Presidente en ejercicio, Alberto Bastidas quiso resistir y el jefe del ejército rodeó el palacio de gobierno con seis tanques Abrams, recién adquiridos. Esta vez no hubo bombardeo y Bastidas intentó suicidarse, pero el botiquín de La Moneda no tenía los sedantes suficientes. Lo sacaron vivo, en camilla.

Pensé que el cónsul me estaba hueveando.

Siguió diciendo que lo habían enviado con parte de sus ministros a Asunción, pero que había centenares de detenidos en el estadio nacional y en dependencias de las fuerzas armadas. No habían blancos específicos desde que el partido comunista había desaparecido y el socialista se había refundado con otro nombre y otras ideas. ¿Los opositores? Intelectuales, profesores universitarios, políticos retirados y en especial la juventud que había salido a la calle a poner barricadas, encender neumáticos, apedrear a los militares. El gobierno alemán no reconocería, aún, al nuevo régimen, aunque sí lo había hecho Estados Unidos, obedeciendo la versátil la doctrina Truman, también Filipinas y Corea Unificada. No es posible saber si hay focos de resistencia civil o militar y las noticias oficiales señalan que las nuevas autoridades controlan todo el territorio, desde la frontera con Perú y Bolivia hasta la Antártica. No se conocían los nombres de los cabecillas de la sublevación, si estos eran parte de la alta oficialidad del ejército o de la marina o de la SEU. Corría el rumor, no desmentido, que había fuerte resistencia en Copiapó y al norte de Parral.

-Señor Ramírez –se dirigió a mí el cónsul –podría ilustrarme, según su experiencia, ¿cuál sería la causa de este alzamiento?

Le manifesté que, en primer lugar el reconocimiento del nuevo régimen por otros gobiernos no tenía ninguna relevancia. Siempre lo hacían y si este caía, lo harían con el próximo. Confirmé que tenía experiencia en golpes de estado y su resolución, lo puse al día del Sucesivismo y de la historia de los últimos diez años y le reconocí que a no ser que vinieran otra vez por al agua de los glaciares, no consideraría una intervención directa de Washington.

El cónsul no tenía conocimiento de movimientos de portaviones o naves extrañas en el litoral ni el gobierno alemán sospechas sobre una intromisión americana.

En ese sentido, reconocí, no tengo idea. O un coronel espontáneo y ambicioso, beneficiario de un nostálgico post grado de las escuelas de las Américas o de West Point, que los hay en este país, o como bien ha dicho, la SEU que puede haber considerado el régimen demasiado progresista, lo que no comparto en absoluto. Progresismo, señor cónsul, en este país no hay desde hace noventa años, con intermitencias. En todo caso durará poco y no alcanzaré a intervenir, que es lo que más lamento.

-¿Qué es el SEU? –preguntó Barents.

-Sociedad de Empresarios Unidos –Schmith se puso de pie -los tendré al tanto.

Helmut llegó con el café cuando ya empezaba a cabecear.

Con Rosella comíamos frugalmente y evitábamos la carne. No era nuestra costumbre descansar después del almuerzo. Pero no pocas veces, con la chimenea encendida en invierno o en verano con las ventanas recibiendo el aire verde del bosque, nos quitábamos la ropa y nos metíamos en la cama, a veces para fundirnos en un goce sin orillas, otras para mirarnos y acariciarnos con desatino.

Barents lamentó que decidiera ir a dormir una siesta.

-No durará más de una hora –lo tranquilicé.

Tendido en mi cama, con la mirada fija en el techo pintado de blanco, quise ordenar algunas ideas. No tenía muchas. Confiaba que Rosella estaría

protegida por las sombras y que lo que sucedía no fuera más que otra maniobra sucesivista. No tenía otra opción que proteger a Barents hasta nuevas órdenes de la Peste.

A pesar mío dormí sólo una hora y al bajar al salón me aguardaban Helmut con una cafetera de cerámica llena de café filtrado y una botella de agua y Barents dispuesto a continuar su leyenda.

No había escapatoria. Recibía la taza de manos del boliviano al percibir un zumbido en el bolsillo. Casi arrastro a Helmut con la bandeja y el café, levantándome de un salto. El teléfono paró de palpitar en cuanto lo tuve en la mano, pero buena señal, quizás luego liberarían una antena. Respiré hondo, Helmut dejó la bandeja en la mesa de centro y Barents aprovechó:

Fue la aparición de Cecilia lo que cambió el rumbo de mi irrelevante existencia.

Barents tomó su bastón y empezó a dar vueltas por la sala. Se asemejaba al Hombre de Palo, el autómatas creado por Juanelo, el relojero español y que lo hacía vagabundear por las calles de Toledo para obtener algún maravedí. Porque así como cuentan de él, Barents saludaba con la cabeza cada vez que hacía una pausa.

Fue durante mi primera gran crisis, en la cual caí en insuficiencia respiratoria, me internaron y estuve con un ventilador mecánico por dos días. Cecilia era la kinesióloga de la clínica Brinck de Osorno. Mis padres se hicieron cargo de mis gastos con la ayuda de Vasconez que dispuso de parte del fondo solidario de la orquesta. Cuando fui dado de alta el dinero alcanzó, además para que Cecilia fuera a mi departamento a continuar con la terapia respiratoria y muscular durante dos semanas. Con ella el tiento fue rápido e intenso. Insistía en que me desnudara para efectuar los masajes de relajación y de fortalecimiento, era experta en reflexología y hacía maravilla con mis manos. Nosotros los eleáticos, que además asumimos como nuestras las doctrinas de Parménides, mantenemos las capacidades sexuales intactas. Así y luego del primer masaje masivo Cecilia se montó sobre mí, decididamente excitado, continuó su trabajo y cuando llegó al orgasmo, sentí que sus manos habían energizado mi cuerpo hasta la normalidad.

Una noche en Praga, hace diez u once años, al percibir en ella, por una única vez, una lágrima de pena al verme caminar, le pedí que se fuera. Antes

le traspasé una buena parte de mis ahorros. Generoso pero merecido pasaje corto de mi maltratada historia.

Terminé mi taza de café y me serví otra. Barents proseguiría.

Si no recuerdo mal fue un día de la segunda semana de atención con Cecilia que ella, buscando una toalla para secarse el sudor, encontró el olvidado bandoneón comprado en la feria de las pulgas de Mauerpark.

-Tócalo –me demandó -regálame un tango.

Me senté en el tabladillo de masajes, pulsé el instrumento, lo abrí y lo cerré usando la válvula, sin arrebatarle sonido.

Era, como este que acabo de perforar, un ELA de la mitad del siglo diecinueve. Aprovechando el transitorio vigor de mis falanges sometí los botones y le di vida al fueye que tocó como si, recién salido de la manufactura, estuviera entre las manazas de Troilo. Como no canto fue el puro pulmón del bandoneón que, entendiéndose con mis manos, interpretó La Cumparsita y luego Nostalgias. Cecilia me quitó delicadamente el bandoneón de mis manos, lo dejó en la mesilla donde se alineaban sus frascos con bálsamos y aceites y me cabalgó otra vez hasta que ya enajenada, quizás sorda a cualquier tango, a cualquier sentido, entrelazadas sus manos con las mías, me devolvió una potencia que ya había dejado de sentir. Entonces, con ella aún encima de mí alargué un brazo, atrapé el bandoneón y le toqué, siguiendo el ritmo con el que se volvía a mover, lentísimo, lento, apresurado y vertiginoso el tango Chiqué y luego Palomita Blanca. Esa noche, cubiertos por una sábana, tendidos en la camilla dormimos hasta el amanecer. Era verano.

No pude volver a tocar el piano.

Cecilia pronto se fue a vivir conmigo. Y sumando lo que ella ganaba en la clínica, con lo que lograba con ese extraordinario bandoneón, llevábamos una existencia sin apuros.

Hasta que en una desbocada noche se estropeó el bandoneón. Para la nobleza o la infamia, juzga cuando finalice el relato, cuya fecha de término es hoy, aquí, en este consulado alemán.

Barents detuvo su caminata, su pierna izquierda claudicó y cayó al suelo con estrépito. Su bastón voló y se clavó en el fuelle del bandoneón del consulado. El compositor extendió sus manos:

-Es mi costumbre, lesionar bandoneones.

Lo ayudé a incorporarse y sentarse en un sillón, luego me arrimé a la mesa, arranqué el bastón y volteé el instrumento para que no se notara la perforación.

Esa noche con Cecilia habíamos bebido, y al levantarme de la cama para ir al paño tropecé con una silla y caí sobre el antiguo fueyecon el que me ganaba la vida. En verdad lo destripé con el descarnado hueso de mi talón y el respetado bandoneón murió con un suspiro desafinado, aliviado. Percibí en él un desahogo, un por fin. No era un ELA como este, Barents señaló el del consulado, era más antiguo un bandonion con i latina, un Uhlig de 1840, original, una jaula como también lo querían, muy valioso, quizás más que un Stradivario. Y ahí estaba despanzurrado, ante mi mirada atónica y la divertida de Cecilia que me consoló abrazándome: en cuanto pueda te compro otro, me prometió.

Mire Ramírez, para esa época mi drama era la mortandad de mis neuronas medulares, no un bandoneón más o uno menos, aunque ese fuese el único que quedaba de los que salieron de la inspiración y del talento de ese artífice. Por eso esa noche aparte sus restos con un pie y seguimos bebiendo y demoliéndonos con Cecilia. Al abrir los ojos al día siguiente, ella ya había partido a ocupar su lugar en el turno.

Me afeité, me duché, me vestí, ordené la habitación sin mover al bandoneón del lugar donde, involuntariamente lo había ajusticiado y resolví enterrarlo, lo sentía como una mascota que merecía respeto y consideración. Esa tarde Cecilia me llamó al celular avisándome que viajaría a Santiago esa noche por necesidades del servicio de salud y que regresaría en el avión del martes, a última hora.

Estuve toda la mañana imaginando donde sepultarlo. Antes que nada, casi con recogimiento, lo levanté del suelo, era una verdadera personita arruinada y exangüe. Al ordenar la habitación había dejado para el final mi querido interfecto.

En las inmediaciones de Osorno hay arboledas y frondosidades. Allí estaría bien. Lo introduje en una caja de cartón y partí. En el café Guajiro pedí un café cubano y una medialuna, me fume un cigarrillo, era el único lugar en la ciudad en que se permitía hacerlo, pagué la cuenta y me dispuse a salir. En la puerta me detuvo el diputado Selvo. Me preguntó cuándo tocaba otra vez y le conté mi condenada suerte. Me dijo que buscaría la forma de reponer el instrumento con fondos propios de su cargo y miró con conmiseración el pequeño ataúd de cartón. Me hizo prometerle que si lo conseguía para mí, también buscaría un bailarín de tango que fuera bueno, muy bueno. Parece que le gustaba el tango al diputado y a su mujer, así que le dije que estaba bien, sabiendo que no tendría bandoneón ni él un Cachafaz.

Crucé el río Rahue y caminé una hora hasta divisar en un amontonamiento de robles. En el centro de ellos, en un mínimo calvero crecía un Saúco del diablo. Que mejor lugar para ese instrumento al que sólo podían seducir quienes estuviesen hechizados. La luz del sol caía de plano sobre el claro, haciendo reverberar el hierbajo, levantando desde la tierra un vapor tenue, con olor a trufas. Me arrodillé, abrí la caja y permití al fueye que aspirara el perfumado aliento del Puelche y derramara sus últimos sollozos. Lo saqué de su caja para verlo una vez más y lo deposité en el suelo, sobre una trufa inesperada, del porte de mi puño, gris como las nubes que rodaban desde la codillera.

Fue en ese preciso segundo cuando descubrí lo que el fueye aquél tenía en sus entrañas. No lo valoré en un principio, pero el instinto me aseguró que aquello valía más que esa trufa de medio kilo. Destornillé el puñal que llevaba en el pomo de mi bastón y agrandé en un fino canalillo el estropicio del cartón del instrumento. No quería lastimar lo que aquella autopsia me estaba mostrando. Elplegado estaba revestido en su cara exterior con un papel lustre verde, celeste y rojo y por dentro con un papel delgado, impalpable, adherido al cartón, profusamente escrito que gracias a la luminosidad que espejeaba bajo el saúco descubrí que no eran letras en un lineado, sino notas en un pentagrama. Extendí el fuelle y me di cuenta que no era un papel, eran múltiples, finos, adheridos entre sí, seguramente de papel arroz, con caracteres nítidos y en buen estado a pesar del constante y prolongado inflé y desinflé de la jaula. Enrollé el fuelle, desistí del acto mortuorio que estaba a punto a llevar a cabo y con él en la caja regresé a mi departamento.

No iba a ser capaz de separar las páginas de ese documento sin estropearlas. Necesitaba un experto, un experto en imprentas viejas. No sabía qué contenía esa composición, pero de por sí, por estar dentro de un bandoneón fabricado en 1840, podía ser sorprendente: una partitura llamativa o raros sonetos, o arreglos para música de cámara, quizás algo relevante.

Como entenderás, Ramírez, esto ocurrió hace bastantes años, pero en esa época el oficio de imprentero se había extinguido. Busqué datos en las empresas modernas y un comerciante de la calle Piwonka, habitué de las veladas tangueras me habló de un anciano linotipista, jubilado, que había sido propietario de una prensa en Valdivia. Vivía en la calle General Lagos, frente al gran río. Aproveché la ausencia de Cecilia, pues hasta no saber, con exactitud lo que se leía en los papeles ocultos del fuelle resolví mantenerlo en secreto. Tomé el primer tren rápido a esa ciudad fluvial.

Justo Manosalva se llamaba aquél viejo tipógrafo, quien me recibió, a las nueve de la mañana, en una casa modesta, sólida y limpia. Le expuse la razón de mi visita y me hizo pasar. Me pidió que dejara el legajo sobre la mesa del comedor, en un extremo de la sala. Me pidió una propina por el examen de ellos, advirtiéndome que no podía asegurarme nada. Con una lupa escudriñó el pliego y luego lo manipuló con cuidada atención, usando las yemas de sus dedos, palpándolo con pulcritud y aplicación. Un rato después levantó la vista y me miró.

-Se pueden desunir sus constituyentes –afirmó –en la imprenta de mi propiedad sólo yo hacía de levador.

Acordamos un honorario razonable y le puse una condición: el trabajo tenía que hacerlo en presencia mía. Se encogió de hombros.

-¿Si tiene todo el día?, está bien.

Se excusó y volvió un buen rato más tarde con una caja de madera abierta en la que traía una infinidad de frascos e instrumentos. Abrió un mirador en la puerta que daba a un patio enmarañado de arrayanes, instaló un colgador de ropa junto a la mesa del comedor y trabajó sobre ella. Empezó bañando el atado con variados pinceles untados con aceites y bálsamos y con pinzas fue levantando las esquinas de los finos papeles al tiempo que agregaba algunas gotas de grasa emulsionada y de raro olor. Entibiaba el conjunto acercando

una plancha y luego los enfriaba exponiéndolos al aire fresco que entraba por la portilla. Cuando separó la primera página del manuscrito la colgó en el tendedero e instaló bajo él un pocillo donde destilaba la mezcla utilizada.

Tardó toda la mañana en levantar doce páginas, interrumpió el trabajo para hervir seis huevos y llenar un jarro con agua apunto para cebar dos mates y continuó hasta que empezaba a oscurecer. Había concluido el trabajo de separación. Eran cuarenta y un folios impresos por ambos lados con tinta fortalecida con resina, como me notificó, que colgaban de los alambres plastificados del secador.

Esas cuartillas, que habían mutado del color blanquecino del papel arroz al anaranjado provocado por los fermentos revulsivos, parecían ser parte de un bosque otoñal, de vastas hojas de cobre idénticas al que mandó a levantar Huayna Cápac en su puna de Quito.

Eso se lo había oído a alguien, lo más plausible a Tobías, pero no emití comentarios. Entraba Helmut, el sol, sobre el horizonte se ahogaba con irritante regularidad con el paso de nubarrones apiñados. Iba a llover. El mozo nos preguntó si se nos ofrecía algo. Dije que era muy temprano y que esperaríamos hasta la hora de comida. Barents no tenía interés en comer, quería continuar y finalizar su relato:

-Al amanecer estarán secos, podrá apilarlos sin riesgo de pegatinas y llevárselos donde se le ocurra.

Asentí.

-Antes de salir deberá pagarme.

Acomodó una cama de campaña cerca de esa frondosidad artificial y se retiró a sus habitaciones.

-Serviré el desayuno a las siete —expresó.

Dormí tranquilo, no más que un par de horas y comprobé, a la luz incipiente de la amanecida, que la defeción de las hojas era perfecta y que esos signos de pigmento incorruptible eran notas de consumadas composiciones musicales. Con sus pentagramas y claves, sus figuras, silencios y armaduras, compases, acentos y codas.

Después del desayuno pagué lo convenido. Recuperar lo gastado me iba a significar tocar el bandoneón tres meses seguidos. Caminé hasta la estación. Allí compré un café a un ambulante y me subí al primer tren que iba a Osorno. Al llegar adquirí en una librería una sólida carpeta donde introduje los papeles y con ella bajo el brazo, caminé hasta mi cuarto. Ignoraba cuál podría ser mi próximo paso, pero todo indicaba que podría sacarle unos buenos pesos. Eso debí hacer, pero los dos días en que estuve encerrado estudiando esos manuscritos me hicieron cambiar de opinión. ¿En qué sentido? Eran dos sonatas para piano y una para violín o viola y dos sinfonías. Indagué en todos los medios posibles y con extrema reserva. En los sitios más inimaginables de internet, catálogos y diccionarios, me atreví con músicos de todo el mundo a los que envié fragmentos modificados, investigué academias e institutos, revisé el repertorio de las veintitrés orquestas más famosas del planeta y las audiciones de las emisoras de música clásica de siete países de América y todos los de Europa. Y concluí que esa música existía exclusivamente en los papeles depositados en el bandoneón.

Así, pues, decidí apropiármela. El único y gran inconveniente era que esas obras venían firmadas. Y la identidad del dueño de esa rúbrica también era completamente desconocida. Excepto por mí, ya que puede identificarlo por los datos que había grabado bajo ella: sus iniciales, el lugar y fecha de nacimiento, 1828 y un símbolo, una letra W sobre otra que en su época era la contraseña de una perseguida logiarevolucionaria, probablemente seguidora de las ideas anarquistas de Wilhelm Wietling.

-Siempre fui un seguidor, no muy devoto, del anarquismo, especialmente de Proudhon –revelé.

Se llamaba Edward Dotzwieck, -creo que Barents se incomodó por mi interrupción- y encontré su nombre entre los ciento veintidós alumnos de piano de la Academia municipal de Dresde entre los años 1840 y 1842. Era su ciudad natal. Fue compañero de estudios de otro ignorado compositor alemán, Franz Wüllner. Estimé que podían ser la misma persona o que tuvieron una relación de amistad o de discípulo y maestro. Una hipótesis irrelevante. Como dije, no había rastros de alguna composición que llevara su nombre. Debió participar, juntos a los miembros de su hermandad y quizás morir durante los disturbios de 1849 o como tantos de cólera poco después. Debió haber realizado sus composiciones siendo muy joven e inseguro, pero creyendo en ellas y temiendo por su probable destrucción si caían en poder

de sus enemigos y antes de atreverse a darlas a conocer debió esconderlas en el bandoneón. ¿Por qué en un bandoneón? ¿Quién buscaría en un bandoneón, un instrumento usado en ceremonias religiosas, partituras u octavillas de un revolucionario? Pensé que le haría un honor y un servicio si divulgaba sus obras...

-Con tu nombre, por cierto –y me puse de pie, el hombre se había excedido, pero no me conmovía su fraude.

Barents levantó su muleta en un intento de defenderse. Pensó que lo agrediría. Bajó el bastón, en mi cara no se notaban gestos de reproche.

-Durante años utilicé esa música para divulgar los valores de la democracia, la libertad y la justicia social.

-Esos valores, sin contenido, son el traje a la medida de la demagogia, te lo puedo decir con la autoridad de mi experiencia.

Aunque apenas habíamos levantado la voz, apareció Helmut, muy alerta.

-No pasa nada –soplé al verlo entrar –un entusiasmo pasajero.

-Necesito un café, Helmut –pidió el plagiario.

-Que sean dos –añadí.

-¿Me dejas terminar?

Helmut desaparecía rumbo a la cocina.

-No tengo opción, pero tu secreto llega hasta aquí, dudo que pueda quedarme callado.

-No te servirá como primicia y sé que no te importa, pero pronto el engaño intentará hacerse público: hace una semana, lo descubrió y juró divulgarlo un periodista del Rheinische Post de Dusseldorf, quien, no obstante lo beneficiosa que puede ser para él esa primicia, ha tenido la entereza profesional de poner en mi conocimiento y en privado sus irrefutables investigaciones con relación a mi usurpación; he reconocido todo, pero le he ocultado el nombre del compositor. Es de una categoría de periodista casi extinguida, pues aceptó no desencadenar el escándalo hasta después del concierto en el teatro del río, que sería el último al que asistiría; de los aplausos y los homenajes me precipitaría la deshonra y a los tribunales. En

fin, se lo anticipé, su carencia de pruebas jugaría en mi favor: tenía datos, fechas, lugares, coincidencias, pero no tenía un nombre. Dotzwieck es un nombre de mi exclusiva propiedad.

-Más que merecida la publicación de tu impostura –mi voz era neutra –y ¿si lo divulgo cuando salga de aquí?

-No desecho esa posibilidad.

-Puede dejar de lado datos reservados, no soy ni denunciante ni confidente y para los nombres tengo mala memoria

-Aunque no lo creas, Ramírez, mi conciencia no ha sido inmune a mi conducta. Hace años que no duermo bien, se me cae el pelo –con un movimiento súbito de su mano levantó una lograda peluca y mostró su alopecia -sufro del colon y de soriasis, la ELA ha sido mi expiación, mi muerte será mi purificación.

Sonreí. Rosella me había pedido que no cortara la frondosa cabellera de Barents que no era más que un extendido bisoñé que ocultaba su cráneo desmantelado.

-Provocarás un daño a la lucha democrática, recelarán de ti y de tus ideas y pondrán en tela de juicio lo que has respaldado, has cometido un fraude que se propagará y traerá consecuencias, pero ya te lo dije, no soy ningún censor para condenarte, eso se lo dejo a los catones de la política.

Nunca fui bueno con los sermones moralista, de tal modo que me quedé callado y lo dejé continuar.

Barents con su brazo acabado puso el bastón entre sus piernas. Helmut retornaba con la bandeja.

A escondidas de Cecilia y ocupando el tiempo mientras ella acudía al hospital, inicié el trabajo de copista. Trabajaba unas horas en la mañana, otras breves en la tarde, era un trabajo minucioso y agotador y en las noches, con Cecilia y hasta horas prudentes, tocaba en lugares donde me facilitaban un bandoneón. Guardaba mi hallazgo en un arcón con dos candados y había reforzado la puerta del departamento con cerraduras de seguridad.

-Mucha delincuencia –me justifiqué ante Cecilia, que nunca me preguntó que tenía adentro de ese cofre, ni en qué ocupaba mis horas ociosas.

En cuadernos escolares de música que por exigencia del programa de estudio aún obligaban a llenar a los alumnos, sin tomar en cuenta los avanzados programas computacionales, fui copiando nota por nota, pentagrama por pentagrama las tres sonatas y las dos sinfonías de Dotzwick. Las mágicas y deslumbrantes combinaciones sexuales que realizábamos con Cecilia en la cama y la falta de una cogulla me diferenciaban de un cartujo amanuense del siglo trece. Demoré ocho meses en terminar mi trabajo, revisado diez, quince veces. Una nota de más o de menos, una semifusa mal escrita, una llave equivocada, el más mínimo detalle pasado por alto podía evidenciar mi simulación.

Helmut entró sin hacer ruido y depositó un termo junto al bandoneón del cónsul.

Con el primer sorbo me bajo el sueño y Barents lo percibió.

-De acuerdo dijo –seguiré más tarde.

Subí a mi habitación, dejé mi teléfono sobre el velador y me recosté. Soñaba que cruzaba el lago Rupanco y que las olas estremecían el bote en el que navegaba. Demoré unos segundos en darme cuenta que no era el oleaje del lago lo que me había despertado, sino que el teléfono se sacudía cerca de mi oído. Era el comandante Eduardo.

Si preámbulos me anunció que el país estaba fracturado en tres, una frontera en Copiapó hasta el límite con Perú y otra desde la isla de Chiloé hasta Magallanes, ambas controladas por distintas unidades rebeldes, el centro, incluida la capital y los tres puertos más importantes en manos de los golpistas. Mi función de escolta o protector de Barents terminaría esa noche pues las autoridades sediciosas habían anunciado que, dada su enfermedad y las solicitudes que habían llegado de importantes países, le otorgarían el salvoconducto.

-Ramírez –concluyó –te esperan en Dalcahue para que asumas la jefatura de toda esa región.

No tenía sentido que le revelara la verdad acerca de Barents, se iba a saber de todas maneras y si lo difundía, quizás no le dieran el pasaporte y tendría que seguir siendo su escucha y niñera. Tampoco quise interpretar la razón por la que Eduardo me revelara el lugar donde me reuniría con el resto de los

rebeldes, le estaba señalando el blanco a los aviones golpistas. Motivo habría para este supuesto descuido de Eduardo, de tal modo que no me preocupé mucho.

-Tu Sombra –me dijo finalmente –está en Caldera, en la defensa de ese límite.

Bajé corriendo hasta la sala para darle la noticia a Barents y lo sorprendí bebiendo de un vaso con un contenido rojizo.

-Negroni –Ramirez y detalló–gin, Campari y vermut rojo en proporciones iguales.

Las botellas con los diferentes licores estaban sobre una mesita, al costado del sillón que ocupa el ladrón de música. Reproduje su fórmula. Me sentí aliviado y le revelé a Barents lo relativo a su salida del consulado.

El vaso le tiritó en su mano derecha y el brebaje le manchó los pantalones.

-No tengo miedo –admitió dejando la bebida en el brazo del asiento.

Probé el Negroni.

-Te creo –el trago era amargo –y si lo tuvieras también se puede dominar, te empuja, te obliga a actuar cuando lo dominas, la deshonra en cambio no es dominable, te embebe el alma para siempre, te doblega.

-A ese miedo me refiero, al que de veras atemoriza, el del desprecio, al de los estigmas de la degradación.

-Cada cual enreda su destino.

Barents suspiró, bebió lo que quedaba de su vaso y me lo alargó.

-No debe ser fácil llenarle el vaso a un indigno –convino.

-Todavía te queda una parte de la historia, este favor –le dije llenando el vaso con los tres licores –y el terminar de escucharte serán los últimos que te haré.

Habló después de la comida que nos sirvió Helmut en el comedor: ensalada de papas ácidas con un trozo de buena carne. Helmut debió ayudar al sinvergüenza, tenía dificultades para levantar el tenedor:

Vasconez leyó la sonata para piano que me atreví a mostrarle y la llevó al piano.

Es puro romanticismo del siglo diecinueve –comentó –reviviste a Brahms.

-Como no puedo interpretar, he empezado a componer.

-Los críticos te harán pedazos, por rancio.

Pero Vasconez estaba perplejo y admirado.

-No hay retrocesos en el arte, hay pintores muy actuales que pudieron pintar con Picasso.

-Lo dudo

-¿Conoces a Katz, a Stella, a Hirst?

-Vienes bien preparado, Barents.

-La música del bandoneón es tragedia, fatalidad y desamparo, como la los románticos, sólo que hoy no se muere de tisis sino que de SIDA.

Vasconez sonrió.

-Muy bien –aceptó –el lunes viajo a Valparaíso a dar una audición, incorporaré en ella fragmentos de esta locura –y con un su dedo índice golpeteó mis partituras.

Me había expuesto al abismo. Todavía podía caer de pie, bastaba con que Vasconez regresara, tirara la sonata del alemán sobre el piano y lo descartara. Era suficiente con que me dijera: no causó ninguna impresión, más que nada risas, hice el ridículo, me acusaron de fusilar a Schumann. Si así me hubiese hablado el maestro Vasconez, no tengas dudas Ramírez, que hubiese arrojado al Calle Calle las dos sonatas y las dos sinfonías. Dotzwick habría muerto enmudecido. No fue de ese modo como reaccionaron los auditores y los especialistas en el teatro Municipal del puerto. Cuando Vasconez concluyó de tocar la parte inicial de la sonata número uno de Barents, como la llamó, fue tan largo y entusiasta el aplauso, que tuvo que volver al principio y concluir la composición hasta sus últimos acordes.

-Es posible que el resto de la historia la conozcas, aunque hayas sido un político por tanto tiempo.

-Soy un veterinario, y aunque te conocía de nombre, ignoraba tu historia, pero con todo lo escuchado me la imagino y sobre todo el desenlace, a la vuelta de la esquina, triste, solitario y fatal.

-Soriano, mal citado –Barents tenía el vaso vacío.

Esta vez no le serví.

Después vino la segunda sonata y la tercera, la escrita para viola que tan delicadamente se escuchara en el teatro del rio. En breve, en un año esas sonatas habían dado la vuelta al mundo y los mejores intérpretes del piano, el violín, el cello o la viola se disputaban su interpretación.

Dos años más tarde, con la cautela requerida, fui entregando, casi como folletines de entrega partes seleccionadas de mi primera sinfonía y al finalizar con ella y esperando un ciclo razonable, la segunda. Alegando mi enfermedad sólo aceptaba dirigir una parte de ellas, dejando que orquestas, directores y solistas de excepción ejecutaran las obras. Fueron muchos años de éxito, fama, fortuna y a la vez envilecimiento, compunción e incertidumbre

Pero el despeñadero tardaría.

El cónsul entró precipitadamente, seguido por Helmut. No había más que contar y Barents se puso de pie con dificultad, o por el Negroni o por la ELA y lleno el vaso con los tres licores.

-En una hora más –avisó Schmith agitando un papel timbrado –llevaré al señor Barents en el auto consular al aeropuerto Cañal Bajo; iremos con un comisionado que lo acompañará en el vuelo hasta Pudahuel donde tomará el avión que lo llevará a Berlín: la han dado el salvoconducto. Sus papeles se los devolverá el funcionario en policía internacional.

Barents quiso agradecer y apenas pudo asentir con la cabeza. El cónsul me llamó aparte.

-Un salvoconducto me entregaron en la gobernación –se lamentó.

-Saldré en la madrugada, si me entrega el que me ha retenido.

El cónsul no entendió y tuve que hacer el gesto.

-Desde luego –sonrió –su arma.

En media hora Barents estuvo listo y manifestó el deseo de despedirse reservadamente. Lo ayudé a subir a la pieza que le habían asignado, rogando que no se le hubiese quedado una parte de la historia en el tintero. Buscó en la bolsa con ropa que le había comprado el cónsul y desprendió la etiqueta adherida a una camisa. Me pidió un bolígrafo y apuntó unas letras o cifras en ella.

-Ahí están los originales de Dotzwick, en un portafolio de cuero, en un envase al vacío, inalterados.

-¿Para que los podría querer?

-Vaya a saber uno, ¿para terminar con mi leyenda?, ¿para hacer justicia a un músico alemán del que ya no quedan ni los huesos?, ¿para que la revolución en la está empeñado se enorgullezca al limpiar su propia basura no les suceda lo Aníbal?

-¿Lo de Aníbal?

-Sí, de Cartago, que sabía ganar las batallas, pero no aprovecharlas.

Se asomó a la puerta y Helmut lo sujetó antes que rodara por la escalara hasta la planta baja.

-Bajo un Saúco, entre unos robles -balbuceó

-El auto espera –gritó el cónsul.

Bajé y lo vi renguear, apoyado en su bastón y en el mayordomo. Miré de reojo la cartulina de su camisa, había escrito una localización GPS, un punto con guía geomóvil, ubicable con un teléfono inteligente. La introduje en la funda de mi celular.

-Cenará conmigo esta última noche, Comandante Ramírez –me invitó el cónsul.

-Lo acompañaré, pero llámeme doctor, soy un veterinario sin grado militar.

-Es lo que se dice -arguyó.

Schmith me puso al día. Era cierto, el país estaba dividido y las fuerzas armadas se habían separado, apoyando la fuerza aérea al ejército y la marina a los resistentes. Apoyo teórico pues no actuaban. Alegaban que podrían

autodestruirse por las poderosas y similares armas que poseían y en ese desgraciado caso el país quedaría indefenso ante una agresión boliviana, peruana o argentina.

Entendí pues el por qué Eduardo no tomara mayores precauciones al pedirme que me dirigiera a Dalcahue.

El ejército está inmovilizado, en Caldera al norte y en la cabecera sur del puente sobre el canal de Chacao al sur. ¿Cuánto tiempo duraría el empate?

Helmut había cocinado un pato en su propia grasa.

Después del postre el cónsul me devolvió la Mansfield y mis documentos, llenó dos vasitos con Jagermeister, me deseo buena suerte y regresó a su casa.

Helmut estaba advertido que me iría poco antes del amanecer.

Dormí unas horas y no más allá de las cuatro de la mañana me di una ducha, me afeité, vestí y bajé al salón. Ahí estaba Helmut con café.

-No hay vigilancia en torno al consulado –me informó –pero le aconsejo saltar el muro que da a la calle Eleuterio Ramírez.

Tenía una escala de aluminio adosada al muro. Me dio un abrazo y me obligó a ponerme un gamulán.

-Hace mucho frío a esta hora, sobre todo en los bosques.

-No iré a ningún bosque –pisé el primer escalón.

Helmut me alcanzó un morral. Miré en su interior, venía un atado de cigarrillos, un cuchillo de monte con una empuñadura de cuerno, una linterna y una pala.

-¿Y esto? –le pregunté.

-El cuchillo, bueno, no dudo que sabe usarlo cuando es conveniente y la pala, ¿no va a realizar una excavación?

Me eché la mochila a la espalda y subí por la escalera. Al llegar al final Helmut me metió al bolsillo un rollo que vislumbré eran billetes. Se los iba a devolver y el protestó abriendo la palma de la mano.

-Gentileza del señor cónsul –me mintió.

Me monté en el muro y salté a la calle. Oscura y desocupada. Caminé una cuadra y me detuve bajo el alero de un quiosco de diarios. No puedo estar seguro si fue la simple curiosidad, el estímulo de Helmut o mi siempre presente desconfianza en la palabra ajena la que llevó a desenfundar mi teléfono e introducir en su base de datos las coordenadas de la etiqueta que me diera Barents. ¿Y si lo que él me contara fueran puras mentiras para confundirnos, que él fuera el verdadero compositor y que al delatarlo como falacia se volviera una calumnia que obrara en contra nuestra?

Bueno, no estaba lejos. Busqué el puente más alejado para atravesar el Rahue y después de un par de horas de marcha, orientado por los datos satelitales encontré el bosquecillo de robles y el espacio en medio de ellos. No hallé rastros del Saúco, pero cavé donde me indicaba el gráfico digital. Con la punta de la pala pinché una trufa negra que saqué de la tierra, la sacudí y la puse dentro del morral. Seguí ahondando y encontré el portapliegos de cuero de vaca. No había nada más. Enterré el morral y la linterna, tapé el foso con tierra, planté la pala en su centro y abandoné el lugar. Miré una vez hacia atrás. La pala, entre la bruma que se elevaba del suelo, era una señal grotesca, rotulando una tumba preñada de esos cotizados hongos.

Osorno despertaba y el patrullaje era mínimo. Cerca de la plaza encontré un boliche abierto. Con rebajas para los desayunadores que madrugan. Me senté a una mesa, alejado de la puerta, bajo una lámpara, pedí café y una paila de huevos y mientras esperaba rasgué con el cuchillo el sobre opaco y presurizado. Un silbido de víbora moribunda me avisó que el vacío se había extinguido. Las hojas eran de color azafrán, saturadas de pentagramas y notas musicales inalcanzables para mi comprensión, pero cada una de ellas con una rúbrica nítida: Edward Dotzwieck. Me estremecí cuando el mozo me servía el café y los huevos.

-¿Se siente bien? –el hombre se veía preocupado.

-Un poco de frío –fingí.

Regresé el manuscrito a su sobre y el sobre al porta documentos. Se enfrió el café y coagularon los huevos, pero mi preocupación estaba en cómo llegar, lo antes posible a Dalcahue.

-No le gustó el desayuno –el mesero interrumpió mis tribulaciones.

-Todo lo tomo y lo como frío –dije mostrando mi dentadura –tengo o una muela picada.

-Eso es infernal –coincidió y me dejó la papeleta con la cuenta sobre la mesa.

Cancelé con el dinero del boliviano. Ellos se merecían un buen pedazo de mar y penetré la ciudad todavía amodorrada. Busqué el terminal de buses. Dos soldados hacían guardia. No levantaron la mirada al acercarme a una taquilla y pedir un boleto hasta Puerto Montt. Hasta Parga, en el cabezal del puente: en la frontera enemiga habría levantado más de una suspicacia.

Al acercarse la hora de partida los militares pusieron un portal detector de metales a la subida del bus. Encendí un cigarrillo y di una vuelta alrededor del vehículo. El detector era un engaño, no había un cable ni fuente de poder visible y mi competencia en asuntos de seguridad alcanzaba para dar por sentado que esos aparatos no funcionan con pilas.

Subí al bus con todos mis elementos, el portafolio prendido a mi cinturón por una de sus argollas. Dos horas de viaje. El estacionamiento de buses interprovinciales de Puerto Montt estaba atestado y bien vigilado. Se percibía el éxodo, hacia el norte y hacia el sur. Largas filas frente a las boleterías. Salí a la calle. El cielo claro, el sol imponente, el calor grato. Debía ingeniármelas para cruzar el canal. O por el puente o por el mar.

Me dirigí hasta Angelmó y revisé el dinero que me diera Helmut. Era más que suficiente para utilizar la vía marítima. Ahí vigilaban los marinos. Suponía que sus fusiles no tenían más de una carga. Si no estaban involucrados no defenderían ni atacarían.

Atravesar el canal en bote era inviable. Averiguando aquí y allá supe que lanchas patrulleras del ejército peinaban el mar en busca de lanchas o

chinchorros con fugitivos o activistas. Uno de los patrones me aseguró que no navegaríamos ni cien metros antes que nos abordaran. Es poco frecuente, aunque ocurre, que lo que está al alcance de la mano se malogre, no obstante lo que parece en absoluto irrealizable en ocasiones se hace inequívoco y fácil.

Ya que, confundido entre las decenas de hombres y mujeres, campesinos, profesionales, empleados e indigentes que cruzaban el puente por la vereda derecha, por la izquierda lo hacía una multitud en sentido opuesto, llegué al control de Chacao sin percances, allí la revisión sería más rigurosa. Durante los casi tres kilómetros de caminata no escuché hablar a quienes iban conmigo que preparaban, sin duda, las razones que esgrimirían ante los que custodiaban la entrada a la zona revolucionaria. Muchos vivirían ahí y fueron aislados de manera súbita, otros tenían sus fuentes de trabajo, los más la buscaban. Sabía que me reconocerían. Un oficial, un chivato civil, quién sabe.

Me aparté de la fila interminable antes de iniciar la subida al cuartel y me escabullí por los potreros hacia el poniente. No quise usar el teléfono. Así me podrían ubicar desde Dalcahue o desde Chacao y si lo hacían desde este último, no saldría bien parado. Los nimbos inquietos, cebados, dejaban ver un pedazo de cielo. Con ese espacio me bastaría en la noche para guiarme por las estrellas, si no me cazaban antes. Marché toda la tarde hasta encontrar la capilla de Chacao viejo.

La distinguí al atardecer, restauradas sus tejas de alerce, renovado su color ladrillo y su torre de tres pisos, levantada sobre un pequeño risco, solitaria, como un melancólico testimonio de desamparo. Me aproximé ocultándome en la maleza. Un reducido rebaño de corderos me hizo compañía una docena de metros pudiendo avanzar sin llamar la atención.

La atención de nadie, pues por esos andurriales no andaba persona alguna. Me allegué al templo. Estaba cerrado. Empujé la puerta que no se abrió. No lejos escuchaba el mar. Me alejé de la iglesia y me dirigí a la costa. Entonces me dieron al alto, ¿Quién vive?

-Ramírez –se me vino a la boca, imprudentemente.

Escuche como quitaban el seguro de las automáticas que seguramente me apuntaban.

-¿Santo y seña?

-No me lo dieron –grité con los brazos cruzados en la nuca.

Llegaron por atrás. Crujía la hierba seca. No había llovido en Chiloé.

-Salvoconducto –pidió uno de ellos.

-No tengo.

Estaba en el borde de un farellón, si caía el agua gélida del estrecho me devoraría junto a los manuscritos del alemán.

– ¿Santo? -bramaron a la vez.

No es cierto que estando cerca del fin los hechos tu vida se manifiesten en un instante en toda su magnitud, como si ellos hubiesen estado capturados en el rollo de celuloide de una película que se exhibe en tu conciencia a toda velocidad.

No sabía lo que iba a suceder, pero por mi cabeza pasaron cuatro únicas evidencias: la primera, que una magnífica trufa se dañaría en el fondo del estrecho de Chacao, dos, que Rosella sabía dónde tenía escondidas las monedas de oro rapiñadas del hotel vigilante, la tercera, que mi presencia al sur de Chacao no era en absoluto indispensable para la derrota de la nueva dictadura y cuatro, que no habría ni reparación para el genio alemán cuyo nombre, por cierto, no recordaba, ni deshonra para Barents.

-¡Por última vez! –escuché el chillido a mis espaldas.

-¡Bandoneón, hijos de puta! –grité.

Sentí un objeto frío en mi cabeza. Removí mi memoria y no encontré más recuerdos que un grito, un fogonazo rojizo en mis retinas y una comprensión súbita pero imprecisa de la nada. Abrí los ojos y una mujer parecía sonreírme. Su expresión era indeterminada, pero eso me dio la certeza que estaba vivo, quizás con una bala alojada en el cerebro, pero vivo. Las ambigüedades se terminan con la muerte. Se me oscureció el entorno y al despertar otra vez busqué, con las palmas de las manos, un sustento. Estaba acostado en una

cama, la luz alrededor era tolerable y en frente mío, al pie de la cama había dos personas. No tardé en reconocerlas: Rosella y Eduardo.

-Nada de melodramas –dijo el comandante.

Asentí, la Sombra se sentó a mi lado y mi mirada interrogó a Eduardo.

-Un golpe amigo –sin duda se disculpaba -te confundieron o no te reconocieron.

Me toqué la cabeza vendada.

-¿De qué calibre?

Eduardo separó los brazos.

-¿Calibre?, ninguno, un culatazo y hace un par de horas.

-No me diste la contraseña.

Eduardo mostró los dientes.

-En todo caso no era bandoneón.

Lo tendré en cuenta.

Rosella me tomó la mano.

-¿Y esos manuscritos?

No se notaba muy alarmada por mi salud, mejor me convencía que había sido un golpe sin consecuencias.

-Es una historia larga.

-Son las sonatas y las sinfonías de Barents.

-No vayas tan rápido.

¿Y el reverso?

-¿Cuál reverso, tú sabes que nunca he leído música?

-También hay composiciones, sus notas superpuestas con las del lado original, pero ellas son desconcertantes, musicalmente inexplicables, ¿de Barents?, ¿en un papel tan antiguo?

Me latía el cerebro.

-Dejemos todo para después –me quejé.

Mi Sombra me abrazó.

-Ya venía en camino cuando te trajeron inconsciente. El país está lleno de cascos azules, podremos volver al sur.

-El Sucecivismo no perdona.

-Ni olvida –Rosella acomodó mi almohada.

Fin